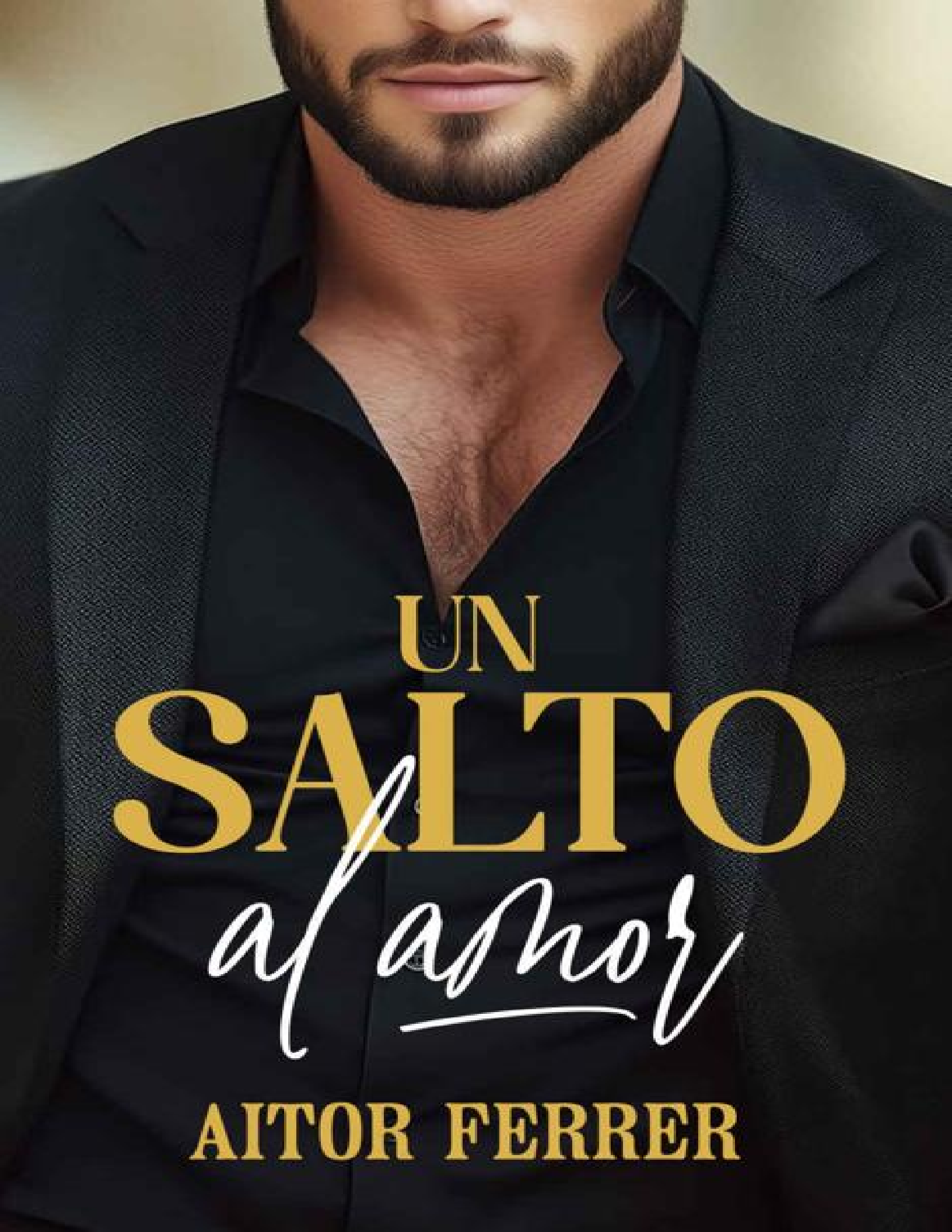
UN
SALTO
al amor
AITOR FERRER

UN SALTO al amor

AITOR FERRER

Primera edición.

Un salto al amor

©Aitor Ferrer

©abril, 2025.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1

Me estaba arreglando para salir en mi nuevo y bonito vestidor. Mi padre lo había bordado en aquella ocasión diseñando esa casa, la que se convirtió en nuestro nuevo hogar. Para algo era uno de los arquitectos más famosos e influyentes de España.

Mi vida parecía sacada de un cuento de hadas; no había forma de ponerle un «pero» a esa afirmación. A mis veintisiete años sentía que el mundo estaba a mis pies y, además, debo decir que no me había costado demasiado esfuerzo lograrlo.

Vivía con mi padre y mi abuela en esa fantástica casa que habíamos estrenado hacía poco. Desde que yo tenía uso de razón, siempre lo hicimos en otra que también era una maravilla. No obstante, con esta se había superado.

Mi nombre es Chanel, Chanel Miranda, y desde que nací tuve a mi alcance todo lo que deseé. Al estar mi padre al frente de aquel reputado estudio de arquitectos del que salían los proyectos de las viviendas de la mayoría de los famosos y gente rica del país, es probable que albergase la esperanza de que siguiera su camino profesional. Y no, ese no era el mío.

De mi padre heredé muchas cosas, incluido su original color de ojos: el caramelo, pero no su talento con los planos y con las escalas. Desde bien jovencita tuve clara cuál era mi vocación: yo quería ser profesora.

Mi amor por la enseñanza fue la que me llevó a Irlanda ya de adolescente, donde estudié un curso que supuso el primer desafío de mi

vida, pues era la primera vez que me separaba de mi familia. Más tarde, me decanté por la Filología Inglesa y la carrera la cursé en la universidad más elitista de España, sin moverme de casa, pues apreciaba mucho el calor del hogar.

Al terminar la carrera, me marché un año a Londres. Era algo obligatorio si quería terminar de adquirir la soltura necesaria para sentirme bilingüe por completo. Allí conocí a Myke, el que fue el primer amor de mi vida. Y allí lo dejé cuando regresé a España, porque él no tenía intención de moverse de su ciudad y yo me moría por volver a la mía.

Lo de Myke me costó un poco superarlo, pero entonces comenzó mi andadura profesional y esa circunstancia lo limitó todo. Mi padre, dada su reputación, contaba con unas amistades igual de bien posicionadas que él y su amigo Guillermo Godoy ya le había prometido que yo podría trabajar con él en cuanto aterrizase en casa.

Guillermo era el dueño de El Arroyo, el instituto privado más prestigioso de la ciudad, y en el que yo daría clases de inglés a los hijos de las familias más adineradas, por lo que estaría en mi salsa.

Cuando llevaba unos tres años trabajando allí, encontré el amor en Aless, el hijo de Guillermo, un chico con el que me había relacionado de pequeña y al que luego le perdí la pista porque estudió a partir de su adolescencia en Estados Unidos, siendo su pasión la Biología, de la cual impartía clases.

Ya desde el primer día me di cuenta de la conexión que había entre nosotros, cuando el mismo Aless, con su seductora sonrisa juvenil, me acompañó a conocer todas las modernísimas instalaciones del centro, equipadas con los últimos avances a todos los niveles que, además, también diseñó mi padre, así que todo quedaba en casa.

Tanto mi padre como mis suegros, Guillermo y Laura, estaban encantados conmigo, viendo en mi persona a la niña que nunca tuvieron, dado que ni novio era hijo único como yo, y a la madre de sus futuros nietos.

De Aless me gustó su naturalidad y su frescura, aunque tenía un punto más clasista que yo, algo que no veía como un defecto, sino como una de las peculiaridades del chico del que estaba enamorada. Rubio, de ojos marrones y de complexión atlética, tenía un año más que yo y todas las

miradas puestas en él, tanto por su físico como por su posición. Eran muchas las profesoras que me miraban con recelo por ello, y hasta alguna de las alumnas mayores, las de Bachillerato, me hubieran estrangulado por ser la ocupa de su corazón.

Sin ánimo de parecer pretenciosa, tendría tantas cosas que contar de mi vida que no sé cómo priorizarlas, porque básicamente estaba encantada.

Vale, voy a hablar de un aspecto relevante que era el único que ensombrecía mi idílica existencia: mi madre, quien había fallecido cuando yo tan solo contaba con unas semanas de vida.

Sin duda, se trataba del capítulo más triste de mi vida, aunque he de ser sincera y no se puede echar de menos a quien no conociste. Que hubiese dado todo lo que tenía porque ella no hubiera fallecido, pues sí, pero que me crie rodeada de tanto amor que no sentí ninguna carencia, pues también.

Mi padre debió amarla mucho, muchísimo, ya que siempre hablaba de ella con total devoción. No es que lo hiciese a menudo ni que ahondase excesivamente en su relación, porque para mí que, tantos años después, su marcha aún debía dolerle. En fin, que él no había rehecho su vida y decidió dedicarse por completo a mí.

A nosotros se unió su madre, mi abuela paterna, Julia, la persona más divertida, positiva e imaginativa sobre la faz de la Tierra y quien me había servido de referente femenino, aunque aquella actriz de éxito, que incluso hizo sus pinitos en Hollywood, era toda una estrella con quien no hubiera osado ni compararme. Ya quisiera yo haber heredado parte de su talento.

Mi abuela siempre fue original para todo y decidió tener a su hijo sola en una época en la que eso no se le pasaba por la mente a ninguna mujer. Ella solía bromear con que «sola» del todo era imposible y que, por eso, buscó una «ayudita» en un hombre del que nunca nos reveló dato alguno ni a mi padre ni a mí, pues ella lo consideraba el donante de la semilla. Punto.

Capítulo 2

Nuestra ciudad era tan grande como costera, una capital bañada por el mar ante el cual se alzaba nuestra impresionante vivienda que nos ofrecía unas vistas de lo más privilegiadas.

Mi padre solía afirmar que sus viviendas estaban diseñadas para ofrecer a sus clientes un estilo de vida tan lujoso como inigualable. Y si eso afirmaba de las que proyectaba para los demás, no digamos ya de la que hizo a la medida de nosotros.

Aquella primaveral mañana de sábado, como tantos otros, desayunaríamos en el impresionante jardín, en una de las zonas habilitadas para ello, concretamente en la que ofrecía la mejor panorámica.

Nuestra casa estaba distribuida en dos niveles y contaba con unos cuatrocientos metros cuadrados de interior, que se multiplicaban por diez en lo referente al terreno sobre el que estaba construida, ajardinado y cuidado hasta el último detalle.

Mi padre, pese a su posición, no era un hombre extravagante ni maniático, sino uno sencillo y accesible, aunque en lo referente a su hogar no se le escapaba un detalle. En casa solía reunirse con sus amigos, igual que yo con los míos, aparte de con Aless, que merodeaba por allí como Pedo por la suya, pues era uno más de nosotros.

Nuestros dormitorios eran muy amplios, igual que los baños tipo *suite*… Los tres eran realmente impresionantes, aparte de que contábamos con un par de ellos más para los invitados. El salón-comedor era para quitar el hipo, con unas dimensiones impresionantes y los ambientes perfectamente

delimitados. En cuanto a la cocina de diseño, era un regalo para los ojos de Teresa, nuestra cocinera filipina, a quien conocí desde siempre tras nuestros fogones y a quien también le profesaba un inmenso cariño. Otras personas del servicio fueron pasando por la casa, pero no así ella, que siempre se mantuvo inamovible. Era una más de nosotros.

Aparte de otras muchas estancias que incluían un gimnasio, un *spa*, una sala de juegos, un cine y hasta una segunda piscina climatizada al aire libre, el jardín era la joya de la corona de nuestro hogar. Lo disfrutábamos a tope siempre que el buen tiempo lo permitía, y cuando hacía frío o llovía, podíamos divisarlo desde el interior a través de una amplia terraza acristalada.

Por mis palabras, ya estaréis deduciendo que no solo estaba enamorada de mi novio, sino también de mi vida, de mi familia y de mi casa.

La abuela tenía la vista puesta en su móvil cuando salí.

—A mí no me hubieran visto desconsolada como a Demi Moore por no darme un Oscar. De eso nada. Una actriz sabe lo que vale por sí misma, sabe si es capaz de meterse o no en la piel de un personaje, con independencia de lo que piensen esos estirados de la Academia.

—Pero, abuela, ¿a ti no te hubiera gustado lucir una de esas estatuillas doradas en tu vitrina de trofeos?

—Mi mayor trofeo ha sido el de vivir la vida con intensidad. Yo la he vivido, y la sigo viviendo, pues me queda todavía mucha guerra que dar, saboreándola a cada instante, hija. Y eso mismo te aconsejo a ti: que te dejes llevar por las pasiones, Chanel.

Ese es mi nombre; creo que ya os lo había mencionado, pero no os había contado por qué decidieron llamarme así. Tiene que ver con que era la marca de perfume favorita de mi madre. A mi padre aún se le empañaban los ojos al recordarlo; sin duda, había mucho amor en su historia.

No tuve hermanos porque él nunca rehízo su vida, como ya comenté. Los habría tenido, por supuesto, pero ni siquiera nunca le conocí ligues. Se conformó con rodearse de sus amistades, entre las que destacaba la figura de su amigo Roberto, que era como otro miembro más de la familia.

En casa todos éramos rubios, aunque mi padre, que siempre fue un hombre muy atractivo, ya tenía la cabeza salteada de unas canitas que le

hacían parecer aún más interesante. El color de pelo lo heredamos de mi abuela, quien era una mujer menuda, pero grande, muy grande en su interior. Mi madre no era tan guapa como atractiva, eso se dejaba ver en las fotos, y el color de sus ojos era verde, igual que el de mi novio Aless, ese castaño que me hizo suspirar desde que nos convertimos en inseparables.

De mí, la abuela siempre decía que estaba bien hecha; esa expresión me hacía mucha gracia. No soy alta, aunque sí tengo un físico trabajado, pues me gusta el deporte y de niña practiqué mucho ballet, por lo que mi cuerpo se tonificó bastante. Y ya de mayor, en mis ratos libres, practicaba baile contemporáneo, otra de mis pasiones y una que no compartía con mi novio porque él no estaba en la fila el día que repartieron el ritmo. Cuando salíamos, era más de tomar una copa mientras me observaba bailar con mis amigas. Candela, Blanca y Zoe, quienes también eran parte imprescindible de mi vida, compañeras del cole desde pequeñas.

Cada una éramos de nuestro padre y de nuestra madre, como se suele decir… Y cada cual escogió su propio camino, como es lógico, pero siempre encontrábamos la manera de que confluyeran.

Candela se había convertido en una flamante *influencer*, cuyo indiscutible éxito nos alegraba la existencia a todas nosotras. Siempre le apasionó la moda y sus inestimables consejos aumentaban el glamur del grupo, pues era la más *chic* de todas.

Blanca era médica, lo cual le venía de familia. Su padre era el dueño de una clínica donde ella ejercía, feliz y orgullosa, esa profesión que le encantaba y que tanto la acercaba a la gente, pues era la más humana de todas.

Zoe trabajaba como bróker, algo que nos chocaba cantidad en nuestra amiga, y no porque le faltase inteligencia e intuición, ni mucho menos, sino porque su inmersión en aquel mundo que podría considerarse serio nos cogió de improviso, pues era la más alocada de todas.

Sin mis amigas, mi mundo hubiera sido muy distinto. Precisamente de ellas charlaba con mi abuela cuando miré el reloj y caí en la cuenta de que el tiempo se me había echado encima, ya que habíamos quedado las cuatro en el club.

Era nuestro punto de reunión desde niñas, un club al que nuestros padres pertenecían desde siempre y en el que prácticamente habíamos crecido. Con deciros que llevaban años sin admitir nuevos miembros. Si querías hacerte socio, debías ser hijo de algún miembro que te cediera su carné. Si no, naranjas de la China, allí no querían a nadie nuevo.

Sus vistas, como no podía ser de otra manera, eran espectaculares y, desde él, se accedía a una zona también privada, solo para socios, que en verano se convertía en el centro neurálgico de la vida social de todos nosotros.

No hace falta decir que entre sus lujosísimos servicios se incluía de todo: desde restauración y copas, hasta todo lo relacionado con el cuidado físico. Contaba con un gimnasio equipado con las máquinas más revolucionarias, servicios de *spa*, masajes, podología, manicura, peluquería… Todo lo que pudieras desear estaba allí a tu alcance.

Y en cuanto a lo referido al deporte, ningún otro lugar le hacía sombra, pues allí podrías encontrar desde las mejores instalaciones para practicar pádel hasta pistas ecuestres donde demostrar tus dotes como amazona. Y si menciono precisamente esos dos deportes entre la larga lista de las opciones que teníamos, es porque eran los que practicaba con mis amigas.

A Aless, mi novio, le tiraba más la conducción. Era un loco de los coches y se picaba mucho compitiendo con sus amigos en un *karting* que había a las afueras de la ciudad, donde lo daban todo.

Tomaba un cóctel con las chicas. Almorzaríamos allí y luego nos quedaríamos a echar la tarde. Seguramente, Aless se dejase caer horas después y lo mismo lo hacía en compañía del novio de Blanca, con quien mi chico congeniaba bien. Mauro se llamaba.

Blanca y yo éramos las dos emparejadas, mientras que el otro 50% del grupo, Candela y Zoe, abrazaban la bandera de la soltería y tan ricamente. Parecían más interesadas en que Cupido las ensartase con una flecha de esas que se desvanecen por la mañana, durando solo una noche, que con otra de esas más certeras que une a dos personas o más bien las encadena, como decía Zoe, la más reacia de todas a emparejarse.

—Pues tú dirás qué le regalamos a Nico —le comentaba yo a Candela con respecto al cumpleaños de su hermano mayor.

Nico era lo que se llama un emprendedor en toda regla. Amaba la moda como su hermana y había creado una firma de ropa en la que ella colaboraba. El tío, aparte de que estaba buenísimo y como hermano mayor de nuestra amiga nos hizo suspirar a todas en algún momento, tenía éxito en su faceta empresarial, mucho. Su talón de Aquiles, sin embargo, tenía nombre de mujer.

Su novia, Bárbara, era una pelirroja con cara de estreñimiento perpetuo que nos miraba a las demás como si fuésemos simples abejitas obreras y ella la reina del panel. Bárbara era modelo y él la había conocido en el mundillo. Seca como ella sola, no podíamos ni verla, y el sentimiento era mutuo.

—Yo diría que le regalásemos algo que contrarreste el jodido amarre que le ha hecho la bruja de Bárbara, porque no es normal —opinó Zoe.

—No creo en esas cosas. Ya se dará cuenta, digo yo, de que esa chica no le conviene —añadió Blanca que, aparte de ser la más sensible de todas, también solía pecar de ingenua.

—Estoy con Zoe. Y, si no, podríamos regalarle una catapulta para que la dispare. Por mí, que llegue a la gran puñeta y que no haya *Google Maps* que le marque el camino de vuelta.

—Fantasear con el futuro de Bárbara está muy bien, pero ahora estamos hablando de Nico, porque supongo que montará una fiesta de la hostia, como todos los años, y no podemos aparecer con las manos vacías —insistí.

—¿Os acordáis cuando las tres fantaseábamos con regalarle nuestra virginidad? —Zoe sacó el temita, metiendo el dedo en la llaga.

—Es que sois *putizorras*, no lo podéis evitar, ¿me lo tenéis que recordar siempre que hablamos de Nico?

—¿Y qué culpa tenemos nosotras de que, en lugar de engendrar un niño, tus padres mandaran que lo esculpiesen? Joder, que está cincelado, y no veas si lo terminaron bien.

—Sí, sí, recuérdame también, Zoe, que lo pillaste desnudo, montándoselo con su primera novia en la caseta de al lado de la piscina.

—Ya te digo que sí… Y puedo añadir que aún me chorrean las bragas.

—Y yo que me dais pereza, toda la vida igual…

—¿No hubieras preferido tenernos a una de nosotras de cuñada visto lo visto?

—Vosotras no queríais preguntarle a Nico que *«el anillo pá cuándo…»* —repuso haciendo el bailecito—, si no que os lo queríais tirar, negadlo si tenéis valor.

Nuestras risillas maliciosas le sirvieron de respuesta.

—Ahora en serio, ¿qué le compramos?

—Yo qué sé, si tiene de todo.

—Pues entonces podemos personalizarle algo. Se me ocurre un álbum así con fotos de distintos momentos de nuestras vidas en las que también aparezca él —propuso Blanca.

—Claro, y en las que se nos vea de quinceañeras, mirándole con la baba caída y con algún que otro granito en la cara. Antes muerta —replicó Zoe.

—Además, que la bruja de Bárbara lo quemaría en el primer aquelarre que hiciera con sus amigas. Pasando del tema —opiné.

—Yo qué sé… Ya se me ocurrirá algo, pero mientras, dejadme tomar el sol y no me rayéis…

A Candela no había más que mencionarle ese asunto para cabrearla más que a un mono. Y ya le habíamos tocado las narices lo suficiente para lograrlo.

Capítulo 3

Durante la sobremesa, Aless me llamó. Como imaginé, había estado en el *karting* con sus amigos y allí sufrió un pequeño contratiempo, nada grave, una colisión que le produjo un dolor en la muñeca un tanto intenso.

Le ofrecí ir a verle a su casa y me contestó que prefería que no lo hiciese, que se tomaría un calmante y se echaría a dormir. Me pareció la mejor de las ideas.

—Sí, sí, que Aless es un amor, pero peor paciente no lo hay. No me quiero acordar de cuando se hizo la brecha aquella en la cabeza. —Blanca se refería a un tonto incidente en el que mi novio se levantó de golpe y se dio en la cabeza con el pico de una ventana—. Madre mía, qué alarido cuando el enfermero le pinchó la anestesia. Resonó en la clínica entera.

—Sí, sí, para soportar el dolor no es el mejor, la verdad —asentí.

—Menos mal que los niños los vas a tener tú, porque todavía sigues con esa kamikaze idea en la cabeza, ¿no es así? —me preguntó Zoe, cuyo reloj biológico más que estar atrasado venía estropeado de serie. Lo de ser madre le parecía una pésima idea.

—Pues claro que quiere tener niños, igual que yo —intervino Blanca.

—Sí, sí, hacedme tía entre todas, pero no esperéis que os los cuide. Yo, como mucho, os diré que son muy graciosos, les haré un par de carantoñas y para vuestros brazos que volverán. Y si no, os los metéis de nuevo por donde los hayáis sacado.

—Toda ternura tú, Zoe.

—Es lo que hay, Candela. Tampoco pienso cuidar de los tuyos, si es que al final te la juegas a la ruleta rusa

—Tú y tu paranoica idea de que traer un hijo al mundo es una apuesta de lo más arriesgada. Ni que fueran demonios con cuernos y rabos.

—Rabos pueden traer, existen mitad de posibilidades, aunque eso es lo de menos, pues todos son unos *cabroncetes*, niños y niñas. ¿O no visteis el otro día las ojeras de mi prima Mar desde que han nacido los gemelos?

—No enredes, que te gusta mucho enredar. El problema de tu prima no es el nacimiento de los gemelos, sino los cuernos que le lleva poniendo su marido desde el embarazo, que en su círculo no se habla de otra cosa.

—Eso también, pero que lo de los niños ha sido un plus, ya os lo digo yo. El uno que no duerme, el otro que sufre intolerancia a la lactosa.

—En eso sale a ti la criatura, que eres una intolerante total.

—Blanca, que yo no despotrico de ti, y eso que me parece que tienes menos sangre que un puerro, guapa.

—Ya estamos, ¿lo ves? O la ganas o la empatas. Si se te hace una crítica constructiva, saltas a la yugular. Pues no lo veo, todas no podemos ser tan movidas como tú, que aparte de intolerante, eres hiperactiva.

—Y tú, una mosquita muerta que, a lo tonto, a lo tonto, no veas si sacas la lengua a pasear. Como lo utilices igual de bien todo, a Mauro lo debes tener loco.

—Pues claro que lo tengo, por eso me voy a casar la primera. Lo estoy deseando.

—Si es que hay gustos que merecen palos, pero allá tú.

No por ese improvisado cruce de acusaciones se pusieron de uñas entre ellas. Éramos muy diferentes, pero nos queríamos con el corazón y estábamos las unas para las otras. No podía imaginar mi vida sin mis amigas, y cualquier pequeño mosqueo nos duraba un suspiro.

—Pues yo, volviendo a lo de los niños, la verdad es que sí que los tendría. Y si no encuentro el candidato ideal para reproducirme, pues me voy a un banco de semen y me encargo un bebé a la carta, una preciosidad de muñeco —nos comentó Candela.

—Sí, de muñeco diabólico. —Volvió a la carga Zoe.

—Candela, yo eso lo veo muy frío.

—Y tanto, como que el semen está congelado —prosiguió Zoe, que era la más ácida de todas y la más opuesta a Blanca, que era pura dulzura.

—No, en serio —repliqué—, que para mí tener un hijo debe ser un acto de amor. Soy muy romántica y no tengo por qué esconderlo, así que os podéis meter vuestras burlas por donde os quepan.

—Eso mismo, digo yo, opino igual. —Blanca estaba totalmente de mi parte en aquel tema.

—Es que yo quiero replicar la historia de amor de mis padres y tener un hijo así, estando muy enamorados.

En ese instante se hizo el silencio. Ni siquiera Zoe, con su lengua afilada, hubiera osado contradecir un comentario que incluía de ese modo a mi fallecida madre.

Blanca me puso la mano encima del hombro y Candela hizo lo mismo. En el rostro de Zoe se esbozó una sonrisa que le agradecí con un ligero asentimiento.

No había trauma alguno en mi persona, pero obvio que la pérdida de una madre no es plato de buen gusto y que sería lo único que hubiese cambiado en mi vida.

Pasamos toda la tarde en el club, charlando, escuchando música, saludando a conocidos y bailando. El ambiente era perfecto y en él nos sentíamos como en nuestra segunda casa.

A la hora de marcharnos, un rato antes de la cena, conduje mi Mini hasta casa y en la puerta de entrada, la que se abría en medio de la valla y daba acceso al jardín, me topé con un coche que no reconocí. Se trataba de un deportivo de lujo, lo que me hizo pensar que los amigos de mi padre, al igual que él, solían cambiar de coche como de camisa, de modo que podía tratarse de cualquiera de ellos.

Seguí a aquel coche hasta la zona de aparcamientos, una techada en la que solíamos dejarlos para tenerlos más a mano, aparte de que contásemos con un garaje en el interior de la vivienda.

Era evidente que la persona que había llegado tenía acceso y, por lo tanto, iba a ver a mi padre. En ese momento, recordé que estaba esperando a otro arquitecto con quien se iba a asociar para la construcción de un lujoso complejo de viviendas cuyos terrenos le pertenecían por herencia.

Mi padre no era de trabajar en equipo; prefería hacerlo solo, apoyándose en sus empleados del estudio. Aunque en determinados casos sí que había colaborado puntualmente con otros compañeros concienzudamente escogidos, puesto que su excelente reputación era algo que valoraba demasiado como para arriesgarla con la intervención de otros.

Capítulo 4

La costumbre era que el círculo de mi padre rondase su edad, en torno a los cincuenta y cinco, de modo que esperaba que del coche se bajase uno de esos hombres maduros con el éxito grabado en sus retinas, algunos de los cuales no podían disimular que estaban endiosados.

No voy a decir que el hombre que se bajó del coche a la par que yo pareciese humilde, pero sí de sonrisa afable e increíblemente atractiva.

Su pelo era negro, como una noche cerrada. Podías perderte en esa oscuridad, llegando hacia un flequillo que, ladeado, caía sobre su frente. Y entonces te encontrabas con la profundidad del color grisáceo de sus ojos, Y entonces te encontrabas con la profundidad del color grisáceo de sus ojos, una de las cosas más originales que me dejó embelesada.

Me había impactado, algo en él lo hizo. Puede ser que, en contra de lo que pensé, no debía tener la edad de mi padre, sino unos veinte menos perfectamente, de modo que se acercaba mucho más a la mía.

Debía rondar el metro ochenta, torso ancho, cuerpo atlético y hombros bien formados. Se le notaba fuerte, robusto, me imaginaba que Zoe diría si lo viera, que no pertenecía a los desechables que se tiran tras la primera vez, sino que incluso ella lo reciclaría unas cuantas.

Su saludo me sacó de ese pensamiento, con una amplia y cautivadora sonrisa. Para entonces, ya mi padre había abierto la puerta que daba acceso a la vivienda y lo esperaba.

—Tú debes ser Chanel —me dijo acercándose a mí.

—Sí, Chanel Miranda.

Titubeé y vi cómo esa sonrisa tan franca y afable se convertía en cuestión de un nanosegundo, en una algo más traviesa, por decirlo de alguna manera, como si el hecho de mencionar mi apellido hubiese estado de más, al conocer a mi padre. Así me lo hizo ver al contestarme.

—Yo soy Dylan. Y también tengo apellido. El mío es Bravo.

¡Bravo! Eso habrían gritado muchas al conocerle. Yo, sin embargo, me había ruborizado como una quinceañera y eso no me hizo sentir cómoda. El exceso de ingenuidad, a ciertas edades, puede confundirse con estupidez. Y no me apetecía en absoluto que el nuevo socio de mi padre me viese como a una estúpida.

Llegué a dudar e incluso casi le ofrezco mi mano para estrechársela. Por favor, qué patética, ¿encima me mostraba como una rancia? Él ya había dado un paso y se había inclinado ligeramente hacia abajo para darme un par de besos que depositó en mis acaloradas mejillas.

¿Estaba tonta o qué me pasaba? A ese paso, iba a quedar como una tonta integral.

—Veo que ya has conocido a mi hija, Dylan. Bienvenido a mi casa —le comentó mi padre mientras salía y lo estrechaba entre sus brazos.

Me llamó la atención la familiaridad con la que lo trataba. Mi padre era un hombre cercano en su faceta personal, pero, en la profesional, solía guardar más las formas.

Dylan también lo trataba de un modo, diría que hasta afectuoso. Eso me rayó un poco. Igual mi padre me había hablado de él y no lo recordaba. A veces, tengo que ser sincera. Cuando él me comentaba temas de su trabajo, mi mente se perdía por completo. Hacía un esfuerzo por parecer atenta, pero mi imaginación volaba tan alto que me resultaba difícil concentrarme en lo que decía. Vamos, que le hacía el caso de la pared.

—Muchas gracias por invitarme.

—Nunca estuviste en la anterior, ¿verdad?

—No, creo que Luca te visitó en una ocasión, hace años. Pero yo no he tenido el gusto, hasta hoy. Tienes una casa preciosa y, sí, ya he tenido el placer de saludar a tu hija.

—Bueno, yo os dejo. Voy a subir a cambiarme a mi dormitorio.

—¿Has quedado con Aless? —me preguntó mi padre.

—No, ha sufrido un pequeño percance en la muñeca y hoy prefiere quedarse en casa. Igual pico algo con la abuela.

—La abuela ha salido. Únete a nosotros, entonces, cenaremos los tres.

Había algo en Dylan que me inquietaba. O más bien, en las reacciones que me provocaba, por lo que no creí que fuese la mejor idea.

—No, gracias. Seguro que tenéis que hablar de vuestras cosas y sabes que no entiendo nada del tema, papá.

—Prometemos no aburrirte mucho —intervino él.

Mierda, ¿para qué decía eso? A mi padre le gustaba presumir de hija y eso propiciaría que insistiera.

—Ya lo has escuchado, yo también lo prometo —me rogó con sus ojillos y no podía negarle nada.

—Está bien, papá, subo a mi cuarto y ahora bajo.

Subí, solté el bolso y me senté en el filo de la cama. Llevaba unos *jeans* tipo pitillo, botas altas y un precioso chaleco entallado bajo la cazadora de ante que colgué cuidadosamente en mi vestidor.

De forma instintiva, me acerqué al espejo, fruncí el ceño al comprobar que mis mejillas aún lucían más sonrosadas de lo habitual y recoloqué algunos de los mechones de mis cabellos.

El maquillaje que me puse por la mañana, al ser de una exclusiva marca de cosméticos, lucía aún impecable. Solo añadí un poco más de pintalabios para darles a mis labios un aspecto más fresco. Después, me eché un último vistazo en el espejo y bajé.

Mi padre y Dylan tomaban una copa en el gran salón, de pie, charlando animadamente.

Reían y recordaban anécdotas referidas a su hermano Luca, cuyo nombre quería sonarme.

Nada más acercarme, mi padre me ofreció una copa del selecto vino del que ya bebían, que acepté de inmediato.

—Me ha costado mi tiempo darme cuenta de que ya no es una niña, Dylan. Antes no se me ocurría ofrecerle alcohol.

—Papá, por favor —protesté—, no empieces con tus batallitas.

—A la vista está que ya no es una niña. Tu hija tiene razón, Darío. —Me la dio él.

Me gustó que no me viese como tal, pues bastante insegura me había mostrado antes. Y tampoco era que me sintiese muy segura en esos momentos.

Nunca he sido tímida ni introvertida, y en mis círculos siempre me he movido como pez en el agua. No obstante, a ese improvisado socio de mi padre no lo veía como a uno de mis iguales, sino como a alguien que jugaba en otra liga; un hombre en toda la expresión de la palabra.

Ya se había despojado de su americana y lucía atractivo en chinos *beige* con los complementos en marrón y camisa azul cielo. El contraste entre el color de la camisa, su piel, que lucía un tono bronceado natural y el color de sus ojos, resultaba espectacular. Y si a eso le sumábamos aquella atrayente sonrisa adornada por una dentadura perfecta, el conjunto era para hacerle la ola.

¿Por qué me estaba fijando tanto? ¿Y por qué mis pies no paraban quietos en el interior de mis botas mientras él me regalaba una sonrisa?

Mi padre me puso la copa en la mano y nuestro invitado propuso un brindis.

—Por los Miranda, por mi estimado Darío y por su preciosa hija.

El «preciosa» salido de su boca le quedó espectacular, como también lo era su sonrisa. Para mí que estaba por bajarme la regla, ya que cualquier pensamiento que tuviera me sonaba aún más moñas que el anterior. Como él se percatase de todo aquello, terminaría por pensar que yo sería preciosa, si es que lo había dicho en serio, pero también más tonta que una caída de espaldas. Y ese pensamiento me molestaba un montón.

Tengo que decir que nunca había reparado en si me importaba o no lo que pensasen de mí los amigos de mi padre. A excepción del tío Roberto, claro, quien me trataba como si de veras fuese su sobrina y que me adoraba, lo mismo que yo a él.

Siempre creí que Roberto era para mi padre el hermano que nunca tuvo, igual que las chicas para mí, pues a veces bromeaba con el hecho de que parecíamos cuatrillizas, aunque Zoe opinaba que no nos parecíamos ni en el blanco de los ojos.

Durante la cena, me pusieron en antecedentes. Ahora que lo decían, sí que recordaba escuchar hablar a mi padre de Luca, un reputado arquitecto de su promoción que terminó instalándose en Japón, donde había triunfado como la Coca-Cola.

En esa misma mesa, mientras mi padre hacía cálculos mentales, Dylan le confirmó que tenía treinta y cinco años. En ese momento, me hice para mí la «V» de la victoria interior, por haber acertado su edad, a pesar de que su apariencia juvenil y su piel impecable, sin ninguna arruga, podrían haberme llevado a pensar que era más joven.

El hecho de que entre Luca y Dylan existieran tantos años de diferencia obedecía a que solo eran hermanos de padre y nuestro invitado era fruto del segundo matrimonio de este.

Dylan admiró siempre mucho a Luca y siguió su senda profesional. Mientras hablaba, se le notaba también la pasión que derrochaba por su profesión y el respeto que le infundía mi padre.

Las anécdotas salían una detrás de otra de su boca. Era muy elocuente, su conversación atrapaba. Una de esas personas que tienen imán, que destaca sin pretenderlo. Culto, simpático y con mucho sentido del humor, pues el sonido de su risa sonó en cascada en el salón en más de un momento.

No solía sentarme a la mesa con personas relacionadas con el trabajo de mi padre, ni él tampoco me lo solía sugerir. Cuando lo hice en alguna ocasión, me aburrí como una ostra, pero bien sabía él cuando me lo ofreció que no ocurriría así con Dylan.

—Disculpadme un momento. Quiero ir a la bodega a elegir una buena botella de vino para después del postre —nos dijo, levantándose de su asiento.

Nos quedamos a solas y Dylan me miró, lo que hizo que me sonrojara de nuevo. No entendía nada, ¿qué significaba aquello? No era ciega y podía reconocer la belleza en un hombre, especialmente cuando estaba como un queso, y era el caso, pero eso nunca me había hecho sentir así. Iba a la mía, tenía novio y Aless ocupaba mi espacio en el ámbito masculino de principio a fin.

La sonrisilla traviesa volvió entonces a sus ojos y encima no rompía el silencio, por lo que el contacto visual me estaba cortando la respiración.

—Mi padre no ha caído en que has venido en coche y puedes volcarlo de camino a casa como siga sacando vino.

Cada una de aquellas palabras salió de mi boca atropelladamente y encima, es que hasta me trabé diciéndolas. Me hubiese pegado yo solita, lo prometo, porque soné muy ridícula. ¿Quién me mandaba a meterme en nada? Iba a parecer una cursi metomentodo.

—No hay problema, si hay que beber, se bebe. Me iré en un taxi y mañana volveré en otro a por mi coche.

—Mañana no estaré aquí —le solté.

La verdad, en ese instante, me habría dado una buena colleja por inmadura. ¿Y eso qué importaba? ¿Acaso él había dicho que el motivo de su vuelta estuviera relacionado conmigo? ¡Por favor! Seguro estaba pensando que, además de estar más verde que una pera, también me lo tenía muy creído.

—Pues será una pena —añadió. Ni una palabra más ni una menos, sino las suficientes para que mis mejillas se pusieran de nuevo del color de los mejores tomates para preparar un buen salmorejo: rojos, rojos…

Capítulo 5

Aquel día había quedado para almorzar en casa de Aless. Guillermo y Laura se portaban fenomenalmente conmigo, aparte de que, además de mi suegro, él era, técnicamente, mi jefe, al tratarse del dueño del instituto, el que algún día heredaría mi novio.

Su casa era preciosa también. Con la diferencia de que aquella lujosa mansión no miraba al mar, sino que se encontraba en una urbanización más céntrica de la ciudad. Él se había criado como yo y ambos entendíamos muy bien el mundo que nos rodeaba cuando estábamos juntos, puesto que estábamos muy integrados en él.

Aless era mi lugar preferido en el mundo, por mucho que se tratase de una persona. Donde él estuviese, ahí era para mí. Nos habíamos acostumbrado a nuestra relación y no concebíamos la vida el uno sin el otro.

En cuanto llegué, ya tenía haciéndome monerías a Rosalía, la perrita de Laura, un hermoso ejemplar de Grifón de Bruselas a quien yo le caía en gracia. Mi suegra solía decir que yo era como una segunda mami para Rosalía y que, a veces, dudaba que me quisiese más que a ella misma. Todo había que decirlo, no había celos en sus palabras, porque me adoraba.

Aless seguía con una muñequera puesta y estaba molesto. El carácter de mi novio era bueno. Zoe decía que era un tanto consentido y en eso puede que no le faltase razón porque era muy sibarita.

En plena primavera, como estábamos, había decidido llevarme el bikini, ya que el sol brillaba con fuerza y era el momento perfecto para inaugurar la temporada de piscina. Aunque las noches todavía eran frescas, durante el día ya comenzábamos a sentir un calor que, en ocasiones, resultaba bastante intenso.

Guillermo, su padre, comenzó a preparar un arroz con carabineros que le salía de vicio y que solía cocinar a menudo cuando yo iba, a sabiendas de que me encantaba. A mí también me tenían como a una consentida y siempre disfruté mucho con sus mimos.

Mi casa, la de ellos, mis amigas… Vivía instalada en una zona de confort que me proporcionaba una extraordinaria seguridad y esa sensación era muy placentera, y no podía ni quería escapar de ella.

A Guillermo le gustaba cocinar en sus días libres en familia y lo hacía muy bien. Laura era más de sentarse con nosotros a tomar el aperitivo mientras me preguntaba cómo me había ido la semana.

Mi suegra dedicó su vida a su familia. Guillermo y Aless eran su vida. No tuvo necesidad de trabajar y no necesitó hacerlo para sentirse realizada, pues contaba con un círculo social muy amplio, siendo una mujer muy popular que siempre andaba enredada con sus actividades y con sus amigas.

Visto desde fuera, nuestras vidas parecían tan cómodas como perfectas, y no puedo negarlo. Yo también lo veía de esa manera. Mi padre, cuando hablaba de mi madre, se refería a ella como una persona más inquieta y curiosa, tal vez menos acomodada. Sin embargo, yo me sentía como una princesa en un mundo que parecía estar hecho a medida para mí, como una de las casas que diseñaba mi padre.

—¿Nos damos un chapuzón antes del almuerzo? —le pregunté a mi novio cuando la charla perdió dinamismo.

—Paso. Tengo la muñequera puesta y no me la pienso quitar. Me molesta mucho y no quiero que se me moje.

—Pero si no es nada. Blanca, me ha dicho que…

—¿Y qué sabe Blanca de eso? Si digo que me molesta, es que me molesta.

—Hijo, que Blanca es médica. Digo que algo sabrá del tema —opinó su madre.

—Déjalo, Laura, que ya me baño yo.

—¿Te vas a bañar sola? —me preguntó Aless un tanto extrañado, porque en aquellos años no lo hice nunca.

—Claro, si no me acompañas, no dejaré de hacerlo.

Se lo comenté algo molesta. Me dio un poco de coraje que no se animase porque lo de la muñeca apenas era nada, y en ese tipo de cosas mi novio era más exagerado que el cine.

Mientras disfrutaba de un refrescante chapuzón, no pude evitar que se me vinieran a la cabeza imágenes de la noche anterior, con Dylan en casa. Finalmente, cumplió su palabra y se marchó en taxi. Eso hablaba bien de él. La vida es un regalo valioso y no vale la pena arriesgarla conduciendo bajo los efectos del alcohol, ya que no solo pones en peligro tu vida, sino también la de los demás. Y eso, es cualquier cosa, menos justo.

¿Cómo pudo echarle el morro de decirme que sería una pena no verme cuando volviese a recoger su coche? Y luego, esos dos cercanos besos que me dio a la hora de despedirse.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué me estaba acordando de él? No tenía idea, y la verdad es que no me hacía ninguna gracia.

Cuando salí de la piscina, me quedé en el borde y entonces ojeé las últimas publicaciones de Candela. Como *influencer* era la caña. No solo derrochaba estilo, sino que su carisma traspasaba fronteras y tenía seguidores en todo el mundo.

Una de las mejores sensaciones de mi vida era que tanto mis amigas como yo hubiésemos alcanzado nuestras metas profesionales. Tuvimos la suerte de nacer en familias donde nadie nos cortó las alas, sino en las que nos dejaron desplegarlas y volar libres.

Es normal, cuando no te sientes enjaulado, desear permanecer cerca del lugar donde creciste, rodeado de tus seres queridos y con el vínculo de una familia que te lo dio todo.

Supongo que esa era la razón por la que nunca se me pasó por la cabeza irme a vivir a otra ciudad ni emprender ninguna aventura. Estaba donde siempre quise y donde quería seguir estando.

—Por favor, ¿has conocido ya al nuevo socio de tu padre? —me comentó mi abuela Julia cuando volví por la tarde.

—Sí, lo conocí anoche.

—¿Y qué? —me preguntó.

—¿Qué de qué? Esperaba a alguien mayor, eso sí. —Disimulé.

—¿A un carcamal como yo?

—No me tires de la lengua, que solo quieres que te diga que estás estupenda.

—Pues claro que sí. Mejor que Sofía Loren.

—Mucho mejor, abuela.

—Pues a mí ese chaval…

—¿Te he dicho lo rico que le ha vuelto a salir el arroz con carabineros a Guillermo?

—¿Y para eso me cortas? Estoy hablando de ese bombón de exquisito chocolate, niña.

Las alarmas me sonaban por todas partes. Mi abuela conservaba una vista excelente y a los hombres que le gustaban los seguía alabando sin importar la edad que tuviesen. Algo que no me interesaba porque, por alguna extraña razón, me chirriaba que me hablase de Dylan.

No era tan extraña la razón, no. Por primera vez, la noche anterior, había mostrado una actitud de colegiala delante de un hombre por el simple hecho de que me sentí atraída por él. Y eso no eran cuernos, pero sí lo más parecido que había estado de ponérselos a Aless.

Que quede claro: no era ninguna mojigata y con mis amigas hablaba a menudo de tíos buenos, pero nunca babeaba con ninguno.

—Abuela, siento haberte cortado, pero es que el arroz de Guillermo…

—El arroz de Guillermo, el arroz de Guillermo —replicó con retintín.

—¿Qué tiene de malo que te lo comente? Si siempre lo hago.

—¡¡Justo ese es el problema!!

—¿Qué problema? ¿De qué me estás hablando?

—De que siempre haces las mismas cosas, Chanel. ¿No te sientes encorsetada?

—¿Qué dices de encorsetada, abuela? No hagas dramas, yo me siento muy bien, muy tranquila.

—Veintisiete años y muy tranquila, pues no me parece lo suyo. A tu edad, yo quería comerme el mundo.

—Pues yo no, abuela, no sea que engorde. Que lo próximo será comprometerme con Aless y tengo que lucir espectacular en mi boda.

—Espectacular lo eres. Y muchísimo. Para eso no tienes que estar más delgada ni más gorda, pero te has acomodado un poco.

—Primera noticia que tengo.

—Y te la estoy dando en primicia, agradécemelo.

—Abuela, no te entiendo. Si te estoy hablando de mi boda… ¿Te parece poca novedad? Intuyo que ya no falta mucho para que Aless me lo pida.

—Ya veremos, porque con lo huevón que es.

Me lo soltó sin anestesia y me dejó de piedra, porque jamás había hablado así de mi novio. No voy a decir que Aless fuera del todo del gusto de mi abuela para su única nieta, y la verdad nunca entendí por qué, pero siempre se había mordido la lengua.

—¿Lo has llamado huevón o es que tengo tapones en los oídos?

—Los oídos los tienes igual de perfectos que el resto de tu cuerpo. Has oído bien, así es como lo llamamos Teresa y yo.

—Eso no puede ser, te lo estás inventando.

—Yo no me invento nada. Que interpreto papeles fascinantes ante la cámara, esa es la gran suerte de mi vida, sí. Pero de ahí a interpretar también en mi casa…

Llamó a Teresa y ella acudió enseguida. Como ya comenté, era una más de nosotros.

—Teresa, hazme un favor.

—Lo que quieras, Julia, ¿os preparo una cenita rica para esta noche?

—No, no, tranquila. ¿Cómo llamamos tú y yo a Aless?

Teresa no era tan descarada como mi abuela, y sus mejillas se tiñeron de rojo vino.

—Ay, Julia, por favor, qué apuro.

—Ni apuro ni nada. Díselo, venga…

—El huevón, lo llamamos el huevón, Chanel, pero de un modo cariñoso, no te lo tomes a mal.

—Es muy *heavy*, os juro que es muy *heavy*. ¿Qué le pasa a mi novio?

—Pues que parece que tiene horchata en las venas en vez de sangre, Chanel, eso es lo que le pasa —prosiguió mi abuela.

—Eso solo lo piensas tú —protesté.

—No es verdad —me contestó mirando a Teresa.

—Ella porque es muy influenciable y tú muy…

—Y yo, muy sincera, eso es lo que soy. Tú pregúntale a tu amiga Zoe, que esa tampoco tiene pelos en la lengua. Hace poco puso fina a Blanca ahí en el jardín.

—¿Zoe te ha dicho alguna vez algo de Aless?

—No, pero sé cómo piensa y no es la única. Yo ahí lo dejo.

—Y yo me voy corriendo a la cocina porque se me va a quemar el guiso.

—Teresa, si no tienes nada puesto en el fuego, que vengo de beber agua.

—¿No? Pues ahora mismo lo pongo, más despistada yo…

Me había quedado descolocada. Era cierto que la actitud de Aless de aquel día no era de alabar, porque apenas se movió del sillón del jardín y fue bastante quejica, pero de ahí a pensar que no moviese el culo para pedirme matrimonio… A ver, que esa era la gran ilusión de mi vida. El salto al vacío. Lo más estremecedor que me ocurriría en los siguientes años. ¿Qué mosca le había picado a mi abuela?

Mi padre llegó y me encontró con cara de malas pulgas, no entendiendo la razón.

—Hija, ya estás aquí, ¿qué te pareció Dylan, anoche? —me preguntó.

Otra vez, Dylan. No, si lo íbamos a tener hasta en la sopa. Si le parecía, empapelaba las paredes de mi dormitorio con su foto.

—Pues ni fu, ni fa, papá. Apenas estuve atenta a la conversación.

Mi padre arqueó una ceja, consciente de que le estaba mintiendo. Me escuchó reír con él en la mesa, algo que no estaba dispuesta a reconocer, porque entre lo que sentí y lo que me había dicho la abuela, me sentía descolocada. Nada me irritaba más que eso, porque significaba que había asomado un pie fuera de mi zona de confort, y en esos momentos solo deseaba volver a meterlo de inmediato.

—De acuerdo. Por cierto, me pidió que te saludase de su parte cuando vino esta mañana.

Mi padre nunca se había metido en mi vida amorosa y, para mí, que estaba encantado de que saliera con Aless. Es decir, que en él no noté la

malicia que a veces mostraba mi abuela, pero su comentario, aun así, me molestó.

—Ni que él y yo hubiéramos comido en el mismo plato. —Bufé al irme.

Capítulo 6

Quedé con las chicas el viernes siguiente. Íbamos a comprarle un regalo a Nico, el hermano de Candela. Y cuando se hablaba de Nico, siempre se aprovechaba para despotricar de su novia, de Bárbara.

—Le está organizando una fiesta de cumpleaños que ni una boda. Y mirad que a mí me gusta un sarao, pero lo de esta tía ya es demencial. Para mí que se cree Victoria Beckham o algo —nos decía Candela.

—Pues aprovecha y le sacas tajada en tus redes —opinó Zoe.

—Eso fijo, porque no vamos a ser cuatro gatos. Es de locos, os lo juro, ha aparecido por casa de mis padres con una lista de más de doscientos invitados y dice que no descarta ampliarla.

Bárbara y Nico vivían independientes, pero solían frecuentar la casa de los padres de él, donde seguía viviendo Candela.

—¿En serio? ¿Tantos?

—Sí, Blanca. Asistirá gente que mi hermano ni conoce. Nico no es así.

—Siempre ha sido un fiestero, no lo puedes negar.

—Fiestero sí, mucho, pero solo con sus amigos, no en un círculo que la bruja esta no para de ampliar.

—Bueno, a lo que vamos, ¿tú crees que el recopilatorio de discos de vinilo le va a gustar? Porque si no, a otra cosa, que cuesta una pasta —le preguntó Zoe.

Habíamos optado por ese regalo, un recopilatorio del grupo de rock predilecto de Nico. Algo que le tocase la patata y que no fuese un regalo más de entre la pila de ellos que recibiese.

—Sí, sí, eso le va a dejar atontado.

—¿Más todavía? Porque tu hermano siempre fue muy espabilado, pero para estar con esa tía debe haberle atontado.

—O embrujado, ya lo hablamos. Relax.

Entramos en aquella maravillosa tienda retro de discos, en la que se seguía vendiendo música en todos los formatos. Era como hacer un viaje en el tiempo. Cada vez que iba allí con mis amigas, me quedaba embobada mirando los reproductores de discos de vinilo y demás, un interés que compartía con Nico. Sin embargo, en esos días, había un runrún persistente en mi mente que me molestaba como una piedra en el zapato.

Nos envolvieron la colección de lujo, y el caso es que pesaba lo suyo.

—Lo llevamos hasta el coche por turnos, ¿vale? Que pesa un huevo —sugirió Candela.

—Yo es que estoy un poco tocada de la espalda. Me quedé pillada ayer en el *gym*…

—Sí, Zoe, te quedaste pillada del monitor, ¿has quedado ya con él para tirártelo? —se lanzó a preguntarle Candela.

—Tú siempre tan comedida en tus preguntas.

—Mira, quién fue a hablar…

—Tengo la espalda pillada de verdad, cachondas, que estáis todas muy cachondas.

—Ni la mitad que tú. Y no me seas quejica como el novio de Chanel.

—¿Y ahora por qué dices eso, Blanca? Chicas, ¿nos tomamos un café? Me gustaría preguntaros algo.

—Venga, sí, que esto pesa y no soy una mula romera. Vamos a sentarnos.

Lo hicimos en una terraza, y Blanca me habló.

—Perdona si te lo he soltado así, pero es que vi a Aless el otro día en urgencias de nuevo, por lo de su muñeca. Y no tenía nada, todo es cuento. Puede que le moleste, pero muy poco…

—¿A vosotras qué os parece Aless? —les pregunté de sopetón—. Porque es mi novio de toda la vida y nunca habéis dicho nada en su contra, pero ¿os gusta?

—¿Es una puta pregunta trampa? ¿Te refieres a si nos gusta para tirárnoslo? —me preguntó Zoe.

—No me seas animal, ¿tú siempre piensas en lo mismo?

—¿Es que existe algo más que el sexo?

—Sí, las terapias mentales. Igual te regalamos un bono para una.

—Qué generosas. Vale, y lo vendo en Wallapop.

—En serio, chicas, que estoy un poco rayada.

—¿Qué te pasa, cariño? —me preguntó Blanca.

—Blanquita, que mi abuela me ha dado un buen rapapolvo… Dice que estoy muy encorsetada y yo sinceramente no lo veo. ¿Vosotras qué pensáis?

—¿Y por qué dice eso?

—Porque es verdad —le respondió sin tapujos Zoe.

—¿Tú también piensas lo mismo o me lo dices para tocarme la moral como a Blanca?

—Yo, si os quiero tocar los ovarios, tiro con bala directamente, y no es el caso. Esto te lo estoy diciendo con cariño; tu abuela tiene razón. Aless es un tipo muy parado, tu vida a su lado va a tener poco de montaña rusa.

—Más bien de pescar patitos en todo caso.

—¿Tú también, Candela?

—Joder, que has preguntado tú, nena. Si quieres, me pongo un esparadrapo en la boca.

—Pues yo no me pienso poner nada.

—Yo no sé qué decir, no me lo había planteado —murmuró Blanca.

—Tú, ¿qué vas a decir?, si tienes la misma iniciativa de una lechuga…

—Chicas, no os enzarcéis que, además, ahora estamos hablando de mí.

—No sé, ¿qué planes tenéis? ¿Ya habéis hablado en serio de lo de la boda? Porque Mauro y yo sí. Sé que la pedida está al caer y te quería comentar que nos gustaría que tu padre nos diera su opinión sobre una urbanización de casas que están construyendo, Chanel, por las calidades y eso.

—¿Una casa ya para vosotros?

—Claro…

—Menudo marronazo.

—Zoe, que todas pasaremos por lo de independizarnos, yo no lo veo mal —le comentó Candela.

—¿Pero es necesario que sea con un tío?

—¿Te has vuelto lesbiana y no nos has dicho nada?

—No, no es eso… No me lo callaría, ya me conocéis. Creo que primero hay que aprender a vivir sola con una misma.

—Eso es una chorrada.

—Porque tú lo digas, Blanca…

—Ya está bien, ya está bien. Y si Aless no os molaba mucho, ¿por qué no me lo habéis dicho? Joder, que sois mis amigas. No digo que eso vaya a cambiar mi relación con él, pero se admiten consejos.

—Pues mira, al grano. —Zoe tomó la palabra—. Si no te lo hemos dicho, es porque para lo que siempre has querido, es el ideal. Tú tampoco has mostrado más sangre que él.

—Aquí ninguna de nosotras tenemos sangre más que ella. Se debe pasar todo el día donando —suspiró Blanca.

Capítulo 7

A Nico le fascinaba el rock. Incluso formaba parte de una banda de amigos en la que tocaba. Al menos, eso lo respetó Bárbara a la hora de organizar su fiesta de cumpleaños de temática rockera.

Las cuatro salimos vestidas de mi casa. Llevábamos conjuntos similares, aunque cada una reflejaba su personalidad a través del peinado y los complementos. Cómo no, Zoe era la más atrevida y rompedora, mientras que Blanca era la más cándida, representando la versión más edulcorada de una rockera. Candela y yo estábamos a caballo entre la una y la otra.

Todas llevábamos pantalones de cuero, tops lenceros de lo más sexi y chupas de cuero, con botines negros igual que el resto del atuendo. En mi caso, de mi cuello pendía una gargantilla con el detalle de unas esposas. Era de plata y chulísima.

Esa noche, Mauro, el novio de Blanca y médico como ella, estaba de guardia, así que Aless decidió quedarse con sus colegas, porque apenas era amigo de Nico y no le apetecía demasiado asistir a esa fiesta.

Yo seguía un poco rayada. Por fuera actuaba como si nada hubiese cambiado en mi vida, pero por dentro notaba una especie de convulsión que no había sentido hasta entonces. Como cuando tienes la sensación de que algo va a zarandear los cimientos de tu estable mundo y desconoces las consecuencias.

En otro momento me habría molestado que Aless no asistiese con nosotras a la fiesta porque solíamos hacer muchas cosas juntos. Pero aquella

noche no solo no me importó lo más mínimo, sino que entendí que era mejor porque así podría pasármelo bomba con mis amigas.

La fiesta se celebraba en un lujoso local que Bárbara y Nico habían alquilado.

—Mírala, si se creerá que tiene el carisma de Tina Turner —decía Candela cuando vio a Bárbara.

Si nos invitó a las demás, fue por compromiso, al ser las amigas de su cuñada, pero daba asquito ver el saludo que nos hizo, dándonos un par de besos de lo más fingidos y de lejitos, no le fuéramos a pegar algo. Qué más quisiera ella que contagiarse de algo nuestro.

Poco hay que decir sobre que la fiesta era por todo lo alto, con carpas, equipos de música y un escenario digno de los Scorpions, como no esperábamos menos de ella.

Llegamos hasta allí en taxi con la intención de bebérnoslo todo. Nico se acercó a saludarnos junto con los compañeros de su banda, que estaban tras él.

—Gracias por venir, guapas. ¿Os acordáis de mis colegas? Luego tocaremos algo, aparte del grupo que hemos contratado. Nos falta Johnny, que anda con el COVID, y en su lugar viene Dylan, otro colega que toca con nosotros de vez en cuando.

Nada más escucharlo, pensé en que no habría otro nombrecito. El chaval tenía que llamarse igual… Hasta que le miré y caí en que era demasiado igual.

—Mira quién está aquí —me dijo aquel arquitecto reputado con un aire muy distinto al estar vestido de cuero también, con una camiseta negra que lo petaba y con unos pantalones cuya venta debería estar prohibida, al menos para alguien con un cuerpazo como el suyo.

Sentí calor y hasta una bajada de tensión. No le esperaba allí y ese calor comenzó a propagarse por todo mi cuerpo como si se tratase de un incendio.

No había que perder de vista que, por muy de rockeros que fuésemos, todos los que estábamos allí pertenecíamos al mismo círculo social. En cuanto al cumpleañero y emprendedor hermano mayor de mi amiga, venía a ser de la misma edad que el arquitecto.

Las chicas me miraron y me sentí aún más incómoda. No había mencionado a Dylan en ningún momento porque no quería que hubiera especulaciones. El cosquilleo que me producía en el estómago su presencia ya era de por sí lo bastante abrumadora, sin necesidad de que ellas diesen su opinión.

No le respondí directamente, solo me limité a presentarle a mis amigas.

—Chicas, este es Dylan. Y ellas son Blanca, Zoe y Candela.

—Yo ya te conozco, alguna vez nos presentó mi hermano.

—Cierto —le respondió él, aunque su mirada penetrante y grisácea seguía puesta en mí.

—¿Y vosotros de qué os conocéis? —me preguntó Zoe. Su morbosilla curiosidad contrastaba con la inocente mirada de Blanca, quien también me interrogaba con los ojos.

—Dylan va a asociarse con mi padre en un nuevo proyecto. Es un gran arquitecto, igual que su hermano, Luca Bravo.

—Bravo —repitió con guasa Zoe.

—Ese soy yo, sí. Chicas, ¿una copa?

El resto de los chicos que tocaban con Nico se quedaron también con nosotras, lo que le dio la oportunidad a Dylan de dirigirse a mí de un modo más directo.

—Así que rockera…

—Así que tocas un instrumento.

—El bajo, toco el bajo.

«Pues de bajo no tienes nada», pensé. Yo no despuntaba por mi altura, pero con los altos botines que me coloqué en los pies no se me veía demasiado pequeña.

—Mira qué bien.

—Igual de bien que el hecho de que tú bailes.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Tu padre. El pobre está encantado contigo —me soltó en tono condescendiente.

—Oye, que lo dices como si no tuviera motivos. Que soy su niña y le he salido bastante bien.

—Sí, sí, eso no lo niego —asintió echándome la más vacilona de las miradas.

—Te juro que lo estoy flipando mucho. ¿Mi padre sabe que eres así?

—¿Buen profesional? Creo que sí. De otra manera, no creo que hubiera aceptado que trabajase con él.

—Y caradura…

Las chicas estaban alucinando. No esperaban que conociera a Dylan y, además, notaron las miraditas que me lanzaba mientras hablaba conmigo.

Yo no quería ni que mencionasen el tema cuando el grupo comenzó a tocar. Pero mucho me temía que sería inevitable. Menudas eran.

—¿Y de ese bombón de licor cuándo nos pensabas hablar? —me preguntó Zoe cuando tuvo la oportunidad.

—Te pido, por favor, que no empieces, porque te gusta mucho picar, como si fueses una abeja.

—Si te picas es porque ajos comes. Al tío le molas, solo dime una cosa. ¿Tiene algo que ver con la pregunta que nos hiciste sobre Aless?

—¿Qué va a tener que ver? Eres tú quien ve cosas donde no las hay. Blanca, díselo tú, que parece que eres quien mejor me comprende.

—A ver, mirarte, te mira mucho. Te devora con la mirada, que no es lo mismo. Pero yo pongo la mano en el fuego por ti. Eres como yo en ese aspecto; solo tienes ojos para tu novio.

—A mí es que estas conversaciones me dan urticaria, os lo juro.

—Zoe, que Blanca tiene razón. Aless lo es todo para mí.

—Candela, di algo antes de que suelte lo que tengo en mente y se desate la III Guerra Mundial.

—¿Y eso por qué? ¿Qué tiene de malo lo que ha dicho Chanel?

—Pues que un tío no puede ser el centro de vuestro mundo. En todo caso, un complemento. Una media naranja de esas que dice la gente cursi, como mucho. Pero de ahí a ser el centro de vuestras existencias… Eso os lo tendréis que hacer mirar.

—Es una manera de hablar, chicas. Tampoco os lo toméis al pie de la letra —prosiguió Blanca—. Chanel, ¿qué te pasa?

—Pues le pasa, que el tal Dylan la está acaparando con la mirada. Eso es lo que le pasa.

—Candela, no me des caña tú también, te lo pido por favor. Es un caradura, ya se lo he dicho antes.

—¿Le has tenido que decir eso? ¿Y por qué? ¿Es que se ha propasado contigo?

—Blanca, no te líes que tú eres mucho de liarte con las cosas. Ese tío bueno, lo único que ha hecho ha sido darle un poco de vidilla a Chanel. El problema es que no está acostumbrada y se escandaliza.

—Pues si me lo hace a mí, no te digo, Zoe.

—Si te lo hace a ti, ya habrías ido a denunciarlo, lo sabemos.

—¿Sois conscientes de que estáis hablando de mí y de que sigo aquí?

—Que sí, tonta. Disfruta de la música. Y de las vistas —murmuró Candela con guiño de ojo incluido.

No podía actuar con libertad porque una inquietud interna me lo impedía. Cuando terminaron de tocar, llegó el momento de abrir los regalos.

Lo más frustrante fue que, en lugar de dejar que él los fuese abriendo con naturalidad, dándonos las gracias a todos, Bárbara se adueñó del momento como si fuera la protagonista de la fiesta. Ella los abría, les echaba un ojo, y hacía un comentario según sus gustos, ignorando por completo los de su novio.

Nos estaban entrando náuseas debido a su comportamiento, eso desde luego.

—Espero que la bruja esa diga algo bueno del nuestro o todavía come hierba esta tarde.

—Zoe, modérate un poquito. Nos tiene que importar un cuerno lo que opine.

—Es que tu cuñada me saca de quicio, Candela.

—Toma, y a mí, pero ¿qué le hago? Si te parece, me tiro a su yugular.

—Mala idea no es, aunque si se trata de tirarte… Mejor te tiras a algún tío bueno de los que hay por aquí. A Dylan no, que a ese lo vamos a mantener en la reserva.

La miré desafiante. Sabía muy bien a qué se refería, porque la conocía como si la hubiese parido.

—Zoe, deja ya el temita, que me estás tocando la moral más de lo debido. Hay bromas que conmigo no.

—Chanel, no me seas *pinchaglobos*, ¡que estamos de fiesta! —me recordó.

Eso era cierto. Pero también lo era que a mí nunca me habían gustado las bromas de ese tipo, especialmente aquellas que insinuaban que podría sentir interés por alguien que no fuera mi novio.

—Si sigues así, me voy a marchar, te lo digo en serio.

—No te me piques como Blanca, que tú tienes más correa.

—Ya salí yo, ¿acaso no tengo sentido del humor?

—Cortito. Tú lo tienes cortito —le contestó Zoe—, como la copa que me han servido. Se podían haber estirado un poco más.

—Zoe, que queda mucha noche.

—Pues eso mismo te digo, Chanel, que la disfrutes.

Llegó el momento en el que la endiosada de Bárbara desenvolvió nuestro regalo. Era de traca que tuviese que hacerlo ella. En fin, que miró el recopilatorio y también nuestros nombres.

—Bueno, pues ahí lo tienes, Nico. ¡Anda que son modernas estas chicas! —dijo con todo el retintín.

Zoe se irguió, pareciendo el doble de alta de lo que era, que ya de por sí despuntaba por su altura. Y de buena gana le habría dado un buen golpe a la pelirroja, dejándola como un tapón de alberca.

—Originales, más bien diría yo —replicó Nico, haciendo que Bárbara enrojeciera de ira como su pelo, claramente molesta por el comentario que contradecía el suyo.

—Pues nada, vamos al siguiente, que seguro que es la caña.

—Es una bruja, os lo juro. ¿Cómo la aguantas, Candela?

—No tengo que vivir con ella, porque si no, no le quedaría ni uno de sus rojizos pelos en la cabeza. La habría dejado ya como una bombilla.

—No, si entre unos y otros, nos van a dar la noche —me quejé al ver que Dylan se acercaba de nuevo.

Las chicas me dedicaron una sonrisilla pícara, a excepción de Blanca, quien estaba muy sorprendida.

—¿Disfrutando? —me preguntó directamente.

—Lo que se puede, aunque entre las engreídas y los moscones, no te creas que anda una muy a gusto por aquí —le aseguré.

—Si notas el ambiente viciado, podemos salir y nos echamos un cigarrillo.

—No, gracias, no fumo. Me parece un vicio muy insano.

—Y yo tampoco.

—Y entonces, ¿por qué lo dices? ¿Me estás vacilando?

—Un poco —murmuró Zoe con retintín.

—Oye, Dylan, ¿tú no tienes nada más interesante que hacer que venir a decirme tonterías?

—Ahora mismo no, es que estamos de fiesta, ¿te has dado cuenta?

Zoe y Candela tiraron de Blanca, quien tampoco estaba acostumbrada a tipos con tanto morro como Dylan. Y yo las fulminé con la mirada por dejarme a solas con él.

—Pues claro que me he dado cuenta.

—¿Sí? Poco se nota. Lo digo porque no estás bailando.

—¿Vas a decir que no sé bailar? Eso sería lo último que me faltaría escuchar de ti.

—Si no me lo demuestras, tengo derecho a opinar, ¿no crees?

—Pero ¿tú de dónde has salido?

—¿Desde el principio? Pues mi madre dice que, antes que nada, tan solo fui un rayito de deseo en los ojos de mi padre y que, más tarde…

—¿Te estás quedando conmigo?

—¿Es una opción? Porque podría considerarla.

—Por supuesto que no lo es. Seguro que mi padre te ha hablado mucho de Aless, de mi novio, un chico maravilloso con el que pronto estaré comprometida.

—Sospecho que tu padre tiene temas más interesantes de los que hablarme.

—¿Más interesantes que de su yerno?

—Técnicamente, ese chico aún no lo es. No soy un experto en estas cosas, pero creo que esos títulos se obtienen después de decir «sí, quiero».

—Para el caso, es lo mismo. Se trata de un hecho, solo falta fijar la fecha.

—¿Por su parte o por la tuya?

—¿Cómo dices?

—Me refiero a que quién tiene que fijarla, porque de ser por ti ya estaría fijada, ¿no es así?

—¿A ti cómo se te ocurre hablarme en ese tono?

—¿Te refieres a bajito? Es que no me parece una conversación para mantenerla a gritos. Son cosas muy personales, ¿no es así?

—Mucho, tanto que no te incumben en absoluto. Hasta aquí ha llegado la conversación, ¡aire!

—Tienes razón, es hora de bailar.

Tiró de mi muñeca y no lo esperaba en absoluto. Trataba de zafarme cuando, para mi desgracia, Nico nos vio al lado ya de la pista de baile. Cogió el micrófono e hizo algo que no esperaba, y que me mató, por cierto.

—Pero si vamos a tener el gusto de ver bailar a Chanel. Mirad bien, que lo hace genial. Dylan, espero que des la talla, porque has escogido a una pareja de altura.

—Tan alta, no te veo. —Me guiñó el ojo, de una manera tan seductora, que me indicó que no conocía la vergüenza.

—Esto es demencial. Un baile y te esfumas, que te quede claro.

A Nico le apasionaba el arte en todas sus formas. Antes de conocer a Bárbara, en alguna ocasión acompañó a su hermana y a sus amigas a mis actuaciones, ya que en mi academia se organizaban distintos eventos para el público. Siempre me animaba, diciéndome que lo hacía increíble, lo que provocó un gran enfado en su novia al escuchar sus elogios. El rostro se le torció y la mirada reprobatoria que le dirigió, por suerte, le rebotó a Nico, quien estaba por la labor de pasárselo bien.

Allí me vi, con el resto de los invitados haciendo un círculo, y obligada a darlo todo con un Dylan que también parecía llevar el ritmo en las venas. Si el bajo lo tocaba bien, pues eso acababa de comprobarlo, el baile tampoco se le daba nada mal.

Sonó un clásico total, *You're the one that I want,* de la banda sonora de *Grease* y, mientras él se convirtió en un revolucionario John Travolta, yo me transformé en la más cañera Olivia Newton John, pues no estaba dispuesta a dejarme comer el terreno.

Era innegable que aquel tipo, que me penetraba con la mirada, derrochaba talento y carisma. La gente silbaba, nos vitoreaba y nos aplaudía con entusiasmo. Y para colmo, cuando terminamos, nos pedían otra, como si fuésemos un grupo famoso dando un concierto.

Por una vez, estuve de acuerdo con Bárbara. Esa narcisista no podía vivir sin ser el centro de atención, así que intervino.

—Bueno, yo creo que ya es hora de que nos lancemos los demás también a la pista, ¿no creéis? Venga, que luego comenzaremos con los juegos y con los sorteos.

Había preparado toda clase de tonterías para seguir con el micrófono en la mano, que era lo que realmente quería. En cuanto a mí, solo deseaba que las horas se deslizaran rápidamente.

Me sonrió picante una vez que el resto comenzó a bailar.

—Otra más, ¿sí?

—Ni en tus mejores sueños. Ya te has llevado mucho más de lo que te corresponde.

—Si ni siquiera me has besado, ¿cómo puedes decir eso?

—¿Y a ti? ¿Cómo se te ocurre decir semejante estupidez?

—Si la música está a tope, ¿quién nos va a escuchar?

—Yo, yo te he escuchado.

—Y no me digas que te vas a escandalizar por tan poca cosa.

—No sé de qué mundo vienes tú, Dylan, pero en el mío, las relaciones se respetan —le solté dándole la espalda.

El resto del tiempo que estuve allí, me dediqué a esquivarlo. Las chicas se le echaban encima y, aunque hablaba con unas y con otras, siempre se las apañaba para mantener el contacto visual conmigo. ¿Cómo podía ser tan arrogante?

A la hora de marcharme, me cogió nuevamente por la muñeca, viendo que salía con las chicas.

—¿Cuándo volvemos a vernos?

—¿Te refieres a ti y a mí? Pues en otro siglo, eso creo —le solté totalmente decidida a que así fuera.

Cuando me subí en el taxi con las chicas, Candela y Zoe me miraban con bastante guasa que, mezclada con las copas, suponía un cóctel explosivo. En cuanto a la pobre Blanca, ella llevaba la cabeza fuera de la ventana para que le diese el aire. Había bebido demasiado y el alcohol le sentaba regular tirando a mal.

Capítulo 8

—¿Qué te estaba diciendo Jorge? —me preguntó Aless aquel mediodía al salir del instituto.

—Nada, una sugerencia para nuestro departamento de inglés.

—¿Y la comenta contigo y no con el jefe de departamento?

—Pues yo, qué sé, díselo a él.

—Lo mismo tengo que decirle algo un día, sí.

—¿Qué te pasa, Aless? Nunca había visto que te molestase algo que hiciera Jorge.

—Es que nunca le había visto con tantas ganas de cuchichear contigo.

—Oye, que solo ha sido un comentario inocente.

—A lo mejor, la inocente eres tú. Ahí lo dejo.

—Sí, va a ser mejor que lo dejes porque no entiendo lo que está pasando.

—Pues pasa que ese tío es un baboso, que te lleva un montón de años y que, aun así, la vista le funciona perfectamente porque los ojos se le van para tu escote, que es un gusto, eso es lo que pasa.

Siempre he pensado que un toque de celos puede añadir emoción a una relación. No me refiero a celos destructivos, sino a esa mirada posesiva que te lanza tu pareja cuando nota que alguien más te presta demasiada atención. Todo se resuelve con par de besos con los que le demuestras que es su boca la que quieres besar. Entonces, él te envuelve con sus brazos y, con suerte, acabáis en la cama, terminando de aclarar cuánto os deseáis.

En fin, que de eso al tono de reproche con el que me habló había un trecho.

—Oye, que me lo estás diciendo como si yo tuviese la culpa de algo y, que sepa, no he hecho nada.

—Puede ser no conscientemente.

Ese último comentario me minó la moral. Aless nunca fue picajoso ni malicioso. Y lo que dijo estuvo totalmente fuera de lugar. No necesitaba preguntarle la opinión de nadie para saberlo.

Me quedé muy chafada.

—Bueno, ¿qué? ¿Vienes o no vienes?

Era viernes y comenzaba nuestro fin de semana. Esa noche yo bailaba en un festival de danza contemporánea con los de mi academia, pero antes almorzaríamos en casa de sus padres.

—Pues, ¿sabes lo que te digo? Que no voy —le contesté con decisión.

—¿Cómo que no vienes? Que ya tendrán el almuerzo listo, Chanel, ¿estás tonta o qué te pasa?

—¿Me has llamado tonta? No se te ocurra volver a insultarme.

—Ni a ti sacar las cosas de quicio, que no ha sido para tanto. Menuda chorrada, y mira cómo te has puesto.

—Vale, vale. Se acabó la discusión. Nos vemos esta noche.

No me apetecía en absoluto seguir discutiendo con él y menos cuando estaba dolida.

Me subí en mi Mini y me dirigí a casa. Escuché *Sueño contigo* de Alejandro Fernández y maldita la gracia que me hizo porque resultó que esa noche había soñado con Dylan, a quien hacía días que no veía.

Una no escoge con qué o con quién soñar, pero no me gustaba que aquel tipo se colara en mis sueños sin mi permiso, porque de allí no lo podía echar. Respecto a él, sentía que, cuando aparecía, mi mundo se tambaleaba bajo mis pies. Y no soportaba esa sensación.

Llegué a casa, y Teresa me dio un beso.

—Cariño, no te esperaba. Creí que comías en casa de tus suegros.

—Y así era, Teresa. No te preocupes si no tienes preparado nada, porque no vengo con hambre.

—¿Cómo no voy a tener nada preparado si en esta casa siempre hay comida hecha para dar y regalar? ¿Y qué es eso de que vienes sin apetito?

—Eso digo yo.

—Abuela, que me has asustado.

—Ni que fuera un adefesio ahora yo. Que trato de envejecer con dignidad, sí. Que estoy divina, también.

—Y que lo digas.

—¿Por qué estás aquí?

—Bueno, es que he discutido con Aless y he preferido venirme. Además, que esta noche bailo y, la verdad, prefiero descansar un poco después de comer —me excusé.

—¿Y desde cuándo prefieres descansar a estar con tu novio? Aparte de que digo yo que en casa de sus padres también habrá camas, ¿qué te pasa?

—Que se ha puesto celoso y no me ha gustado demasiado —le confesé.

La miradita que se intercambiaron Teresa y ella fue de desconcierto. Obvio que les pilló de improviso.

—¿Celoso el huevón? Pero ¿te ha dicho algo que te molestase?

—No, abuela. Y ahora no te tomes la licencia de llamarle huevón a todas las horas. A la vista está que no lo es tanto, porque celos siente.

—Ya, ya, una novedad. Pues nada, cariño, vamos a comer, que va siendo hora. Que este cuerpazo de diva no se mantiene del aire.

—Está bien, me cambio y bajo al jardín. Comemos allí, ¿verdad?

—Obvio, una comidita rica y ración extra de vitamina D, que a mi edad es necesario absorberla. Bueno, eso y otras cosas, que estoy en los últimos años del disfrute.

—Abuela, ¿cómo se te ocurre decirme esa barbaridad? Que tú eres una dama del cine, una leyenda viviente.

—Soy consciente, lo cual no evita que mi lengua vaya por su lado cuando le parece.

—Ya, ya, se acabó la conversación.

Trataba de hacerme reír. No le conté en profundidad lo que había sucedido realmente, porque se hubiese enojado mucho, y por la noche teníamos que vernos todos.

Antes de salir de casa en dirección al festival, llamé a Aless. Procuré que se me fuese pasando durante la tarde, pero no lo conseguí porque quería

inclinarme por el hecho de que no pensó lo que dijo, pero lo dijo, y me hizo daño, algo a lo que no estaba en absoluto acostumbrada.

—Hola. Si nos esperas en la puerta del festival, te doy tu entrada —le comenté.

—En realidad he pensado que no voy a ir, Chanel. Estoy apalancado en casa y no tengo ganas de salir. Además, no ha sido un buen día y no me siento muy bien.

—Yo tampoco, por eso creí que vendrías y nos despejaríamos luego un rato.

—La próxima vez que bailes, ¿de acuerdo?

Me quedé patidifusa. Si echaba la vista atrás, era la primera vez que se perdía una actuación mía. Pues sí que estaba bien la cosa.

Fuimos en mi coche. A mi abuela no le gustaba conducir. Ella decía que, por su profesión, estaba muy acostumbrada a ir con chófer y que lo de ponerse al volante como que ni le iba ni le venía.

Mi padre, que tuvo una reunión de trabajo, ya debía estar esperándonos en la puerta. Hablé con él un poco antes y le comenté que me verían la abuela y él solamente, que Aless no iría.

Aparqué en el parquin y le di el encuentro. Lo saludaría y dejaría a la abuela con él mientras yo iba entrando para calentar. Y lo que se me calentaron fueron las mejillas al verlo allí, esperándome, con Dylan.

Muerta, me acababa de quedar muerta, ¿podía tener más morro?

—Hija, ya me despedía de Dylan cuando me dijiste que Aless no usaría su entrada y se la he ofrecido a él, ¿te molesta?

—No, claro que no. —Disimulé.

Mi padre era mucho más distraído para esas cosas, pero a mi abuela no se le pasó por alto el color que tiñó mis mejillas al verlo.

—Así que por fin te voy a ver bailar —me soltó.

No pude más. Había que tener la cara como el mármol. No solo se colaba allí, sino que se hacía el tonto que daba gusto.

—Ni que fuera la primera vez —murmuré, dejándome caer.

—Cierto, ya se lo he comentado a tu padre —me contestó y más roja me puse. Así que no se había callado nuestro encuentro en el cumpleaños de Nico—, pero me refería en un evento.

En realidad, si se lo hubiese callado o no, me hubiese molestado. Todo lo que hacía me fastidiaba, así que no sabía qué pensar.

—Sí, sí, Dylan me ha contado que incluso bailasteis juntos en esa fiesta, qué casualidad, ¿verdad?

—Sí, una gran casualidad.

Mi abuela me lanzó una miradita socarrona. No, a ella no se lo había contado, porque quizás entonces hubiese tenido que soportar un comentario sarcástico por su parte.

Entré y actué con toda la pasión que el baile requería. Me ayudaba a conectar conmigo misma y me sorprendía la cantidad de emociones que se pueden transmitir a través de él. No obstante, si hubiera tenido que decantarme por algo que expresaba ese día, hubiera jurado que se trataba de nervios.

Una vez terminada la actuación, mi padre me felicitó como siempre. Se sentía muy orgulloso de cualquier cosa que hiciera, siempre era mi fan número uno junto con mi abuela, a quien se le llenaba la boca diciendo que tenía de quién haber heredado ese arte.

—Es cierto, has estado genial. Os invito a todos a cenar para celebrarlo —me comentó en ese momento Dylan.

—No, no, no es necesario, gracias. En realidad, suelo terminar muy cansada después de cada actuación —le contesté porque nada más lejos de mis pensamientos.

—Hija, siempre terminas cansada, pero igual siempre vamos a cenar después, ¿o tienes otro compromiso?

—No, papá, ninguno.

—Pues entonces, vayamos.

No se me ocurrió nada más que decir. Mi abuela ya tiraba de mí.

—Venga, que lo pasaremos muy bien. La noche es joven… como yo.

—Y que lo digas, abuela. Tú siempre serás joven.

Me tocó compartir mesa nuevamente con él y eso que era lo último que hubiese pasado por mi imaginación para esa noche.

Dicharachero y contento, habló por los codos y se metió en el bolsillo totalmente a mi abuela.

—Mira que tu hermano Luca me cae bien, pero ahora que no nos escucha, te diré que tú me estás cayendo todavía mejor.

—Es que si nos escuchara desde Japón sería bastante mosqueante.

—Eso digo yo, ¿qué se le ha perdido a ese hombre allí? Por favor, con lo poco apasionados que son los japoneses. A mí es que me tira mucho más lo latino. Aunque también en Hollywood me siento como en casa, qué glamur, qué sensaciones.

—Julia, tu fama te precede. Déjame decirte que llenas la pantalla como pocas.

Y yo le habría dicho a él que le estaba haciendo la pelota como pocos. Que sí, que era evidente que mi abuela valía muchísimo, pero también se notaba que quería caerle bien a todos. ¿Acaso estaba tratando de conquistar a toda mi familia? Pues conmigo la llevaba clara.

Al finalizar la cena, comenzamos a despedirnos. Mi abuela le pidió a mi padre que le tomara una foto, y en ese momento, Dylan me habló.

—¿Tenemos algún plan para el fin de semana?

—No he visto que apenas hayas bebido durante la cena, aunque se ve que el alcohol hace estragos en tu cabeza. Por poco que sea.

—Te gusta evitarme cuando sabes que ese beso que aún no nos hemos dado nos está quemando a ambos.

—A ti lo que te va a quemar va a ser la mejilla si no dejas de sugerir ese tipo de barbaridades.

—Cuestión de opiniones. Para mí, la barbaridad es que aún no nos lo hayamos dado, con lo mucho que nos atraemos.

— Esa atracción solo existe en tu mente, porque, por mi parte, no hay nada.

—Dime que no has soñado conmigo en estos días y prometo no volver a insistir.

—¿Soñar contigo? Estás muy equivocado.

Se lo dije con un hilo de voz, menos mal que mi padre ya se acercaba con mi abuela porque no podía ni mirarlo a los ojos. Mierda, mierda, ¿cómo podía ser que lo supiera?

Capítulo 9

Al día siguiente, sí que tendría que almorzar en casa de mis suegros. Les había hecho el feo el anterior y no era mi costumbre.

Ni Guillermo ni Laura merecían eso, y hasta Rosalía, la perrita, me echaría de menos. Y yo a ella. Me sentía tan cómoda en esa casa y con quienes en ella vivían, que la consideraba una extensión de la mía.

Esa mañana, mi padre acompañaría a Blanca y a Mauro a ver el complejo de viviendas en el que ellos estaban pensando comprar. Decidí unirme a ellos, pues hasta el mediodía no tenía nada que hacer.

Cuando Blanca llegó con Mauro, su sonrisa le atravesaba la cara de lado a lado. Mi dulce y romántica amiga estaba dando pasos en la dirección de sus sueños. Sin embargo, algo me decía que mis pies se estaban quedando más inmóviles en lo que a la persecución de mis propios sueños se trataba.

Nadie mejor que mi padre para aconsejarlos. Cuando llegamos a la urbanización, sentí como si me hubiesen dado un pellizco en el corazón, como un dolor en el pecho a consecuencia de que no me veía todavía en esas. Y no por falta de ganas.

—Pues lo cierto es que a la urbanización no le veo ni una pega en cuanto a calidad y precio. Si tuviera vuestra edad y me encontrase en vuestra situación, me lanzaría de cabeza. Incluso, si podéis hacer un pequeño esfuerzo más, me decantaría por una de las viviendas de las esquinas, exactamente por aquella. Vamos a verla —les indicó—. Teniendo en cuenta que tiene más césped que el resto, incluso os podríais plantear la construcción de una pequeña piscina el día de mañana.

—Ese sí que sería un sueño, Darío. ¿Lo ves igual, Mauro?

—Yo creo que, entre la ayuda que nos van a dar nuestros padres y un poco más de esfuerzo por nuestra parte, deberíamos decantarnos por esta. Es verdad que es la mejor orientada, como dice Darío —le respondió su novio.

—Es una maravilla, eso es lo que es. Me veo ya viviendo aquí, con nuestra mesita en el jardín, perfectamente decorada… ¡Ay, qué ganas!

—Sí, pero antes la boda.

—Eso, la boda —susurró ella emocionada.

Ya la veía vestida de novia, como a una muñequita. Era ideal, igual que el resto de mis amigas. Todas distintas físicamente, pero muy monas. Y en el caso de la pecosilla de Blanca, su dulzura interior se le reflejaba también en el rostro y, en particular, en sus vivos ojos, que ese día lo estaban más que ningún otro.

De allí nos fuimos a tomar el aperitivo con ellos. Mi padre nos invitó para repasar la memoria de calidades tranquilamente sentados.

—Sigo viéndola muy acorde al precio. Vía libre, chicos.

—Esta misma tarde hablaremos entonces con nuestros padres y el lunes daremos la señal para la casa, que no nos la quiten. Muchas gracias, Darío.

—No ha sido nada. Un placer.

El sitio en el que nos paramos a tomar algo estaba cerca de nuestra casa, así que allí se nos unió el tío Roberto, ese amigo de mi padre que para mí era un familiar a todas luces. Guapo y elegante, bien podía haber sido hermano de mi padre a nivel genético también, porque creo haber comentado, ya que, para mí, como si lo fuesen.

Además, Roberto era interiorista y eso lo llevaba a trabajar a veces con mi padre. Ciertos clientes, cuando le encargaban el diseño de una casa, esperaban recibirla perfectamente amueblada y decorada también. Y cuando se daba el caso, ahí estaba el tío Roberto para deleitarlos con ese estilo que tenía. Verdaderamente espectacular para mi gusto. También en nuestra casa participó activamente en la decoración.

—*Hi*, *my darling* —me saludó en inglés como siempre hacía.

No sería el caso porque estábamos en reunión, pero cuando charlábamos a solas siempre quería que fuese en ese idioma para practicar, aunque lo

hablaba perfectamente.

—Hola, tío Roberto. ¿Almuerzas hoy con papá y con la abuela?

—Tu bellísima abuela tiene hoy un compromiso, así que nos privará de su presencia.

—O sea, que estaréis más tranquilos.

—Puede ser —añadió mi padre, quien adoraba a mi abuela, pero a veces acusaba lo intensa que era.

—¿Y tú?

—Yo como en casa de mis suegros.

—Cómo son los Godoy, siempre privándonos de tu presencia.

—No te pongas *celosito* que tú sabes que, donde os ponéis vosotros, no se pone nadie.

—¿Y qué le hago si eres mi niñita adorada?

—Pues consentirme un poco más, lo veo.

—Eso, hija, tú pide.

—Papá, si al tío Roberto lo que más le gusta en el mundo es mimarme y lo sabes.

—Lo sabe él y el mundo entero. Por cierto, cuando quieras hacer ese cambio del que me hablaste en tu dormitorio, me lo dices y miramos ideas.

—Pues sí, en estos días.

Lo dije con un tono un poco desinflado, pero para mí tenía sentido. De alguna manera, me molestaba más pensar en redecorar mi habitación en casa de mis padres que en buscar un nuevo hogar junto a Aless.

Una sensación extraña me invadía, como si mi mundo idílico ya no lo fuese tanto. Y eso me causaba hasta dolor de estómago.

—No lo has dicho muy animada. ¿Te pasa algo, cariño?

—No, no, en absoluto. Solo son cosas mías, tío Roberto. Nada importante.

—Pues entonces vamos a meterle mano a este aperitivo, que tiene una pinta estupenda.

No me sentía con demasiado apetito tampoco ese día. Y eso lo notó Laura en cuanto llegué a su casa. Pero es que el recibimiento de Aless no fue muy efusivo al verme en su jardín, y eso como que me cerró el estómago.

Sinceramente, hubiese deseado una disculpa por su parte, pero no encontré nada de eso. En su lugar, se limitó a preguntarme.

—Anoche, qué tal, supongo que bien como siempre, ¿no?

—Sí, sí, la actuación gustó.

—Normal, con el tiempo que le dedicas, como para no gustar.

Hasta su madre se quedó con cara de pasmo. No era el comentario más acertado ni tampoco uno al que estuviera acostumbrada por su parte.

—Hijo, qué manera de decir las cosas.

—Mamá, ¿qué he dicho? Le dedica tiempo, ¿no es así? No me estoy inventando nada.

—Claro que se lo dedica, por eso es un placer verla bailar. Anda que no presumo nada con mis amigas de mi nuera.

—Gracias, Laura.

—Y yo también de mi niña —añadió Darío, quien venía a unirse a la conversación.

Así era cómo me trataban, como a su niña. Y la otra niña de la casa, la perruna, ya estaba sobre mi regazo buscando mis caricias y tratando de lamerme a modo de saludo.

—Rosalía, ya, que la vas a espantar —le comentó Laura.

—Anda, que no es difícil, eso —le contestó su hijo.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté de inmediato.

—Porque pasas más tiempo aquí que en tu casa —me contestó sin darle la menor importancia.

Era un nuevo comentario hiriente que me había lanzado. No lo merecía y, sinceramente, no lo esperaba.

Su madre le dirigió una mirada de desaprobación. No lo habían educado de esa manera y no estaban acostumbrados a que Aless los dejara en evidencia.

—Hijo, eso no ha sonado muy bien.

—Qué tiquismiquis sois todos, no he dicho nada. Solo que a Chanel le encanta estar aquí, se nota. Eso no es ninguna novedad.

No, la única novedad era que a él, de repente, parecía no hacerle gracia. Y eso era llamativo. También lo era que no paraba con el móvil, venga a darle a la tecla, como si la conversación no le interesase demasiado.

Tras el almuerzo, que no me cayó demasiado bien, pues, tampoco lo vi muy cercano ni participativo. Sus padres se retiraron un poco a descansar y entonces aproveché para hablar con él.

Teníamos una conversación pendiente y me estaba pesando; era así. De modo que no vacilé a la hora de entablarla.

—Bueno, qué, ¿ya se te ha pasado el mosqueo?

—¿Qué mosqueo, Chanel?

—El que tenías ayer y encima no viniste a verme bailar.

—Estaba acomodado, ya te lo dije. Lo otro no tuvo importancia, no se la des tú.

—Pues te vi un poco ofuscado con Jorge y conmigo. Y eso no me hizo sentir bien, porque no creo que desconfíes de mí.

—Claro que no, ¿cómo voy a desconfiar sí sé que estás loca por mí?

—Y tú, ¿lo estás por mí?

—¿Lo dudas? Si no fuera porque están mis padres en casa, te lo demostraría ahora mismo. Es más, creo que podemos entrar en mi dormitorio y, si no hacemos ruido…

—No creo que me lo estés proponiendo en serio. Nunca les hemos faltado así al respeto en su casa y no lo haremos.

—También es mi casa, que no se te olvide.

Me estaba haciendo sentir mal de nuevo, ¿a qué venía aquello? Guillermo y Laura merecían toda mi consideración, y jamás haría algo que pudiera ofenderlos. No había ninguna necesidad de darnos el lote allí y estando ellos.

—No, no se me puede olvidar, lo tengo muy presente —le respondí.

—Noto cierto retintín en tu voz, Chanel.

—Vale, no quiero tonterías entre nosotros, pero es que esta mañana he estado con Blanca y con Mauro. Mi padre y yo los hemos acompañado a ver una de esas casas que estaban mirando.

—Mucho corren esos, creo yo.

—Pues claro, si no corren, la perderán.

—Me refiero a que corren mucho en general, ¿a santo de qué tantas prisas por complicarse la vida?

—No te entiendo, Aless, ¿cómo complicarse la vida? Ellos quieren casarse, independizarse… Lo mismo que cualquiera.

—Lo mismo que cualquiera que tenga prisa, repito.

—No lo veo así.

—Es que tú no tienes que verlo como yo, cada cual tiene su criterio.

—¿Y el tuyo, cuál es?

—Pues hacer las cosas más despacio, lógicamente.

—Dime una cosa, Aless, ¿tú tienes pensamiento de que nos casemos pronto?

—Sí, claro, en unos años.

—¿Cómo que en unos años?

—Chanel, no va a ser mañana, digo yo. Con lo bien que vivimos los dos, sería una tontería.

—Pero yo creía…

—A ver, nena, ¿tú no estás bien viviendo con tu familia?

—Sí, claro, pero…

—Pues yo también. En ningún lado nos lo van a poner todo por delante como en nuestra casa. Y así, mientras, nuestro sueldo lo podemos invertir en viajar y en disfrutar en general, ¿qué más quieres?

—O sea, que no te hace ilusión casarte conmigo —concluí totalmente decepcionada.

—Sí, pero más adelante. No pongas en mi boca palabras que no he dicho, que me fastidia mucho.

Para fastidiada, yo. Era increíble que me lo soltase con esa parsimonia cuando sabía la mucha ilusión que me hacía. Porque podía hacerse el distraído si quería, pero sabía muy bien cómo pensaba yo en ese sentido.

El mundo se me derrumbó. Llevaba mucho tiempo pensando que mi pedida de mano debía estar al caer e iba a resultar que sí, que mi novio era un huevón, como bien decían mi abuela y Teresa.

—Pues mira, viendo que cada uno hace lo que le apetece, a mí lo que me pide el cuerpo es marcharme a mi casa.

—¿Y eso por qué?

—Porque no voy a molestar más, que ya me ha quedado claro que paso aquí mucho tiempo.

—Y a mí que estás muy susceptible, no te lo he dicho a malas. Solo es la verdad.

—Y yo también te he dicho una: me apetece subirme en mi coche y perderte de vista un rato.

—A mí no me hables así, que no creo que me lo merezca.

—No, la que se merece que la dejen sentada de culo, soy yo, por tonta.

—A ti lo que te pasa es que Blanca y Mauro se van a casar y te ha entrado el gusanillo. Ven, anda, que cada uno lleva su ritmo, ¿eso puedes entenderlo? —me preguntó mientras tiraba de mi muñeca hacia él.

—A mí lo que me pasa es que tengo ganas de largarme, ¿eso lo puedes entender tú?

Capítulo 10

Tan solo volví a ver a Aless un rato el domingo por la tarde y porque él se dejó caer por mi casa. Estuvimos un poco juntos y, viendo que yo seguía con la cara larga, no tardó mucho en marcharse.

Ya el lunes por la mañana, coincidí con él al llegar al instituto. Me hizo un gesto en la cara como para contentarme y enseguida se marchó con un compañero. Tenía un cabreo encima que no sabía cómo quitármelo, es que no me aguantaba ni yo.

Unas horas después, cuando salía al mediodía, me encontré a Guillermo charlando con alguien que estaba de espaldas. Y ese alguien me resultó conocido. Ese cuerpo fornido y ese pelo negro…

Se volvió y me mostré incrédula, ¿qué hacía Dylan allí?

—Señorita Miranda —pronunció de lo más formal en ese instante.

—Dylan, ¿qué haces aquí?

—Veo que ya os conocéis —comentó Guillermo—. Resulta que tenemos que hacer unas reformas estructurales en el área del gimnasio, y tu padre le ha pedido por favor a Dylan que buscase a alguien para ello. Creo que anda hasta la bandera el bueno de Darío.

—Así es. Resulta que estamos a tope con un proyecto y, como daba la casualidad de que tenía que pasarme por esta zona, en lugar de encargárselo a algún colega, me he acercado yo mismo.

Su sonrisilla irónica me daba a entender que el encargo le había venido de perlas. Y Dylan no dudó en acercarse personalmente y así, de paso, buscarme las cosquillas una vez más.

—Disculpadme, tengo que hablar con la jefa de estudios.

—Claro, Guillermo, ha sido un placer.

—Encantado de conocerte, Dylan. Te dejo en las mejores manos. Mi nuera vale un potosí.

Guillermo se fue y le hablé sin filtros.

—Así que ahora voy a verte hasta en la sopa. No te basta con ser un insolente, sino que te presentas en todos los lugares en los que sabes que estaré.

—Ni idea de lo que me hablas, meras coincidencias.

—Claro, meras coincidencias. Te presentas en mi festival, ahora en mi instituto…

—¿Todo eso es tuyo? No sabía que, aparte de rabiosamente sexi, contabas con tantas cosas.

—Déjate de decir pamplinas, que algunos tenemos que trabajar.

—Deja de decirlas tú. Llevas colgado el bolso y ya ibas para la calle. Es el momento ideal para que te tomes algo conmigo. Hace un día espléndido.

—Lo hace, ¿verdad? No sabía yo que llegaría un idiota a joderlo.

—Más bien que llegaría un idiota a besarte.

—Inténtalo y te quedas sin cara.

—Te gusta demasiado como para echármela abajo, pero evidentemente no lo intentaré. Lo que me pone es que seas tú quien termine buscándome, porque te mueres de ganas de besarme.

—¿Tú cuánto tiempo hace que no visitas a tu psicólogo?

—No tengo psicólogo.

—Eso lo explica todo. Mira, no tengo más tiempo para dedicarte. Se acabó.

—No opino igual. Tómate algo conmigo y luego decides.

—¿Decido dónde mandarte? Para eso no tengo que tomar ninguna decisión. Te mando a la mierda, y ahora mismo.

—Una señorita tan refinada como tú, no debería mancharse los labios con palabras como esas.

En el instante en que pronunció esas palabras, sus dedos acariciaron mis labios y me quedé paralizada. La calidez de su toque, sumada a la suavidad de mi propia piel, me hizo sentir un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo,

casi me arranca un suspiro que habría acentuado mi torpeza, que ya era bastante evidente.

Di un paso atrás, como si estuviese bailando *La Macarena,* y le pedí que se fuera. Solo me faltó invocar a los santos, hacerle la señal de la cruz y decir eso de *vade retro Satana.*

Giré sobre mis talones y salí a la carrera del centro. Justo al llegar a la puerta, me topé con Aless, quien ya venía algo más expresivo y afectuoso. Menos mal que ignoraba que le había salido competencia. De otro modo, no hubiese sonreído.

—¿Se puede saber dónde va tan corriendo la chica más bonita de la ciudad?

—A mi coche, es que no me siento muy bien.

—¿Qué te pasa, Chanel?

—No lo sé. De repente me siento como febril.

—Pues tienes razón, parece que estás caliente —murmuró sin segundas al ponerme la mano en la frente.

—Sí, sí, ya lo he notado —le contesté, pensando en que era una suerte que no supiera el motivo que me había puesto así.

—¿Quieres dejar el coche aquí y te acerco a casa? No me cuesta nada.

—No, no es necesario, de verdad.

—Vale, pero luego te llamo y me cuentas qué tal estás.

—Sí, sí, tranquilo.

Lo hice unas horas después, ya recuperada y tras descansar. Por la tarde había quedado para jugar con las chicas un partido de pádel en el club. Y como ya estaba repuesta, hasta allí que me dirigí.

—Vaya paliza que les hemos dado, Blanca —le comentó Zoe, porque jugamos por parejas.

—Sí, es en lo que más nos compenetramos tú y yo, en darles la del pulpo.

—Mírala ella, anda, que no está contenta ni nada. ¿Se lo has contado ya?

—¿Qué nos tienes que contar, niña? —le preguntó Candela.

—Que esta mañana, Mauro y yo hemos ido a entregar la señal para nuestra casa —dijo mordiéndose el labio interior por la mucha emoción que

la embargaba al contarlo.

—Pero eso es maravilloso —añadió Candela.

—Una locura, pero fantástica, sí. Si lo que quieres es ahorcarte, ya tienes un jardín en el que hacerlo.

—Qué bruta, Zoe —le recriminé.

—Para mí las relaciones asfixian a las personas, lo sabéis. Solo doy mi opinión, aunque me alegro mucho por ella.

—Pues que se note, guapa. Venga, ¡vamos a brindar!

Comenzó a contarles que mi padre les había aconsejado y que se hicieron con la mejor esquina de la urbanización, que estaban contentísimos y demás.

—O sea, que has pasado un fin de semana de ensueño con tus planes, chiquitina.

—Pues sí, Candela, porque ya vamos a fijar la fecha de la boda también.

Sin saberlo, mi amiga me acababa de poner una banderilla de fuego. Y creo que se me notó.

—Tú no pareces tan contenta, ¿te pasa algo? —me preguntó Blanca.

—Chicas, es que tengo que contaros.

—¿Algo sobre el arquitecto *potentorro*?

—No, Zoe, a ese no lo invoques que es capaz de plantarse aquí. Lo veo en todas partes.

—Eso es porque te busca, obviamente.

—Sí, lo es. Con deciros que el viernes apareció en el festival con mi padre. Es que quedó libre el asiento de Aless, que no vino a verme.

—Es verdad, que bailabas el viernes, ¿qué tal?

—Bien, Blanca.

—Oye, hay una cosa que no me cuadra.

—¿Qué, Candela?

—¿Y tu novio prefirió asistir al estreno de la nueva disco que a verte bailar?

—¿Por qué dices eso? No, no. Aless se quedó en casa.

Las tres la miramos y su cara nos decía que no. ¿A qué venía su reacción?

—No, Aless estuvo en ese estreno porque yo lo vi, que estaba en el *photocall* con otras *influencers* invitadas.

—Pero eso no puede ser, tienes que haberte confundido.

—No, me temo que la confundida eres tú. Mira, grabé un vídeo y juraría que sale él. Espera que lo busco.

—Que no, que no, que os digo que está equivocada, ¿él te vio?

—Sí, debió verme y ahora caigo en por qué desapareció enseguida. Si te había mentido y yo estaba allí, debió salir corriendo antes de dejar más pistas. Mira, es este, el de la camiseta rosa.

—Que te digo yo que no…

Me quedé con la palabra en la boca, teniendo que claudicar. Más me valía morderme la lengua porque sí era, era Aless. Y cierto que iba hacia la puerta. Debió percatarse de que Candela estaba allí y huyó a toda velocidad.

Es que no daba crédito, ¿me había mentido? Aless nunca había hecho algo así. No hasta entonces. Llevaba unos días de lo más raro y eso ya era el colmo.

Un incómodo silencio se hizo entre nosotras. Ni siquiera Zoe, quien solía despotricar a lo grande, supo qué decir. Hasta que terminó por romperlo.

—Muy apalancado en casa no debía estar cuando salió de marcha. Esto no me huele bien, y yo no he sido.

—Zoe, debe tener una explicación.

—Sí, Blanca, claro que la tiene: que le ha mentido descaradamente y eso muy bonito no me parece, digas tú lo que digas.

—No, pero que…

—Blanca, déjalo. Zoe tiene razón. Cuando la tiene, la tiene.

—Y además es imposible quitársela, cierto —intervino Candela, que estaba tan descolocada como el resto.

—Me dijo que no se encontraba muy bien, Blanca. Me mintió en toda la cara.

—Es que igual en ese momento era verdad y luego se encontró mejor.

—¿Y por eso no me lo contó al día siguiente? No sé lo que le está pasando, parece que me lo han cambiado, que no es mi novio.

Me eché a llorar. La presión me pudo. Para mí que tenía la relación perfecta y de pronto me encontraba con algo que no sabía cómo gestionar:

celos, indiferencia, mentiras…

—Y no es solo eso.

—¿Hay más?

—Cielo santo, se viene conversación y de las gordas —anunció Zoe.

—Sí, es que resulta que el sábado hablé con él sobre… Blanca, no me lo tomes a mal, pero verte así con Mauro, hizo que a mí también me entrasen ganas de darle un empujón a lo mío con Aless.

—Vosotras no entendéis de empujones. Los mejores son los que solo duran una noche y no vienen con suegra.

—Zoe, pues mi suegra es un encanto —le contestó Blanca.

—Y la mía también, Blanca. Laura es una mujer encantadora que igual me quiere hasta más que su hijo.

—Se me parte el alma al escucharte hablar así. Que no, cariño, qué voy a tener yo que disculparte. Si lo que quiero es que vayamos de la mano en todo esto, que también te salga igual —Blanca trataba de consolarme.

—Es que me dijo que vive muy bien en casa de sus padres y que sí, que lo de casarnos está muy bien, pero dentro de unos años.

—Ese pretende pasar por el altar cuando lleve un tacatá y le haya sacado todo el jugo a la vida.

—Zoe, no seas bruta.

—Candela, si vuelve a tener razón. Y no es eso solo lo que me duele, sino que piensa así, cosa que nunca me había hecho saber, y aparte no le importa nada lo que piense yo. Quiere que me lo trague y punto.

—Eso es muy de algunos tíos, que quieren que te lo tragues todo.

—Zoe, ¿puedes dejar de llevártelo todo hacia el mismo sentido? Hay más vida después del sexo.

—Pues me la tendréis que enseñar, porque no estoy enterada. Y esto es la confirmación. Si no tienes novio, no sufres. Fijo.

—Pues yo prefiero arriesgar y sentir.

—Yo también siento cosas, Blanca. Cosas que igual no has sentido en tu vida con Mauro, tenlo presente.

—Un momento, que nos desviamos. Estamos hablando de Chanel, que está aquí llorando como una Magdalena y vosotras enfrascadas en una de vuestras batallitas.

—Déjalas, Candela. Si es igual. Esto es una jodienda.

—Y para mí que de las que no tiene enmienda. Qué listo nos ha salido Aless.

—Chicas, creo sinceramente que es posible que estamos sacando conclusiones precipitadas; igual, Aless solo necesita un poco de tiempo para recapacitar y enseguida viene con un anillo para Chanel.

—Sí, pero con un anillo sexual, como los de la marca Durex, ¿los habéis probado? A mí son los únicos anillos que me van, porque ataduras no quiero ninguna. Mirad lo despejadas que llevo las manos.

Mi cabeza no estaba despejada, eso desde luego que no. Decidí no compartir con las chicas la caña que me estaba dando el arquitecto, ya que todas estaban bastante molestas con Aless y no quería que alguna de ellas me diera un consejo que, sinceramente, era mejor no seguir.

Llegué a casa a lo justo para cenar y meterme en el sobre. Quería olvidarme de una tarde que fue cualquier cosa menos buena. Y en ello estaba cuando mi abuela entró en mi dormitorio. Acababa de llegar a casa.

—¿Qué le pasa a lo más bonito que puede existir?

—Que no he tenido mi mejor tarde, abuela.

—Ains, mi niña. Muchas veces estamos inmersos en la tempestad que precede a la calma y ni siquiera lo sabemos. ¿Te ocurre algo que me quieras contar?

—No, abuela, solo quiero dormir.

—Pues entonces, lo que quiera que sea, no te olvides de consultarlo con la almohada.

Capítulo 11

Me costó aguantar el tipo el martes por la mañana cuando Aless se acercó a mí en el instituto. Esperé al mediodía y entonces le comenté que teníamos que hablar.

—¿Y por qué me da que la conversación no me va a gustar? —me preguntó.

—¿Y por qué me da a mí que ya sabes de qué va y quieres cubrirte las espaldas?

—Verás por dónde me va a salir. Es que ya lo estoy viendo.

—Me mentiste. No viniste a verme al festival porque decías que no te encontrabas bien y luego te vieron en esa discoteca nueva.

—Me vio tu amiga Candela y ha corrido a comerte la oreja. ¿Con qué derecho?

—¿Es que le vas a echar la culpa a ella?

—Reconoce que meter mierda entre una pareja no está bien. Y eso es lo que ha hecho.

—Aquí la única mierda es que me hayas mentido, esa es. ¿Tú de qué vas? A mis amigas no me las toques, que son sagradas.

—Pues a lo mejor, mi derecho a hacer algo por mí mismo de vez en cuando también lo es, mira tú por dónde.

—¿De qué me estás hablando? ¿Yo te he prohibido alguna vez algo?

—No, pero tampoco me has dado opción. Hacemos siempre las mismas cosas, nos vemos con la misma gente y…

—Y tú nunca te has quejado. Hasta ahora te ha parecido genial y, de buenas a primeras, me sales con esto, ¿de qué vas?

—Voy de que somos una pareja, pero no siameses. También me apetece hacer cosas solo algunas veces.

—Pues antes no te apetecía tanto. Además, que de vez en cuando yo salgo con las chicas y tú con tus amigos.

—¿Un par de veces al año? ¿Tres?

—Las que nos han parecido a los dos.

—Vale, ¿y qué si ahora he cambiado de opinión? No es necesario que se trate de una fecha especial para sacar los pies del tiesto. La otra noche estaba en el sofá, no me apetecía salir y, de pronto, me cambió el chip. Recordé lo de la inauguración y que mis colegas andarían por allí. ¿Tenía que llamarte en ese momento para pedirte permiso? Pues no. No eres mi dueña. Me vestí y me fui.

—Hasta ahí bien, pero ¿por qué no me lo contaste al día siguiente?

—Porque sabía que harías un drama, como estás haciendo. Por eso me callé.

—No es verdad. No hago dramas con estas cosas.

—No, ¿y qué es esto? —Llevó su dedo hasta mi lagrimal y sacó de él una lágrima.

—Eso se me ha escapado. No es nada. Solo es porque estoy confundida. Estás tratando de ponerlo todo a tu favor, no es justo.

—Lo que no es justo, es que le des tanta importancia a todo cuando no la tiene.

—Pero es que yo confiaba en ti.

—Pues si quieres que eso no cambie, deja a un lado esa actitud victimista.

No tenía razón. Si me lo hubiera contado, no me habría sentido así. Lo que realmente me jodió fue enterarme por Candela. Lo más frustrante fue que casi llegó a convencerme, que dio por zanjada esa conversación y eso me dejó con una sensación de culpa que no me podía quitar.

Cuando llegué a mi casa, mi abuela estaba allí. Al verme con los ojos llenos de lágrimas y el ánimo por los suelos, se interpuso en mi camino.

—Conversación abuela-nieta ahora mismo —me ordenó prácticamente.

—No, abuela, lo siento, pero no tengo fuerzas para hablar en este momento.

—Pues las buscas.

No tuve más remedio que comentarle que no estaba del todo bien con Aless, pero no entré en detalles, sino que lo maquillé. Albergaba la esperanza de que en cualquier momento mi novio recapacitase, de que levantase el teléfono y me reconociese que se había pasado. Y si se lo contaba a mi abuela, todo se complicaría más.

—Creo que te estás guardando cosas, pero, aun así, te digo que ya hay señales de que no estás feliz, Daniela. Y la felicidad de uno es su propia responsabilidad. Si tú no la buscas, no esperes a que nadie lo haga por ti. Recuerda que eres la dueña de tus decisiones.

—Gracias, abuela. Lo hablamos en otro momento, ¿sí?

—Lo hablamos cuando quieras, pero más que hablar, yo de ti actuaría.

Subí a mi dormitorio y entonces vi algo que llamó mi atención. Mi bolso llevaba un bolsillo interior y dentro de él había una tarjeta. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero caí en que era el mismo que portaba en mi hombro la última vez que vi a Dylan, en el instituto.

Se trataba de una tarjeta profesional en la que venían sus datos. En el reverso, anotado a mano: una fecha, una hora y un lugar. *«Viernes, a las nueve de la noche en El Paraíso»*, un restaurante playero en el que había estado muchas veces y en el que había zona de copas y música.

Aún faltaban tres días. Cogí la tarjeta y la hice mil pedazos.

La siguiente tarde volví a quedar con las chicas en el club. Sabían que necesitaba su apoyo y allí estaban las tres. Cada una podría tener su carácter y su punto de vista sobre las cosas, pero era evidente que a leales no las ganaba nadie.

Les conté lo que Aless me había dicho y cada una me dio su opinión.

—Yo creo que sabe que ha hecho mal, pero que igual necesita un poco de aire. Hay gente que se agobia un poco en pareja, Chanel, aunque te reconozco que si le pasara a Mauro, me sentaría como un tiro. Yo soy mucho de ir con mi chico a todas partes —me comentó Blanca.

—Pues a mi parecer se ha visto descubierto e igual ha aprovechado para decirte algo que no sabía cómo soltarte, amiga. Igual es eso

—Gracias, Candela. Y tú, Zoe, dispara.

—Con una bazuca y en la cabeza le disparaba yo. Te está ninguneando, Chanel, que lo sepas. Candela lo vio en la disco y quiere dejarte como la mala de la película. Solo le ha faltado tacharte de celosa patológica cuando el único que montó hace poco un pollo por celos fue él. Y sin ningún fundamento, que hay que tener jeta.

—Ya. Y lo peor no es eso…

—¿Te ha hecho algo más?

—No, él no. Lo peor es que Dylan no para de seguirme.

—¿Y eso es malo? El tío está que cruje y, dadas las circunstancias, yo aprovecharía para que me crujiese, sí.

—Zoe, yo no soy así, aunque os reconozco que me pasa algo cuando lo tengo delante. Algo que no puedo controlar.

—Que te pones cachonda perdida. Normal. Me pongo hasta yo y la cosa no va conmigo…

—Pues mira sí, es que no sabía qué nombre ponerle a lo que me pasa, pero ardo cuando estoy en su presencia. Y encima, a veces se me traba la lengua, o el cerebro, porque digo tonterías. Y cuando se marcha, con ese puntito de chulería y arrogancia, me dan ganas de tirarme de los pelos…

—Aunque en realidad te lo tirarías a él, que no es lo mismo. Aprovecha, no seas mojigata.

—No lo es, pero tiene novio.

—Ya lo sé, Blanca. Un novio que empieza a fallarle más que una escopeta de feria. Y Chanel no ha vivido mucho en ese sentido, tiene poco con lo que comparar.

—Al lado de ti, seguro que sí, pero es que la lista de tíos que te has empotrado es interminable, guapa. Cualquiera los cuenta.

—No me hace falta. Llevo un registro en el coco. Los divido en tres: los que están para repetir, los que están para olvidar y los que están para echarlos a los leones, directamente.

—Sin pasar por la casilla de salida, ¿no?

—Claro, Blanquita. Si alguna vez rompes con Mauro…

—Ni lo menciones, ¿me oyes? No mientes ruina, porque entonces es que te cojo de los pelos.

—Menudo escándalo que daríamos aquí en el club, ¿os lo imagináis?

—No me lo puedo imaginar, no.

—Es que encima me ha citado el viernes en El Paraíso y yo no quiero ir. No quiero ir, por una parte, pero por otra… —les solté porque ya no podía más.

Y sus comentarios iban y venían locamente cuando miré hacia un lado y exclamé un…

—¡No puede ser!

Al girar la cabeza, me encontré en la barra de la piscina con la grisácea y *archiatractiva* mirada de ese del que estábamos hablando.

Me hizo un gesto con la mano. Iba con un amigo.

—Te está llamando —murmuró Blanca—. Yo de ti me lo pensaría, porque si das un paso adelante, igual te arrepientes.

—Pues yo de ti me acercaba, a ver qué coño quiere —añadió Candela.

—Pues el de Chanel, está claro. ¿Te levantas o tengo que empujarte?

Me acerqué a él porque ya estaba bien. Al verme avanzar, su amigo se esfumó.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

—Tomar algo, igual que tú. ¿Puedo invitarte a algo fresco? Te noto un poco sofocada.

—Aquí el único fresco que hay eres tú.

—Ay, Chanel, Chanel. Tranquilízate un poco, que se te suelta la lengua y no es así como quieres que ocurra.

—Tú no me conoces, no sabes nada de mí.

—Tú de mí tampoco. Ahora soy socio de este club.

—¿Cómo lo has conseguido? Si es prácticamente imposible que te hagas socio en este momento.

—Uno, que tiene sus influencias.

—Lo que tienes es más cara que espalda. Palabra.

—Me pone mucho cuando te exaltas, me pregunto cómo lo gestionarás en la cama.

—Pues te vas a quedar con la duda.

—Niégame que te ronda la cabeza aceptar mi invitación del viernes.

—Te lo niego. Y otra cosa te digo, ¿cómo se te ocurre? Esa tarjeta puede verla mi novio.

—Chanel, Chanel, algo me dice que ese novio y tú no estáis pasando por vuestro mejor momento. Asume que es un niño, no un hombre.

—Ya, que no es un hombre como tú.

—Es que eso sería imposible.

—Sí, porque dos jetas iguales no existen, por descontado.

—No hace falta que insista. Eres la primera que tienes conciencia de que te faltan otros mundos por explorar. Y que no será de su mano.

—¿Tú te crees que estamos en una peli de *Avatar* o algo?

—No, no es necesario. A mí lo que me parece de ciencia ficción son tus ojos color caramelo.

—Un caramelo que no vas a probar, tenlo claro.

—Ten claro tú que, de ser así, los dos saldríamos perdiendo. Ya sabes dónde estaré el viernes. Ahora solo te queda por descubrir dónde quieres estar tú.

—Lejos de ti, en cualquier lugar, pero lejos de ti.

—¿Y por qué tus ojos me dicen otra cosa? Esos labios, que tanto me gusta tocar, son un poco mentirosos, igual que su insinuante dueña.

De nuevo di un salto para atrás. En el club todos me conocían, lo mismo que a Aless, y se hubiese formado un revuelo de categoría si otro hombre me tocase de esa forma.

Giré sobre mis talones y me fui hacia las chicas. Sentía un ardor tal en mis mejillas que no podía levantar el rostro.

—Ya es oficial: no te pone cachonda, te pone cachondísima.

—Déjala, pobrecita, ¿cómo te sientes?

—Confundida, Blanca, me siento confundida. Y no es algo que me guste.

—Pues solo tú puedes salir de esa confusión. Chanel. Tienes una cita y dos posibilidades: acudir o no acudir.

—¿Cómo voy a darle el gusto de aparecer por allí a ese arrogante?

—Y entonces, ¿por qué te comes el coco? —me preguntó Blanca.

—Porque no quiere darle el gusto y, sin embargo, se muere por hacerlo, Blanca, que no te enteras.

Las tres clavaron su mirada en mí. Zoe tenía más razón que un santo.

Capítulo 12

Llegué al viernes, al mediodía, completamente confundida. Almorzamos en casa de mis suegros y me sentía ausente de la conversación. No podía evitarlo, y eso que no quería hacer saltar ninguna alarma. Como para andar encendiendo alarmas estaba yo, con el nerviosismo que ya de por sí me provocaba todo aquello.

—Chanel, que dice mi madre que si quieres un poco de paté de cabracho —me comentó Aless.

—Ay, perdona, Laura, que no sé dónde tengo la cabeza.

—Bonita, no tienes que disculparte conmigo. Por cierto, esta tarde voy a merendar con mis amigas, y algunas de ellas traerán a sus nueras. Sé que es un poco repentino, pero no me di cuenta de mencionártelo antes. Para que veas que cualquiera puede despistarse. ¿Te animas a venir?

—¿Con tus amigas, Laura? ¿A merendar?

—Sí, cariño. Será una merienda informal en el club. Si ya tienes planes, pues nada. Pero si no, me encantaría que me acompañases. Sabes lo mucho que me gusta presumir de ti.

—Pues… Venga, vale— le respondí.

Había vacilado durante unos segundos porque era lo que menos me apetecía en el mundo. Si digo lo contrario, miento por completo. Pero entendía que ella no se merecía para nada que dejase de acompañarla cuando siempre hacía todo lo posible para complacerme.

—Y luego, ¿qué haremos? —me preguntó Aless.

—Pues lo cierto es que no lo sé. No he pensado en nada —le respondí, porque bien con él no estaba.

Lo normal habría sido que yo hubiese hecho planes con antelación. Me refiero a mí, porque me gusta llevar el control de las cosas. Pero no, no los hice. Estaba molesta con él, ya que seguía sin comprender su actitud y no podía dejar de pensar en esa posible cita con Dylan a la que no debía acudir y que, sin embargo, me quemaba con solo pensar en ella.

—No, es que había pensado que, si te apetece, nos podíamos quedar esta noche por aquí, en plan tranquilos, viendo una peli o algo, que sé que te gusta.

No era tonto y sabía de mi descontento, pero tampoco es que se lo hubiese currado demasiado. Dejó caer esa propuesta, punto. Para desagraviarme no se había deslomado, no.

—Bueno, pues luego lo vemos.

Lo dejé en el aire porque me sentí mal. No solo no parecía el Aless de siempre, sino que tampoco proponía nada que mereciera la pena, ni parecía percatarse de que me estaba haciendo daño con esa actitud tan pasota y también con esas ganas de hacer cosas nuevas, pero cuando estaba solito.

A media tarde me fui con su madre al club. Tampoco es que me apeteciera, pero ella sí que se merecía mi compañía. No obstante, allí nuevamente me encontré con eso que dicen que la primera en frente, pues Menchu, una amiga de Laura, venía con su nuera, Olimpia. Y la chica traía un anillo en el dedo, finísimo, de oro blanco y de compromiso, obviamente.

Olimpia era un poco tonta y subidita. Su padre contaba con una cadena de clínicas odontológicas y ella parecía ser su abanderada en cuanto a blanqueamiento dental se refiere, puesto que no paraba de sonreír, pero con unos aires de superioridad que no eran normales.

—Es que mi novio es tan romántico…

—Sí, sí, este hijo mío es como su padre. Ya se lo he dicho a Olimpia, que van a ser tan felices como lo somos nosotros. ¿Y cómo no? Con esa cara tan bonita que tiene esta niña. Y mi hijo es como un muñeco también. Me van a dar los nietos más preciosos del mundo.

A mí, como que era lo que menos me apetecía escuchar en esos momentos en los que me encontraba en plena crisis existencial. Aquellas

reuniones de suegras y nueras nunca habían sido mis predilectas, pero encima esa se estaba alargando bastante y la pregunta terminó por llegarme.

—¿Y tú, Chanel, para cuándo? ¿Ya tenéis planes?

Me convertí en el foco de la mesa en ese momento y mis mejillas se sonrojaron. En otro momento, semanas antes, hubiera contestado un «para muy prontito, creo» y me hubiese sabido a gloria. Pero aquella tarde de viernes ya sabía que lo mío con Aless iba para largo y las palabras no me salían con fluidez.

—Pues no sé, la verdad es que no lo sé.

—Mis chicos terminarán por celebrar también una boda fantástica, ya lo veréis —comentó Laura para echarme el capote.

—Por supuesto, ahora solo falta saber cuándo —insistió quien me lo había preguntado, otra amiga de mi suegra.

Miré el reloj y vi que eran las siete de la tarde. No sé si os habrá pasado alguna vez; estar en una reunión y, de pronto, notar que te ahogas, que necesitas salir de allí por patas. Y eso mismo fue lo que hice.

—Laura, me vais a tener que perdonar. —Me dirigí a mi suegra—. Es que estoy un poco indispuesta y me voy a marchar ya.

—Claro, claro, ¿quieres que te lleve yo? Lo haré encantada.

—No, no es necesario, de verdad.

—Entonces, ¿no vienes esta noche por casa para echar el ratito con Aless?

—Casi que no. Ya le digo que mejor lo veo mañana. Gracias por la merienda.

Le di un beso a ella y me despedí del resto. Olimpia seguía presumiendo de anillo y las demás chicas casi le hacían la ola. Sentí que no era allí donde quería estar y lo peor era que sabía muy bien dónde dirigirme esa noche. Por supuesto que no le diría nada a nadie.

Entré en mi dormitorio. Por suerte, ni mi abuela ni mi padre estaban en casa, porque no me apetecía tener que mentirles sobre dónde pensaba ir ni con quién.

Si lo pensaba bien, había un tremendo agravante en todo aquello que estaba haciendo, en el sentido de que comenzaba a seguirle el juego a un tío que era el socio de mi padre. ¿Cómo se me ocurría?

En fin, que no lo pude evitar y que me decanté por un precioso vestido que tenía sin estrenar. Me lo había comprado yendo de compras con Candela, largo, en rosa fucsia y con la espalda al aire. Me sentaba ideal y, en cuanto lo vi, supe que debía formar parte de mi vestidor. Lo que no hubiese imaginado cuando me lo compré fue que lo estrenaría en una cita con otro.

Blanca, justo me llamó mientras me estaba arreglando. Lo consideré una prueba del destino. Mi amiga era como un ángel. ¿No podía haberme llamado Zoe?

Quería saber de mí porque me telefoneó a media tarde y no pude atenderla.

Descolgué con el corazón bastante agitado. Estaba dándole los últimos toques a mi maquillaje. Justo andaba con el *gloss* labial.

—Nena, ¿te pillo mal?

—Qué va, qué va. Dime, dime…

—¿Vas con prisa?

—Puede que un poco, pero ¿qué te pasa?

—A mí, nada. Solo quería saber de ti. ¿Y tú? ¿Qué te pasa a ti?

—¿Qué me va a pasar? Nada. Estoy arreglándome para salir.

—¿Para salir con Aless?

—Digamos que para salir…

—No me lo puedo creer, Chanel. Es que te prometo que no te reconozco.

—Ni yo tampoco, nena, pero te pido por favor que no me reproches nada. Tú, no.

—Vale, vale, solo quiero que medites sobre lo que estás haciendo.

—Vale, pero ¿puedo hacerlo en otro momento?

—Lo que te digo es que hay pasos que, una vez que los das, ya no tienen marcha atrás, tan solo eso.

—Lo sé, Blanca, pero no nos pongamos trágicas. Es noche de viernes, deberíamos pasarlo bien, ¿no crees?

—Yo lo voy a pasar bien y tú puede que te lo pases sensacional, lo que no sé es cómo te levantarás mañana.

—Lo dices como si me lo fuese a tirar o algo. Me estás poniendo más nerviosa…

—Júrame, que no se te ha pasado por la cabeza.

—Blanquita, ¿sabes que te quiero mucho?

—Y yo a ti, cariño, por eso te lo advierto.

Un rato después ya estaba allí. Entré en El Paraíso a las nueve y diez exactamente, tras haber cogido un taxi porque eran tantos mis nervios que no podría ni conducir. Y también porque existía la posibilidad de que bebiese.

Lo de llegar un poco tarde lo hice a propósito, porque no quería darle la sensación de que estaba loquita por encontrarme con él. Al entrar en el salón, lo vi con su traje de chaqueta sin corbata, en azul cielo, rabiosamente sexi y guapo. Algo en su rictus apuntaba a que tenía la certeza de que me presentaría, de que no lo dejaría plantado. Ese halo suyo de seguridad me ponía tanto que únicamente esperaba que no se trasparentase, que no se me notase demasiado.

En el instante en el que alzó la vista de su móvil y me vio aparecer, se levantó y avancé hacia la mesa.

—Has llegado pronto —murmuró mientras me hacía una carantoña en la punta de la nariz—, y preciosa, por cierto.

—¿Pronto? Todavía no sé por qué he venido.

—Has llegado pronto porque creí que desearías hacerme esperar más, pero no podías. Necesitabas llegar ya. En cuanto a por qué has venido, lo sabes igual de bien que yo. No hace falta que te conteste.

—¿Tú crees que lo sabes todo?

—Sobre ti, sí. Sé lo bastante.

—Eres un chulo. Creo que me voy a ir. No ha sido buena idea la de venir.

—Quédate, no te arrepentirás.

¿Qué clase de fuerza era aquella que me llevó hasta allí sin que yo misma tuviese ni la más mínima idea de por qué le había mentido a mi suegra y a mi novio? Vale, no me sentía bien con Aless. Él iba a un ritmo muy distinto al mío y hasta parecía tener otras prioridades, pero yo… Yo estaba teniendo una cita con otro. Me estaba desquitando bien.

—No lo tengo tan claro.

—Pero yo sí. Toma, me he permitido pedir vino por ambos.

—Lo has pedido para ti. No podías tener la certeza de que fuese a venir.

—Pues para no tenerla, he pedido el mismo por el que mostraste predilección el otro día en tu casa, cuando cenamos con tu padre.

—¿Y te acuerdas de ese detalle?

—Y de cada uno de los detalles de esa noche. No podía quitarte ojo de encima, igual que tú a mí.

—¿Tú cuándo empezaste a ser tan presuntuoso?

—No lo soy. Es solo que no estás acostumbrada a que los hombres te hablen así de claro. Eres muy deseable, Chanel, muchísimo… Observarás muchas miradas clavadas en ti, pero no muchas bocas te hablarán como la mía. Ninguna lo hará. Y tampoco…

Cada una de sus palabras, pronunciadas con esa voz tan grave que tenía, me iba arrancando un suspiro.

Eché mano de la copa de vino que me sirvió y tuve que esforzarme para no bebérmela de un tirón, puesto que hubiese quedado muy poco elegante y, además, le hubiese dejado más claro todavía que me producía sensaciones que ni yo misma podía dominar.

A medida que la conversación avanzaba, me fui sintiendo más cómoda y relajada. Era muy elocuente. Cada anécdota que salía de su boca la contaba de una forma que arrancaba mis risas. Me sentía bien con él. Su picardía seguía siendo total, aunque ya no necesitaba recurrir a ciertos trucos para llamar mi atención, ahora que sabía que la tenía por completo.

Recuerdo más su sonrisa que las palabras exactas que dijo cuando salimos del restaurante y me invitó a seguir la fiesta en su casa. Obvio que, si no quería que ocurriese nada más, si quería dejar aquella cita en una mera cena, tendría que haber echado el freno en aquellos momentos.

Si pretendo buscar una justificación para lo que hice, igual recordé las palabras de mi abuela, pidiéndome que viviese a tope, que no mirase atrás y que hiciera de mi joven existencia un carrusel de experiencias.

Capítulo 13

Llegamos a su imponente edificio. No podía creerme que estuviese allí con él. Guardaba silencio mientras Dylan me desvestía con la mirada. Por el camino, mientras íbamos en el coche, me había colocado la mano encima del muslo de una forma que me llevó a arder de antemano…

Entramos y le dio las buenas noches al conserje. Me sentí mal, como si ese hombre me conociese y pudiese censurarme. Era ridículo. Por supuesto que no me conocía. Además, que no llevaba yo un cartel en la frente, que dijera que tenía novio y que estaba a punto de ponerle los cuernos.

Él se percataba de cada uno de mis gestos y debían hacerle tremenda gracia, pues me miraba de medio lado de un modo que me lo daba a entender. Por favor, ¿cómo podía tener una sonrisa así de irresistible? Y yo, ¿cómo era posible que le hubiese seguido hasta su edificio? Y lo que era peor: que le hubiese seguido hasta el fin del mundo de haber sido necesario.

Estaba increíble en mangas de camisa, invitándome a subir en el ascensor. Los pies se me pararon en seco justo un segundo antes de subir en él. Reconocí en mí el remordimiento, pero lo superaron mis ganas… Mis ganas de él.

Dylan sabía muy bien qué era lo que estaba sintiendo y los motivos por los que no podía echarme atrás. La idea de experimentar con él me podía demasiado.

Me dejó que pasase delante de él y me impulsó a entrar en el ascensor, colocando su mano en mi cintura. Sentí como si sus dedos pudieran fundirse con mi piel en el instante en el que entré en él. Miré hacia atrás y, a

salvo de miradas indiscretas, me llevé un primer pico por su parte junto con algún empujoncito más.

Ya estaba dentro y él apretó el botón de aquel ascensor, uno de los dos con los que contaba el edificio. Sus manos se posaban ya sobre mis caderas cuando notamos un leve zarandeo, en el sentido de que el aparato fue a elevarse y, de pronto, se quedó parado.

—¿No va? —le pregunté extrañada.

—Pues parece que no va, igual tenemos que quedarnos a pasar la noche aquí —me respondió provocativo.

—No digas eso, por favor, que tengo que volver a mi casa.

—¿Cómo las niñas buenas, Chanel?

—No me provoques, que todavía me largo.

—No puedes, estamos atrapados.

Tenía toda la razón. Al menos yo lo estaba, y no me refiero a solo en el ascensor. Me sentía atrapada por él, por sus brazos y por esos ojos grisáceos en los que llevaba días pensando.

No podía creerme que me hubiese quedado allí, atrapada con Dylan. Eran tantas las ganas que sentía de él que no podría disimularlas. Y no quería que me viese como a una pardilla loquita por sus huesos.

Tampoco podía creerme su reacción: en lugar de comenzar a llamar para que nos sacasen de allí, se abalanzó sobre mí. ¿Allí? ¿Lo íbamos a hacer allí? Me resultaba tan extraño y, a la par, tan jodidamente sexi… En un ascensor, mi primera vez con él en un ascensor. ¿Qué decía? ¿Mi primera vez? ¿Es que por mi trastornada cabecita ya se paseaba la idea de que fuesen más veces?

Sus labios me consumían con una pasión voraz, y en ese momento, el calor que emanaba de mi entrepierna se volvía casi insoportable, como si estuviera a punto de estallar. La sensación era tan intensa que me hacía perder la noción del tiempo y del lugar. Sabía que, en cualquier momento, alguien podría interrumpirnos, pero la idea de ser descubiertos solo añadía un toque de adrenalina a la situación, intensificando aún más el deseo que nos envolvía.

En realidad, era lo último que deseábamos en ese momento. Y si hablo en plural, es porque también lo leía en sus excitados ojos.

Dylan me tenía cogida por la cintura y me apretaba contra sí. Su evidente erección se mostraba tan dura a través de sus pantalones que me robaba el aliento.

Las incontenidas ganas, ese sudor que comenzaba a perlar nuestras frentes… No se lo pensó a la hora de meter las manos por debajo de mi vestido. Robustas y decididas, avanzaban por mi piel, atrapando cada milímetro de esta. Apenas podía balbucear nada por mi parte, dado que cada vez que iba a hacerlo, él aprisionaba mis labios y me dejaba muda. No imagino otra forma mejor de quedarme así.

Palpando, llegó hasta mis pechos. Sus dedos se escurrieron dentro de mi sujetador y pellizcaron mis pezones. Lancé un gemido que debió sonarle delicioso a juzgar por la forma en la que le brillaron los ojos… Esos ojos de los que no podía apartar los míos.

El corazón me bombeaba con fuerza descontrolada. Sentía mis pulsaciones muy fuertes. El estómago se me contraía. Debía ser la consecuencia del pellizco que aquella situación me producía en ese órgano de mi cuerpo que no era el único afectado, desde luego que no.

La intensidad de su mirada y el deseo que se reflejaba en sus ojos… No podía más y se me escapó un suspiro que también recogió con su boca.

Mis dedos lo acariciaban, pero lo hacían por encima de su ropa. Mientras, una de sus manos alcanzó mi sexo por debajo de mi vestido y entonces le miré fijamente, abriendo los ojos de par en par.

Dylan también abrió algo. En su caso fueron mis labios vaginales. Lo hizo con lentitud, recreándose en esa apertura que me estaba produciendo las sensaciones más delirantes. De nuevo un gemido se me escapó de dentro…

Había imaginado tantas veces cómo sería el tacto de esas manos que tenerlas encima de mí me superó. Y más cuando estas entraban en ese terreno prohibido y húmedo que terminaría por encharcarlas.

Pensaba en ello, sin apartarme en ningún momento de su seductora mirada, cuando noté que se deshacía de mis bragas. Me quería solo para él, sin ninguna tela que nos molestase.

Tiró de ellas y las noté caer sobre mis tobillos. Levanté uno y luego otro, y me sentí liberada. Fue entonces cuando se agachó. Aún no había sacado

sus dedos de mí. Sin duda, deseaba que ellos cumplieran su función en conjunción con su lengua. Y yo, solo de pensarlo, comencé a derretirme de antemano.

Miré al techo del ascensor, volteando los ojos, en ese instante en el que su lengua tocó la cálida piel rosada del interior de mi vulva, que ya de por sí estaba lo bastante lubricada.

A la par, con la mano que le quedaba libre, ya que la otra exploraba mi sexo, empujaba mis nalgas hacia él, como para asegurarse de que no me escaparía. Ni tenía escapatoria, ni la deseaba. Es más, ninguno de los dos habíamos tocado el timbre para que vinieran a sacarnos de aquel habitáculo donde comenzaba a hacer un calor infernal, pero donde nos hubiésemos quedado hasta a vivir, de haber sido necesario.

Entonces hizo algo que no esperaba. Se ve que confiaba en mi elasticidad al subir una de mis piernas hasta su hombro. Agachado como estaba, me miró con mayor lascivia entonces y comenzó a dejar que su lengua desplegara toda su experiencia sobre mi clítoris.

Suerte que tenía una mano en mi trasero, porque entre la falta de estabilidad al tener una sola pierna en el suelo y el placer que me provocó, noté que el cuerpo se me tambaleaba y a punto estuve de caerme hacia atrás. Fue su mano la que lo impidió. Entonces noté que no estaba en su ánimo que me hiciera daño, que no lo permitiría.

No era plan de desnudarnos en un ascensor en el que cualquier cosa podría pasar, ¿y si de pronto se abría y nos dejaba a la vista de cualquiera?

Por esa razón creo que no me quitó el vestido, aunque su mirada evidenciaba sus muchas ganas de observarme desnuda, las mismas que yo tenía de verlo sin ropa.

Su lengua me tanteaba y mis gritos apenas se espaciaban ya en el tiempo los unos de los otros. El calor seguía haciendo de las suyas. Suerte que Dylan sentía lo mismo que yo y que también su piel estaba perlada de sudor.

Me corrí con sus dedos dentro de mí. Ocurrió de golpe: un fuerte calor súbito y grité su nombre.

Me agarré a su pelo y él esbozó la más lujuriosa de las sonrisas. Con mi sabor aún en sus labios, y sin apartar sus dedos del interior de mi vagina, se

incorporó para besarme. Me entregué incondicionalmente a ese beso mientras de mi garganta seguían saliendo ruiditos que le hacían ver que el placer no había cesado.

Mientras me besaba, escuché cómo desabrochaba su cinturón con la intención de liberar su oculta, pero abultada masculinidad. Aún me besaba cuando lo hizo, llevando mi mano hasta ese caliente miembro a cuyo contacto lancé un suspiro.

Él lo atrapó en el aire, tomó mi mandíbula, me miró fijamente a los ojos y, sacando sus dedos de dentro de mí, me cogió por ambas nalgas con sus manos, aupándome.

Le rodeé con mis piernas de inmediato. Durante unos segundos no embistió, sino que se limitó a mirarme con intensidad, regodeándose en la situación, y anunciando una embestida que, una vez que llegó, cortó mi respiración.

Ya le tenía dentro y el ansia por poseerme le devoraba. Sus ojos se comían los míos, lo mismo que hacían sus jugosos labios con esos otros de los que yo era la dueña y que suplicaban sus besos.

La manera de amasar mis nalgas mientras me poseía me ponía tanto que no podía dejar de lanzar esos gemidos placenteros que, para sus oídos, debían ser como música.

Si su primera embestida fue contundente, pero lo que siguió fue una escalada de intensidad que me dejó sin aliento. Sus dedos se hundían en mis nalgas con una firmeza que me empujaba cada vez más hacia su imponente figura.

Era Dylan quien estaba dentro de mí y, sin embargo, sentía que era yo quien me iba a meter al completo en él. Puede que me hubiese metido, pero en su mente, lo mismo que él hizo en la mía, sin llamar a su puerta, colándose directamente.

A esas alturas, ya se había colado también en lo más profundo de mi ser. Con cada embestida que me ofrecía, sentía que me acercaba más a él y hacía que compartiésemos un aire que me estaba dando vida.

Mis piernas le rodeaban con fuerza, diría que casi rabiosa, como si lo último que desearan fuese que Dylan se me escapase. Había fantaseado mucho con ese momento y quería alargarlo. A poder ser, perpetuarlo en el

tiempo. Hubiese hecho parar todos los relojes del mundo, habría pausado los minutos y me habría dedicado en exclusividad a esa entrega a él.

Me sujetó entonces tan solo con una mano. La otra se fue hacia mis pechos, aún dentro del sujetador. El vestido me lo echó hacia un lado y comenzó a lamer de ese pezón, el cual endureció. En ese instante, noté aún más la rigidez de su miembro en mi interior, como si se hubiese endurecido más también. Y eso que su dureza estaba fuera de toda discusión.

Sus labios se aferraban a mis pezones, succionando con una intensidad que parecía querer unirnos en un solo ser. Con cada succión, sentía que me arrastraba hacia él, fusionando su cuerpo con el mío. Mis respiraciones se volvían cada vez más entrecortadas, mientras una delgada capa de sudor comenzaba a brillar en nuestra piel.

En su rostro no había rastro de cansancio; más bien, se podía ver la excitación desbordante que lo consumía. En contraste, el mío se acaloraba más por momentos y temía que el rojo de mis mejillas pudiera restarle atractivo a mi apariencia.

No debía ser así en absoluto, porque Dylan me seguía devorando con la mirada. Cada uno de sus impulsos se unía a cada uno de mis jadeos en una combinación *hot.* La química que sentíamos era incuestionable. Cerré los ojos por un momento, y al abrirlos, me di cuenta de que sus ojos me buscaban, como si no pudieran resistirse a disfrutar de esa escena que, por más sorprendente que me pareciera, lo excitaba aún más.

Fue en esa postura cuando me corrí para él y en la que, en justa correspondencia, también encontró su alivio.

Capítulo 14

Llegué a mi casa de madrugada. Entré a hurtadillas, como si alguien pudiese adivinar de dónde venía.

Entré en la cocina y me tomé un vaso de agua. Hasta allí me había llevado Dylan en su coche.

No podía dejar de repasar mentalmente esa noche. Increíble el momento en el que terminamos de hacerlo en el ascensor y le dio al botón de desbloqueo. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que el ascensor no se había parado de manera fortuita, sino que fue él quien provocó esa parada, incitándome así a hacerlo en aquel habitáculo cerrado y sin escapatoria.

Cuando me percaté de ello, negué con la cabeza. Él reía. Y entonces llegamos hasta su impresionante ático. Y allí siguió la fiesta. Dos asaltos más. Hasta que le comenté que tenía que volver a casa, que era tarde.

Había estado como en una nube todo el tiempo. Y de pronto me sentía caer, aterrizando en mi cocina, ¿cómo diablos pensaba seguir con mi vida después de lo sucedido?

Teresa apareció por allí. Tenía el sueño muy ligero y vio luz, por lo que se acercó.

—Chanel, ¿estás bien? —me preguntó.

—Sí, sí, claro, ¿por qué?

—No sé. Es que traes el pelo alborotado y una expresión que juraría no haberte visto antes.

—Eso es porque estás muy cansada —le comenté—. Vuelve a la cama.

—¿Quieres que te prepare algo?

—No, no, estaría bueno. Si son las tantas, y cené hace muchas horas.

—Pues descansa tú también, cariño.

—Eso haré. Buenas noches.

No, eso era lo que intentaría, pero no podría hacerlo. Los ojos los llevaba abiertos como platos y tenía la sensación de que, por muy bien que me lo hubiese pasado, había metido la pata hasta el fondo.

Sentí que me faltaba el aire en el instante en que me deslicé bajo las sábanas. Sin embargo, de repente, un montón de recuerdos me invadió, y con cada uno de ellos, mi cuerpo comenzó a relajarse. No solo eso, sino que mis manos, casi de manera instintiva, se deslizaron hacia mi sexo, pensando en él.

Aún notaba lo abultado de mi clítoris y hasta cierto escozor después de tanto sexo. A pesar de ello, no renuncié a masturbarme un poco, ¿qué me había hecho Dylan? Es que no podía pensar más que en él.

Complicado lo de conciliar el sueño, aunque terminé por conseguirlo. Y cuando abrí los ojos, vi en el reloj que ya era media mañana y que mi abuela tocaba en mi puerta.

—Nenita, ¿estás bien?

—Claro, pasa —le indiqué.

Mi abuela era bastante brujita. Entre eso y que Teresa ya debía haber hablado con ella, porque eran muy cómplices, se sentó al lado de mi cama.

—Anoche no estuviste con Aless, ¿a qué no?

—Abuela, no sé si quiero hablar de esto.

—Vas a hacerlo, tarde o temprano lo harás. Hay hombres que llegan a nuestras vidas como huracanes. Y un huracán es imposible de detener.

—Ya, abuela… Me he acostado con él, con Dylan.

—No podía ser con otro, ¿y qué?

—Pues sensacional, aunque ahora siento una culpa en mi interior con la que no sé cómo lidiar.

—Te has acostado con un hombre, no has matado a nadie.

—Pero Aless…

—Aless está haciendo oposiciones para perderte, lo sé bien. Tengo claro que te han pasado con él más cosas de las que me cuentas.

—Quizás algunas.

—Pues entonces. ¿Y qué si eso se acaba?

—¿Terminar con Aless para estar con Dylan? Eso no puede ser, sí es un arrogante. Tiene algo que me pone mucho, es verdad, pero no es un hombre para mí, abuela. No lo es. Además, mi vida está al lado de…

—Tu vida estará al lado de alguien o no, en estos momentos, pero lo que debes saber es que no has de quedarte colgada a Aless solo porque quieras mantener esa apariencia de vida perfecta que siempre te ha gustado exhibir. Yo he interpretado muchas vidas, Chanel, la mayoría de ellas apasionantes, pero si algo te puedo asegurar es que ninguna es perfecta.

—No solo es Aless, abuela.

—Ya, es su familia. Los Godoy. Son Guillermo y Laura. Los quieres mucho. Y hasta a su perrita Rosalía. Y además, trabajas en su instituto. Pero tú no te vas a casar ni con tus suegros ni con el instituto. Y, por lo que respecta al huevón de tu novio, seguro que te falta tela también para hacerlo. ¿Es eso lo que quieres? ¿Estar a expensas de sus deseos? ¿O coger las riendas de tu vida de una vez?

Guardé silencio. No me era fácil responder a esas preguntas que me pillaban tan de sopetón. Y eso que tenía bastante claro que a la abuela no le faltaba razón.

Me di una ducha. Al salir, tenía un montón de mensajes. Uno era de Aless para que fuese a almorzar a su casa. Igual pensó que decirme que su padre iba a cocinar el arroz con carabineros me animaría, cosa que no sucedió porque no me apetecía ir por allí. Ignoraba cómo mirarlos a la cara después de aquello.

Le comenté que las chicas me habían citado en el club. Era cierto. Blanca debió hablar con ellas tras la conversación de la tarde anterior y todas querían saber.

Cuando cruzaba el jardín para salir, me encontré a mi padre con el tío Roberto tomando el aperitivo. Les di un beso a cada uno y salí pitando.

—¿Es que nos vas a privar del placer de tu compañía, *my darling*?

—He quedado, tío Roberto.

—Qué solicitada estás, cariño.

—Mucho, ¿te veo luego?

—Sí, creo que sí. Hoy andaré por aquí.

—Genial, me alegra mucho cuando lo haces. Eres el mejor.

—¿Y yo?

—Papá, me refería al mejor tío. Tú eres el mejor padre, y lo sabes.

—Me encanta escucharlo de tus labios, hija. Pásalo bien.

Las chicas ya me esperaban expectantes cuando llegué al club. Llevaba un arreglo muy informal porque no quise entretenerme demasiado.

—Miradla, sencilla y con la piel fresca como una rosa. Es lo que tiene echar un buen polvo. Y con un tío que es pura dinamita. Y pura novedad.

—Zoe, no digas eso, que a lo mejor se echó atrás en el último momento.

—Claro, Blanca. Mira al techo, que comienzan a llover unicornios de colores.

—Dejadlo ya, por favor. Vamos a escucharla a ella. —Candela trató de poner orden.

—Chicas, me lo he tirado —suspiré.

—Y te ha gustado, ya te digo si te ha gustado —añadió Zoe.

—Es que el tío está buenísimo, normal —intervino Candela.

—Vaya desastre monumental…

—Sí, Blanca, sé más trágica si puedes, ¿tú nunca has hecho teatro?

—Pues mira, sí, una vez hice de Virgen María en una obra navideña de mi cole.

—Normal, el papel era el tuyo.

—Correcto, lo bordé.

—Normal…

—Chicas, que seguimos hablando de mí, por favor.

—Vale, vale. Sí, cuéntanoslo todo.

—O mejor no. Yo no quiero saber nada. Me voy a tapar los oídos.

—Blanca, no puedes hacer como el avestruz y meter la cabeza debajo del ala. Las cosas han ocurrido igualmente cuando la sacas, créeme. No es magia.

—Zoe, cállate. Al menos puedo imaginar que no ha sido así.

—Pura ilusión. Cuenta, Chanel.

—Me pilló por banda en su ascensor y luego un par de veces más en su ático. Ese es el resumen.

—¿Y ahora qué?

—Ahora tengo que olvidarme de él, hacer como si esto no hubiese sucedido. Hay quienes piensan que no voy a poder seguir con mi vida, pero es lo que pretendo hacer.

—Con una mancha en tu historial, pero igual con suerte, Aless no se entera nunca.

—Y dale con Aless, qué pesada eres. ¿No ves que ya pasa de él?

—Zoe, eso no es verdad. Estamos en crisis, pero nadie dice que vaya a dejarlo.

—Lo digo yo porque será lo que termine sucediendo, ya lo verás.

—Bueno, no anticipemos acontecimientos. Chicas, hay alguien que tiene algo que contaros. Yo me he enterado de casualidad, porque oí a Nico hablar con Mauro.

—Ains, es que me da hasta cosa decirlo. Porque tú estás en crisis, Chanel, y yo… Yo estoy en medio de una nube: en dos semanas Mauro me va a pedir matrimonio.

—Qué cosa tan antigua, ¿cómo que te lo va a pedir si ya lo sabes? Lo flipo mucho.

—Zoe, me refiero a formalmente, en una fiesta de compromiso en condiciones.

—Es que alucino tanto. Pero que si es lo que te gusta, allí estaré.

—Por supuesto. Os quiero a todas de punta en blanco. Va a ser la noche más emocionante de mi vida.

Blanca me miraba y yo no daba crédito a lo mucho que nuestros caminos se habían separado. Hasta entonces siempre fueron en paralelo, con historias casi idénticas que, de la noche a la mañana, se habían bifurcado por completo.

Si Candela se enteró fue porque Mauro habló con su hermano Nico para que tocasen en la fiesta. Menos mal que Dylan solo fue suplente en su cumple y no estaba fijo en la banda, porque encontrarme con él y con Aless en el mismo lugar sería demasiado *heavy*. No estaba preparada mentalmente para eso.

Por cierto, que lo pensaba cuando un nuevo sobresalto me asaltó. Fue Blanca quien me hizo el gesto de que tenía a alguien detrás de mí. Me volví y me topé con sus ojos grises.

—Os la robo un momento —les comentó.

—¿Cómo? —le contestó Blanca, quien no podía estar más escandalizada con todo aquello.

—Será poco, tranquila.

Me acerqué a él. ¡Dios, cómo podía resultarme tan irresistible! Entonces me tomó por el brazo y les dirigió una sonrisita a todas.

—Primera y última vez que haces algo de eso aquí —le advertí.

—Buenos días para ti también, ¿has dormido bien?

—No mucho, pero bien. Aunque no creo que sea eso lo que has venido a preguntarme.

—En realidad, solo he venido para verte.

—Pues ya me has visto, así que puedes marcharte. Y para siempre.

—No, no, seguro que no es eso lo que quieres que haga.

—Chulo y adivino. Es que lo tienes todo.

—Me imaginaba que te pillaría a la defensiva hoy, es lo típico.

—¿Qué dices de típico? ¿Por qué?

—Porque anoche te asaltó la lujuria, y hoy los remordimientos. Era lo previsible. No te preocupes, ya desaparecerán.

—Mira, lo de anoche fue un error. No debí asistir a esa cena. Y mucho menos dejarme llevar por lo que sucedió luego, que ya te aseguro que no se repetirá.

—No puedes asegurar eso, no está en tu mano.

—¿Y entonces en la de quién está? ¿En la tuya? No me hagas reír.

—No he dicho eso. Está en manos del destino, el cual ya se ha puesto en marcha.

—No sabía que creyeras en esas cosas.

—¿Y cómo no? El destino nos pone por delante los mejores regalos. Merece que creamos en él.

Me ericé por completo al contacto con la yema de sus dedos en mis brazos. Me eché hacia un lado como si, efectivamente, me hubiese dado calambre.

—Oye, y una cosa te voy a decir…

—Dime. Dime algo duro, que me pone.

—Duro, vienes tú de fábrica, empezando por la cara que tienes.

—Y que no te puedes sacar de la mente, tenlo por seguro.

—Mira, no te voy a contestar a eso. Solo quiero decirte que la banda de Nico tocará en la fiesta de pedida de Blanca. Y que espero que por allí no aparezcas. No te quiero en mi círculo.

—Ya me querrás… Y en tu círculo también —me soltó vacilón.

Capítulo 15

El verdadero escalofrío me recorrió cuando un rato después llegó Aless por el club. Venía del *karting* y se pasó por allí para verme.

Yo seguía hablando con las chicas y, al verlo, en lo único en lo que pude pensar fue en que, de haber llegado un poco antes, me habría pillado con Dylan.

Blanca me hizo un gesto como de que ella estaba sudando la gota gorda con todo aquello. Mi novio las saludó y a mí me dio un beso.

—¿Ya estás mejor hoy? Me dio pena anoche que estuvieses indispuesta, hubiésemos echado un rato bueno.

Blanca casi se cae de espaldas.

—¿Es que teníais planazo? —le preguntó en tono irónico Zoe.

Nunca lo había hecho y él la miró un tanto extrañado.

—Bueno, quedarnos en mi casa, pero lo importante es la compañía, ¿no crees?

Se había puesto en pie de guerra, se le notó por las malas pulgas con las que le contestó. A Candela apenas la miraba tampoco porque estaba mosqueado con lo que ocurrió en el estreno de la disco y tan solo era a Blanca a quien le daba algo de bola.

—Oye, a ver si le comentas a Mauro de hacer algo los cuatro en día.

—Vale, vale, se lo digo.

Zoe le lanzó una miradita desafiante. Aunque a ella no le hacía falta que la incluyera en el plan, la dejó descaradamente fuera, igual que a Candela.

—O también podemos hacer algo todos juntos —lo corregí.

—No, con que vayáis las parejitas es suficiente —respondió ella.

Me llamó la atención verlo por allí, aunque me llevó aparte para comentarme algo.

—Chanel, esta noche sí que haremos algo especial tú y yo.

—¿Y eso? —le pregunté. Me costaba sostenerle la mirada.

—Mira, en realidad ha sido idea de mis padres, pero que me ha parecido fabuloso.

—¿Vamos a quedar con tus padres esta noche?

—No, no es eso. Es que nos han regalado una noche en el hotel, ese nuevo, el que queda a la salida de la ciudad, el del *spa* sensacional que tanto te gusta. Mamá dice que te vendrá bien, que le da la sensación de que necesitas relajarte.

—Esta Laura cómo es…

—No parece que te haya hecho mucha ilusión, ¿estás bien?

—Bien, bien, claro. Tampoco tú pareces un chorrito de alegría.

—Sabes que me gusta hacer planes contigo. ¿No te vienes a almorzar entonces?

—No, almuerzo aquí con las chicas.

—Pues entonces salgo a saludar a unos colegas y te veo esta noche.

—¿Has venido solo para decírmelo en persona? Porque me podías haber enviado un mensaje o llamarme.

—¿Es malo que quiera ver a mi chica?

—No, claro que no.

Cuando volví con mis niñas, lo comenté.

—¿Creéis que sospecha algo? Me ha dado la impresión de que ha venido para asegurarse de que estoy aquí.

—Ay, Dios… Que los cuernos los carga el diablo.

—Los cuernos no se cargan, Blanca. Se ponen…

—Zoe, que esto no tiene gracia.

—A ver, desde mi opinión, no creo que sospeche nada. Tu novio no tiene ningún motivo, pero te está viendo distinta y no le cuadra. Quizás ha venido para asegurarse de que todo está bien. Punto —añadió Candela.

—Eso puede ser —asintió Zoe.

—Pues mejor, porque solo de pensarlo…

—Eso es lo que tienes que pensar la próxima vez que ese te tiente, que lo hará. Mira que colarse hoy también aquí. Qué tío con más cara…

A Blanca, la actitud arrogante de Dylan la superaba. Le caía como el culo, vaya. Y yo, sin embargo, me estaba quedando pillada de esa forma de ser suya, con arrogancia y todo. Igual me lo debía hacer mirar.

Unas horas después, estaba de vuelta en casa, cogiendo ropa y bañadores para el *spa*. Nos iríamos esa tarde y regresaríamos la siguiente.

—Así que nos abandonas de nuevo, esto empieza a parecerse a una tragedia, *my darling.*

—Y tú a un cuentista, tío Roberto. Te prometo que la próxima vez que vengas a echar el día, lo pasaré con vosotros.

—Eso espero, mi consentida. ¿Dónde te vas?

—Al hotel, ese nuevo con Aless, el del *spa*.

La abuela se nos unió en ese momento.

—Así que de nochecita romántica con tu novio —murmuró con retintín.

—Mi querida Julia, tu preciosa nieta, ya no es una cría. Es lo normal.

—¿Podéis no hablar de cómo pasa las noches mi niña cuando no duerme en casa, por favor?

—Papá, que ya no soy tu niña —me quejé.

—No dejarás de serlo nunca.

—En eso tiene toda la razón. Yo a él siempre lo veré como a un mocoso, Chanel.

—Mamá, por favor…

—¿Qué? ¿Tú puedes verla como a una niña y yo a ti no? Qué equivocado estás, hijo. Por cierto, creo que ya está ahí tu novio, Chanel. Que lo paséis bien. Ea, chao.

Mi abuela habría preferido que simplemente saliera y dejara todo atrás en ese instante. Yo ya conocía su opinión sobre el asunto, pero la idea de hacerlo me resultaba abrumadora. ¿Cómo romper con el que había sido mi mundo? Y, para colmo, ¿cómo tomar una decisión tan drástica por alguien que no era más que un capricho arrogante y pasajero? Así lo veía yo.

Cuando salí, Aless estaba muy contento. Nos habían pagado el bono más alto. Tendríamos a nuestro alcance todas las comodidades y él venía de recoger su coche, que dejó en el centro de lavado, ese deportivo del que tanto presumía y que le dejaron impoluto.

Suerte que el camino no era demasiado largo y que puso música porque me sentía incapaz de darle demasiada conversación. Lo miraba por el rabillo del ojo y pensaba que él me habría fallado en cosas, pero que quien le coló un gol por toda la escuadra fui yo.

Lo peor es que la música que le gustaba es la electrónica y me estaba provocando dolor de cabeza. Había dormido poco la noche anterior y eso, unido al cansancio mental que me causaba pensar en la situación, hizo que de pronto no me encontrase demasiado bien. Y esa vez era cierto.

Por esa razón, al subir a la habitación, le pedí que me dejase echarme un rato.

—Si creí que íbamos del tirón para el *spa*, ¿otra vez indispuesta? Oye, Chanel, tú no estarás…

—¿A qué te refieres?

—A embarazada, que te estoy notando un tanto rara y he llegado a pensarlo.

—Claro que no, qué cosas tienes. Si me vino la regla hace dos semanas, ¿no lo recuerdas?

—Cierto, qué alivio. Un bombo ahora y me tiro por el solárium del hotel.

Fue como si no se diera cuenta de que lo dijo en alto. El comentario le salió directo de las tripas. Y las tripas se las hubiese sacado yo de haber podido, del coraje que me dio. Por supuesto que no quería tener un hijo con él en ese momento, pero porque estaba dolida con Aless. Al contrario, ¿qué motivo existía? Pues que él lo hubiese considerado un lazo.

—¿Y eso por qué? —le pregunté dolida.

—Mujer, ¿por qué va a ser? Porque yo no me considero preparado ahora mismo para ser padre. Los niños se tienen a otras edades.

—Pues Mauro y Blanca irán pronto a por uno, en cuanto se casen.

—¿Y dónde irán exactamente? —bromeó.

—Ya, por si los reparten en algún lugar, para no aparecer tú.

—Venga, tontita. No te pongas así. Solo es una cuestión de tiempo. Cuando nos llegue el momento, estaré encantado de tener un par de mocosos contigo.

—Ya veremos si mi reserva ovárica dura tanto.

—Qué exagerada. Desde luego que tienes unas cosas…

—Lo que tengo es un dolor de cabeza de espanto. Y tus comentarios solo ayudan a que vaya a más.

—¿Quieres que salga a comprarte algo? He visto que hay una parafarmacia entre las tiendas del hotel.

—Pues mira sí, no estaría de más. Que la música que me has puesto en el coche me ha vuelto majara.

—Majara, estás tú por mí. —Me vaciló.

Me dieron ganas de decirle que no tanto, que ya no tanto. Pero me callé a lo justo. Y él salió de la habitación.

Me quedé bocarriba en la cama, suspirando y agobiada. Y entonces reparé en que se había dejado la cartera. No era raro porque él lo pagaba todo con la App del móvil, pero justo le había dado problemas al parar en la gasolinera, por lo que igual la necesitaría.

Abrí la puerta de la habitación y ya no lo vi en el pasillo. Entonces, quise darme prisa antes de que cogiera el ascensor y justo cuando iba a doblar la esquina, le escuché hablar.

—Que sí, Fanny, que sí. Que te prometí que me escaparía a verte a alguna hora de la noche, cuando la dejara en su casa, pero que mis padres no han tenido más idea que regalarnos una noche de hotel con *spa* y claro, a ver qué me inventaba para rechazar el regalo. Es lo que hay.

Las piernas me comenzaron a temblar. ¿Hablaba con Fanny? ¿Con la misma Fanny engreída que era la única de mis compañeras de instituto a la que no podía ver? Esa chica me crispaba los nervios por lo superficial que era y por lo presuntuosa que se mostraba, como si todos los tíos estuvieran locos por su más que retocada anatomía. Bueno, igual todos no, pero mi novio sí. Mi novio estaba liado con ella. Y ella… ella estaba casada con un ingeniero que solía viajar bastante por trabajo, según le escuché decir un día de la manera más frívola, argumentando que así hacía y deshacía lo que le

daba la gana. Ya se veía, ya… Y encima él montándome un pollo por celos cuando me vio hablando con Jorge.

Le di un toquecito en el hombro con los ojos enrojecidos por el llanto súbito que me asaltó. Diréis que soy una hipócrita y que yo también le había puesto los cuernos la noche anterior, pero si lo hice, si llegué a ese punto, fue porque estaba muy desinflada por la actitud de Aless. De haber estado bien con él, ningún otro me hubiese podido tentar. Ni siquiera el arquitecto de la sonrisa irresistible.

Aless se volvió lentamente. Se había dado cuenta de lo sucedido y sabía que se enfrentaba al final. El móvil se le cayó al suelo y pude escuchar la voz de ella.

—¿Sigues ahí? A mí no se te ocurra dejarme con la palabra en la boca, y menos con el cabreo que tengo, ¿me oyes? ¿Me estás oyendo? Qué cabrón, te iba a enviar una *putifoto*, pero te has quedado sin ella.

Fui yo quien recogí el teléfono del suelo y quien se lo puso en la mano de nuevo.

—Contéstale, contéstale si tienes valor ahora.

—¿Chanel? ¿Está ahí Chanel? Joder, tío, qué liada… ¿Cómo se te ocurre? —le recriminaba ella—. Que estoy casada, mierda.

Colgó la llamada. A él la voz no le salía del cuerpo.

—Solo dime una cosa, ¿cuánto tiempo hace? —le pregunté.

—Un par de meses, pero ella no es importante para mí… Solo ha sido… no sé cómo explicarlo.

—No hace falta que me expliques nada. La noche que saliste a la discoteca, ¿habías quedado con ella?

—Sí, joder, había quedado con ella, ¿contenta? Ya está. La he cagado, sí, pero ahora no te metas a detective. —Me espetó de mala manera. Encima.

—Llevas días soltándome un rollo tras otro y se supone que ni siquiera tengo derecho a atar cabos. Es para morirse esto.

—Chanel, a ti ahora mismo se te hace un mundo, pero no es tan grave. De veras que ella solo ha sido una aventura para mí. Eres mi novia, vamos a seguir adelante. ¿Quieres que nos casemos? Te compro un anillo y, si quieres, nos casamos hasta antes que Blanca y Mauro. Pero no me dejes.

—Todo el día liado con el puto teléfono y hablabas con ella. Y ahora me pides matrimonio, qué patético. Métete el anillo por donde te quepa, maldito.

—Chanel, puede que ahora no lo veas. Pero estas cosas pasan, cariño.

—A mí no se te ocurra llamarme así.

—Vale, vale. Que sé que tú nunca me lo hubieses hecho a mí, pero que yo tampoco he pretendido dañarte.

—Mira, narcisista de mierda, que eso es lo que eres tú. Anoche, anoche me acosté con un hombre, para que te quede claro. Sí, tú has logrado con tu mierda de actitud que lo haga, que pase de ti y me meta en la cama con otro. Pero, aun así, pensaba seguir contigo.

—Eso te lo estás inventando por despecho. Es normal, yo también lo haría. Aun así, tú no hubieras sido capaz.

—¿Te doy más señas? Porque te prometo sobre la tumba de mi madre, que es de esta manera, y jamás lo haría de ser incierto.

—Chanel, yo…

—Déjame. Me voy ahora mismo a casa. No quiero volver a saber de ti, malnacido.

Capítulo 16

Cogí un taxi para volver a mi casa. Mis sentimientos eran de lo más encontrados.

Me había sentido muy, muy culpable tras acostarme con Dylan cuando lo cierto era que Aless me estaba siendo infiel desde antes.

En casa nadie me esperaba porque se suponía que estaba en el hotel. Aún era temprano, de modo que igual estaban cenando.

Vi luz en el salón. El tío Roberto era muy de Frank Sinatra. Seguía allí con mi padre. En muchas ocasiones nos imitaba a ese monstruo de la canción cantando el mítico *A mi manera.*

Me alegraba que también él estuviese allí. La abuela salía a cenar esa noche, lo mismo lo había hecho ya. Ojalá que no hubiese salido aún.

Necesitaba consuelo, y entre todos me lo darían. Me colé de golpe en el salón y entonces lo que vi me dejó patidifusa, absolutamente.

Ambos, mi padre y el tío Roberto, estaban sentados en el sofá, ¡y se estaban besando!

De todas las escenas rocambolescas que se me hubiesen podido venir a la mente, jamás aquella se me habría pasado por ella.

Me quedé muda. Ellos también. Jamás olvidaré el modo en el que me miraron. Mi padre no pudo articular palabra. El tío Roberto se levantó con la intención de hablarme.

—*My darling*, por favor, esto te lo podemos explicar —murmuró.

—¿Esto? ¡Esto no tiene explicación alguna! ¡No quiero que me hables!

Salí gritando del salón y entonces mi abuela apareció en el vestíbulo.

—Chanel, hija, ¿qué haces aquí? ¿Y qué ha pasado?

—¿Tú lo sabías, abuela? ¿Tú lo sabías?

En esas, mi padre salió del salón y ella lo miró. Roberto salió tras él. Ambos con cara de funeral.

—¿Que tu padre y Roberto están juntos, hija? Sí, sí que lo sabía.

—¿Tú también me has mentido? ¿Desde cuándo?, quiero saber desde cuándo. Maldita sea, tengo derecho a saberlo.

—Desde siempre, hija. Roberto es el amor de mi vida —murmuró entonces mi padre.

—¿Y mamá? ¿En qué lugar deja eso a mamá? ¿Es que mi vida entera es una mentira? ¡Os odio! ¡Os odio a todos!

No consentí escuchar nada más. ¿En qué momento mi vida se había tornado en pesadilla? Salí de la casa con los ojos llenos de lágrimas, sintiendo que el mundo a mi alrededor se desmoronaba. La angustia me invadía, y sin pensarlo dos veces, empecé a correr, buscando desesperadamente un taxi que me alejara de esa realidad que me ahogaba.

Candela estaba esa noche en un evento. Blanca cenaba con sus suegros y Mauro y, en cuanto a Zoe, que era mi única esperanza, no debió escuchar las muchas llamadas que le hice. Mi amiga era superdespistada con el teléfono y muchas veces estaba ilocalizable.

Necesitaba, para mí, era una necesidad imperiosa hablar con alguien. Nunca he soportado encontrarme sola cuando tengo un problema y aquella noche me vi totalmente desarropada cuando tenía el problema más gordo de mi vida entre manos.

No solo mi relación con Aless se había dinamitado, sino que me enteré de que los sólidos pilares sobre los que pensaba que estaba sustentada mi vida no eran tales. Esos pilares se tambaleaban por completo, y yo… Yo no tenía a quién acudir.

No sé cómo me vi debajo del edificio de Dylan, me dio por ir para allá. El mismo conserje que nos saludó la noche anterior, me preguntó si me pasaba algo y me confirmó que él se encontraba en su ático.

Cuando me abrió la puerta, estaba preparado para salir, guapísimo, con un traje precioso y una sonrisa que se le congeló al verme en ese estado.

—Chanel, pasa, por favor.

Me pasó el brazo por encima del hombro. Se mostró humano, nada arrogante ni bromista como solía ser.

—Siento haber venido, lo siento mucho, pero no tenía a dónde ir, perdóname.

—No sé qué te habrá pasado, pero me alegra muchísimo que estés aquí. Entra, por favor.

—¿No hay problema?

—Estás en tu casa, ¿en qué puedo ayudarte?

Me senté en su sofá, sorbí por la nariz y comprendí que me iba a costar trabajo hablar porque las palabras no me salían.

—Dylan, yo… Yo es que no sé por dónde empezar.

—¿Alguien te ha hecho algo malo? ¿Estás bien? ¿He de llamar a la policía?

—No, no, claro que no. Me han hecho cosas malas, pero no a esos niveles. Son cosas malas para mi corazón.

—No sé de qué me hablas, ¿ha sido Aless?

—Aless está con otra, sí.

—Eso no me extraña, la verdad.

—¿Y por qué lo sabes?

—Porque si te hubiese cuidado como necesitas, no hubieras estado conmigo.

—¿Y eso me lo dices tú? ¿El presuntuoso?

—Ni siquiera un presuntuoso como yo te hubiese conseguido de haber estado bien, porque cuentas con unos valores impresionantes, Chanel. Los que te han inculcado.

—No me hables de eso, que ahí llega el segundo de los problemas. Mi padre no es quien yo creía. Me ha engañado y me acabo de enterar también esta noche, la más maldita de mi vida.

—No sé a qué te refieres, pero dudo mucho que Darío haya hecho eso. Tu padre te quiere muchísimo, Chanel. Muchísimo. ¿Cómo te va a engañar?

—Está liado con mi tío Roberto, yo creí que eran como hermanos y no. Son pareja. Y me han confirmado que llevan juntos toda la vida. La misma vida que llevan mintiéndome a mí.

—¿Y eso en qué te repercute, Chanel?

—¿Te vas a poner de su parte? ¿Tú también lo sabías?

—Yo no sabía nada, créeme. Absolutamente nada. A mí tu padre no me ha hablado de su vida privada, ¿y sabes por qué?

—Porque nunca ha querido salir del armario, supongo.

—Más bien, porque para ser mi socio no necesito saber con quién se acuesta. Eso no cambia las cosas. Tampoco para ser tu padre necesitaba contártelo, si él no quería.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? Yo tenía derecho a saberlo.

—Chanel, tu padre es un gran hombre, grandísimo. Es un tipo formidable al que todos admiran y que ha sabido crear una bonita familia, lo creas o no.

—¿Cómo, bonita?

—Tiene una hija maravillosa, adora a su madre y cuenta con una pareja que ha mantenido en la sombra, pero que ha estado siempre a su lado, ¿no es así?

—Siempre, eso es cierto.

—Pues entonces, ¿qué más da que no te lo contaran? Por el motivo que fuera, no han querido. Igual deseaban protegerte de algo, de esto mismo que estás sintiendo ahora.

—Lo siento porque me han mentido, no por otra cosa. Me han mentido, me han mentido.

—Lo repites como un mantra y estoy seguro de que no es lo que han querido hacer. Ninguno de los dos deseó eso.

—Pues para no quererlo hacer, les ha salido estupendo. No hay más que verlo.

—Venga, Chanel, tienes que verlo desde otra óptica.

—Si fueses tú quien me lo contases, te animaría y te diría lo mismo. Pero yo no puedo. He vivido muchas situaciones con ellos dos, desde niña, muchas… Y todo era mentira. Se mostraban como los mejores amigos cuando estaban compartiendo su vida.

—Por el motivo que sea, han llevado a cabo un gran sacrificio. Ni siquiera han vivido juntos, han renunciado a muchas cosas. Yo lo veo como algo triste, no como algo malo. Sin embargo, lo admirable es que han

logrado mantener su amor intacto hasta el día de hoy. Me parece un acto digno de reconocimiento; sería maravilloso que más personas pudieran demostrar la misma fortaleza y compromiso en sus relaciones.

—Yo no lo puedo ver igual, me han mentido, me han mentido.

—¿Quieres que te prepare una infusión calmante? ¿Es eso lo que quieres?

—No, quiero que me calmes de otra manera —le pedí mientras me lo llevaba hacia mí, cogiéndolo por la camiseta.

—¿Estás segura de que esto es lo que deseas en este momento?

—¿Ahora vas a ser tú quien tenga reservas después de lo que has insistido?

—No es eso. Es que no quiero que pienses que me voy a aprovechar de ti en esas circunstancias.

—En realidad, soy yo quien se va a aprovechar de ti. Ven aquí.

Comencé a besarlo como una loca. Necesitaba hacerlo. Necesitaba el calor de sus besos en una noche que, pese a ser calurosa, a mí se me antojaba fría.

Antes que después, ya estaba desnuda sobre su sofá. Él también lo estaba. Sus caricias me cubrían por completo y sus dedos iban amasando cada centímetro de mi piel.

Mis pezones se pusieron duros al instante mientras él empezaba a succionarlos. Su boca sobre ellos, caliente, insistente, y yo comencé a jadear. Me sentía húmeda, lo quería dentro, ya. Necesitaba esa sensación de libertad que me proporcionaba tenerlo en el interior de mi cuerpo, dándome vida. En tan poco tiempo, había logrado que lo desease de un modo que no sospechaba ni que existiera. Dylan era el hombre que había llegado a mi vida para ponerla patas arriba, justo cuando todo, al mismo tiempo, parecía a punto de estallar.

Mi cuerpo se fundió con el suyo y, antes de darme cuenta, ya estaba sentado en ese sofá conmigo a horcajadas, botando sobre él como si no hubiera un mañana. Era justo lo que necesitaba, lo que me pedía el cuerpo… y él me lo dio sin dudar.

Cuanto más saltaba, más notaba que lo necesitaba, que necesitaba estar con él, que necesitaba que su cuerpo y el mío se convirtieran en uno solo.

Me estaba dando vida en un momento en el que acababa de entrar en una profunda crisis existencial.

Qué raro se me hacía pensar que nada de aquello en lo que había creído y que sostuvo mi mundo hasta semanas atrás existía ya; ni mi compromiso con Aless ni la confianza ciega que siempre sentí en mi padre y en mi entorno familiar. De pronto, resultaba como si todo se hubiese caído, como si ese mundo se hubiese reducido a cenizas, como si nada se sostuviese. De pronto, estaba allí, compartiendo lo más íntimo de mí con un extraño al que me estaba aferrando como a un clavo ardiendo.

Bailé sobre Dylan la danza más erótica que pudo salir de mi cuerpo, directa al suyo. Bailé para él con toda la sensualidad y también con todo el sentimiento. Dejé que la tristeza saliera por cada poro de mi piel mientras él me sujetaba por la cintura. Dejé que todo ese mundo que sentía desmoronarse se hiciera añicos a mis pies mientras me alzaba sobre él.

El gris de sus ojos, lejos de apagarse, dio color a aquella noche, que se me antojó como la más complicada de mi vida. Orgasmo a orgasmo, cabalgué sobre su cuerpo, sobre ese torso escultural que dibujaba con mis manos mientras él bebía de mis pechos.

Dejé que las ganas hablaran por mí, me dejé llevar y me entregué… Me entregué a unas sensaciones que fueron las más impresionantes de mi vida, que fueron las que me indicaron el nuevo camino, que me llevaron por un sendero por el que nunca había transitado hasta esa noche.

Lejos de mi mundo perfecto, experimenté con él un sexo salvaje que me abría una puerta que nunca traspasé hasta entonces; una puerta que me llevó a un mundo de sensaciones por las que me dejé envolver. Más allá del dolor, me aferré a Dylan en aquel sofá, me aferré a él en aquella noche en la que todo cambió.

Capítulo 17

Amanecimos en aquel sofá. Ni siquiera nos habíamos movido la noche anterior. Me resultó muy curioso.

Su luminosa sonrisa fue la que me dio los buenos días. Dylan estaba espectacular, incluso con el pelo revuelto y los ojos entornados aún por el sueño.

Incluso hizo una mueca de dolor al incorporarse y reparé entonces en que había dormido en mala postura, pues le caí encima de cualquier manera.

—Ay, pobre, si es que me tendrías que haber despertado. ¿Por qué no lo hiciste?

—No pasa nada en absoluto. ¿Has dormido bien?

—Razonablemente bien, para la paliza mental que tengo, la verdad. Siento que tú no.

—No digas eso. También he dormido bien, por supuesto que sí.

Me hizo una carantoña y me dio un beso. Me resultó muy tierno. Tenía otra cara que no conocía. Dylan la escondía debajo de esa fachada de «me quiero acostar contigo a toda costa» que me mostró al principio.

Me invitó a que me asease. No tenía allí nada de ropa, debido a que salí en estampida de casa sin nada. Ni un mísero neceser portaba.

Tampoco me hizo falta. Vi que tenía allí una especie de kit de supervivencia femenino que sacó mi pícara sonrisa.

—Me parece que no soy la primera chica que pasa por este ático.

—Pero sí, la más mona. Y la más divertida —añadió aquel que debía contar con una interminable lista de conquistas.

Por descontado que era consciente de que Dylan tenía poco que ver con un hombre que buscara el compromiso en una mujer. Él debía vivir a su aire, coleccionando trofeos. Y no por eso las trataba con desdén después de echarles un polvo.

Me metí en la ducha y la cabeza comenzó a darme vueltas y vueltas de nuevo. Apareció el tema de Aless con Fanny, el de mi padre con el tío Roberto… Y llegué a la conclusión de que mi mundo entero se había ido a la mierda.

Dylan me aconsejó que me tomase mi tiempo en esa impresionante cabina de ducha que tenía en su cuarto de baño, que parecía de ciencia ficción. Apenas he definido nada de su ático, al que llegué cegada por el dolor.

Realmente era alucinante, a pesar de que yo estuviese acostumbrada a ese tipo de construcciones que salían de manos de arquitectos como mi padre y él. Su ático contaba con unos espacios amplios y depurados, donde predominaba una decoración minimalista en tonos blancos y neutros, lo que permitía que la luz natural inundara cada rincón, la cual era un verdadero lujo. A simple vista, debía tener al menos doscientos metros cuadrados construidos, a los que había que sumar una terraza que era una verdadera gozada, de unos cien metros aproximadamente, y con imperdibles vistas al mar. Cada habitación ofrecía esa misma panorámica, así que incluso mientras me duchaba, podía disfrutar de ese espectacular paisaje azul que se extendía ante mis ojos.

Salí de la ducha y me encontré con dos cosas: con una camiseta, cortesía suya, y con mi abuela en el salón. Sí, así como suena.

La cara me llegó a los pies porque no esperaba que la hubiese llamado y me sentí traicionada también por él.

—Ahora mismo me visto y me largo. Gracias por haberme permitido pasar aquí la noche —le dije con retintín.

—Por favor, Chanel, debes escucharla.

—No deberías haberla llamado. No tienes ningún derecho a hacer algo así.

—Lo he llamado yo a él —sentenció mi abuela con esas pocas palabras y con tono serio.

—¿Y cómo sabías que estaba aquí?

—Lo sabía. Con las chicas no estabas, así que…

—Cuando he mirado el teléfono, el cual tenía en silencio desde anoche, me he encontrado con un montón de llamadas perdidas por su parte. Sabía que estaba preocupada y le he contestado.

—Sí, es verdad, se lo he fundido. Y él ha considerado que debía llamarme.

—Muy considerado por su parte, sí. ¿Qué quieres, abuela?

—Que me oigas. Es más, no es que lo quiera. Es que vas a hacerlo. Tu padre y Roberto se lo merecen.

—Esos dos no se merecen nada porque me han mentido y…

—Jovencita, vas a guardar silencio. Esos dos, como tú los llamas, cuentan con una historia de amor y sacrificio detrás… Con una historia digna de hacer con ella, no una película como las que yo protagonizo, sino una serie entera, así que vas a escucharla. Y de su boca.

—¿De su boca? No, no. Por ahí sí que no paso. En todo caso de la tuya, y me dará igual lo que digas, porque seguiré viéndolo del mismo modo.

—Eso es lo que tú te crees. Te vas a venir conmigo y escucharás cuanto tengan que decirte, ¿me oyes? Y ahora mismo.

—Abuela, no. Ya soy una mujer y no voy a obedecerte como si fuese una cría sin más opción. No me puedes obligar, no me puedes castigar y no vas a conseguir que cambie de opinión sobre lo que es una verdadera traición.

—¿Traición? No tienes ni idea, nena. Todo lo que ha hecho tu padre, y todo aquello en lo que Roberto le ha seguido, ha sido por lealtad a tu madre. Por la promesa que un día le hizo.

—No entiendo nada, de verdad que no. Y prefiero no seguir escuchándote.

—Claro, no sea que entonces tengas que dar tu brazo a torcer en algo que no te conviene. Me da igual, Chanel, ha llegado la hora de que enfrentes la verdad.

No hubo objeción posible. Dylan asintió. Tuve que vestirme y acompañarla. Por lo mucho que los quería a todos, estaba obligada a

escucharlos. Y eso que contaba con la certeza de que nada de aquello que tuviesen que decirme me haría cambiar de opinión.

Llegué con ella a casa absolutamente cabizbaja. Tanto mi padre como el tío Roberto seguían vestidos de la misma forma que la noche anterior, prueba inequívoca de que ni siquiera se habían acostado. El hecho de que tampoco se hubiesen afeitado así lo indicaba.

Me costaba mirarlos a los ojos. Me sentía dolida y tan engañada, que no me resultaba en absoluto sencillo mantenerles la mirada.

—Pues bien. Ya estoy aquí, aunque os advierto que solo he venido a escucharos y a por mis cosas. No pienso quedarme.

—Gracias, hija, muchas gracias por haber venido.

—Papá, no se te ocurra acercarte más. No quiero que me beses.

—Chanel, y a ti no se te ocurra volver a decir algo parecido —me pidió mi abuela.

Tuve que claudicar. He de reconocer que tenía ganas de sacar a pasear la lengua, que tenía ganas de soltar por la boquita todo el dolor que el conocimiento de aquella relación me había producido.

Me invitaron a sentarme en el sofá. Sería donde estuviéramos más cómodos, aunque cómoda precisamente no sería la conversación que fuésemos a mantener.

Entonces mi padre comenzó a hablar.

—Cariño, lo que tengo que contarte te va a sorprender mucho, muchísimo. Va a cambiarte los esquemas de lo que ha sido tu vida.

—¿Más? ¿Me va a sorprender más? Es que tienes una gracia, papá —le solté con una ironía total, con la que me salió del alma.

—Sé muy bien lo que estás pensando, Chanel. Lo sé muy bien. Estás pensando en que no me merezco ni poder explicarme.

—Si estoy aquí es por el respeto que le debo a la abuela, aunque también me haya dañado que sea cómplice de vuestras fechorías.

—Jovencita, no te pases. No te pases ni un pelo —me advirtió ella.

Había algo en la figura de mi abuela que me llevaba a respetarla por completo, que me llevaba a pensar que lo que saliese por su boca era ley. Nadie como ella había sabido conjugar el ser mi cómplice, y hasta diría que

mi amiga, con mostrarme su lado autoritario siempre que fue necesario. Y aquel día lo fue más que nunca.

Exhalé nerviosa y me limité a callar. Entonces mi padre retomó la conversación.

—Chanel, tu madre y yo nunca fuimos pareja —comenzó diciendo y sentí que me mareaba. No lo digo por decir, eso fue lo que sentí.

—¿Cómo que nunca habéis sido pareja? Papá, ¿es que también me has mentido en eso? ¿Nunca la quisiste? Si parecías amarla con todo tu corazón —le reproché con un río de lágrimas cayendo de mis ojos.

Su mirada mostraba que se le partía el alma al verme en ese estado. Y al tío Roberto también, quien permanecía más callado que en misa.

—Y la amaba con todo mi corazón, hija. Y no hay un solo día de mi vida en que no la eche de menos, en que no me duela su ausencia.

—Sigo sin entender nada, papá.

—Tu madre era el ser más sensible que he conocido en la vida. Ella anhelaba ser mamá más que nada en el mundo. El problema era que le costaba encontrar pareja. Aspiraba a un amor puro, a un amor sin imperfecciones, a un amor en mayúsculas que no encontró en ninguno de los hombres con los que se relacionaba.

»Entonces, me hizo la petición más extraña que hubiese podido escuchar de sus labios. Yo era su mejor amigo, desde niños. La quería muchísimo, aunque nunca la vi con los ojos que ella hubiese necesitado. Me pidió que fuese tu padre, que la embarazase, que tuviésemos un hijo juntos.

—¿Mi madre era tu mejor amiga?

—Así es, Sofía y tu padre se conocían desde niños —intervino mi abuela —. Desde que ella fue a parar a casa de unos padres adoptivos, que solo la utilizaron para tratar de arreglar sus problemas en común. Y que cuando no lo consiguieron, se separaron y la niña les sobró. Nunca conoció el verdadero calor de un hogar.

—Pero yo no sabía eso. Ni siquiera que fuese adoptada. ¿Mis abuelos están vivos?

—Realmente no. Los padres biológicos de Sofía murieron en un accidente cuando era una cría de corta edad. Y los que fueron sus padres

adoptivos murieron para ella el día que fue mayor y les cantó las cuarenta. Esas personas tampoco quisieron saber de ti tras tu nacimiento.

—Qué malditos.

—Por eso tu madre aspiraba a un tipo de amor tan bonito, a un tipo de amor que la compensara de todo el que le faltó en vida. Y llegó a la conclusión de que quien más la quiso en el mundo fui yo: su mejor amigo. Conmigo se sentía arropada. Aunque no la amase en el sentido que ella necesitaba.

—¿Tú ya sabías que eras gay por aquel entonces, papá?

—Tu padre tenía un cacao en la cabeza tremendo en esos años —me respondió la abuela.

—Estaba confundido, sí. Tuve una novia, Triana, una chica andaluza. La relación no cuajó porque no podía darme a ella al cien por cien. Y luego conocí a Roberto. Fue cuando tu madre estaba embarazada. Ni siquiera se lo conté porque teníamos un problema muy gordo entre manos en aquel momento.

—¿Qué problema?

—Tu madre sufría una enfermedad que me ocultó y que el embarazo aceleraría al no poder administrársele la medicación pertinente durante la gestación.

—Qué horror, de verdad… No entiendo nada. ¿Lo sabía antes de quedarse embarazada?

—Sí, y me lo ocultó. No habría accedido a su deseo de haberlo sabido, porque estaba arriesgado su vida por completo. Y, aun así, lo hizo. Te buscó y te encontró. Cuando te tuvo en sus brazos, me confesó que por fin había encontrado el amor que llevaba buscando toda su vida. Y entonces me pidió que te cuidase. Ella ya sabía que se iba.

—Papá, me estoy muriendo de la pena. Es que me estoy muriendo.

—También me morí yo. Y entonces traté de olvidarme de Roberto para centrarme en ti.

—Así fue —admitió él.

—¿Y eso por qué?

—Porque por aquel entonces la homosexualidad no se veía con los mismos ojos que hoy. Cierto que ya no estábamos estigmatizados, pero en

mi círculo se le había hecho el vacío a alguna persona que confesó la suya. Y yo le prometí a tu madre que lo primero, siempre, sería tu bienestar, que te cuidaría del modo más sano posible. Temí que sufrieras al tener dos papás.

—Yo le dije a tu padre y a este otro que está aquí, y al que quiero como a un hijo también, que era una pamplina. Que yo misma lo tuve a él de un modo nada convencional, sin padre, desafiando a las reglas. Pero no sé cómo, en esas circunstancias, me salió un hijo así de cuadriculado. Por el amor del cielo. Pero me salió —resopló la abuela.

—¿Y tú, Roberto? ¿Por qué admitiste tener que echar un paso a un lado?

—*My darling*, ¿hoy ya no soy tu tío Roberto?

—Por favor, responde.

—Yo no llegué a conocer a Sofía, pero por lo que me contó tu padre, ella sufrió mucho en la vida. Nunca quiso que lo supieras, pero fue así. Y si ambos aspiraban a que vivieses en una familia «normal» —hizo el gesto de entrecomillar con las manos—, yo no podía pedirle a tu padre que luchase en contra de lo que consideraba que era lo mejor para ti.

»Por eso me eché a un lado; aun así, no me marché. Nosotros retomamos la relación y decidimos vivirla en la sombra, con todo lo que ello implica. Con el dolor de no poder hacernos un gesto en público, con los miles de preguntas por parte de todos de por qué somos dos solteros empedernidos, cuando me considero casado con tu padre desde hace muchísimos años. Y con el dolor de sostener una mentira que también te afectaba a ti.

—Sé que estarás pensando que pudimos salir del armario con los años, Chanel. Pero entonces sentimos miedo a esto que ha pasado, a tener que admitir que llevábamos toda tu vida mintiéndote, aun por lo que considerábamos tu bien.

»Además, entonces tendríamos que hablarte de la triste vida de tu madre y ella no quería eso para ti. Ella te amó hasta las últimas consecuencias, dio su vida por ti. Cuando naciste, su organismo estaba ya tan débil que nos dejó. Te dejó tan pequeñita y en mis manos. En las manos de nosotros tres —corrigió.

—Entonces, ¿tú no quisiste ser mi padre? ¿Fue solo de rebote?

—¡¡No!! No digas eso, hija. Cuando tu madre me propuso esa maternidad, si no lo dudé fue porque sabía cuánto te amaría ella y cuánto te amaría yo. Desconocía su enfermedad, y creía que era lo que Sofía más necesitaba en la vida: ser madre. Así era, de hecho. Y entonces llegaste tú para iluminarlo todo, hija de mi vida.

»Y la suya se apagó, sí. Pero estaba rodeada de luz cuando lo hizo. La pérdida de Sofía es lo más doloroso que me ha tocado afrontar en la vida, hasta lo de anoche, cuando me sentí morir de nuevo al verte salir por esa puerta del modo en el que lo hiciste. A ella la perdí, pero a ti no podría perderte, pequeña. A ti no podría.

Capítulo 18

La visión de mi mundo al completo cambió de un momento para otro. Los míos me habían mentido, sí, pero por honrar la última voluntad de mi madre junto con su memoria.

Ella nunca llegó a saber de la condición sexual que mi padre descubrió de modo tardío y, por tanto, nos abandonó sin conocer el alcance del sacrificio que llevaría a cabo, no dando a conocer su relación con Roberto para protegerme. Mi abuela aseguraba que no pudo entenderlo, que para ella era absurdo, pero su hijo pensó que sería lo mejor para que nadie en nuestro elitista entorno me señalase, y actuó conforme a esa creencia.

—Papá, yo necesito un tiempo para digerir todo esto —le comenté finalmente.

—Lo entiendo, hija. ¿Qué quieres hacer?

—Me gustaría quedarme unos días en casa de alguna de las chicas.

—¿De alguna de las chicas o de Dylan?

—A Dylan ya le he complicado bastante esta noche. ¿Estás enfadado conmigo por haberme liado con tu socio?

—No, no estoy enfadado. Solo estoy asombrado porque no entiendo lo que ha pasado con Aless.

—Pues ha pasado lo que tenía que pasar, que *my darling* por fin ha abierto los ojos con el huevón, ese —añadió el tío Roberto y me sorprendió una barbaridad.

—¿También tú lo llamas así?

—¿A semejante pánfilo? Por supuesto, igual que tu abuela y Teresa. Estoy harto de decirle a tu padre que ese no te llega ni a la suela del zapato.

—Pues sí que lo queréis todos —admití tan irónica como ojiplática—. Pues entonces, cuando os diga que llevo tiempo pasándolo mal porque andaba muy pasota y resulta que es porque está liado con una compañera… Con Fanny exactamente.

—¿La Fanny, esa recauchutada de la que hablas a veces, hija?

—La misma, abuela.

—¿Y por esa te ha cambiado? Yo lo estoy flipando mucho, muchísimo. Lo estoy flipando locamente.

Mi padre se echó las manos a la cabeza. Y yo decidí que ya era suficiente por ese día.

Llamé a Dylan al salir de casa para darle las gracias y contarle que todo estaba bien, que no se preocupase. Y para que me perdonase por mi reacción.

—Pero te veré pronto, ¿verdad?

Esa fue su respuesta.

—Ahora mi padre ya lo sabe, sabe que tú y yo hemos tenido algo.

—¿Debo contratar guardaespaldas? —me preguntó con sorna.

—No sé, háblalo tú con él. Siento si te he metido en líos, aunque no creo que esté para emprenderla contra nadie. Ahora me doy cuenta de que mi padre ha librado sus propias batallas.

—Me alegro de que las cosas se hayan aclarado entre vosotros.

—Sí, sí. Gracias.

Cité a las chicas de inmediato. Las cuatrillizas debían unirse ese día para contarles el giro radical que había dado mi vida. Mi abuela las telefoneó la noche anterior, por eso sabía que no estaba con ninguna de ellas.

—Liado con otra, no me lo puedo creer. —Blanca se echó las manos a la cabeza.

—¿Lo ves, Blanca? ¿Ves cómo en la vida no todo es blanco o negro? Ella tenía derecho a hacer lo que quisiera porque el otro ya lo estaba haciendo —le comentó Zoe.

—Me quedo loquísima, os lo prometo. Decidme que todos no son iguales, por favor.

—Claro que no, cariño. Mauro te quiere muchísimo, por eso ha optado por unir su vida a la tuya ya, ¿no ves la diferencia? —le aclaré.

—La veo, la veo, aunque me he mareado y todo del susto. Es muy *heavy*, os lo prometo.

—Sí que lo es, pero lo mejor es que te has enterado a tiempo. ¿Te imaginas si te enteras de que Aless es un *ponecuernos* cuando hubieses estado ya casada y con hijos? Entonces es que te da un síncope.

—Y a mí otro por ella. —Blanca estaba descompuesta.

—Chicas, pues esta, pese a que es una novedad total, no es la única de mi vida.

—¡¡Estás con el arquitecto!! —chilló Zoe.

—No, no estoy con él, aunque he pasado la noche en su casa, eso sí. Y me ha gustado estar allí, mucho. Se ha portado sensacional.

—Pero no te fías de un hombre así.

—Para algo serio, no, Blanca.

—Pues aprovéchalo para algo que no lo sea —me propuso Zoe.

—Es que ahora no pienso en esas cosas.

—Es verdad, locas, que todavía no ha salido de una relación y ya la estamos metiendo en otra. Ella ahora tiene que pensar en sus cosas.

—Es cierto, Candela. Anoche me enteré también de que mi padre y el tío Roberto son pareja. Por eso hui de casa y acabé en la de Dylan.

—Joder, por eso había un montón de llamadas en mi móvil, lo siento, ¿querías verme?

—No pasa nada, Zoe. Sé que vas a tu aire con el móvil, y más en fin de semana y de noche.

—Es que ligué, nena. Pero vamos a lo que vamos, ¿qué es eso de tu padre y de Roberto? Me parece increíble.

—Pues imaginad a mí. Os lo podéis figurar todas. Salí de allí a la estampida.

—Pero eso, cómo puede ser, ¿desde cuándo?

—Desde que mi madre estaba embarazada de mí, y se conocieron.

—Entonces, ¿ella se murió de pena?

—Qué dramas eres, Blanca. Nadie se muere de pena.

—Zoe tiene razón. No, es que ellos nunca llegaron a ser pareja. Es un lío total, os lo voy a contar.

—Por favor, esto tenemos que oírlo sin interrupciones. Va por las dos —Candela miró a Zoe y a Blanca.

—Sí, sí, ya estamos mudas.

Me escucharon con toda la atención y se quedaron patidifusas por completo.

—Es la historia de amor más bonita que he escuchado nunca. A tres, pero lo es. De verdad que es digna de ser llevada ante las cámaras. Os lo prometo.

—¿Te ha gustado, Candela? Pero también es muy triste —afirmé.

—Y complicada de digerir. Yo es que también soy de familia tradicional y un amor a tres…

—Blanca, no es un amor a tres. Es un amor entre tres personas, pero pareja solo hay una: Darío y Roberto.

—Ya, ya, aun así, es un poco lío para mi cabeza, la verdad.

—Pues para la mía ni os digo. Les he pedido un poco de tiempo para digerirlo. Necesito quedarme contigo unos días, Zoe, eres la que vive independiente.

—Ya te estoy preparando el dormitorio de invitados. Y si tienes una crisis existencial, te metes en mi cama. Que igual, todavía descubres algo que te mole.

—Dime que esa propuesta es broma.

—Blanca, no te escandalices. Yo sí he probado con chicas, pero dudo que sea lo que quiera Chanel.

—Me caigo muerta de la silla ahora mismo.

—De eso nada, que estamos por celebrar una boda y no un funeral.

—Entonces, ¿anoche ligaste con una chica?

—Qué va… Anoche me ligué a dos tíos. Eran un par de bomberos y tenían unas terminaciones espectaculares… Hasta en las mangueras.

—Muerta, me caigo muerta, ¿te acostaste con los dos a la vez?

—Afirmativo, *baby*. Estaba loca por hacer un trío y ya lo he hecho. Y no te santigües, Blanca.

—Es que esto a mí me queda muy grande. Tríos, sexo con chicas… ¿Ahora eres bisexual?

—Y dale con las etiquetas. ¿No ves que eso no es bueno? Si no existieran, Darío y Roberto habrían podido vivir su amor sin restricciones ni juicios. Pero, chica, mientras haya personas como tú…

—Oye, que yo no tengo la culpa. Para mí todo está bien.

—Mientras no te salpique, ¿no? Pues que sepas que, cuando conoces a fondo el cuerpo de un hombre y también el de una mujer…

—Eso que vas a decir no me interesa en absoluto.

—Y luego dices que no eres mojigata. No, qué va…

Allá que iban. Estaban de lo más enfrascadas en la conversación y yo pensando en que tenía unas amigas con unos gustos muy variados.

—Pues yo también he conocido a alguien —interrumpió su intercambio de descalificaciones Candela.

—¿Y eso? No lo dirías en ese tono, si fuese un ligue cualquiera, te conocemos.

—Es que no lo es. Nunca había estado con alguien como él.

—¿Casado? —le preguntó con cara de terror Blanca.

—No, no. Casado no, con veinte años más que yo.

—¿Con veinte años más? ¿Os habéis vuelto todas locas?

—Déjala que hable, ¿no?

—Chicas, es que me lo monté anoche con él. Asistió al evento y…

—¿Lo conociste y te lo cepillaste en la misma noche? Y luego decís de mí.

—Qué va, Zoe. Ya lo conocía. Y vosotras también.

—¿Nosotras lo conocemos? *Mamma mia.* —Blanca estaba flipada.

—Sí, es Borja.

—¿Borja, el profe de yoga de aquí del club? ¿Ese por el que no pasan los años como por Jesús Vázquez?

—El mismo. El tío sigue imponente y en la cama… En la cama es una fiera. Todo lo que tiene así de rollo místico en sus clases, se transforma en un león a la hora de dar zarpazos.

—Quita, quita, que me has asustado hasta a mí.

—¿A ti no te ruge Mauro en la cama, Blanquita?

—Rugir no… Él hace sus cosas, otros ruiditos…

—¿Ruiditos? ¿Cómo puedes llamarlos ruiditos? Me parto, os juro que me parto la caja con esta niña.

—Oye, de mí no te rías.

—Si estás esperando que te diga eso de que no me río de ti, sino contigo, hazlo sentada. Porque sí que me estoy riendo de ti. Y tanto…

Capítulo 19

La noche del domingo me quedé hablando con Zoe hasta tarde. Me venía genial porque mi amiga era la más divertida del planeta y también la que tenía esa forma de ser con la que los problemas dejaban de serlo.

No obstante, al sonar el despertador, debía levantarme para ir al instituto. En mi cabeza todavía todo andaba muy revuelto, aunque las obligaciones había que asumirlas sí o sí.

—A esos dos es que ni los mires, ¿me oyes? Tú ve con la cabeza bien alta y pasa de su culo.

—Sí, sí, a ella no le interesa un escándalo. Para mí que Aless le supone solo un capricho que no se ha querido perder.

—Pues puede ser, pero será un capricho que le salga caro, que no se ponga farruca, que tiene mucho que perder con su marido.

—Sí, ella vive bastante bien y no quiere perderlo. Lo único que quiere es picar de aquí y de allí. Y Aless igual. En fin, que ya tiene que importarme todo una mierda.

—Naturalmente. Tú pasando de ellos.

—Lo que me duele es lo que pensarán Guillermo y Laura de todo esto. A ellos los echo de menos.

—Pues pensarán que tienen un cafre de hijo.

—Pero, para joderlo, le solté a Aless que me había acostado con otro. Eso también deben saberlo ya, seguro que se lo ha contado.

—Porque su hijo no te hacía ni puto caso ya, al estar con ella. Lo tendrán todo en cuenta. No te van a quemar en la hoguera, tranquila. Te quieren mucho, siempre lo has dicho.

Llegué al instituto y en la sala de profesores vi a Fanny, quien no me dirigió la palabra. Tampoco yo a ella. Por supuesto que no era necesario, todo estaba claro entre nosotras, que nos fulminamos con las miradas. A quien no vi fue a Aless. Y entonces, el bedel me pidió que fuese al despacho de Guillermo, que me estaba esperando allí.

Sentí que mis rodillas se convertían en gelatina, sentí que mi mundo se volvía a tambalear porque aquella conversación no sería agradable. Él me consideraba su niña, y yo, ya no era su nuera.

Llamé con los nudillos y me pidió que entrase. Entonces me encontré con un gesto tan serio que la sangre se me heló en las venas.

—Chanel, siéntate, por favor.

—Guillermo, buenos días. Supongo que estarás asombrado por todo lo sucedido. Yo misma lo estoy. Podría haberos ido a ver, pero dadas las circunstancias…

—Dadas las circunstancias, ni Laura, ni yo queremos verte —me anunció de un modo seco.

—¿Cómo dices? Verás, que sé que no me he portado bien, pero que tu hijo…

—¿Qué vas a decir de mi hijo? Lo has destrozado, Chanel. Nos lo contó todo.

—¿Cómo que yo lo he destrozado? No entiendo.

—No entiendes por qué no quieres entender. No te conviene. Está muy claro. A nosotros no hace falta que nos expliques nada. Te has liado con alguien, has pasado de Aless y nos has ofendido a todos. Has olvidado que para nosotros eras como una hija.

»Espero de corazón que te haya valido la pena. Chanel. Así las cosas, no te quiero trabajando aquí. Debes entender que Aless no podrá soportar el dolor de encontrarse contigo a todas horas. Ni siquiera se ha podido levantar hoy para venir.

—¿Qué estás diciendo, Guillermo? ¿Eso es lo que te ha contado tu hijo?

—Con todo su dolor, sí. Aless no puede con su vida en estos momentos. Y todo te lo debe a ti.

—Tu hijo es quien está liado con alguien, ¿me oyes? Él ha pasado mucho de mí y yo, al final, pues sí, también he conocido a otro. ¿Es que no veíais que últimamente me ha dado malas contestaciones? Si hasta en alguna ocasión le ha corregido Laura.

—Sus razones tendría, algo estaría viendo ya, ¿cómo se te ocurre emprenderla contra él inventando calumnias después de lo que has hecho?

—Que no son calumnias. Que está liado con Fanny, sí, con Fanny. Yo misma los escuché hablando por teléfono. ¿Eso se lo ha callado?

—Entiendo que, desde el sábado, has tenido tiempo para inventar algo con lo que defenderte. No lo esperaba de ti, Chanel, aunque visto lo visto, no eres para nada la chica que yo creía. Lo lamento mucho porque inevitablemente esto afectará a la amistad entre ambas familias. Arreglaré los papeles para indemnizarte por el despido, no quiero más problemas entre nosotros. Tan solo no volver a verte.

—¡Que es verdad! ¡Qué no me estoy inventando nada!

—Chanel, por favor, ya está bien. No hagas más esfuerzos por perder la poca dignidad que ya te queda.

—¿Poca dignidad? Aquí el único indigno es tu hijo, Guillermo. Algún día tendrás que comerte tus propias palabras.

—Cierra la puerta al salir, Chanel.

Lo hice y entonces fui a buscar a Fanny, la cual estaba por entrar en su clase.

—Tú, ni se te ocurra moverte. Espera ahí —le dije al verla de lejos por el pasillo.

—¿Todavía estás aquí? Creí que ya habrías recogido tus cosas, dado que no formas parte del profesorado de este centro —pronunció con total sarcasmo.

—Esto lo habéis urdido entre los dos para dejarme en evidencia, qué malditos.

—No sé de qué me hablas, pero si quieres que te cuente un secretito, ha sido idea mía. Aless no las tiene tan brillantes. A él le falta maldad.

—Y a ti lo que te falta es que te den una buena zurra. Hay que ser mala. Lo habéis negado todo.

—Y seguiremos negándolo. No pienso perder mi vida por nada ni por nadie.

—Él solo es un capricho para ti.

—Naturalmente, ya estoy casada. Tengo todo lo que necesito, salvo un poco de distracción extra. Y esa me encargo de buscármela.

—Te prometo que esto no quedará así. No quedará así.

—Pues tú dirás qué vas a hacer… Hay que ser inocente, confesar que también te habías metido en la cama de otro. Esas cosas nunca se cuentan. No eres más que un bebé, no puedes competir conmigo.

Fanny andaba por los treinta y cinco, aunque vivía para su físico. Y no solo nos llevaba a Aless y a mí unos años, sino que había vivido siete vidas repletas de maldad y esa constituía su verdadera ventaja. Él cayó en sus redes y ella manejaba todos los hilos.

Salía de un modo atropellado del instituto cuando me encontré con Dylan en el parquin, dentro de su coche.

No esperaba verlo allí para nada y me quedé muy sorprendida.

—Hola, ¿has venido por lo de la reforma esa que traes entre manos?

—No, he venido por ti —me contestó con toda la seguridad.

—¿Por mí? No entiendo.

—Algo me decía que no saldrías bien parada de este primer día tras lo sucedido. Y quería estar aquí por si necesitabas algo.

—Me dejas muy loca…

—Esa es una de mis virtudes.

—¿Vas a volver a la carga?

—No, no quiero cargarte ahora. Solo quiero ayudarte. Supe desde el principio que ese tipo no te merecía, ¿a qué vienen esas lagrimillas que veo en tus ojos?

Dylan estaba al tanto de todo lo que me sucedió con Aless, pues cuando fui a su casa le di inicialmente unas explicaciones que horas más tarde le detallé.

—A que lo han negado todo. Por lo visto, yo me lo he inventado. Guillermo dice que su hijo es un santo y que lo estoy acusando para

cubrirme las espaldas. Que aquí la única que tiene algo que ocultar soy yo. Pero tú tranquilo, que no te he metido en esto. Nadie sabe que le fui infiel contigo.

—El pecado de Guillermo es creer a su hijo sin plantearse nada, cuando lo cierto es que ya deberían conocerlo, tanto él como su mujer. Pero en ese pecado llevará la penitencia. Y con respecto a lo mío, me da exactamente igual, no soy de tirar la piedra y esconder la mano.

—Gracias. Esto tengo que hablarlo con mi padre. No es lo que más me apetece en estos momentos, pero piensa que les va a afectar en su amistad.

—Tu padre se subirá por las paredes cuando sepa que te han tratado a patadas, porque pienso que es lo que ha sucedido con Guillermo.

—Sí, y, además, es que me ha despedido. Previo pago de su importe, vale, que me van a indemnizar. Pero la mentira de esos dos me ha costado el puesto de trabajo.

—Siento si lo que hemos tenido te ha perjudicado en ese sentido, aunque cada vez veo más claro que salir de ese círculo es lo mejor que te podría haber pasado. Ellos van a creer a su hijo, no hay más.

Me tomé un café con él y logró relajarme. Después me acerqué por casa y hablé con mi padre.

Montó en cólera y estaba gritando cuando mi abuela entró en la cocina. Teresa comenzó a preparar una jarra de tila, pues iba a hacer falta.

—Darío, hijo, no ganamos para sustos en esta casa, ¿qué pasa ahora?

—Pasa que voy a ir a buscar a Guillermo Godoy y te prometo que no volveré hasta que retire las calumnias que ha vertido sobre mi hija, mamá.

—¿Qué calumnias?

—Julia, el huevón, que lo ha negado todo. Que él es un santo y que si está metido en la cama es por culpa de la niña, que es una adúltera —le comentó Teresa que, como ya he dicho más veces, era una más de nosotros.

—¿Cómo? ¿Te ha echado a ti el marrón encima, cariño? A ese lo saco yo de la cama a hostias —aseguró mi abuela.

—No, por favor, tranquilizaos.

—Mamá, pues eso que todavía no sabes que la han despedido, porque la han despedido.

—¿Qué dices, hijo? Es que los cojo por el cuello. Chanel, tranquila, que te readmiten hoy mismo.

—No, abuela. Ya no quiero seguir trabajando con ellos después de todo lo que ha sucedido.

—¿Y eso por qué? Tú siempre con la cabeza bien alta, ¿me oyes?

—Sí, sí, te oigo. Pero que no, que no quiero estar al lado de ellos. Me van a indemnizar y habrá muchos sitios en los que pueda trabajar.

—Eso no lo dudes, *my darling*, ¿qué está pasando aquí?

El tío Roberto, que estaba en la ducha, apareció por la cocina.

—No sabía que vivías aquí, ya —le comenté.

—Y no lo hago todavía, eso tendremos que hablarlo. Me he quedado a pasar la noche. ¿Qué sucede?

Se lo explicamos y otro que deseaba comprar un arma de fuego en el mercado negro. Por fin, mi padre se levantó.

—Sé que a la niña la queremos todos. Pero Guillermo era mi amigo, yo fui quien le dije que emplease a Chanel y yo seré quien vaya a verlo.

Los demás entendieron que debía ser así. Me considero adulta y, de hecho, había tomado una determinación antes incluso de hablar con ellos. Pero era normal que, dadas las circunstancias, mi padre quisiera intervenir para poner en su lugar a alguien con quien, hasta ese momento, le unieron lazos de amistad. No podía negarle ese derecho.

Supe que le puso fino, que le aclaró bien aclarado que su hijo no era ningún monje y que la había liado bien liada. Sé que no llegaron a las manos de milagro, defendiendo cada uno a su hijo.

Si algo volvió a quedarme claro de aquello, fue que mi padre me quería con todo su ser y que él, con independencia del delicado momento por el que estuviésemos atravesando, me defendería con uñas y dientes siempre.

Capítulo 20

Estaba en casa de Zoe, por la noche, cuando llamaron a la puerta y ella fue a abrir.

—Salgo un momento, que voy a comprar tabaco. —Me indicó junto con un guiño de ojo cuando vi que quien entraba era Dylan.

—Pero si tú no fumas, loca. Y tú, ¿qué haces aquí? —le pregunté.

—Le pedí el teléfono de Zoe a tu abuela. Y tu amiga me dio permiso para venir.

—Muy amigo de mi abuela te estás haciendo.

—Por cierto, esta tarde he estado hablando con tu padre. Y me ha asegurado que no es necesario que encargue seguridad privada.

—Pues claro que no. Somos amigos, no hay más.

—Y los amigos pueden compartir una botella de vino como esta.

—¿Te estás apuntando a cenar por toda la cara?

—Por toda la cara no, que he pedido comida peruana. Me ha dicho Zoe que te gusta.

—No te puedo creer.

Nada más bajar, Zoe me llamó.

—Oye, que lo del tabaco era en coña.

—¿No me digas?

—Pues sí. Sí, te digo. ¿Recuerdas a los bomberos?

—Afirmativo. ¿Se ha declarado un incendio y tienes que acudir?

—Sí, en mis bajos. Pero quienes tienen que acudir son ellos a sofocarlo.

—¿Vas a volver a enredarte con los dos?

—¿Y por qué conformarme con uno si puede ser así? Pues claro que me voy a enredar con los dos. Volveré por la mañana.

—Envíame tu ubicación para que sepa dónde estás.

—Que son de fiar, pero lo haré. Esos chicos velan por la seguridad de la ciudad. Tranquila, que solo me van a apagar el fuego.

Cuando colgué, él lo había escuchado y exhibía esa preciosa sonrisa de medio lado que tanto iluminaba su rostro.

—Así que parece que nos han dejado tranquilos, hasta mañana.

—Así que parece que ambos os habéis puesto de acuerdo, ¿no es eso?

—Podría darse el caso.

—Dylan, te voy a decir la verdad.

—Y yo también.

—Yo es que ahora no quiero nada con nadie. Me gustas, no te lo voy a negar, pero fíjate de lo que acabo de salir. Si hace unos días estaba pensando todavía en casarme con Aless.

—Lo sé. ¿Tienes necesidad de ponerle nombre a esto?

—No. De momento no.

—Pues entonces, vayámonos a Japón.

—¿Cómo has dicho?

—Ahora mismo estás desempleada, ¿cierto?

—Cierto.

—Y a mi hermano le homenajean en Japón. Tengo vuelo para dentro de tres días.

—¿Y quieres que vaya contigo?

—Volar solo no me gusta, así que te vienes. He sacado un par de pasajes.

—O sea, que solo me lo pides por eso, aunque supongo que debería sentirme halagada porque tendrás una lista de chicas que quieran ir contigo.

—Sí, pero le he echado un vistazo y me da la impresión de que eres mi mejor opción.

—La cara más dura no la puedes seguir teniendo.

—Ni tú más ganas de acompañarme. Saldrás de la rutina y lo pasaremos genial. Te vendrá bien cambiar de aires.

—Sí, sí, de aquí a Japón hay un cambio de aires, sí.

—Sé que no has estado allí nunca, me lo ha contado tu abuela.

—¿Hay algo que mi abuela no te haya contado? Qué peligrosa es esta mujer.

—A mí, más que peligrosa, me parece encantadora. Y no, no me ha contado nada más, aunque sí me ha preguntado si podía venirse también.

—Dime que es una trola, te lo pido, por favor.

—Lo es, lo es. Ella lo único que quiere es que te vengas y lo pases genial. Lo mismo que el resto.

—¿El resto también lo sabe?

—Me temo que ahora le debo más de una explicación a tu padre.

—Madre mía, qué locura es esto.

—Japón nos espera. Y ahora lo que llega es la comida peruana.

—Todo muy internacional, aunque yo aún no te he confirmado nada.

—Ni falta que hace. Es tu mejor plan para esta semana.

—¿Y cuánto tiempo estaríamos allí?

—Cinco días, que ya que volamos hasta allí, habrá que hacer turismo. Tranquila, que vuelves con mucha antelación para la fiesta de Blanca.

—Estás en todo.

—Sí, y por cierto, también estaré en esa fiesta.

—¿Vuelves a tocar con los chicos?

—Eso parece. Johnny ha sufrido un pequeño accidente.

—Me estás dando miedo, ¿no tendrás nada que ver con eso?

—Claro que no… No que yo sepa.

Durante la cena me estuvo contando cosas relacionadas con Luca y su vida en Japón. Su hermano tenía varios divorcios a sus espaldas. Nada más y nada menos que cuatro. Me resultó increíble al escucharlo porque nunca había conocido a nadie personalmente que se hubiese divorciado tantas veces.

—Luca es así. Tú no lo conoces, ¿verdad?

—No, no coincidimos cuando visitó a mi padre hace años.

—Es un tipo excéntrico, te va a llamar la atención.

—¿Excéntrico en qué sentido?

—En todos, un verdadero personaje. Muy buen anfitrión, por cierto.

—¿Es que nos vamos a alojar en su casa?

—¿Tú qué crees? Soy su hermano y tú la hija de su amigo.

—Vale, ¿y ya le has dicho que voy? No, no puedes habérselo dicho todavía.

—Pues claro que sí, ya cuenta contigo. Le gustarás.

—¿Por qué?

—Porque Luca es un amante de la belleza en todas sus manifestaciones y tú eres una chica increíblemente bella.

—Y tú eres increíblemente halagador.

—Y tú me tienes ganas.

—Y tú a mí más.

Al postre no llegamos. Cuando quise darme cuenta, ya estábamos en mi cama. Él se estaba quitando la camisa y yo me había desvestido, a excepción de mi ropa interior.

Se me vino a la cabeza lo que decía Blanca de los ruiditos de Mauro. Ruiditos haría su novio, sí. En cuanto a Dylan, rugía directamente.

El gris de sus ojos ya atrapaba mi mirada por completo. Me gustaba de un modo descomunal; la atracción era tremendamente irresistible entre ambos.

Me terminó de desnudar con los dientes y entonces hundió su cara en mi sexo, levantando la mirada para unirla a la mía.

Mi cuerpo al completo se removía. Lo hacía de un modo que hacía saltar chispas al contacto con su lengua. Mi clítoris estaba tan encendido que realmente creía que terminaría por prenderse fuego en él. En sus ojos había un fuego que no solo iluminaba su mirada, sino que también añadía un toque de calidez a ese torrente bestial que salía de ellos para entrar en mí.

Ya podía paladear el momento en el que lo tuviese dentro. Dylan no mostraba ninguna prisa, pero sí unas impresionantes ganas de complacerme. Tenía ganas de que volviese a gritar su nombre y no pararía ni un instante hasta lograrlo.

Sus manos amasaban mis pechos mientras mis pies se arqueaban por el placer. Su lengua era prodigiosa, lo mismo que esos dedos que me exploraban de un modo que me llevaba a la locura.

Chillé, chillé ese nombre suyo en el preciso momento en que me corrí y entonces entró en mí. Su pene ya estaba tan rígido como erecto, tan

preparado para darme placer, que parecía haber sido diseñado justo a mi medida.

Hubiese querido pillarlo al vuelo para degustarlo antes de que me poseyera, pero no tuve ocasión de hacerlo. Entró en mí de una sola embestida, sin darme opción y aprisionando mientras mis labios.

Los suyos me sabían a caramelo, al mismo caramelo que era el color de mis ojos; un color por el que parecía sentir también predilección. Me decía que no era especial, que muchas lo habrían sentido antes, pero en ese momento era mío y estaba en mi cama.

Además, aquella noche me sentía muy contenta. No solo se acostaba conmigo, me había pedido que le acompañase a Japón y la ilusión me invadía.

Una vez allí, me imaginaba muchos encuentros como ese. Días en los que recorreríamos un buen montón de rincones y en los que también encontraríamos tiempo para hacer eso que estábamos haciendo; para compartir con el otro.

Con él descubría nuevos horizontes cada vez que nos veíamos. Cuando terminamos, se quedó un buen rato abrazándome.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—Muy bien, ha estado sensacional.

—Eso ya lo sé, pero lo que te estoy preguntando es cómo te encuentras.

—¿Por qué eres tan chulillo?

—No lo soy, y menos ahora.

—Es verdad, te muestras más sensible conmigo porque sabes que estoy en horas bajas.

—¿En horas bajas? Si estoy totalmente de acuerdo con tu abuela cuando dice eso de que ahora empezarás a vivir de verdad.

—¿Perdona? ¿Eso también lo has hablado con mi abuela?

—Es que entre Julia y yo hay mucho *feeling*.

— Ya lo veo, ya. Me estáis asustando.

—No creo que te asustes por tan poco. Eres mucho más fuerte de lo que crees. Solo te falta descubrirlo. Descubrirte a ti misma, en realidad.

—¿Y tú? ¿Tú quién eres? ¿Lo sabes?

—Soy un tipo un tanto complicado de definir.

—¿Un tipo que se va a marchar ahora?

—¿Eso es lo que quieres?

—En realidad, no. Prefiero que te quedes.

—Deseo concedido.

No quería que se marchase. No me sentía bien en aquellos días cuando me quedaba a solas. Y su presencia en mi cama lo llenaba todo.

Me besó. Me estuvo besando más allá del sexo. Le había comentado que éramos amigos porque no quería que pensase que estaba ante una boba que esperaba un anillo de un hombre al que ni siquiera conocía. Pero aquello trascendía en mucho el concepto que tenía de amistad.

Se levantó muy temprano y procuró no hacer ruido para que no me despertase. Cuando abrí un ojo, ya estaba al lado de la puerta.

—¿En tres días nos vamos?

—En tres días. Te enviaré los detalles… tengo mucho que hacer hasta entonces. Tú solo dedícate a preparar el viaje y a disfrutarlo.

Me acababa de dejar claro que no me vería hasta que nos marchásemos. Tampoco existía ningún motivo para que así fuese. No éramos novios, no había obligación y, sin embargo, volaríamos juntos a Japón a un evento que para él era completamente familiar.

Cuando Zoe llegó, lo hizo también directa para la ducha. La única que no tenía que trabajar era yo, que me había quedado repentinamente en el paro.

Mi amiga pasó por la puerta de la habitación y se detuvo.

—Aquí huele a sexo.

—Y tú de eso entiendes tela. ¿Cómo ha ido?

—Doblemente satisfactorio, ¿tú qué crees?

—Creo que haces magia con los tíos, nunca sufres por ninguno.

—¿Sufrir? Por descontado que no. Eso no entra en mis esquemas, cariño. Y tampoco debería hacerlo en los tuyos. Los hombres han sido creados para nuestro disfrute, no para nuestro sufrimiento. Y para mí que el arquitecto sabe muy bien cómo hacer que te lo pases bien.

—Sí, sí, tengo cosas que contarte, pero ahora corre, que no quiero ser la culpable de que te despidan también a ti.

—De acuerdo, pero nos vemos esta noche en el club. Cenamos todas juntas.

—Genial, me parece una idea sensacional.

—Como todas las que tengo, por supuesto.

Estar con las chicas, con las tres a la vez, era mi mejor medicina en un momento en el que tenía el corazón *partío* a lo Alejandro Sanz. Nunca hubiese imaginado que el final de mi noviazgo con Aless sería así. Y también me rompió de dolor que mis exsuegros creyeran hasta la última mentirosa palabra que salió de su boca, pasándose por el forro mi presunción de inocencia.

Al curso no le faltaba demasiado para terminar, así que mi búsqueda de trabajo ya iría dirigida al siguiente. Al no tener apuros económicos, como que todo se relativiza y puedes tomarte las cosas con otra parsimonia. Soy consciente de que en ese sentido debía sentirme privilegiada. Y así era.

Capítulo 21

No tenía nada que hacer hasta la noche, así que me pareció una buena idea la de llamar a mi padre y al tío Roberto. No quería marcharme a Japón sin hablar con ellos con más detenimiento.

Los dos dejaron sus quehaceres para asistir encantados a ese almuerzo. Cuando los vi aparecer, algo se encendió dentro de mí.

—Así que aquí viene la parejita feliz. Me tenéis que perdonar, pero es que todavía lo pienso y no me lo creo.

—*My darling*, nada que perdonarte. Somos nosotros los que esperamos tu perdón. —Me indicó el tío Roberto, besando mi mano. Era tan caballero como mi padre.

—Y yo buscándoos novia a los dos toda la vida. Ahora lo pienso y me siento más boba…

—Ojalá te lo hubiésemos podido contar antes. Ya lo sabes.

—Lo sé, lo sé. Y ahora, ¿qué vais a hacer? Papá, es hora de que lo hagáis público, de que todo vuestro círculo lo sepa.

—¿Estás preparada para eso, hija?

—Sí, lo he estado pensando y lo estoy. Lleváis demasiado tiempo teniendo que ocultaros y eso no es lógico. No lo es para nada.

—*My darling*, qué bonito es eso que dices.

—Bonito es saber que el amor verdadero existe de verdad. Vosotros sois la viva imagen de ello.

—Gracias, mi niña, muchas gracias.

—Es la verdad, papá. Me quedé en *shock*, aunque no he tardado demasiado en reaccionar, ¿cierto?

—Totalmente.

—Igual tiene algo que ver que tampoco te hayas rasgado las vestiduras porque me vaya con tu socio a Japón.

—Sé que con Dylan te lo pasarás muy bien y lo necesitas. Me alegra que hayas aceptado.

—¿Un viaje a Japón con un *macizorro*? Es que si no acepta, sería señal de que a la niña le falta un tornillo. —Intervino el tío Roberto.

—Papá, yo me estoy dejando llevar por el momento.

—Y a mí me parece fenomenal. Eres muy joven y no te queda otra, cariño. La vida es así, hay que vivir aprovechando todas las oportunidades que se vaya pudiendo.

—Pues anotadlo. Nunca habéis hecho viajes juntos, los dos solos.

—Quizás algún fin de semana sí que nos hemos escapado, sin que ataras cabos.

—Ya me lo imagino, pero eso no es nada. Os lo merecéis todo. ¿Nunca habéis pensado en casaros? —les pregunté.

—*My darling*, esa pregunta me ha pillado de sopetón.

Al tío Roberto se le llenaron los ojos de lágrimas. Y mi padre le siguió en cuanto las vio.

—Hija, ese es nuestro mayor sueño. Pero solo nos hemos podido permitir fantasear con ello.

—Hasta ahora. Si salís del armario, y tenéis que hacerlo por todo lo alto, quiero que sepáis que el único requisito que os pongo para casaros es ser vuestra madrina. Bueno, esperad, que la abuela es muy protagonista y ese papel es de ella.

—No creo que pusiera pegas. La abuela está más contenta de lo que piensas con todo esto.

—Si ya se lo voy viendo, ya. Está como una niña con zapatos nuevos. Entre que se ha quitado de en medio al huevón, como ella lo llamaba, y que vosotros por fin podréis vivir con libertad lo vuestro, está pletórica. Solo le falta sacarse novio a ella.

—Julia es que no encuentra a nadie que esté a su nivel. Es demasiado diva.

—Y tampoco parece que lo necesite, en eso te doy la razón, tío Roberto. Por cierto, ¿ahora cómo debo llamarte?

—¿Y tú lo dudas? He sido tu tío Roberto desde que naciste, igual que tú para mí eres, *my darling.* Las costumbres no pueden cambiar.

—No, aunque si te digo la verdad, ahora te quiero más —le confesé.

También brotaron unas lágrimas de mis ojos al decírselo. Era normal.

—¿Por qué me dices eso, cariño?

—Porque te has sacrificado mucho, quedándote al lado de papá sin poder adoptar el rol que te correspondía. Y todo lo has hecho por amor a él, pero por no perjudicarme a mí. Ahora lo veo.

—Por amor a ambos. Tu padre y tú sois mi familia, lo más grande que tengo. Y Julia, y Julia, que como se entere de que no la he nombrado, me despelucha.

—Capaz es de enterarse. Tiene tanta grandeza mi abuela que para mí que es omnipresente.

—Sí, sí, tu abuela está en todas partes, cariño.

—Bueno, pues si las cosas se van aclarando, me gustaría que estuvieras viviendo en casa a mi vuelta de Japón. ¿Te parece buena idea? Sé que no darás el paso hasta que te lo comente, y ya está hecho.

—¿La has escuchado, Roberto?

—Sí, sí, por fin voy a poder hacer uso de tus aposentos, cariño.

—Qué ceremonioso, tío Roberto, cómo se te nota el estilo.

—Pues imagínate vestido de novio.

—No me lo puedo ni imaginar. Y a ti tampoco, papá. Será muy emocionante.

—¿De veras nos lo dices, hija?

—Sí, papá. Lo más curioso del caso es que creí que la boda que se venía en la familia era la mía, y ahora resulta que es la vuestra.

—Eso parece. Haremos las cosas con calma, pero las haremos.

—Con mucha calma, tampoco, que no es plan de celebrar vuestra boda en el geriátrico.

—Cariño, ¿le haces cosquillas tú o se las hago yo?

—Anda, lo que te ha dicho, papá. Se me tiene que hacer el oído a que el tío Roberto te llame cariño.

Por supuesto que nada de geriátricos, los dos eran jóvenes, sanos y guapos. Serían un par de novios magníficos.

Durante el almuerzo, no solo estuvimos presentes nosotros. Me refiero al hecho de que también hablamos mucho, muchísimo, de mi madre.

Ya que la conocía más, quise indagar en su recuerdo. Mi madre había dado la vida por mí. No quiso marcharse de este mundo sin dejar huella. Y la huella fue a parar a manos de aquellos hombres que, junto con mi abuela, me habían dado la mejor vida posible.

Existen mentiras piadosas, y había de reconocer que la de ellos fue una. Y que todo lo hicieron por mí. Me adoraban y me sentí muy orgullosa de dar luz verde a sus sueños.

Me despedí de ellos con la promesa de que a mi vuelta de Japón me volvería a instalar en casa, a su lado. Incluso el tío Roberto me hizo alguna broma al respecto, pensando en que igual Dylan me raptaba y no volvería. No lo veía así, era la persona que me estaba ayudando a salir de aquella. Un hombre que llegó en el momento preciso para quitarme en parte la depresión que me hubiese supuesto la ruptura de mi noviazgo. No más.

Al final de la tarde, me fui al club para unirme a las chicas. Cuando les conté lo de Japón, no daban crédito.

—¡Bombazo informativo! Chanel se nos va a Japón con el arquitecto de los famosos y para conocer a su hermano, que lo es más todavía.

—Eso parece, no sé por qué me lo ha pedido.

—Porque le gustas más que comer con las manos —me aclaró Candela.

—Supongo que hay una conexión especial. Estoy viviendo el momento y no veo nada de malo en dejarme llevar por lo que siento, ¿verdad, chicas?

Necesitaba que me dieran la razón. Y escuchar de sus bocas que no estaba metiendo la pata.

—El problema lo veo en que nosotras no sabemos dejarnos llevar, Chanel. Nosotras somos más de enamorarnos. Tú y yo, me refiero.

—Blanca, no empieces.

—Zoe, es lo que pienso. Y ella a Dylan no lo conoce.

—Y si así fuese, ¿qué? No se conoce a nadie con quien se empieza, ¿conozco yo a mis dos bomberos?

—¿Estás empezando algo con ellos? A mí me entierras…

—Que no, boba, claro que no. ¿Necesito yo una relación para algo?

—No, no, aunque si la tienes un día, seguro que es para dar el campanazo. De convencional no tendrá nada.

—Ya lo sabes que no. Oye, Candela, ¿y tú qué tal con Borja? Que parece que te ha comido la lengua el gato al respecto, ¿o más bien ha sido él?

—Con Borja, bien, bien, gracias.

—Cuánto entusiasmo, bonita, ¿qué pasa?

—No, chicas, que con Borja bien. Nos estamos conociendo y me encanta.

—¿Y de veras que no te pesa la diferencia de edad? —le pregunté.

—No, no. De verdad que no.

—Pero ¿tú ya lo has pillado bien por banda en la cama? ¿Funciona o la cosa va por toques de Viagra?

—¿Estás chalada, Zoe? Que Borja no tiene ni los cincuenta y cumple como un campeón. Vale, es mayor que yo, sí. Pero es un buen tipo. No soy yo quien está en problemas.

—¿Y entonces quién lo está?

—Mi hermano, Nico. Ese es quien se ha metido en un buen marrón.

—¿Nico? ¿Qué ha pasado?

—Que ha dejado embarazada a Bárbara —anunció.

Nos quedamos totalmente atónitas. No lo esperábamos para nada. Siempre hablábamos de descorchar el mejor champán el día que ambos se separasen, el día que Nico abriese los ojos y la plantase, y de golpe nos encontrábamos con la noticia.

—Pues sí que es un marrón. No he visto nada en sus redes, Candela.

—No, Zoe, porque nos lo han contado hoy al mediodía. Tú espera, que ya montará ella un circo de categoría.

—¿Y a tus padres cómo les ha sentado?

—Muy agridulce, porque tampoco la tragan. Tiene guasa que la noticia de que la familia va a crecer nos sepa así.

—Pues sí, chica. Es que si tiene un hijo con él, es un vínculo ya para toda la vida.

—Lo sé, Blanca, aunque se terminen separando el día de mañana. En ese caso, ella aprovechará para apretarle las clavijas a Nico, que tendrá mucho cerebro para los negocios, pero que en cuestión del amor ha demostrado tener el mismo de un mosquito.

Nos lo contaba cuando, por el rabillo del ojo, vi pasar a Aless. No había tenido ocasión de encontrarme con él cara a cara desde la jugarreta tan fea que me había hecho.

Ni siquiera me molesté en telefonearle o enviarle un mensaje poniéndolo a caldo, pues albergaba la esperanza de encontrármelo en persona y disfrutar del momento cara a cara.

Prácticamente salté sobre él. A las chicas se les salieron los ojos de las órbitas y a él… A él no digamos ya.

—¿Qué haces? —me preguntó cuando lo llamé desde atrás y, al volverse, le di dos sonoras bofetadas.

La cara debió dolerle, pero seguro que le dolió más el orgullo. Todos los que allí estaban nos miraron.

Él salió disparado hacia el jardín, sin esperar siquiera que le contestase. No aguantó las miradas.

Me fui tras él y las chicas también.

—¿Qué hago? Poco te he hecho. ¿Cómo se puede ser tan cobarde?

—Ni idea de lo que me hablas.

—Les has contado a tus padres que te fui infiel sin reconocer que el primero que lo hizo fuiste tú, so mierda, que eres un cobarde total. A mí me tenías ya muy harta. Yo te quería, no te hubiese hecho nada así de no tener motivos.

—¿Quieres que eche una lagrimita? ¿Qué pensabas que iba a hacer? ¿Admitir mi culpa por lo de Fanny y que mis padres me dieran la chapa todo el rato? Con lo que te han querido siempre, es que no me hubiesen dejado vivir. Paso totalmente de aguantar tantas ñoñerías.

—Pues lo vas a tener jodido a partir de ahora, ¡¡cazado!!

Nos quedamos muy locos todos porque quien habló así fue Blanca. Ella, que siempre se mostraba más apocada que las demás, fue la que tuvo la gran idea de sacar su móvil y grabar una conversación que valía su peso en oro.

Nunca hubiese imaginado que Aless querría arrebatarle el móvil a la fuerza como lo hizo. Y tampoco él que resultaría atacado por cuatro leonas a la vez en ese mismo momento.

Siempre habíamos bromeado sobre el escándalo que supondría llegar con alguien a las manos en aquel elitista club. Y poco podíamos figurarnos que seríamos nosotras y contra Aless. Los giros de la vida son tan impredecibles como sorprendentes. Unos cuantos giros tuvo que dar también él para zafarse de todas nosotras. Y la grabación quedó intacta, como no podía ser de otra manera, en el teléfono de Blanca. Conocía yo a unos padres que tendrían que tragarse sus palabras.

Capítulo 22

Me marché de viaje con la satisfacción de que Laura me llamó. Se ve que Guillermo, que fue quien me puso a caer de un burro en su despacho, se mostró incapaz de hacerlo.

Las cosas nunca volverían a ser iguales y a ella se le notaba el disgusto por lo sucedido. Me comentó que entendía lo que había hecho, dada la actitud tan impresentable de su hijo. Añadió que ambos lamentaban mucho haber creído a Aless sin cuestionarse que lo que decía no encajaba con mi personalidad. Y, sobre todo, me deseó lo mejor.

Tras lo vivido, no era probable que quedase ninguna amistad entre nosotros, pero al menos las cosas estaban aclaradas. No fue necesario que les enviase el vídeo que de un modo tan certero grabó Blanca. Simplemente, al amenazarlo con hacerlo, mi exnovio cantó.

Me parecía mentira estar volando con Dylan a ese lugar tan exótico que es Tokio. No había pisado Japón nunca y me hacía mucha ilusión. Y que él me hubiese invitado, más.

Para poder hacer un vuelo directo, nos desplazamos en coche hasta Madrid. Y allí abordamos el avión, en primera clase, pues Dylan pretendía que aquella experiencia fuese memorable, aparte de que estaba acostumbrado a una vida de lujo que tampoco me era ajena.

Fueron tantas horas en el aire que pudimos hablar de muchas cosas, incluso de sus proyectos de futuro y, naturalmente, de los míos, los cuales le interesaban mucho.

Él aspiraba a llegar a lo más alto en la arquitectura. Mis aspiraciones eran más modestas, porque como profesora tan solo deseaba dar clases en algún centro en el que contase con un buen ambiente de trabajo. Lo demás en la vida me había venido rodado.

Luca envió un coche a recogernos. Ciertamente, cuando llegamos a su impresionante mansión, puede comprobar que era un hombre excéntrico, como me había comentado su hermano.

Para empezar, dentro de casa vestía impecable. El evento se celebraría al día siguiente por la noche y para mí que ya estaba vestido para él. Su estilo era el de un verdadero galán de cine de los de antes, de esos que tanto entusiasmaban a mi abuela.

Por otra parte, su hermano me contó que era un gran coleccionista de coches y, nada más llegar, pude contemplar una parte del jardín en el que muchos de ellos lucían expuestos. Eran auténticas maravillas sobre ruedas, representando diferentes épocas y estilos que harían las delicias de cualquier amante del automovilismo que se preciase de serlo.

Existía diferencia de edad entre ambos, bastante, aunque compartían diversos rasgos faciales que hacían innegable el hecho de que fuesen hermanos. Entre ellos, sus grisáceos ojos, lo cual llamó mucho mi atención.

A Luca también se la llamó que yo estuviese en su casa. Su recibimiento fue increíblemente caluroso. Según me contó luego, mi padre se contaba entre las pocas personas que consideraba verdaderamente amigas y también adoraba a mi abuela, hasta el punto de que entre una colección de fotos que aprecié en su pasillo, pues coleccionaba más cosas aparte de automóviles, había una de ella, en su juventud, pletórica y en Hollywood.

—Me recuerdas mucho a Julia, muchísimo. Y tienes la expresión transparente de los ojos de tu padre. Estoy al corriente de lo que has descubierto sobre él en estos días y me alegro muchísimo por ambos. Roberto también se merece poder mostrarse a su lado como lo que es; su pareja.

—Por cierto, hermano, hablando de pareja, ¿qué traes entre manos?

—A una chica preciosa, hawaiana, se llama Kalea. Ella será mi quinta exmujer. En un rato la conoceréis.

—Pero si todavía no te has casado con ella, Luca.

—Por eso aún no lo es, Chanel. Me enamoro de la belleza, lo doy todo y luego… Supongo que me aburro de contemplar siempre esa misma belleza. Soy así, y suelo advertirlo.

—Eso es verdad. Luca lo advierte y luego cumple.

—Supongo que para ellas supondrá un desafío pensar que pueden cambiar eso. Mientras lo vean así y no me lo tomen a mal, formidable. Me llevo muy bien con cada una de mis ex. Para mí, es la más importante de mis colecciones.

Era culto, sofisticado y también ambicioso. Ese último rasgo también lo compartía con su hermano. En cuanto a su casa, se trataba de una verdadera maravilla alejada del bullicioso centro de la ciudad.

Rodeada de bosques, se alzaba como una joya acristalada y natural, con acabados en madera, que me dejó boquiabierta, dadas las imperdibles vistas desde cada una de sus estancias y, en particular, desde la planta de arriba. Contaba, igualmente, con un solárium en el que se podía disfrutar de gran cantidad de horas de sol y baño. Y con una piscina infinita en la que desearías perderte por igual tiempo: infinito.

Sauna, *spa*, pistas deportivas, cine en casa… Y todo a lo grande, en medio del verdor de aquel bosque que te atrapaba.

Enseguida nos instalamos. Luca fue muy prudente e hizo que nos acomodaran en un par de habitaciones de invitados, pero contiguas.

—Tiene estilo tu hermano, ya te digo si lo tiene.

—Claro, es que sale a mí.

—Ya me extrañaba que tardase en aparecer esa vena chulita.

—Es que has estado un poco regular, pero ahora que vuelves a lucir esa sonrisa en el rostro, no veo ningún motivo para no volver a la carga.

Me lo dijo mientras depositaba un beso en mis labios.

—Sabes que no vas a dormir en tu habitación, ¿verdad? Luca se lo podía haber ahorrado —continuó.

No le contesté. Le besé por toda respuesta. Y luego me mordí el labio inferior, inquieta y excitada. Le notaba duro. Habíamos llegado por la mañana y quedaba mucho recorrido hasta por la noche.

Luca se ofreció a venir con nosotros para mi primera toma de contacto con la ciudad. Entonces apareció Kalea, esa chica hawaiana, estudiante de

arquitectura, y a la que conoció dando una charla.

Kalea no estaba con él por su dinero, era obvio. Su familia era pudiente y había estudiado en distintos sitios del mundo hasta aterrizar en Tokio, donde se enamoró a primera vista de Luca durante aquella charla.

Nos los fueron contando por el camino. Aquella belleza exótica contaba con muchísimos años menos que él. Era incluso más joven que yo. Y estaba enamorada, mucho. No había más que ver la forma en la que lo miraba todo el tiempo. Lo admiraba más bien.

Hice muy buenas migas con ella. Era muy simpática y dicharachera. Fue quien eligió el restaurante en el que almorzaríamos y Luca no objetó absolutamente nada porque estaba encantado con ella, con esa última pieza de su colección.

Tomamos *ramen*, esa sopa de fideos de origen chino que ya se ha incorporado como propia a la gastronomía japonesa, y también *sushi*, como era de prever. El restaurante era de todo lujo y jamás probé un *sushi* tan sabroso y de tal calidad.

La tarde la dedicamos a visitar el conocido Templo Sensoji, tan popular como es entre los visitantes, así como sus alrededores. Al ser el templo más antiguo de Tokio, no nos lo podíamos perder y me quedé cautivada por su particular y alegre colorido.

Kalea lo conocía muy bien y me indicó los mejores lugares para tomarme fotos. Ella misma posó conmigo en alguna que otra. Dylan las iba haciendo encantado. Y también se ofreció la chica a hacernos algunas a ambos, aparte de que cayó algún selfi.

En cuanto a Luca, era más de ir a su aire, él vivía en su mundo interior, un tanto ajeno a lo trivial que ocurriese a su alrededor.

Al caer la tarde, nos recogimos, y decidimos disfrutar de una cena en los jardines de aquella impresionante casa. La velada fue divertida y llena de risas, y tras la cena, ellos se retiraron a descansar, mientras nosotros decidimos quedarnos un rato más en la piscina.

La atracción entre nosotros era palpable, pero también había ganas de tontear un poco antes de entregarnos por completo. Sin pensarlo dos veces,

me lancé al agua, y él detrás. Una vez sumergidos, comenzó a besarme, mientras yo fingía querer zafarme, pero él no me lo permitía.

Dylan estaba muy excitado. Su dureza así me lo contaba. También yo lo estaba. Me envolvió en una toalla, se colocó sus zapatillas de baño y me llevó a su dormitorio.

Allí, encima del colchón, me desenvolvió como si fuese un caramelo y entonces comenzó a degustarme con la mirada, con su grisácea mirada, incluso antes de hacerlo con su cuerpo.

Su lengua me recorrió. Me sentía levitar en aquella cama, con el cuerpo entero vibrando, deseando sus caricias de todas las formas posibles. No tardaron en llegar, tanto de sus manos como de su cálida lengua, esa que me arrancaba los gemidos más profundos.

El vaivén de mis caderas lo sofocaba como a mí, cualquiera de sus movimientos. Su torso fuerte, la robustez y rigidez de su miembro, todo en Dylan me ponía muchísimo.

Aferrada a su cuello, me dejaba hacer. Todo lo que tenía para darme me llevaba al borde del abismo del placer. Se entregaba mucho en la cama, demostrándome en cada gesto que yo era su prioridad.

Lo encontraba tan sexi que la humedad brotaba desde lo más profundo de mí. Él la recogía con sus dedos y luego la probaba. Sus gestos me estremecían, me causaban un tremendo pellizco en el estómago, dejándome sin reacción.

Cuando vine a hacerlo, a reaccionar, comencé a acariciarlo también. Estaba deseando probar ese miembro, igual que él hizo con mi sexo, y entonces me las ingenié para colocarme en la postura del 69. Debió parecerle una buena opción y se entregó al placer mientras su lengua estimulaba también mi sexo con la idea de sacar de él un orgasmo.

No tardaría demasiado. No cuando todo mi ser pedía a gritos correrme para Dylan mientras su nombre fuese el que mi boca dejaría salir cuando me estuviese ocurriendo.

La punta ardiente que era su glande la tenía ya en la entrada de mi garganta, como una invasora desesperada. Me encantaba sentirla ahí, darle emoción, succionar, llevarla lo más adentro posible y escuchar el rugido que se le escapaba en instantes tan llameantes como aquellos.

Me sentí a punto de la explosión y así se lo indiqué. No por eso Dylan se apartó. Su gusto por probar mi esencia no hacía más que crecer. En esa línea, notó mis contracciones y cómo la respiración se me entrecortaba tras nombrarlo. Y entonces me tumbó bocarriba y, sin mediar palabra, me penetró.

Una sola embestida y ya lo tenía metido en mis entrañas, en ese lugar del que no deseaba que saliese. Sus grises ojos también parecían metidos dentro de los míos. Y tampoco deseaban que saliesen de allí.

Sus manos en mis caderas y su cuerpo entero moviéndose para poseerme. El suyo era un cuerpo escultural, capaz de derretirme con solo mirarlo. Más aún cuando lo sentía así, tan dentro de mí, que no podía evitar la sensación de que nos estábamos fundiendo en uno solo.

En el momento en que un nuevo orgasmo me asaltó, mi boca se entreabrió y dejó salir un placentero gemido que ahogó a besos. Sus labios sobre los míos y yo, que no podía imaginar una sensación más excitante.

Con Dylan estaba descubriendo sensaciones que bien podrían llegar a ser adictivas. Con Dylan dejaba que fluyera como nunca pensé que pudiera hacer con alguien a quien apenas conocía. Con Dylan puse los pies en Japón con el deseo de olvidar. Y con Dylan me estaba olvidando de todo lo malo que me hubiese ocurrido.

Tras terminar extenuados un rato después, me quedé a dormir sobre ese colchón que compartí con él y que tan bien me acogió. Y también lo hicieron sus fuertes brazos mientras ambos llamábamos al sueño y nos vino a rondar enseguida. No en vano, había sido un día muy intenso tras muchísimas horas de vuelo que nos llevaron hasta allí, hasta el destino que menos hubiese imaginado en aquel momento.

Capítulo 23

Por la mañana, salimos temprano a hacer algo de turismo. Esa noche le entregaban el premio a Luca, así que por la tarde nos arreglaríamos para ir a aplaudirlo y a celebrar con él su éxito.

Kalea y él tenían cosas que hacer, de modo que nos marchamos los dos solos. Yo tenía interés en subir a la conocida como Torre de Tokio, así que ese fue nuestro primer destino tras desayunar con Luca y con Kalea en esos jardines cuyo verde incitaba a hacer vida en ellos.

La famosa torre de telecomunicaciones, en colores rojo y blanco, se alzaba majestuosa delante de nosotros. Para mí era un desafío total, pues ese tipo de atracciones me causan cierto temor, uno que procuro vencer subiéndome a ellas.

No quise decirle nada a Dylan, aunque él se dio cuenta de que algo pasaba. Me gustó su actitud protectora; no profundizó demasiado en el tema, pero sí se tomó el tiempo de preguntarme si realmente era eso lo que deseaba, si subir a ella era lo que me apetecía en ese momento.

—Que sí, que sí, que lo tengo muy claro —le comenté.

Nos metimos en su base, donde nos encontramos con el espacio FootTown, en el cual compré algunos recuerdos para las chicas. Por cierto, que seguían muy de cerca mis avances en la ciudad gracias a nuestro grupo de WhatsApp en el que iba colgando fotos y ellas soltando impresiones.

Me reconfortaba tanto saber que las tenía siempre cerca con independencia del lugar del mundo en el que me encontrase… Para

nosotras, no existía la distancia, puesto que en lo emocional siempre estábamos conectadas.

Subimos en el ascensor hasta el observatorio principal, que ya estaba a 150 metros de altura, en el cual hicimos un receso para tomar un café. Las vistas eran sublimes y me sentí muy bien por haber hecho el esfuerzo de vencer el temor. Y por si fuese poca emoción, hasta me dejé guiar de su mano, abrazándome afectuosamente mientras ambos poníamos nuestros pies en el suelo de cristal.

Finalmente, tampoco quisimos quedarnos sin vivir la experiencia de subir hasta el observatorio especial, a 250 metros de altura, desde el cual pudimos disfrutar de las fantásticas vistas de 360° de la ciudad.

Un rato después, estábamos pasmados gracias a otro colorido de lo más llamativo: el de Odaiba. Hasta esta isla artificial llegamos en el monorraíl sin conductor que recorre el conocido como Puente Arcoíris y que ofrece las mejores vistas a la bahía de Tokio.

Me gustan las compras y él lo sabía. Por eso alternaríamos la cultura con ellas, dirigiéndonos hacia ese paraíso de las compras y del entretenimiento que está plagado de centros comerciales.

Una vez hice de las mías en ese sentido, nos fuimos a tomar algo a un bonito lugar como es el parque Costero de Odaiba, desde cuyo mirador disfrutamos mucho con las vistas del paisaje urbano de la ciudad.

Nos comentaron que merecía mucho la pena contemplar desde allí el atardecer y la llegada de la noche, pero no podría ser porque deberíamos estar mucho ante de vuelta. Nos lo pudimos imaginar.

Me sentía muy protegida por él, quien me llevaba por las calles de la mano y que, en momentos así, se colocaba detrás de mí y me abrazaba de un modo muy caluroso y fuerte.

Después de disfrutar de ese delicioso tentempié, y antes de decidirnos a volver, nos metimos en el centro comercial Palette Town, que además de otro centro neurálgico de las compras cuenta con un parque temático y con una noria absolutamente espectacular, una de las mayores del mundo a nivel panorámico, Daikanransha.

—¿Te animas? —le pregunté.

—¿Dudas de eso? ¿Te animas tú?

—Pues igual sí. Me da impresión, pero es que no me lo quiero perder.

—Pues entonces, no te lo pierdas. No te pierdas nada en la vida que pueda dejarte esa sensación de que pudiste hacerlo y no lo hiciste.

—Tienes toda la razón. Vamos.

Me sentía muy animada. Con él me atrevía a cosas que normalmente me hubiese costado mucho decidir. Sentía que nada malo dejaría que me sucediese, estando tan pendiente de mí como estaba.

He de confesar que no podía dejar de hacer comparaciones con Aless en el sentido de que mi novio no fue tan detallista durante los años que estuvimos juntos. Y como eso no lo conocí a su lado, tampoco lo eché de menos. Pero claro, llegaba alguien como Dylan y te lo ponía en bandeja, y me resultaba muy dulce.

Daba igual que sus intenciones no fueran serias y que tan solo estuviéramos viviendo una aventura. Me conformaba con pensar que llegarían más momentos como aquellos. Yo misma le había comentado que no deseaba ninguna relación por el momento y esperaba que eso no cambiase en mí porque no deseaba sufrir. Pero cada día iba cambiando un poco, lo reconociese o no. Cada día me iba quedando más pillada de momentos como aquellos.

Subimos a la impresionante noria y, de repente, sentí que me faltaba el aire. Él se dio cuenta y se esforzó por relajarme. Para distraerme, incluso me contó un par de chistes y terminó haciéndome reír de verdad. Tanto que hasta debió vérseme la campanilla.

Cuando nos bajamos, volví a mirar hacia arriba y me costaba creer que lo hubiese hecho. Pero así había sido.

Volveríamos para almorzar con Kalea y Luca. Me gustaba esa pareja y, en cierto modo, me daba un poco de pena pensar que en un tiempo no estarían juntos, como aseguraba él. No estaba acostumbrada a escuchar hablar de parejas con fecha de caducidad, ese concepto era nuevo para mí. Pero mientras ellos lo llevasen bien…

Si algo había aprendido de lo sucedido con mi padre y el tío Roberto, de ese pacto al que llegaron en su día, era que todo puede ser válido mientras esté consensuado.

Kalea se encontraba inmersa en un proyecto de fin de carrera y Luca se lo estaba supervisando. Parecían el típico profesor y alumna. Ella estaba arrodillada en una alfombra cuando nos vio avanzar y se levantó.

—¿Os gusta?

El proyecto era precioso. Se trataba de una fantástica casa de árbol para niños. De veras que nunca había visto una así de elaborada. Era una como una mansión natural en miniatura que me dejó asombrada.

—Sublime —opinó con más criterio Dylan, y vio la alegría en su cara.

Se puso muy contenta. Sí que parecía estar dotada de un don para la arquitectura. Todos allí lo estaban. Y Luca ya había alcanzado la cima del éxito y, pese a sus excentricidades, no le daba en absoluto importancia.

Cuando le vimos salir unas horas después para recoger su premio, en su indumentaria se dejaba ver que era un genio de lo más original. El colorido de su traje, la forma de combinarlo con aquel pañuelo… Cielos, era lo que se dice un divo.

En cuanto a Dylan iba de traje negro con camisa negra igualmente. Atractivo y sexi hasta decir basta, hasta no poder más. Yo también había optado por un vestido negro, largo y estrecho, con un hombro al aire y algunas joyas incrustadas. Una maravilla que adquirí junto con Candela para la ocasión y que fue muy de su gusto, como pude ver en sus ojos.

—Deslumbrante, sencillamente deslumbrante.

—Gracias —murmuré.

Puede parecer una tontería y seguramente lo sea, pero cuando me miraba de ese modo tan intenso, me sonrojaba. Y eso que era absurdo, porque compartíamos mucha más intimidad que un simple cruce de miradas.

A pesar de todo, en esos momentos, lo veía como un verdadero hombre, mientras que yo me sentía como una niña, algo que, considerando mi juventud, no era del todo extraño. Sin embargo, esperaba que esa diferencia de edad no se convirtiera en un obstáculo entre nosotros. En realidad, si lo pensaba bien, sabía que no. Él disfrutaba de esa diferencia, se le notaba en el brillo de sus ojos y en la profundidad de su mirada cuando me la dedicaba.

El salón en el que Luca recibió su premio estaba totalmente abarrotado. Allí comprendí realmente la proyección de su carrera y que había llegado hasta niveles estratosféricos.

Dedicó unas palabras a todos aquellos que le habían ayudado a lo largo de su trayectoria y entonces se produjo la anécdota de la noche.

—No es verdad, no lo es…

—Claro que lo es —me contestó Dylan.

Al lado de Kalea había sentadas también cuatro mujeres bellísimas y hasta que Luca lo comentó, no caí en que se trataba de cada una de sus ex. Todas estaban allí, encantadas de compartir su triunfo con él. Y todas aplaudieron las cariñosas palabras que les dedicó, las últimas referidas a esa nueva ilusión que era Kalea, a quien la admiración le salía por sus exóticos ojos.

Todas ellas se nos unieron en la celebración posterior, dos con sus maridos, pues estaban nuevamente casadas. Juntos formamos como una especie de gran familia que hizo piña en torno a aquel genio de su sector que parecía disfrutar mucho de lo que había conseguido en la vida, y no solo en lo profesional.

Bravo era el apellido de ambos hermanos y en momentos así cobraba un especial sentido que lo fuese. Bravo por lo que habían conseguido y por el modo en que sabían compartirlo con los demás.

En cuanto a Kalea, que conocía de sobra su valía, no parecía en absoluto abrumada por la presencia de las cuatro ex de Luca. Todo lo contrario, reía lo más grande con ellas.

Me imaginaba cuando les contase todo aquello a las chicas. En particular, a Blanca le parecería realmente surrealista. Por cierto, que al poco de aterrizar celebraríamos su pedida de mano y también nos mandaba al grupo a cada momento detalles de esta.

Me hacía ilusión que tocase esa noche Dylan. Esa era otra; un hombre de éxito como él y se subía en el escenario para deleitar a sus amigos. Por cierto, que allí nos encontraríamos con Nico y con Bárbara. Nico y él eran amigos y también se echó las manos a la cabeza cuando supo del embarazo de Bárbara. Todos estábamos en *shock* con la noticia, una noticia que no nos

apetecía para nada tener que compartir con ellos, si bien tendríamos que hacer de tripas corazón.

Tras la cena, se celebró un baile. Sobre la pista, Dylan y yo destacamos. En mi caso, no le veía el mérito, pues para eso el baile era mi pasión. Pero en el suyo, que nunca dio clases, era un segundo don.

Se armó un jaleo tremendo en ella. Sobre todo, cuando las ex de Luca junto con Kalea comenzaron a bailar con él en medio.

Ese personaje derrochaba arte y personalidad. Su hermano negaba con la cabeza, muy contento de haber acudido hasta allí para compartir con él aquella inolvidable noche.

Por supuesto que no la olvidaríamos. Tampoco ninguno de los momentos que estábamos pasando juntos en Tokio, una ciudad de la que íbamos a llevarnos muchos recuerdos.

La fiesta terminó de madrugada y entonces comenzó otra más íntima para ambos. Esa noche volví a caer sobre su cama. La de mi dormitorio es que estaba intacta, no pensaba estrenarla en ningún momento.

Habíamos bebido bastante y me pidió que le hiciera un estriptis. Es curioso; tantos años bailando y eso no lo había hecho nunca.

Él tarareaba música sensual y yo me venía arriba. No se le daba mal hacerlo y a mí se me daría mejor aún desnudarme para esos ojos que ya me estaban comiendo.

Cuando no quedó ninguna prenda sobre mí, comenzó a hacerlo. Su boca en la mía y esos labios que me atrapaban sin cesar. Dylan me tenía aprisionada entre sus fuertes brazos y yo tan excitada, pensando que de esa prisión no querría salir. Tampoco él quiso salir de mí cuando me penetró, por lo que hizo todo lo posible por retrasar el esparcirse en mí. Cuando finalmente lo hizo, me besó. Me besó lenta y profundamente. Me besó de un modo que me encendió de nuevo por completo. Le pasó lo mismo y tuvimos claro cuál era el siguiente paso; la noche distaba mucho de haber terminado.

Capítulo 24

Al día siguiente volaríamos a España. De Tokio capital ya habíamos visto bastante, algunas veces solos y otras en compañía de Luca y Kalea. Se nos unirían en aquella última jornada en la que decidimos ir a visitar el monte Fuji junto con el lago Ashi y Kamakura.

Esa excursión me hacía especial ilusión, quizás porque fuese la última. Le estábamos sacando todo el jugo a nuestros días en Tokio y sería como la guinda del pastel.

Dylan se estaba duchando y entré en mi dormitorio para hablar unos minutos con mis chicas. Ya las echaba de menos y ellas deseaban tener noticias frescas. Habíamos madrugado bastante para disfrutar del día y para ellas era de noche, aún no se habían acostado.

—¿Qué se cuece por tierras niponas? —me preguntó Zoe.

—Más que qué se cuece, pregúntale que si le escuece…

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Blanca? Ese comentario es más propio de mí que de ti, Blanquita.

—Ni que no me pudiese dejar caer un día, *brujonas*. Que estoy a nada de ser una mujer prometida, y eso me excita mucho.

—¿En qué sentido te excita?

—¿Candela, tú también? Me excita en el de que me tiene muy agitada. Vale, sí, y también un poco cachonda, ¿ya estáis tranquilas?

—Di que sí, Blanca. Yo tampoco he perdido el tiempo. Con Dylan es todo muy emocionante. Y en la cama es una verdadera fiera, aunque al final

quien se marcha con marcas de mis uñas en la piel es él, que la otra noche se me fue la pinza…

—Y casi lo tienen que ingresar, ¿no? Me pasó lo mismo con uno de mis bomberos.

—¿Te sigues acostando con los dos, Zoe?

—Pues sí, para qué renunciar a uno si puedo disfrutar del placer completo.

—Yo es que lo flipo mucho.

—Pues no lo flipes tanto, Blanquita, que, además, tiene más ventajas. Si uno se da de baja, siempre estará el otro.

—¿Es que piensas seguir con ellos?

—De momento sí. Todo está perfecto y nos marcamos unos tríos sensacionales. Os lo recomiendo.

—Yo es que ni te escucho. Eres un escándalo hecho mujer.

—Los realmente escandalosos son los orgasmos que me provocan esos dos. Un escándalo total, os lo juro. Me lo paso teta con ellos.

—Ellos sí que se lo pasarán teta. Una para cada uno. Es lo nunca visto.

—¿Y tú, Candela?

—Yo bien con Borja, guay.

—Pero sigues con menos sangre en las venas que un brócoli, ¿no?

—Es que no me puedo quitar de la cabeza el marrón de mi hermano, chicas. La idiota esa ya lo ha publicado en las redes y va a hacer de su maternidad un espectáculo.

—Pobre Nico, ¿cómo ha podido estar tan ciego?

—Pues yo qué sé, nunca creí que se lanzara a algo tan gordo con ella, la verdad. No sé en qué estaba pensando.

—Igual no pensó en nada, Candela. Muchos niños vienen al mundo así, fruto de una cogorza o de una noche de lujuria desmedida, sin tener en cuenta las consecuencias.

—Eso a ti no te pasaría, ¿no, Blanca? Tú lo mides todo con una regla.

—Al milímetro, sí. Y ni tan mal… Me encanta mi vida, así que mi método funciona.

Cada loca con su tema, como solía ser. Ya estaba lista para nuestra excursión cuando Dylan tocó a la puerta. La abrí con el teléfono en la mano

y saludó a las chicas.

Una cosa que me gustaba de él era que mis amigas le caían bien y siempre me animaba a llamarlas y a que participaran en todo. Aless siempre fue más celoso y, aunque no dio la cara hasta el final, intuía que muy bien no es que le cayeran. Igual pensó que algún día me abrirían los ojos, las vio como un peligro. Aunque él solito, fue quien se encargó de hacerlo.

—Nos la tienes que devolver, Dylan. Nada de raptarla en el monte ese hoy, ¿me oyes?

—Sí, Blanca. No podría soportarlo —le contestó Dylan con guiño de ojo incluido.

—No, no, ella para nada. Nos necesita.

—Me refería a mí, con lo plasta que es…

Todas le hicieron burla y hasta le amenazaron en broma. Él reía cuando colgué.

—Estás muy seductora con ese conjunto —me comentó.

Iba muy Dora, la exploradora, aunque cierto que se me veía muy graciosa, con mis pantalones cortitos y camiseta deportiva, junto con un gorrito de lo más simpático. Coincidí bastante en mi indumentario con Kalea, quien decía que parecíamos hermanas, pero que los rasgos nos delataban.

Le conté por el camino lo de mi padre y el tío Roberto, a quienes siempre consideré como hermanos. Ella no conocía la historia a fondo y se quedó a cuadros, igual que la camiseta que llevaba.

—Es una historia para publicarla, palabra. Así que tú eres hija del amor… De un amor entre varias personas, pero de un amor muy intenso, me has dejado sin palabras.

—Pues sí, aunque me costó asumirlo. Ahora ya veo que no he podido tener más suerte. Soy muy querida.

—Sí, todos te queremos, incluidos nosotros.

Me había cogido un gran cariño en pocos días. En realidad, el mismo que yo a ella. Me volví hacia Dylan y no pude evitar preguntarle.

—¿Tú también me quieres?

—Yo mucho, como la trucha al trucho —me contestó con un gesto pícaro.

Hay muchas maneras de querer y seguro que también sentía ya cariño por mí. En más no iba a entrar, así que me quedé con que aquel amigo con derecho a roce comenzaba a quererme un poquito. Era un paso.

Hasta en la naturaleza lucía elegante Luca, con su punto de extravagancia, por supuesto. Su indumentaria no pasaba por alto para todo aquel que nos íbamos encontrando, porque él derrochaba su particular estilo allá donde iba, con su sahariana y su gorro a juego. Lucía impecable, aunque el calor apretó enseguida y comenzó a sobrarnos todo.

Una vez que llegamos al templo Kotoku-in, disfrutamos mucho de la belleza sobrecogedora de aquel lugar.

Colocarme al lado del majestuoso gran Buda de Kamakura me hizo sentir mucho más pequeñita de lo que soy. La foto no tuvo desperdicio, con sus trece metros de bronce.

El paseo en barco por el lago Ashi, con sus impresionantes vistas del icónico monte Fuji, fue realmente espectacular.

Además, tuvimos la oportunidad de visitar Oshino Hakkai, un encantador pueblo famoso por sus estanques de manantiales de aguas cristalinas. Este lugar es un verdadero deleite para los sentidos, donde la belleza de la naturaleza se manifiesta en cada rincón.

Como colofón al día, nos sentimos piratas por un rato al lado del Barco Pirata de Hakone, una verdadera maravilla donde lo pasamos genial. Luca adoptó el rol de capitán y a punto estuvo de hacerse con el mando del barco, llamando la atención de todos. Menudo era.

Para nosotros se quedarían los muchos momentos que habíamos vivido allí con ellos. Él hacía como que surcaba los mares mientras Kalea le asistía a modo de grumete. Eran muy divertidos y se compenetraban a la perfección.

A pesar de que estábamos agotados al final del día, no queríamos perdernos la oportunidad de disfrutar de esa última cena en su jardín. Mientras cenábamos, ella nos contó que si asistió a aquella charla en la que lo conoció fue con la intención de aprender de él porque lo admiraba al máximo, pero que Cupido parecía estar allí y supo que compartiría cosas alucinantes con él.

Me costaba creer que ella, sintiendo lo que sentía por él, estuviese dispuesta a compartir una relación abocada a terminar en un mayor o menor período de tiempo.

Entre mis amigas, existía una gran diversidad a la hora de concebir las relaciones, pero la de Kalea era distinta a todas.

De allí me llevaba la enseñanza de que hay muchas maneras de vivir, aunque a mí no me valiesen todas. Lo comento porque, en mi caso, sentía una especie de tristeza al pensar que aquellos días en los que podía estar con Dylan las veinticuatro horas del día, estaban llegando a su fin. Quizás fuese una señal de que estaba empezando a gustarme.

Si lo pensaba bien, compartíamos tiempo y experiencias, pero él nunca me hablaba de su vida privada ni de las mujeres que hubiesen formado parte de su vida. En ese sentido, era bastante más opaco que yo y no me atreví a preguntar, por si acaso me encontraba con alguna respuesta que me doliese.

Era evidente que su vida no la compartía con nadie, pero no sabría decir cuáles eran sus planes para el futuro. Sobre ese aspecto, no se mostraba abierto conmigo, ¿tendría alguna posibilidad con él? Y si fuera así, ¿me fiaría de un hombre con su dilatada trayectoria amorosa?

Supuse que podría debatir esa cuestión con mis amigas durante horas y que la decisión final solo sería mía. En cualquier caso, no eran más que fantasías porque, hasta donde él me mostraba, estábamos viviendo el momento. Y eso podía cambiar de un momento a otro.

Capítulo 25

No, no me secuestró en Japón. Me dejó en mi casa a la vuelta, aunque con la promesa de vernos un par de días después en la fiesta de pedida de Blanca y Mauro.

Les había prometido a mi padre y al tío Roberto que volvería a casa a mi regreso de Japón. Cuando entré en el jardín, me encontré una pancarta en la que se leía «Bienvenida a tu hogar, *my darling*». El tío Roberto la sujetaba y mi padre estaba a su lado.

Ambos se vinieron hacia mí y me abrazaron a la par. El tío Roberto ya estaba instalado allí. Era mediodía y Teresa había dispuesto la mesa en el jardín. Mi abuela y ella salieron también a recibirme.

Por cierto, que mi abuela venía repitiendo algo a modo de mantra, y la miré alzando una ceja.

—Un nuevo papel, hija, uno que me ha caído como agua de mayo en estos días, porque yo sin interpretar me siento estéril, como un jardín sin flores.

—Mamá, tú puedes ser muchas cosas salvo estéril.

—Eso es cierto, hijo. Te di a luz a ti, a la más bella de mis creaciones —pronunció muy teatral.

Nos sentamos todos a la mesa, incluida Teresa, quien no solía unirse, pero lo hacía en ocasiones especiales. En mi hogar habría dinero y no por eso se hacía ninguna distinción de clases, ella era una más con permiso para unirse cuando le viniese en gana.

Quisieron saber qué tal me había ido, como es normal.

—Fabuloso, tío Roberto.

—¿Te lo dije o no te lo dije? Este sí está a la altura de la niña, Teresa.

—¿Qué cuchicheas, abuela? No hay nada entre nosotros. Somos amigos…

—Amigos con derecho a algo que no voy a comentar en la mesa porque a tu padre se le quitará el apetito. A mí me la vas a dar tú, jovencita. Con la de tejemanejes amorosos que he visto. En Hollywood se cocía de todo. Si una hablara…

—Mamá, si tú has hablado muchas veces. Hasta en las entrevistas lo has largado todo.

—De todo nada, hijo, que una siempre tiene sus ases en la manga, que te conste.

Daba gusto volver a estar en casa, rodeada de los míos y con la impresión de haber pasado unos días únicos. ¿Quedarían por venir muchos más con Dylan o solo habría sido un rollito de primavera como los de los restaurantes chinos?

—Ya me imagino, ya.

—Y tanto no largaré cuando no he soltado todavía que ya tenéis fecha para la boda, Darío.

Lágrimas de emoción aparecieron en mis ojos en esos momentos. Me habían hecho caso. Ellos ya esperaron demasiado para vivir su gran día.

—¿Eso es verdad? —pregunté mirándolos a ambos.

—Sí, *my darling.*

—Sí, hija, hemos decidido casarnos al final del verano.

—Y sé lo que planeas, jovencita, robarme el protagonismo como madrina. Está bien, te lo cederé por una vez y por tratarse de lo que se trata, pero no te acostumbres.

—¡Qué maravilla! ¡Una boda en la familia! —Teresa estaba tan emocionada como el resto.

Comenzamos a dar ideas al respecto. Ellos ya habían salido del armario y su entorno lo había tomado muy bien. Sus amigos de siempre se alegraban y solo quedaba festejar.

Mi padre y el tío Roberto me acompañarían también a la fiesta de despedida de Blanca, pues Mauro y ella invitaron igualmente a los padres de todos sus amigos, para que acompañasen a los suyos en una ocasión tan especial.

✣ ✣ ✣

Blanca estaba radiante en esa noche en la que daba un pasito más en dirección a sus sueños. Vestida de blanco, su aparición fue como un aperitivo de la preciosa novia en la que se convertiría.

Las bodas comenzaban a llover a nuestro alrededor. Zoe acudió a la pedida con un llamativo vestido en amarillo flúor, ella no era de pasar desapercibida. Candela estaba ideal también con su modelito en rosa fucsia y yo me decanté por un color melocotón que contrastaba bien con el tono de mi piel.

La fiesta se celebraba en los jardines de un lujoso hotel. Rafael y María de la O, los padres de Blanca, eran la viva imagen de la felicidad, lo mismo que los de Mauro. Y los novios no digamos ya…

Dylan llegó con un traje en tonos crudos que resaltaba una barbaridad el moreno de su piel, igual que pasaba con mi modelo. Y cuando se acercó a mí, pese a estar delante de todos, me dio un pico.

No lo esperaba. Contuve la tonta sonrisa, él saludó a los demás y después se vino hacia mí.

—Te imaginaba guapa, pero ¿no es pasarse? Que luego pasa lo que pasa: deslumbras y uno no ve por dónde va.

—¿Es que tienes mucho interés en poner tus ojos sobre el resto? Esto está plagado de chicas guapas, eso desde luego.

Me hizo una burla por respuesta. Sus ojos me decían que la que le gustaba en ese momento era yo, pero sus labios permanecieron inmóviles.

Comenzó a saludar a diestro y siniestro. Conocía a mucha gente allí. Cuando Bárbara se percató de su presencia, llegó hasta él. Dylan era guapo, amigo de su novio, y exitoso. Lo tenía todo para que ella se quisiera lucir al saludarlo. Lo hizo de un modo muy efusivo. Hasta meloso, diría yo. Y entonces supe lo que se siente cuando los celos te asaltan.

Esa estúpida tenía que hacerse notar y a mí es que me tocó las narices una barbaridad, haciendo honor a su nombre. En absoluto puedo decir que él le siguiera el juego y, es más, dio el saludo por zanjado en cuanto le fue posible.

Dylan se acercó a mí con paso decidido, una amplia sonrisa iluminando su rostro. Al notar la expresión en mis ojos, que delataba mi creciente frustración, su mirada se suavizó y, en un gesto juguetón, me hizo una carantoña.

—¿Estás bien?

—Claro, sí.

En ese instante volvieron a tirar de él. Nico lo hizo. Zoe se dio cuenta de lo sucedido.

—Sí, que te gusta, ¿eh? Se te ha descompuesto la cara cuando esa loba se le ha acercado.

—Es que esa se cree que los hombres son de su propiedad.

—Y tú quieres que Dylan sea de la tuya, ¿a que sí?

—Pues sí, porque me gusta, Zoe. Y encima, antes de irnos a Tokio, le dejé claro que no quería una relación.

—¿Y qué? ¿Serías la primera en desdecirte? Además, que eso lo decís todas y al final caéis.

—Sí, sí, salvo tú, que dejas el corazón fuera de la cama.

—Eso es, en la mesilla de noche. Mira, por ahí viene Candela de la mano de Borja.

Se les veía muy bien y era cierto que no parecía existir tanta diferencia de edad entre ellos, porque Borja estaba cañón. Además, que a mí eso ya no me extrañaba tras conocer a Luca y Kalea, que se mostraban genial pese a su diferencia de edad igualmente.

En cuanto pudo, Blanca se nos unió para que nos diésemos un abrazo.

Mauro la llamó entonces. Quería decirle aquellas palabras tan únicas, pidiéndole matrimonio, delante de todos nosotros.

Dylan se colocó a mi lado en el momento en el que todos posamos nuestros ojos en los novios. Mauro estaba atacado y apenas le salían las palabras. A Blanca lo que le salían eran las lágrimas de emoción. Y entonces él se lo pidió y ella chilló un alto y claro: ¡sí, quiero!

Dylan me apretó contra él y me dio un beso. A continuación, subió a tocar con el resto de los chicos. Me emocionó ese nuevo gesto.

A continuación, necesité ir al baño y, cuál no sería mi mala suerte en ese instante que, al clavar el tacón en el césped, cedió y se quebró.

Entonces, me quedé apoyada en una esquina mientras ideaba cómo podía arreglar aquel desaguisado. Y en esa postura escuché un murmullo que provenía del otro lado del jardín.

Por las voces, eran un par de amigas de Bárbara, gemelas, que solían ir con ella hasta al baño. Si nosotras éramos cuatrillizas, ellas eran trillizas, pero en versión diabólica.

Las tres murmuraban en plan maquiavélico. Una de las gemelas no podía disimular su emoción.

—Es que te prometo que no sé cómo se la has colado a tu novio. Eres mi ídolo, de verdad.

—Porque cuando va bebido no controla, como cualquiera. Y le dije que alguna vez no se puso protección, cuando la verdad es que lo hace siempre. Y el muy idiota se ha tragado el anzuelo.

Tuve que ponerme la mano en la boca para evitar la tentación de chillar. ¡Nico no era el padre del bebé! Se estaban riendo de él, de que hubiese confiado en su novia.

—¿Y el otro? ¿Crees que te dará problemas?

—¿El verdadero padre? Una mierda me va a dar problemas, que no se le ocurra.

Bárbara contaba con más vida social que nadie. Y se estaba tirando a otro. Lo estaba haciendo y quiso colarle ese embarazo a Nico, con quien aspiraba a casarse a cualquier precio.

Tenía que contenerme mucho para no saltarle a la yugular y asegurarle que sus maldades no quedarían así, que no quedarían impunes.

—¿Y ahora qué harás? Ahora que ya tienes todo ese camino ganado.

—Pues ahora lo que me falta es presionarlo para que me pida matrimonio. Y eso lo voy a hacer esta misma noche, aprovechando que la cosa va de anillos.

—Qué lista eres… Pero él no tendrá uno preparado para ti.

—Ya lo preparará. Y de diamantes. Está forrado, Nico, está forrado y me encargaré de que le regale el mejor anillo a la madre de su futuro hijo —pronunció con todo el retintín.

Era la maldad sobre tacones. Lo era. Me quedé agazapada hasta que se marcharon. Cuando lo hicieron, las seguí con cuidado, descalza.

Bárbara se colocó delante del escenario. Nico y los demás lo estaban dando todo. También los padres de Candela y él estaban presentes, como los demás. Nuestros respectivos progenitores se conocían desde que éramos niñas.

Cuando fueron a hacer una pausa, Bárbara se subió en el escenario. Y entonces murmuró algo en el oído de Nico, le puso ojitos y luego, tan malvada como era, llevó las manos de su novio hasta su vientre, para hacerlo conectar con su futuro bebé. Era realmente perversa.

Noté que Nico no sabía lo que hacer. Candela miraba a su hermano mosqueada, sin saber de qué iba la cosa. Bárbara insistió y entonces él cogió el micrófono.

—Amigos, os prometo que esto no estaba en el guion, pero la vida no es una película y, sin ánimo de robarles el protagonismo a Blanca y a Mauro, que son los anfitriones de esta fiesta, nosotros también tenemos algo que anunciaros. Ya sabéis que mi novia Bárbara y yo estamos embarazados. Muchos nos habéis felicitado en estos días. Pues bien, creemos que es hora de…

No pude evitarlo, descalza como estaba, salí corriendo y me subí al escenario de un salto. A Bárbara los ojos se le pusieron en blanco y volteó la cabeza. Y eso que no sabía lo que venía detrás.

El resto de los músicos, incluido Dylan, seguían sobre el escenario. Vi la interrogación en sus ojos, aunque estaba a punto de soltar la bomba en alto, y se enteraría al mismo tiempo que el resto.

—Sí, es hora de que te enteres de que ese bebé no es tuyo, de eso es hora —afirmé.

Se escuchó un murmullo general. Me convertí en el foco de la noche, todos me miraban asombrados.

—¿Qué dices, zorra? —me preguntó Bárbara colérica mientras se venía hacia mí.

—Que te lo he escuchado comentar con las arpías de tus amigas. Que te has acostado con otro a pelo y ahora le quieres cargar el mochuelo a Nico.

—¿Eso es verdad, Bárbara? —Nico estaba en *shock*.

—¡Claro que no! ¡Esta zorra se ha quedado sin novio y ahora viene a por ti! Se muere de la envidia y ha inventado esa trola para que me dejes.

Sucedió entonces algo que no esperaba para nada. Quien se vino hacia nosotros fue Dylan, el cual habló.

—Eso es incierto, Nico. Dile a Bárbara que contenga su lengua porque Chanel no tiene ningún motivo para hacer algo así. Primero, porque no es de su misma calaña, y segundo, ya que está conmigo.

Casi me caigo de espaldas al escuchar eso. Mientras lo decía, ponía sus manos sobre mi cintura.

—No, no, yo no te he sido infiel, Nico, te lo prometo. ¿A quién vas a creer?

Candela se subió también al escenario.

—Cree a Chanel, Nico. Yo pongo la mano en el fuego por ella. Si dice que lo ha escuchado, es que lo ha escuchado. Bárbara es una bruja, siempre lo ha sido. No te conviene y ahora encima te encuentras con esto.

—Bárbara, mi hermana tiene razón. Chanel nunca me mentiría, en cambio, tú…

—¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Yo qué?

—Tú me has hecho ya varias jugadas, no sé cómo no te dejé antes. Y ahora me encuentro con esta.

—¡No eres un hombre! Dices eso para no hacerte responsable de tu hijo.

—Hagamos una cosa. Si es mi hijo, demuéstramelo. En ese caso me haré cargo de él, pero no de ti.

—¡Eres un maldito, lo eres! Y sí, ¡te he puesto los cuernos! ¡Ya lo he dicho! A mí no me vas a dejar por mentirosa.

—¿No? Pues ya lo ha hecho —le dijo Candela—. Lo has hecho tú solita, de hecho. Bárbara, me parece que en esta fiesta ya no pintas nada.

—Y tú no eres nadie para decirme algo así.

—Pero yo sí. Es mi fiesta de compromiso y te largas ahora mismo, farsante. —Le indicó Blanca, señalando a la salida.

Zoe aplaudió entonces, subiéndose también al escenario.

—Perdonad, es que os he visto aquí juntas y he pensado que solo faltaba yo.

—¡A la mierda todos! —chilló Bárbara, bajando del escenario y marchándose a la carrera.

Nico se abrazó a nosotras y nos dio las gracias. En particular a mí. Le sonreí, aunque mis ojos estaban puestos en Dylan y en eso que dijo para defenderme de la acusación de Bárbara.

—Eso que has dicho, ¿es verdad? —le pregunté a renglón seguido.

—No hay nada que salga por mi boca hacia ti que no lo sea. Y como sé que también quieres estar conmigo…

—Ya salió el vacilón.

—Un vacilón que quiere estar contigo, Chanel Miranda.

—Y yo contigo, Dylan Bravo.

—¡Bravo! —chillaron las chicas con guasa.

Sabíamos que sería una noche para el recuerdo, aunque nunca llegamos a imaginar que tanto. En aquella fiesta cambiaron muchas cosas: una pareja se comprometió, otra se rompió y una tercera comenzó.

Se me hace difícil describir el cóctel de sentimientos que sentí. Cuando bajamos del escenario juntos, mi padre y el tío Roberto nos dieron la enhorabuena. Justo llegaba entonces mi abuela, que venía de que la entrevistaran, y se encontró con el pastel.

—Ay, por favor, y me lo he perdido, ¿nadie lo ha grabado?

—Yo, yo lo he grabado —le contestó entonces Mauro, quien parecía compartir con su novia la habilidad para llevar a cabo grabaciones en el momento más oportuno.

Capítulo 26

Apenas me podía creer lo que acababa de escuchar de sus propios labios. Y debía hacerlo porque lo había dicho… Dylan lo había dicho. Y no solo eso, sino que me miraba de un modo que me estaba derritiendo.

Las chicas se nos acercaron y comenzaron a hacernos la ola.

—Si es que tú eres de estar en pareja, como yo —me decía Blanca, de lo más emocionada, echándome las manos al cuello.

—Sí, sí, ella es muy como tú, de echarse la soga al cuello. Me alegro por vosotros —soltó Zoe.

—Y yo también me alegro mucho. Bienvenida de nuevo al club de…

—De las ahorcadas, al club de las ahorcadas —la interrumpió Zoe, quien seguía en sus trece de que la falta de compromiso es el estado ideal de vida.

Mientras las escuchaba, yo me perdía en el gris de sus ojos. La fiesta entera se había convertido en un murmullo. Ya os lo podéis figurar, con la que allí se había liado.

Nico se nos acercó, todavía en *shock*. En su cara se reflejaba la tranquilidad de eso de lo que había salido, pero también el tremendo impacto que había sufrido.

—No sé cómo te lo voy a poder agradecer, Chanel. Sentía que estaba en una ratonera y, sinceramente, nunca hubiese dudado de mi paternidad sobre ese bebé, así que Bárbara…

—Bárbara, te la habría metido hasta el fondo, hermano. Qué contenta estoy yo también.

A Candela se la veía pletórica. Por fin podría disfrutar como era debido de su noviazgo con Borja. Ella también estaba comenzando con él como yo con Dylan, y eso nos hacía tremenda ilusión a ambas.

¿De veras estaba ocurriendo? Pues parecía que sí, y eso que yo a Dylan no le había visto perfil para ser mi novio, pero las cosas cambian y, de repente, él mismo había tomado una decisión que hacía que sentirme dichosa, se quedase corta, muy corta.

Quienes también se nos acercaron fueron mi padre y el tío Roberto. Ellos, al contrario que yo, no parecían sorprendidos, como si les resultase lo más normal del mundo que lo nuestro se hubiese formalizado.

—¿Estás contenta, *my darling*? —me preguntó el tío Roberto.

—No puedo estarlo más, de veras. Y tú, papá, ¿te alegras por mí?

—No sabes cuánto, hija.

—Menos *moñadas* y vamos a celebrar, ¡a por el champán! —exclamó mi abuela, que tampoco cabía en sí de gozo.

Mientras, mi padre saludaba a Dylan y le daba un familiar abrazo, lo mismo que hizo el tío Roberto, que fue quien curiosamente le habló.

—Es nuestra niña, no te digo más; es el amor de nuestras vidas.

—No tenéis nada que decirme —les comentó mientras me tomaba por la cintura.

La abuela cogió una botella y aquello parecía el podio de una carrera de Fórmula 1, nos bañó a todos.

La alegría era más que generalizada y Dylan no me soltaba mientras recibíamos tan glamuroso baño.

—Dime que esto es verdad, que no me voy a despertar —le pedía mientras él me seguía abrazando.

—Será tan verdad como tú quieras que sea.

—Ay, mis niñas, que están enamoradas. —Se reía Zoe.

Lo decía mientras vimos avanzar hacia ella a un par de bombones que no eran otros que sus bomberos. No sabíamos que los había invitado porque tan solo mantenía con ellos una relación de cama, pero así había sido.

—Chicas, os presento a Rodrigo y a David.

Los dos parecían muy simpáticos y entre los tres saltaba una chispa impresionante. Además, resultaban de lo más divertidos.

—¡Toma ya! ¡Vamos a bailar! —chilló porque imposible que la música fuese más oportuna.

«Y grita fuego,
Mantenlo prendido fuego…»

Ambos la cogieron por un brazo y se la llevaron a la pista. Los demás no fuimos menos y juro que entre Dylan y yo también se desató el fuego.

Comenzó a besarme y cuando me quise dar cuenta, mi padre y el tío Roberto bailaban cerca de nosotros. Me guiñaban el ojo en señal de la felicidad que les producía y yo sí que me sentía feliz por todos.

El fuego nos salía del cuerpo a Dylan y a mí, efectivamente. Mi arquitecto era el más seductor sobre la pista de baile y me ponía tanto, que ya me imaginaba horas después saliendo de allí con él, camino de su cama.

Blanca y Mauro comenzaron a bailar también y todos hicimos piña en torno a ellos. Derrochaban gracia y eso que mi amiga no era mucho de convertirse en el foco mediático, pero se trataba de su fiesta de compromiso y ella era la novia.

Cuando dijo basta, tomó las riendas del baile Zoe con sus dos bomberos y el ambiente lo caldearon de un modo que los invitados echábamos ese fuego por el cuerpo.

Nico, lejos de marcharse de la fiesta ni nada parecido, comenzó a bailar con cantidad de chicas que se lo iban pidiendo; las tenía haciendo fila y, al final, para no hacerle un feo a ninguna, bailó con todas a la par, formando otro verdadero espectáculo. Aunque para espectáculo el de mi abuela, que se fue para un grupo de chicos de mi edad y movió las caderas con ellos de un modo verdaderamente explosivo que también quedó para la posteridad grabado.

A la hora de despedirnos del resto, no dudé de que Dylan me llevaría a su ático, y así fue.

Ya allí, me desvistió en un santiamén. Lo que íbamos a compartir era más de lo que habíamos compartido hasta entonces. Lo que estaba por llegar era una primera noche de pasión en la que no podía olvidarme de que habíamos dado un gran paso; comprometiéndonos el uno con el otro.

Lo que menos había podido sospechar ocurrió. Y allí estaba, entre sus fuertes brazos y esperando unas embestidas que no tardarían en llegar. Me tenía contra la pared, desnuda ya, con las palmas de las manos apoyadas en ella y el culo en pompa, como se suele decir.

Un par de buenas nalgadas por su parte y la sensación de que la lujuria sería mayor esa noche que el resto. Y no me equivoqué. Sus manos me recorrían por completo, dibujaban cada uno de los centímetros de mi piel, mientras acercaba su erección a ese trasero mío que tanto le atraía.

Eché mano a su miembro y, de golpe, me volví, agachándome. Mi mirada y la suya formaban una sola, no perdían la conexión en ningún instante. Y entonces él enroscó mi pelo con sus dedos, formando círculos en él, acariciando mi cuero cabelludo mientras yo comenzaba a engullir su rígido miembro tras haberlo lamido a placer.

Su erección lucía esplendorosa, diría que hasta brillaba. Dentro de mi boca encontró el calor que buscaba. Jugué al límite, llevándolo hasta lo más profundo de mi garganta. Y entonces sentí que la vida se me iba en hacerle sentir… Hice que se metiese aún más dentro, lidié con el lagrimeo de mis ojos por el profundo esfuerzo y seguí engullendo hasta que un rugido salió de su garganta. Fue entonces cuando dejé que su pene escapara de mi boca y también ese otro en el que él tomó un poco de gel dilatador del cajón de su mesilla de noche.

Me excitaba y lo temía a partes iguales, aunque era evidente que no tenía intención de ser brusco, sino todo lo contrario. Se fue embadurnando los dedos, los mismos que, con delicadeza, introdujo en mi cavidad anal, la cual fue explorando poco a poco, con mimo, pero también con una lujuria contenida que me anticipaba lo que estaba por llegar.

Cuando apartó sus dedos, me llevó hacia la cama, tumbándome bocabajo. Entonces comenzó a acariciarme con los dedos, provocándome un placer intenso. Los gemidos placenteros se iban escapando de mi garganta, y él recogía con esos oídos que me prestaban la más libidinosa de las atenciones, totalmente atentos a las señales que les enviaba.

Poco a poco, fue acercando su rígido y ardiente miembro a mi cavidad, la cual en principio se contrajo al contacto con él, un tanto nerviosa como me puse.

Me dio entonces la vuelta y hundió su bellísimo rostro en mi sexo… Con las piernas muy abiertas, me iba recorriendo milímetro a milímetro con su lengua hasta encontrarse cara a cara con mi clítoris, el cual comenzó a estimular al máximo. Mis piernas temblaban, lo mismo que hacía todo mi ser. Mi vientre subía y bajaba mientras exhalaba de placer.

Cuando me hizo correr, y no antes, me dio la vuelta. Pretendía penetrarme analmente frente a aquellos espejos que le servían de cabecero y que ofrecían la más excitante de las imágenes de ambos juntos… De él y de mí.

Dylan comenzó a entrar en mí. Lo hizo de un modo lento mientras sus manos se venían hacia mis pechos, y esas manos me iban recorriendo de un modo que hacía que mi cuerpo se contrajese por el placer.

Una vez que estuvo completamente dentro de mí, sentía cómo el sentido de la posesión lo desbordaba. Su cuerpo me pareció más viril que nunca cuando al atravesarme por el sendero más prohibido de mi cuerpo.

Su torso desnudo, ese modo en el que me embestía, su pelo que se humedecía por el esfuerzo, al igual que el resto de su poderosa anatomía… También el mío estaba perlado de una fina capa de sudor, de una capa que me envolvía en esa humedad que también se desprendía del interior de mi sexo, el cual comenzaba él a traspasar con sus dedos mientras sus embestidas anales iban igualmente en aumento.

Tomó mi pelo y comenzó a tirar de él, haciendo que me ladeara. Y entonces su boca se encontró con la mía, mostrándome el motivo por el que él y solo él era el hombre que deseaba besar en ese momento, al mirarme, ofreciéndome esa seductora sonrisa de medio lado como lo hizo.

Dylan me estaba llevando al abismo del placer, asomándome a él. Entonces bajé la cabeza y él colocó su mano sobre mi cuello. Me embistió con más fuerza mientras sus dedos sobre mi clítoris me llevaban a correrme de un modo difícil de describir.

Chillando su nombre, me penetró con más fuerza y rugió para mí… Rugió de un modo bestial, de un modo que me llevó de nuevo a ese abismo en el que me asomé y que me llevó a verle por todas partes, no solo alrededor de mí, sino también dentro de mi cuerpo y hasta de mi alma.

Cuando por fin le pasó, yo me había corrido más de una vez… No imaginé que podría hacerlo de ese modo con él penetrándome analmente, pero Dylan me estaba enseñando que había muchas formas de deleitarme en la cama y que cada vez me iría sorprendiendo más y más.

No solo era sexo, ya había sentimiento entre ambos… Un sentimiento que me había demostrado hablando de ello en público y también sobre aquella cama en la que la pasión fue infinita entre ambos, pero en la que se dejaba caer que era más que sexo lo que había entre ambos.

Dylan y yo nos entendíamos a la perfección entre las sábanas y, cada vez que lo miraba antes de echarse a dormir, me daba cuenta de que era el hombre con el que quería compartir más y más… Con el que quería compartir tanto que me emocionaba pensarlo, y no poco.

Con Dylan esperaba que las cosas salieran porque había llegado a mi vida con una fuerza inusitada, con una fuerza que me llevaba a pensar que era el hombre con el que lo quería todo, con el que deseaba que eso que comenzaba a crecer entre ambos fuese a más y a más… Fuese a tanto que no tuviese ninguna duda de que era con quien quería compartir mi cama y a quien quería seguir conociendo hasta constatar que se trataba del candidato perfecto para compartir también mi vida.

Capítulo 27

Comenzar a salir con Dylan me dio renovadas energías. Se convirtió para mí en eso que llaman «persona vitamina».

Unos días después, me llamaron para una entrevista de trabajo de cara al siguiente curso.

Siempre he sido muy activa y no me imagino lo que debe ser estar mano sobre mano. Y aunque me llegué a plantear hasta un año sabático, lo cierto es que desde el fondo de mi corazón deseaba volver a ocupar una plaza como profesora.

Sonia Ortiz, la directora de otro elitista centro y también conocida de mi padre, supo que me había quedado sin trabajo y me llamó.

He de agradecer al universo que provengo de una familia con muchos contactos y sería imposible no reconocer que eso siempre me facilitó mucho las cosas.

Me entrevisté con Sonia y salí de allí con el puesto. Le envié mensajes a mi familia, otro a mis chicas y, por supuesto, a Dylan, quien me invitó a almorzar.

—Pues esto lo tendremos que celebrar, preciosa —me comentó.

—Si ya lo estamos celebrando… Menudo arroz caldoso, qué bueno está el vino, y qué vistas tan impresionantes —le comenté porque aquella terraza se encontraba frente al mar.

—Absolutamente impresionantes, muy cierto —me respondió.

—Ya, ya… No me mires así, que siento un calor infernal, como si me estuviese resbalando por la barandilla que lleva al infierno.

—¿Me crees un demonio?

—No, de momento no te he visto el tridente. Aunque nunca se sabe —bromeé—. Puedes ser un demonio sexi como el de la serie *Lucifer.*

—No conozco a ese tipo —carraspeó—, ¿debería preocuparme? —Me ofreció la más libidinosa de las miradas.

—¿Solo porque sea el demonio más tentador que se haya encarnado nunca?

—¿Me estás retando? Ya te daré a ti tentación… Tentación balinesa.

—Eso no lo entiendo.

—Pues es muy sencillo… En breve nos vamos a Bali de vacaciones.

—¿A Bali? No he estado allí nunca. Ah, que ya lo sabías. Por mi abuela, supongo —le dije al ver su cara.

—Por la misma. Me encanta charlar con Julia.

—Y a ella contigo. Le gustaste desde el primer momento.

—Cierto, no como el huevón…

—¿También sabes esa historia? Esta mujer es tremenda, palabra que lo es.

—Sí, es una grandísima mujer. Julia lo es. Igual que tú.

—No compares, que ella es un personaje.

—Tú me has comparado a mí con el tal Lucifer de la serie.

—No, no… Ese es imponente. —Lo piqué.

—Te la estás buscando…

—Pues a ver si tengo suerte y me la encuentro…

Me la encontré. Me la encontré en la sobremesa, en la cual no dudó en llevarme de nuevo a su ático para hacerme suya.

Cuando hubo terminado, me contó.

—Prepararemos el viaje a mi vuelta de Londres, ¿te parece?

—¿Te vas a Londres? —le pregunté, porque no tenía noticia hasta entonces.

—Sí, me voy a Londres por espacio de tres días que pasarán enseguida. Tengo allí asuntos que atender.

—Me encanta Londres —le comenté con mi sal y mi pimienta, dado que él sabía que estudié allí.

—Pues pronto iremos juntos también —me respondió guiñándome un ojo.

Era evidente que se trataba de un hombre muy ocupado y que para un miniviaje de negocios no le interesaba llevarme con él. Aunque reconozco que yo le hubiese seguido a cualquier lado con tal de compartir más y más tiempo. Todo el que pasábamos juntos me parecía poco.

A los padres de Dylan no los conocía. Él era fruto del segundo matrimonio de su padre y ambos estaban instalados en París. Quizás pronto volásemos hasta allí.

Me parecía que aquella relación, en ese sentido, no sería parecida a la que mantuve con Aless, en cuya casa familiar me metí a tope desde el principio. Esta nueva relación era como más madura, más independiente, aunque yo seguía siendo muy familiar y me encantaba que Dylan formase parte de mi círculo.

Por la tarde, me reuní con las chicas en el club.

—Tengo un chisme impresionante, impresionante —nos dijo Candela, a quien la actitud le había cambiado a tope desde que su hermano y Bárbara ya no estaban juntos y lo del tema del sobrino se había desvanecido.

—¿Qué chisme es ese?

—Es muy fuerte, así que no lo podéis contar por ahí.

—Claro que no, boba, pero suéltalo ya —le pidió Blanca con los ojos como platos.

—¿Os acordáis de Sergio? El yogurín que duró dos telediarios en el *gym* porque metió la mano en la caja.

—Sí, sí, menudo escándalo. Y con lo bueno que estaba el niño —añadió Zoe—. Era lo más bonito del *gym*. Lo siento por ti, Candela, pero así es…

—No, no, si yo no necesito que las demás os fijéis en mi Borja, ese es todito para mí.

—En su Borja, chicas… Esta no tenía intención, pero se casa fijo.

—No corras tanto, Blanca. Y déjame que te cuente lo del niñato.

—Venga, venga, es verdad, que da gusto cómo nos dispersamos —les comenté.

—El yogurín era un mangante y un chulillo, el típico malote, lo recordamos, ¿y qué pasa?

—¡Que es el padre del hijo de Bárbara!

—No, no puede ser… Eso sí que no puede ser.

—Pues como lo oyes, Zoe. Sí que puede ser, sí. Mi amiga Ruth los vio un día… Bueno, a ver, no exactamente. Si hubiera tenido la certeza, me lo habría comentado. Vio algo que la dejó un poco descolocada. Ya sabéis que es superchismosa.

»Total, que al final se ha ligado a otro monitor y este se lo ha contado. Era compañero de Sergio y dice que más de una vez se quedaron en la zona de las duchas al salir. Se lo he contado a Borja, y él le ha preguntado a ese monitor, ya que es compañero suyo. Y se lo ha confirmado.

—Así que el padre del hijo de Bárbara está tieso, lo que le faltaba…

—Tieso y con tendencia a meter la mano donde no le corresponde. Una joyita —añadió Zoe.

—Por eso, Bárbara decía que no le daría problemas. Lo que menos querrá es saber del bebé. ¡Qué fuerte me parece todo! —suspiré.

—Pues sí. Ahora se ha encontrado con un bombo y sin un padre para que los mantenga, así que debe estar contenta. Qué oportuna fuiste poniendo el oído. Y el universo te premió, ¿cómo va todo con tu arquitecto?

—Viento en popa, pronto nos vamos a Bali.

—¿A Bali? So *guarri*… Qué pedazo de viaje. Con este vas a recorrer el mundo en dos días.

—Tú también te irás pronto de luna de miel, Blanquita…

—Pronto, pronto, no… Échale un buen tiempo para organizar la boda.

—Pues mi padre y el tío Roberto se casan al final del verano.

—¿Y tú para cuándo?

—¿Y para cuándo vuestra próxima sesión con el psicólogo, guapas?

—Aquí, al final, nos casamos todas.

—Blanquita, no te cueles, que el matrimonio me puede provocar un infarto solo de pensarlo.

—Zoe, pues se te veía genial con tus dos bomberos.

—¿Y qué? No me casaría con uno, me voy a casar con dos…

—Eso no está permitido, ya lo sé.

—Lo que está permitido es pasárselo bomba con los dos. Y eso es lo que estoy haciendo, chicas. No os imagináis cómo funcionan a dúo…

—¿Y si al final te enamoras?

—¿De cuál de ellos? —intervino Candela.

—De ninguno. Dejadme, que Cupido y yo nos llevamos como el culo.

—Pues igual te enamoras de golpe de los dos…

—Un buen golpe sería el que te daría yo, Blanca. Que no, que paso de amoríos y de novelas románticas. Eso te lo dejo a ti y a estas dos que, a la chita callando, no están mejor que tú. Vaya tres pringadas…

—Oye, hablando de pringadas, acabo de ver a alguien a quien me interesa acercarme.

Lo hice con sigilo. En los últimos tiempos, el club me estaba dando más de una satisfacción. A quien vi fue a Fanny, que iba en compañía de su marido, el cual seguía ajeno a los cuernos que le ponía su mujercita.

El día que Guillermo me puso a caldo en el instituto, ella se rio de mí. Me desafió y se alegró de que mi exsuegro me echase sin creerme. Y era hora de devolver la pelota.

A la muy recauchutada no le hizo ninguna gracia que me acercase. Se puso en tensión y trató de apartar a su marido de la barra en la que estaba.

A él, lo conocía de alguna cena de Navidad en la que los empleados del instituto llevaban a sus parejas. Se llamaba Damián y era bastante buena gente.

—Hola, tú eres Chanel, ¿verdad? —me comentó al verme delante de ellos.

—Sí, Damián, soy Chanel.

—Vámonos —le comentó airada ella, totalmente tensa.

—¿Qué pasa, cariño? ¿No saludas a tu compañera?

—Ya no lo es. La echaron del instituto.

—Vaya, no sabía nada —me comentó mirándome condescendiente.

—Tranquilo, no tengo nada que lamentar al respecto. De hecho, es lo mejor que me pudo pasar; enterarme de todo.

—No la escuches, Damián, que es una lianta. Ha salido de allí fatal, después del enchufe que tenía.

—Sí, es cierto, lo tenía por ser la novia de Aless Godoy. Hasta que la relación se acabó porque tu mujer y él estaban liados. Yo me enteré tarde, pero tú todavía estás en la inopia.

Damián se veía un buen tipo, pero con personalidad.

—¿Es eso verdad, Fanny? —le preguntó patidifuso.

—Claro que no lo es, amor. Está fatal porque se ha quedado sin novio y sin trabajo, imagínate el plan.

—Lo va a negar a muerte, Damián. Lo bueno es que mi amiga Blanca tuvo el arte de grabar una conversación en la que Aless lo admitía todo. ¿Quieres escucharla?

—Por supuesto que no. Nos vamos —me contestó ella.

—Por supuesto que sí, quiero escucharla. —Se desmarcó él, y ella quiso que la tierra la tragase, era evidente.

—No le hagas caso, es una manipuladora y una…

—Fanny, no soy tonto. Hace tiempo que tengo la mosca detrás de la oreja. Siempre te he querido mucho y he pensado que eran imaginaciones mías. Ahora vamos a comprobarlo.

Ella ya no estaba cuando Damián escuchó las palabras de mi ex. A él se le cambió la cara y me dio las gracias.

—De verdad que no sé cómo agradecértelo, no sé cómo hacerlo. Me has terminado de abrir los ojos y era lo que necesitaba.

—Te entiendo. Uno se siente muy bien. No te preocupes por nada. Para mí ha sido un placer.

La venganza se sirve en plato frío y aquel estaba helado. Cuando volví con las chicas, mi cara de satisfacción era total. Todo estaba volviendo a su sitio y, además, lo mío con Dylan no podía ir mejor. Ya estaba deseando que volviera de Londres para planear ese viaje a Bali.

En cuanto a lo de mi nuevo trabajo, nos tomamos dos rondas de chupitos a cuenta de él. Nosotras siempre habíamos sido de celebrar la vida… La exprimíamos a tope cada vez que teníamos ocasión, y aquella era ideal.

La vida me estaba regalando una serie de satisfacciones que no sabía cómo agradecer. Todo iba a su sitio, la verdad resplandecía y, tras el tremendo vuelco que me dio, me sentía más contenta que nunca.

La salida de mi zona de confort fue por la puerta grande. Me encontraba ante una nueva e ilusionante vida, ante una vida que se puso patas arriba para luego volver a recolocarse por completo. ¡Y cómo! En cuestión de poquísimo tiempo estrenaba ilusión… Una ilusión que me reconfortaba a tope y que llevaba por bandera. Y de ella haría gala en Bali, un lugar en el que ya estaba deseando poner un pie con él.

Capítulo 28

Aquel viernes habíamos invitado a Dylan a almorzar en casa. Mi padre y el tío Roberto debatirían sobre ciertos aspectos de la boda y resultaría muy entretenido.

Mientras conversábamos sobre ella, la abuela irrumpió en la habitación de manera repentina. Venía agitada y se le notaba que algo le había sucedido.

—¿Te pongo algo de beber, Julia? —le preguntó Teresa, al verla en ese estado—. Acabo de preparar limonada, está fresquita y…

—Déjate de limonadas y ponme un *whisky* doble… O mejor, triple.

—Mamá, ¿cómo vas a tomarte un lingotazo así a las dos de la tarde? ¿Qué te pasa?

—Que esa niñata me ha pasado por lo alto, hijo. Así que lo necesito. Voy a por la botella.

Nos encogimos de hombros. Dylan era uno más porque ella le hablaba de múltiples aspectos de su vida, y hasta de la mía… Tenían mucha confianza.

—¿De qué niñata hablas, mamá?

—De Cristina Madeira, de esa.

—Pero esa actriz tiene ya más de sesenta años.

—Pues eso, a mi lado, es una niñata. Y me ha quitado el papel. Me lo ha robado por toda la cara. No la soporto, es que no la soporto.

—Mamá, ¿estás segura de lo que dices? ¿Eso cómo va a ser? Si tú eres una actriz muy reputada.

—Eso, justamente una putada, es lo que me han hecho.

—No he dicho eso, mamá. No es eso lo que he dicho.

—Sé muy bien lo que has dicho y lo que quiero decir yo. Resulta que Mario Herrera la prefiere a ella.

—¿Tu, Mario Herrera?

—El mismo… El muy chaquetero de él. Con la de veces que hemos trabajado como pareja protagonista. Y ahora me viene con estas. Estoy segura de que hay gato encerrado. Estos dos esconden algo, lo sé muy bien. Seguro que o ella le ha limpiado el sable o él le ha hecho un cunnilingus. O las dos cosas.

—Mamá, por favor, que está aquí Dylan.

A Dylan se le veía hasta la campanilla, lo mismo que a mí, de las risas que nos echamos con su comentario. Mi abuela era tremenda.

Tratamos de calmarla, aunque no sería fácil. Por su edad, ya no le llovían los papeles, y eso que era una de las mejores actrices del país. Y con ese papel estaba tremendamente ilusionada.

Se sentó con nosotros y no cejó en su empeño hasta que se bebió el *whisky* doble. Luego juró y perjuró que eso no quedaría así y que se iría a los platós de televisión si era necesario para airear el escándalo.

—Mamá, relájate, que estamos hablando de nuestra boda. Ya verás cómo las cosas se solucionan.

—Se solucionarán si hago algo, que lo de quedarme a esperar a que actué el karma no va conmigo. Cuando ese hace su trabajo, yo ya lo he terminado.

—Ay, abuelita, pero si a ti no hay quien te haga sombra.

—Por supuesto que no, hija. Y esa niñata no me la va a hacer. A Dios pongo por testigo…

—Julia, cuando te pones tan actriz, no sé si estoy más enamorado de tu hijo o de ti.

—Ay, mi yerno, si es que más zalamero no puedes ser…

—Tu «yerno», todavía me suena raro, abuela.

—Pues sí, hija. Es lo que hay. Un día estás en la cima del éxito y otro con un pie en la tumba —comenzó a desvariar.

—Abuela, te lo pido por favor… No digas tonterías.

—De tonterías nada, hija. Es la verdad, la pura verdad.

—Ay, abuela, que cuando te pones tremendista…

—Es lo que tenemos los actores. Somos genios, sí, pero también unos incomprendidos.

—Abuela, ¿te he dicho ya, que Dylan y yo nos vamos a Bali?

—No, hija, de eso no has dicho ni pío. Bien calladito que te lo tenías.

Cuando adoptaba la postura victimista, era como una niña pequeña, todo le molestaba. Pero yo tenía que tratar de sacarla de ese enfado para que no se le enconase más el tema.

—Claro que no. Será que no hemos tenido ocasión de hablar.

—Pues será eso, sí. Porque como he estado tan liada empollándome los guiones, ¿y todo para qué? Para que me repudien, para que me pasen por lo alto, para que…

—No ha nacido quien te pase por lo alto a ti, Julia —le comentó Dylan.

—Este muchacho me gusta. Me pelotea igual que Roberto.

—Pues sí, abuela, lo prepararemos todo cuando él regrese de Londres, así que me tendrás que asesorar —le pedí, porque nada la animaba más que sentirse útil—. Porque tú has estado más de una vez en Bali, ¿verdad que sí?

—Por supuesto, yo he estado en todo el mundo —me dijo viniéndose arriba.

—Y el mundo entero ha caído rendido a tus pies —le comentó Roberto besándole una mano.

—Este yerno mío es un primor, es un primor… Pues sí, hija, te asesoraré en todo lo que te haga falta.

—Y entonces, ¿te marchas unos días a Londres? —le preguntó mi padre a Dylan—. No me habías dicho nada.

—¿No te lo comenté? Sí, me ha salido un proyecto allí y tengo que ir a valorarlo.

—Qué nivel, muchacho. Proyección internacional. Casi igual que el huevón. —Se le escapó a mi abuela.

Teresa estaba sirviendo la mesa y a ella lo que se le escapó fue una carcajada.

—Todos sabíais que le llamaban así, ya os vale —resoplé.

—Sí, Dylan, pronto alcanzarás el de Luca, ya lo verás. —Le indicó mi padre.

—No, no creo… Mi hermano es un verdadero crac de la arquitectura.

—Y tú no lo serás menos. Yo siempre he tenido claro que soy la mejor y por eso me ha ido como me ha ido, hasta ahora —intervino ella.

Teníamos que reírnos porque mi abuela, cuando hablaba de su carrera artística, desde luego que la modestia no la conocía.

—¿Y de qué se trata exactamente? Me sorprende que quieras aceptar más proyectos fuera de España cuando estás hasta la bandera de trabajo aquí. Eso habla muy bien de ti, Dylan —le comentó mi padre.

—No es algo que me vaya a llevar demasiado tiempo y me apetece, Darío.

—Me gusta mucho la proyección de tu carrera, te lo digo en serio.

Se notaba que mi padre estaba encantado con él.

—Y bueno, ¿qué se sabe entonces de esa boda, hijo?

—Pues que la celebraremos en Ibiza, mamá. ¿Te parece buena idea?

—Por favor, en Ibiza. Sabes que soy una enamorada de esa incomparable isla, hijo. Ya me estoy viendo con mi vestido blanco, que en las bodas ibicencas está permitido, no se eclipsa a la novia.

—Abuela, es que en esta boda tampoco hay novia.

—Ay, cariño, si tienes razón —dijo echándose a reír.

La boda nos hacía muchísima ilusión a todos. Mi padre era un hombre con estilo, pero sin duda Roberto sería el más implicado a la hora de que la celebración quedase perfecta, sobre todo en lo que respecta a la decoración y los detalles.

Me hacía una tremenda ilusión esa boda y Dylan también parecía encantado preguntándoles y demás. Él sí que estaba muy integrado ya con mi familia. En esas estábamos cuando le sonó el teléfono. Era Luca.

La sorpresa fue tremenda porque ya he hablado del tipo de relación que mantenía el hermano de Dylan con las mujeres y que, en el caso de Kalea, su novia en ese momento, no parecía diferir. Sin embargo, había sucedido algo y quisieron contárnoslo.

—Hermano, voy a ser padre —le comentó Luca y entonces mi abuela se asomó a la pantalla y comenzó a darles la enhorabuena de una forma

absolutamente eufórica mientras a mí se me dibujó una sorprendida y alegre sonrisa en el rostro.

Kalea estaba junto a Luca y ciertamente la muchacha también parecía muy contenta.

—¿Esperando un hijo, Luca? Nunca lo hubiese pensado.

—Ni yo tampoco, Dylan. Ha sido una sorpresa. Sabes que jamás me he entendido con las cigüeñas y, sin embargo, cuando ha sucedido, me he sentido muy contento.

—Claro que sí, que una pareja sin hijos es como un jardín sin flores —le soltó mi abuela.

—Gracias, Julia. Me alegra que estéis todos ahí para enteraros de la noticia. Estamos tan sorprendidos como contentos.

Cuando colgaron la videollamada, Dylan negaba con la cabeza.

—Mi hermano no es el mismo, Kalea lo ha cambiado —me comentó risueño.

—Eso es lo que parece. Están hablando de un hijo, de formar una familia, y no de salir corriendo por parte de él. Me ha resultado muy curioso.

—Lo es, desde luego que lo es…

Me alegré mucho por ellos. Esa forma de vivir de Luca, siempre pensando en su siguiente ex, pudiese ser que hubiera pasado a la historia tras conocerse el embarazo de Kalea. Quizás no estuviese previsto, seguramente no lo estaría, pero en absoluto lo había rechazado, sino todo lo contrario: pareció asumirlo con muy buen gusto.

Dylan no salía de su asombro. Por lo visto, jamás pasó por la mente de Luca ser padre. En realidad, desconocía si por la suya sí, porque aún no habíamos hablado de esos temas tan importantes y, a la vez, tan personales.

—Así que vas a ser tío, Dylan. Esto lo tenemos que celebrar —comentó la abuela—. Teresa, mira qué botella tenemos en la bodega que sea digna de algo así.

—Yo iré, Teresa. —Se ofreció el tío Roberto.

—Mamá, ¿tú no crees que ya has bebido suficiente por hoy? —le preguntó mi padre.

—Jovencito, es que ni se te ocurra llevarme la contraria cuando estoy así de borracha, digo así de cabreada —corrigió porque, después del *whisky* doble, se pimpló varias copas de vino.

No es que tuviese mi abuela ningún problema con el alcohol, sino que ese día necesitaba desconectar y lo hizo agarrada a unas copas que la hicieran olvidar el impresionante cabreo que sentía.

—Mamá, ni que fuese un crío.

—Para mí siempre lo serás, que no se te olvide, Darío. Y me beberé lo que me venga en gana. Espera, Roberto, que me voy contigo a la bodega.

Se enganchó del brazo del tío Roberto y comenzó a caminar en plan diva. Apenas había dado unos pasos cuando se le quedó clavado el tacón de uno de sus zapatos en el césped y, de no ser por él, hubiera comido hierba.

—La madre que parió —soltó haciéndonos reír.

—Qué increíble es esta mujer —nos comentó Dylan.

—Sí que lo es. Y tomó una decisión muy importante en su vida en un momento que ese tipo de cosas no se entendían; tenerme sin un hombre a su lado —le explicó.

—Muy valiente, va con su personalidad.

—Sí, sí, sin duda.

—Papá, como definitivamente le hayan quitado el papel, nos vamos a tener que preparar para escucharla, ¿lo sabes?

—Lo sé, hija, lo sé —me respondió porque era un hecho.

—Pues eso, que lo tengas claro.

Así era mi familia, bastante original. Y así era también cómo quería enseñársela a Dylan. También la suya lo era. La noticia de la paternidad de Luca nos había dejado ojipláticos y quizás supusiera un antes y un después en la trayectoria amorosa de ese hombre que nunca quiso comprometerse con nadie más allá de unos años y que, de pronto, adquiría un vínculo con Kalea sin fecha de caducidad, puesto que un hijo une para siempre.

Yo, que soy un poco fantástica, también comenzaba a pensar en la posibilidad de que aquel recién estrenado noviazgo con Dylan me llevase más allá y quizás un día fuese él quien me pidiese matrimonio y desease tener hijos conmigo.

Los sueños son gratis, pero mi naturaleza romántica me llevaba a pensar también en que a veces se hacen realidad. Si la vida me había dado un giro total en tan poco tiempo, ¿por qué descartar que me diera otro?

Mi abuela volvió con esa botella y con el tío Roberto, quien ya había conseguido hacerla reír. Ese era otro personaje de mi familia, uno que supo dar la talla, ejerciendo de sostén en la sombra durante mucho tiempo, durante demasiado tiempo… Y todo por amor: por amor a mi padre, por amor a mí y por amor a todo lo que tuviese que ver con nosotros. Un ejemplo más a seguir.

Capítulo 29

Le había despedido. Se marchaba para Londres y me quedaban tres días por delante en los que hacer planes con las chicas.

Quise que me acompañaran al *spa* la primera tarde.

Zoe y Blanca ya estaban en la puerta cuando llegó Candela con ojos llorosos.

—¿Qué te pasa, cariño? —le pregunté mientras borraba con el dorso de mi mano las lágrimas que comenzaban a rodar por sus mejillas en cuanto nos vio.

—Que ese gimnasio tiene mucho peligro, que no solo fue Bárbara quien hizo de las suyas en él. Se ve que allí esparcen feromonas o algo por el aire, eso es lo que creo —nos comentó mientras comenzaba a llorar de nuevo.

—¿Borja? ¿Ha sido Borja? ¿Estás así por él?

—Sí, ha sido el muy cabrón de él. Menudo asqueroso. Está liado con la monitora de zumba.

—Vamos, que se la está zumbando…

—Zoe, por favor, di las cosas con un poquito de tacto —le recriminó Blanca.

—¿Qué tacto ni tacto, Blanquita? Zoe tiene razón, se la está zumbando, sí. Y a mí también, a la par…

— Dime, por favor, que, al menos, lo habéis estado haciendo con protección —le comentó Blanca.

—Sí, sí, eso sí… Que solo me faltaba a mí un bombo ahora.

—Si no lo digo ya solo por eso, es que si el muy desgraciado se acuesta con otras a la vez, no sea que te pegase algo.

—Yo sí que le pegaría a él, fuerte y en todos los morros. Chicas, lo de la protección es fundamental siempre, recordadlo.

—Sí, Zoe, y más para ti, que lo haces de dos en dos.

Zoe le sacó la lengua a Blanca, no literalmente, claro, aunque a veces no le faltasen ganas. Nos reíamos mucho con ellas, muchísimo. Se llevaban como el perro y el gato, aunque en el fondo matarían la una por la otra.

Entramos en el *spa* y Candela hubiese necesitado que de los chorros saliese tila en lugar de agua. Era impresionante lo nerviosa que estaba y el disgusto que tenía.

Ella no buscaba novio y lo de Borja le apareció por casualidad, ilusionándola muchísimo. Y de pronto se enteraba de la noticia de que era otro sinvergüenza que también consideraba que, por su lado, la pareja estaba abierta, pero solo por su lado.

En fin, que había que escucharle el piquito. Y también al resto.

—A ese lo que le pasa es que ha querido aprovechar los últimos coletazos antes de la *pitopausia* —opinó Zoe.

—Yo más bien creo que es otro *ponecuernos* de libro, como Aless y como Bárbara —repuso Blanca.

—Estoy de acuerdo. No sé qué se cuece a nuestro alrededor, pero vaya montón de cuernos.

—Eso no se pega, ¿no?

—Tranquila, Blanca, que tu relación con Mauro está a prueba de bombas.

—Eso espero, porque solo me faltaba. Y la tuya también va a estarlo, Chanel.

—También lo espero, la verdad, porque mi ración de cuernos ya me la han servido —le comenté.

Nos daba mucha pena por Candela. Acabábamos de salir del *shock* de lo de mi ex y de pronto ella estaba en las mismas, con la diferencia de que su relación había durado un suspiro, pero no por eso dejaba de dolerle.

Blanca era transparente. A ella se le notaba mucho cuando tenía algo que contarnos: ya fuese bueno o malo. Y era el caso.

—¿Y tú qué te traes entre manos? —le pregunté.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque se te nota a leguas, suéltalo ya.

—Nada, mujer, nada…

—Que no te dé apuro soltarlo porque yo esté como un mojón despeinado, boba —le comentó Candela, que para eso estaba.

—Pues que ya tenemos fecha de boda, Mauro y yo, nos casamos el año que viene —nos dijo con toda la alegría.

—¿Os casáis el año que viene? ¡Yuju!

—Ay, mi Candelita, cómo se alegra y eso que ella viene hecha polvo.

—No tanto, que le jodan al tío ese. Que le jodan bien jodido. No he representado tanto en mi vida, que llegó hace nada, como para tenerme así. No me da la gana.

—¡Esa es mi Candela! Chicas, por separado, valemos mucho, pero juntas ya somos la caña —comentó Zoe.

—Por supuesto que sí. De manera que vamos de boda en boda: primero será mi padre con el tío Roberto, después vosotros…

—Y más tarde tú con tu arquitecto —dijeron al unísono.

—¿Lo teníais ensayado? La madre que os va a parir a todas… Sois la leche.

Lo eran, mis chicas lo eran.

—Una cosa sí que os voy a pedir…

—¿Qué se le habrá ocurrido ahora a esa cabecita tuya?

—Que tenéis que ser mis damas de honor… Eso es indiscutible.

—Yo no me veo en ese plan, lo advierto…

—Zoe, tú harás lo que tengas que hacer, como el resto.

—Pero eso es una ñoñería, no me fastidies, Chanel.

—De eso nada, no lo es. A mí me parece perfecto…

—Qué te gusta un sarao, Candela.

—Y tú qué sosa eres, Zoe.

—Pues listo, adjudicado: ya tengo a mis damas de honor.

—Qué pronto ponéis en mi boca palabras que no he dicho, pero vale.

—¡Ay, mi Zoe! Que es la mejor…

Blanca le dio un tremendo abrazo. En el fondo, todas nos queríamos un montón, aunque tuviéramos nuestras diferencias dentro del grupo.

Quedé a comer con mi abuela tras estar con las chicas en el *spa*, donde terminamos divirtiéndonos a lo grande.

Estábamos almorzando cuando recibí una llamada de Dylan. Soy así. Cuando estoy en pareja no puedo evitarlo y me encanta estar en contacto. Y él no tenía demasiado tiempo porque debía atender reuniones y demás, así que le puse un mensajito para que me llamase cuando pudiese.

—*Hello*, ¿qué tal?

—Muy bien, preciosa —me contestó.

—Pues fíjate que no lo diría yo por tu cara, te veo regular.

—Uf, es que la polución de Londres me sienta fatal y me afecta bastante por la alergia.

—Es verdad, me has hablado en alguna ocasión de ella. Pobre…

—A ti lo que te pasa es que echas de menos a mi nieta, eso es lo que te pone mal —le comentó mi abuela quitándome el teléfono.

—Pero bueno, si hay una reunión de preciosidades y no me he enterado.

—Por supuesto. La primera yo, que soy la abuela. Chaval, haz lo que tengas que hacer y vente prontito de vuelta, que a mi nieta te la quitan de las manos.

—Abuela, no presiones…

—Qué presión ni presión… Es la verdad, una chica como tú está más que solicitada.

—Lo sé, Julia, tienes un bombón de nieta. Sale a ti.

—Cómo me gusta este muchacho, es que me encanta. Yo aquí veo futuro…

—Abuela, por favor…

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? Distinto sería que os hubiera echado un mal de ojo, cariño. Pero si lo que estoy diciendo es bueno, ¿qué problema hay?

—Estoy de acuerdo con ella, sí.

—¿También estás de acuerdo, Dylan?

—Por supuesto, yo veo futuro, nena.

No hizo falta que me dijera nada más. Si os soy sincera, no experimenté un orgasmo en ese momento de auténtico milagro.

Colgamos con la promesa de hablar por la noche y me quedé con ella.

—Mira que te gusta la tarta de cinco chocolates que ponen aquí —me comentó la abuela.

—Sí, me encanta.

—Pues más te gusta ese chico. Qué contenta estoy.

—¿Lo estás?

—Es que no tiene nada que ver con el otro, hija, es evidente. Este tiene sangre en las venas.

—Aless se ha llevado su merecido y Fanny también. Creo que es hora de que me vayan las cosas bien. ¿Tú también?

—Por supuesto que sí, mi niña. Has heredado muchas cosas de mí, también mi suerte.

—Abuela, ¿tú por qué nunca has sido de relaciones?

—Porque yo nací muy libre, pero tu padre ha sido de tener siempre una persona a su lado y tú también. Es lo normal. La que es más rara que un perro verde en ese sentido soy yo.

—¿Y no te gustaría intentarlo con alguien?

—¿A mis años? Qué pereza… Quita, quita. Mi verdadero amor es mi público.

Estábamos en esas, hablando de su mundo, cuando se dio la más tremenda de las casualidades: dos mesas a nuestra izquierda se sentaron Mario Herrera y Cristina Madeira, la actriz que le había robado el papel a mi abuela a petición de él. Casi le dio un síncope cuando los vio, pues estaban haciendo manitas.

—¡Lo sabía! ¡Es lo que sabía! —exclamó poniéndose de pie.

—Abuela, déjalo estar, te lo pido por favor…

—¿Dejarlo estar? Estos dos no saben cómo se la están jugando, es que no tienen ni puta idea, vaya. Se van a cagar, es que te juro que se van a cagar —me comentó comenzando a maldecir.

Me eché las manos a la cabeza y salí corriendo detrás de ella.

—Abuela, te lo pido por favor. No la líes, es que te lo pido por favor.

—¿Que no la líe? Se van a cagar, ya verás el pollo que les monto.

Tenía razones para estar enfadada. No se había equivocado en las razones que llevaron a Mario Herrera a elegir a esa otra actriz, desbancándola a ella.

No la esperaban, y cuando la vieron delante de ambos con los brazos en jarra, palidecieron.

—Así que ella daba mejor como protagonista por su perfil, ¿no? ¿Por cuál de ellos? ¿Por el derecho? ¿Por el izquierdo? ¿O por el de cuando la pones en pompa? Dime, dime si tienes valor…

—Perdona, bonita, pero no te voy a consentir… —comenzó diciendo Cristina, poniéndose en pie.

—A mí me hablas con respeto, ¿qué viene a ser eso de «bonita»? Tú y yo no hemos comido nunca en el mismo plato. Sobre todo porque siempre he estado a un nivel superior. —Le espetó sin anestesia—. Y si has escalado peldaños, será porque te has metido en la cama de este, cosa que no he tenido que hacer jamás porque no le debo nada a ningún hombre, ¿te enteras?

—Pues sí que eres humilde…

—La humildad para quien la necesite, yo soy grande. De hecho, soy una grande de España.

—Como la difunta Duquesa de Alba, qué digna tú.

—De mí no te cachondees, que te agarro por los pelos y…

Tuve que aguantarla porque no podía resistirse.

—Vámonos de aquí, amor —le comentó él.

—Espera, que tú tampoco te irás de rositas. Hay que ser poco profesional para hacer lo que has hecho. Hay que ser un pedazo de asqueroso, de hecho. Pero la vas a cagar. Hubiera sido un éxito de taquilla, conmigo lo hubiera sido. Y con esta no vais a recaudar ni para pipas.

»Espero que te compensen los polvos que estáis echando. A base de Viagra, claro, porque con tu edad no me vayas a hacer creer que se te pone como el mástil de un velero. En fin, que tengo una entrevista pendiente en la tele y se va a cagar la perra.

—Nosotros no tenemos nada que esconder. —Le espetó ella.

—Salvo los dientes. Escóndelos, no sea que te los parta todavía y te deben haber costado una pasta, que tú de natural no tienes ni el nombre. Venga, a tomar por saco por ahí los dos.

La abuela tenía gracia hasta en las discusiones. Con las cosas que siguió diciendo tras su marcha es que tuve que reírme sin remedio.

Por la noche, estaba deseando hablar con Dylan, así que me desinflé un poco cuando me llegó un mensaje deseándome que descansase y diciéndome que no se sentía bien y que prefería acostarse directamente.

Pese a eso, enganché el sueño recordando esas palabras que le dijo a mi abuela de que lo nuestro tenía futuro. Me parecieron preciosas y con ellas me quedé.

Capítulo 30

Blanca estaba supercontenta al día siguiente porque celebraba su aniversario de noviazgo con Mauro.

La acompañé por la tarde a comprarse un vestido que deseaba estrenar.

—Es que me ha cogido un poco el toro. En las cosas de los modelitos siempre me pasa.

—Da igual, cariño, ¿será por tiendas? Y el pelo te lo han dejado genial en la peluquería.

—Sí, esto de tener unos días de vacaciones es un lujo, todo el tiempo de vagueo —me comentó—. Recuérdame, a todo esto, que pase luego por la joyería. Dejé un reloj allí para que le cambien la correa.

Entramos en varias tiendas y se probó un vestido precioso.

—¿No me hace demasiado escote?

—Si estuviera aquí Zoe te diría tres cosas bien dichas, las que te mereces. Te hace un escote fabuloso, el que tienes. Mauro debe estar loco con él.

—Sí, sí, yo creo que le gusta bastante, sí. Mauro es un amor. Es el amor de mi vida, qué cursi soy, ¿no?

—Claro que no, cariño. Tú eres como eres.

—Vale, porque te iba a decir que si tuviera más vidas, también sería el amor de ellas. Eso es lo que te iba a decir.

—Pues ya lo has dicho, muy bien.

Resulta que ellos tenían confianza con la dueña de la joyería, una mujer llamada Mar, quien se alegró mucho al verla.

—Ay, mi niña, qué alegría verte por aquí. Ya sé a lo que vienes —le comentó.

—Ah, que te lo dijo tu marido, Mar —le contestó en referencia a que a él le dejó el reloj.

—¿Cómo mi marido? Si quien atendió a Mauro fui yo. Por cierto, qué gusto tiene ese chico.

—¿A Mauro? No entiendo.

—Ay, Dios, que creo que he hablado de más. ¿Aún no te lo ha dado? Creí que venías a contarme qué te pareció su regalo.

—¿Qué tenía que darme exactamente?

—Soy una bocachancla, ya me lo dice mi marido. Y trabajando en una joyería, es lo que tiene. Menuda cagada…

—Ahora me lo tienes que decir, porque no voy a aguantar. Suéltalo, porfi. Lo tienes que soltar o me da algo.

—Es que Mauro estuvo aquí a por una joya. No le digas nada, por favor, que me odiará.

—Claro, porque hoy hace años de que empezamos a salir, qué lindo es. Me derrito con él.

—Pues más lo harás cuando veas la preciosidad de pulsera que es, con sus *charms*… Ya la he vuelto a liar, es que no puede ser conmigo.

—Da igual, me hace la misma ilusión. Gracias, Mar.

Cuando salimos de la joyería, levitaba de la felicidad, es que levitaba.

—Mauro es ideal, es totalmente ideal, te lo prometo.

—No hace falta que me lo prometas, cariño. Si se ve en cada detalle. Esta noche disfruta mucho de tu regalito.

En mi caso, Dylan me envió un par de mensajes durante el día y me llamó por la noche. Seguía un poco *plof* y yo tenía unas increíbles ganas de que volviese. Lo notaba algo disperso y como si le faltase energía. Y soy un poco paranoica, lo reconozco.

—Oye, ¿todo bien conmigo? No te habrás arrepentido de algo —le pregunté, porque no pude evitarlo.

—¿Arrepentirme? Déjate de bromas, no se me ocurre ni pensarlo.

—Ah, pues menos mal —suspiré para mí algo más aliviada.

—En un par de días estoy ahí y te vas a enterar de las ganas que tengo de verte.

—Qué alegría escucharlo, de verdad.

—¿Es que estás mal?

—No, no. Solo que te veo un poco raro y no estoy acostumbrada. Espero que sea porque me echas de menos, aparte de lo de la alergia, claro. ¿Te sigue dando mucho la lata?

—Bastante, la verdad, pero cuando esté contigo se me pasará todo. Ya lo verás.

Me quedé dormida con esas palabras y, a primera hora de la mañana, me llamó una llorosa Blanca.

—Cariño, buenos días, ¿esas que escucho son lágrimas de emoción? Porque no me lo parecen para nada.

—¿De emoción? No, son lágrimas de que me cago en todo, no puedo con mi vida.

—¿Blanca? ¿Eres tú quien ha dicho eso? No va mucho con tu estilo.

—Ya lo sé, que mi estilo es más rollo *happy flower*, hasta que un día vas a echar mano a las dichosas flores y resulta que te huelen a podrido.

—¿Qué ha pasado, mi niña?

—Por teléfono no puedo, no puedo hablar de esto.

—Pues vamos a vernos ahora mismo.

Salí corriendo como alma que lleva el diablo. Blanca me necesitaba y a ella nunca la había visto llorar. Y era obvio que lo estaba haciendo por amor. Mi amiga y su novio eran la pareja perfecta o, al menos, lo más parecido a ella. Tanto que muchas veces los dos eran objeto de mofa por parte de Zoe.

Quedamos en una cafetería, puesto que en el club todos nos conocían y ella no quería dar esa imagen de alma en pena allí, como es lógico, por otra parte.

Cuando nos sentamos, su desconsuelo fue a más.

—¿Qué ha pasado, cariño? —le pregunté cariacontecida.

—Que me regaló un vale para una experiencia de esas de fin de semana, Chanel. Eso es lo que ha pasado —me contó.

—No te entiendo… ¿Mauro te hace un regalo chulo y tú te pones a llorar como una Magdalena?

—Un regalo chulo, sí… Un regalo chulo, pero que no es la pulsera que nos dijo Mar.

Yo ni había vuelto a caer en la pulsera ni en lo que quería decir ella al respecto.

—Espera, espera, pero eso debe tener una explicación. Igual la terminó devolviendo porque no le gustó para ti. Debe ser eso. Y la devolución se la hizo a su marido, por eso Mar no sabía nada.

—Mira que es rocambolesco pensar eso, pero como me agarro ahora mismo a un clavo ardiendo, también lo he pensado. Sin embargo, va a ser que no, porque he hecho algo hoy que me da vergüenza hasta confesar.

—¿Qué has hecho, nena?

—Verás, como Mauro está trabajando, me he presentado en su casa. Allí estaba Isa, la chica de servicio, y le he comentado que tenía que entrar en el dormitorio de mi novio, que me dejé algo.

—Y lo has registrado…

—Exacto.

—¿Y qué ha pasado?

—Pues que en su armario me he encontrado la dichosa pulsera junto con una dedicatoria, *«A lo más bonito de mi vida»*… Eso, eso es lo que pone en la nota. Y no soy yo… La ha comprado para otra, la ha comprado para otra —insistió mientras comenzaba a llorar.

—Ay, cariño, por favor… No quiero verte así, de veras que no.

—Ni yo tampoco quiero estar así, que me estoy muriendo de pena y de rabia, pero Mauro me la está jugando.

—Eso no es posible, no lo es… Mauro, te quiere.

—Dime una cosa, dímela de verdad.

—Pues claro, no te la voy a decir de mentira, mujer…

—¿Alguna vez llegaste a pensar que Aless te estaba engañando?

—No, en la vida.

—Pues ahí lo tienes…

—Eso es trampa. No puedes pensar así de mal de Mauro.

—¿Y por qué no? ¿Quién me garantiza que es un santo?

—Tampoco he dicho yo que lo sea. Lo normal es que no haya santos ni demonios, cariño. Ni lo uno ni lo otro.

—Ya, pero santos menos. Aless y tú siempre estuvisteis bien y mira el plan que tenía por detrás. Te estaba adornando bien la cabeza. Pues a mí, igual. Si no nos han salido los cuernos, es porque seguro estamos bajas de calcio.

No había manera de sacarla de esa idea. Al mediodía, nos reunimos con Zoe y con Candela para almorzar. Cuando escucharon lo que tenía que contarles, sus reacciones no se hicieron esperar.

—*Mamma mia,* es una jodida epidemia, de veras que lo es —dijo Candela.

—Es verdad, tienes toda la razón. Es una jodida epidemia de cabrones.

—Por eso ya os digo que mejor será que no os volváis a liar con ninguno en serio —soltó Zoe y las otras dos la miraron—. Bueno, salvo tú, Chanel, que lo tuyo ya está hecho. Te has empeñado en amarrarte otra vez enseguida, pues qué se le va a hacer.

—Me estoy agobiando, chicas.

—No, no te agobies, ya que hoy soy yo el centro de atención. Me la tenéis que prestar —me comentó Blanca.

—Vale, vale. Tienes toda la razón, cariño. Perdóname.

—No pasa nada, tranquila. Piensa que tú estás empezando con Dylan y que estas cosas no pasan en los comienzos.

—Ja, ja —soltó con toda la ironía Candela—. Perdona, Chanel, perdóname, es que se me va la pinza. A mí es que Borja me ha corneado a la primera de cambio, ya lo sabes…

—Cielo santo, hay que ver cómo estamos. Al final, la que va a acertar es Zoe, a mí me da algo.

—Blanquita, que no… Que no te puede dar nada.

—Que sí que me puede dar, ya lo veréis…

Y le dio. Sufrió un desmayo. Llevaba horas con la cara más blanca que la cal y, finalmente, sucumbió. Menudo marrón el que nos encontramos.

Tuvimos que llamar a una ambulancia, aunque volvió en sí mucho antes de que llegara.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

—Que los hombres son todos unos cabrones, nena. Eso es lo que ha pasado. Al más bueno habría que colgarlo por las tripas del más malo —le comentaba Zoe—. Por eso yo me lío con dos a la vez, por si llega el momento en que tengo que hacerlo.

—A mí me da algo, es que os juro que me da algo. Que me da, es que me da, os lo prometo.

—Si ya te ha dado, nena, si ya te ha dado. No te puede dar otra vez.

—Necesito… lo que necesito es hablar con él. Quiero decirle que es un degenerado…

—Blanquita, no te alteres, de verdad. Tú tranquila, que todo se va a solucionar.

—Sí, se va a solucionar en cuanto le eche la mano al cuello. O mejor, me tiraré a su yugular y le daré un mordisco de muerte. Que la ambulancia nos siga a su casa, que la va a necesitar.

Nunca la hubiese imaginado así. Obvio que la ambulancia no nos siguió a ninguna parte. Ni siquiera los sanitarios daban crédito a que fuese ella quien necesitase ayuda cuando la vieron levantarse con tanto ánimo.

Todas nos subimos en mi Mini, dejándolos allí estupefactos, y nos dirigimos a casa de Mauro.

La puerta nos la abrió su padre, un hombre encantador que nada más ver la cara de perro potencialmente peligroso que llevaba su futura nuera se quedó a cuadros.

—Cariño, ¿te pasa algo?

—Pasa que tu hijo, mejor dicho, que vuestro hijo —corrigió en ese instante porque apareció su esposa por el vestíbulo—, es un canalla.

—¿Qué dices, Blanca?

—Nieves, que lo es. Que tiene a otra. Que yo sé que no te lo podrás creer, porque para ti es tu retoño, tu niño, y lo entiendo. Pero que tiene a otra, que la tiene, que no me lo estoy sacando de la manga.

—¿Qué dices, Blanca? Mi hijo es incapaz de algo así…

—Claro, eso es lo que nos parece a todas, que el nuestro es el mejor. Y claro, si encima se compra una casa contigo, te pide matrimonio en una fiesta tan bonita y te hace sentir la mujer más especial del mundo, como que tienes menos motivos para desconfiar. Y esos son los peores. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que parecerme tan perfecto?

—Cariño, no sé qué te ha pasado, pero tengo claro que debe tratarse de un malentendido.

—En eso tienes toda la razón. Yo creía que tenía un novio que era normal, qué digo normal, que era bueno. Y resulta que es un cabrón como la copa de un pino. ¡No, qué ilusa… la cabrona soy yo! Me ha puesto una diadema de cuernos como la que lleva mi amiga Chanel.

—Gracias por meterme en el saco. Nieves que yo ya tengo otro novio a todo esto, eso fue con el antiguo —le aclaré.

—Bueno, que Candela también tiene lo suyo. Cuéntaselo, nena.

—Si no te importa, prefiero correr un tupido velo sobre eso, guapa…

—Vaya por Dios, aquí ninguna pía. Pues yo sí, ¿dónde está el pájaro de tu hijo? ¿Dónde? Que le voy a cantar las cuarenta como nunca en su vida, pero como nunca…

A todo esto, Mauro se estaba duchando y la escuchó gritar, por lo que vino envuelto en una toalla, con los pies chorreando, pues no podía con la incredulidad. Bajaba así las escaleras, nervioso y descalzo, cuando un pie se le escapó y dio un tremendo espaldarazo contra un escalón. Para colmo, la toalla se le deslizó del cuerpo y todas le vimos como Nieves le echó al mundo.

—¡Jesús, María y José! —exclamó su madre.

—Ya están los tres, sí. Tápate, anda, tápate las vergüenzas que no paras de enseñarlas al mundo entero y ya está bien. Es que ya está bien, vaya…

—¿De qué me hablas? Te prometo que no te entiendo, cariño, ¿qué está pasando aquí?

—Hijo, tápate, por lo que más quieras…

Zoe tenía que hacer todo lo posible por aguantar la risa. En circunstancias así le daba de un modo complicado de parar. Candela estaba

por seguirla y a mí, aunque me daba mucha penita de Blanca, también me costaba reprimirla.

—Ya voy, ya voy… Blanca, dime ya lo que pasa, que me va a dar un infarto.

—Si no me dio a mí, anoche cuando me entregaste esa birria de regalo, no te da a ti, no te preocupes.

—¿Qué le pasa a mi regalo? Vale que no fuese una maravilla, pero cariño, que tenemos que ahorrar para la boda. Tú misma lo dijiste.

—Claro, para la boda… Para la boda y para que tú le compres una buena pulsera a tu amante, ¿no? Que ya sabes que interesada no soy, lo que me duele es que me estés engañando, con lo que siempre has supuesto para mí. Y encima vayas a nuestra joyería de confianza, que Mar me lo ha contado todo… Que se fue de la lengua…

—Ay, Dios, que ya sé lo que ha pasado —comentó en ese instante Héctor, su padre.

—Lo sabes tú y lo saben hasta los hebreos. Que tu hijo se ha liado la manta a la cabeza y ha querido vivir la última etapa de su soltería a lo loco. Qué puta vergüenza.

—Blanca, la estás cagando, de verdad —le comentó Mauro.

—¿Tú me pones los cuernos y yo la cago? Qué morro hay que tener. Si no te digo más de tres cosas, es porque están tus padres delante.

Ahí sí que nos costó no echarnos a reír, porque vaya si se las había dicho.

—Blanquita, lo que mi hijo trata de decirte es que la pulsera de la que te habló Mar no era para ti…

—Que ya lo sé, Héctor, que he sido idiota y confiada, pero que hasta ahí llego. Que tiene a otra, que por fin me he enterado.

Mauro negaba con la cabeza y entonces Héctor le habló. Nieves no entendía nada.

—Cariño, en esta casa se te quiere como a una hija y jamás toleraríamos que nuestro hijo te tratase así.

—Por supuesto que no, pero yo no entiendo nada —le dijo su mujer.

—Mamá, es que…

—¡Tú te callas! —le chilló Blanca como si le hubiese salido un demonio de dentro.

—Blanca, déjame que te lo explique yo. Piensa una cosa —le pidió Héctor—, ¿cuándo es el cumpleaños de Nieves?

—La semana que viene, ¿no?

—Sí, la semana que viene. Sabes que estoy muy atareado últimamente con temas profesionales y por eso, sabiendo que Mauro conoce a la perfección los gustos de su madre, le pedí que fuese a encargar una pulsera para su madre de mi parte. Sería el regalo de cumpleaños de mi mujer. Y de ahí la confusión.

—¿Eso es verdad? Pero Mar pensó…

—Es cierto que no le dije a Mar para quién era la pulsera. Y si apareciste por allí, esa mujer… En fin, que la pulsera es para mi madre y que yo nunca, jamás, te haría algo así.

—Mauro, yo… Yo no sé qué decir.

—Ahora mismo tampoco sé qué decir yo, Blanca. Te ha faltado echar espuma por la boca y no te has dignado a preguntarme siquiera. Me has echado palas de mierda encima. La situación agradable no es, no te voy a mentir.

—Yo… Yo es que me he quedado en *shock*.

—Y no es para menos. Creí que éramos un equipo…

—Es que además leí la nota que la acompañaba y entonces…

—¿Dices que has leído la nota? ¿Y eso a santo de qué?

—Puede y solo puede que esta mañana me pasase por aquí para comprobar si tenías la pulsera. No me lo tomes a mal, albergaba la esperanza de que la hubieses devuelto. Isa me abrió la puerta, entré en tu dormitorio con un pretexto y la vi allí. Lo único que quería en ese momento era arañarte como si fuese un gato, sin más…

—Al menos eres sincera, así que ahora te has metido a espía.

—Lo siento, no te imaginas cómo lo siento.

—Pues no te imaginas tampoco cómo lo siento yo.

—Chicos, chicos, sé que hemos vivido un momento muy acalorado, que Blanca está avergonzada y que tú, Mauro, estás descolocado. Pero si nuestra amiga ha hecho todo esto, es porque te quiere de corazón. Te voy a decir la verdad. Yo, en el tema de Cupido y todo lo relacionado con el tocapelotas del angelote, apenas creo, eso es la realidad. Pero visto lo visto, si hay

alguien que puede conmoverme hablando de cuestiones de esos de amoríos, es mi Blanca.

»Que sí, que me burlo de ella y que no entiendo mucho su cursilería romántica, las cosas como son, pero que esta niña es la representación viva del enamoramiento. Vamos, que no la soporto en ese sentido, pero que te quiere con todo su corazón y si ha actuado así es porque, un poco más, y se muere de pena, ¡si hasta se ha desmayado!

Capítulo 31

La abuela daba saltos de alegría. ¡Cómo me gustaba verla así!

—A ti te ha pasado algo y muy bueno. Ya me lo estás contando —le comenté mientras me arreglaba delante del espejo, feliz porque Dylan regresaba de Londres esa tarde.

Por delante teníamos también la ilusión de ese viaje a Bali que sería el segundo que hiciese con él y los planes me salían a borbotones por las orejas. Hasta salí a comprarme varios modelitos aquellos días y me llevé a la abuela para darle vidilla, que la necesitaba después de que le quitasen el papel.

—Que la justicia divina existe, nena… Eso es lo que ha pasado. Bueno, eso y que he ido a hablar con John, el director de la película.

—Si no me habías comentado nada. No me digas que has tomado cartas en el asunto.

—Nena, de lo que haga tu mano derecha, que no se entere la izquierda.

—Esa idea la has tenido siempre en mente, abuelita. Cómo eres.

—Pues naturalmente que sí, cariño. He puesto a John al día y me ha asegurado que las cosas no se quedan así. Y no se van a quedar. Por supuesto que no. La ha cagado, ese tío la ha cagado. Se cree que es el Richard Gere español y va a ser que no. A mí no me ningunea nadie.

Le había cogido tremenda inquina al que fue su compañero de reparto en tantas películas.

—Así que se lo has contado, abuela.

—De pe a pa, que solo ha pensado con el pito. Y eso no se me hace, a mí no se me hace. Y la suerte que ha tenido es que no he echado a arder los platós, que todavía me planto en uno y…

—Seguro que no te hace falta, ¿a qué has conseguido volver a ser la prota?

—Por supuesto, aunque he puesto como condición para volver que me eliminen todas las escenas de besos. A mí ese no me vuelve a tocar ni con un palo.

—Así se hace, abuela.

—Claro que sí, hija, antes muerta que sencilla. Y tú lo mismo, tienes que darte a valer. Siempre.

—Lo haré.

Mientras me terminaba de arreglar, no podía dejar de pensar en Blanca y en lo que ocurrió con Mauro. La vida a veces nos pone a prueba. Al chaval, a quien se le caía la baba con su novia, ya se le había pasado el disgusto y, en el fondo, comprendió que si ella, que era tan serena, perdió los estribos, fue porque no pudo soportar pensar que la estuviese engañando.

El amor de mi amiga no podía ser más bonito. Y si algo le pedía yo al universo era que lo mío con Dylan saliese igual. Me encantaría hacer planes con él y eso de que me hablase de futuro es que me hacía enloquecer de alegría.

Aterrizaba por la tarde-noche y fui a buscarlo al aeropuerto. Había reservado para cenar en un restaurante, así que le daría la sorpresa.

—Uf, me parece a mí que esa alergia te sigue dando la lata, ¿me equivoco? —le pregunté cuando me acerqué a él para darle un besazo de tornillo.

—La verdad es que sí, no te imaginas lo cansado que estoy —me contestó mientras depositaba también en mi boca una batería de besos.

Sentía como si le hubiesen descargado las pilas. Había algo en Dylan que propiciaba que no pareciese él.

—Ay, lo siento. Pero a cenar sí vamos, ¿verdad? Es que tengo una reserva, porfi…

—Lo siento mucho, Chanel, no sabes lo contento que estoy de verte y de estar de vuelta, pero es que he llegado molido y me apetece mucho meterme en la cama.

—Guay, pues anulo la reserva. Planazo también. Te haré de enfermera… De enfermera sexi —le comenté con guiño de ojo incluido.

—Debo reconocer que es un planazo, lo es, pero de veras que no estoy para nada. Aparte, que cuando me encuentro así, me muevo mucho en la cama y no te dejaría dormir. Mejor nos tomamos algo rapidito y me dejas en casa, ¿te parece?

Lo que me pareció fue una llegada un tanto fría… Eso fue lo que me pareció. Me entristeció incluso. No es que dejase de mostrarse afectuoso conmigo, pero no aceptar ninguno de mis planes hizo que me quedase planchada, totalmente planchada.

Lo dejé en casa y me fui para la mía. Teresa y mi abuela se tomaban algo en la cocina cuando me vieron aparecer

—¿Tú qué haces aquí? ¿No hay marcha esta noche? —me preguntaron.

—Pues parece que la única marcha que voy a tener es la de tomarme algo con vosotras. Un *whisky* doble.

—¿Tú? No, no, esos están reservados para mí. A ti ni se te ocurra —me advirtió mi abuela.

—Por favor, que no tengo diez años…

—No, lo que tienes es una decepción, ¿qué ha pasado?

—Que no ha querido cenar conmigo ni tampoco dormir. Y que está más raro que un perro verde desde que se marchó a Londres. Todo lo achaca a la alergia, pero si no estaba congestionado ni nada… Para mí que es un camelo.

—Te voy a decir una cosa, Chanel… Yo tengo buen ojo para los hombres y ese chico te quiere. Dylan no es de esos.

—Pues algo le pasa, abuela. No te voy a llevar la contraria, pero algo le pasa. Lo noto muy extraño.

—Hija, los hombres son así: muy complicados. No te preocupes por eso.

—Claro, no como nosotras, que somos la mar de sencillas, ¿no, Julia?

—Sí, sí, sobre todo yo…

Me quedé un buen rato con ellas en la cocina porque me cargaban las pilas. Después me fui a la cama con la esperanza de que Dylan me enviase un mensaje de buenas noches, pero no lo recibí.

Di un buen montón de vueltas en la cama, no era propio de él. Conmigo solía mostrarse muy atento y detallista. Y no… Ese día no lo estaba siendo.

Cuando me levanté, lo hice con él en la cabeza. Sabía, porque me lo comentó cuando llegó, que ese día almorzaría en su casa, que tenía cosas que hacer en ella. Así que no dudé en presentarme allí.

Le pillé totalmente de sorpresa, pues nos habíamos hablado por mensaje esa mañana y nada le dije.

No lo voy a negar… Yo no quería comer; más bien lo que quería era comérmelo a él.

—Pero bueno, Chanel, si no te esperaba…

—Esa es la gracia del asunto —le comenté mientras me abalanzaba sobre él.

—Chanel, es que yo…

—¿Qué te pasa, Dylan? ¿No tienes ganas? ¿Te molesto? ¿Me voy?

—No digas eso, por favor, tú no me molestas nunca.

—Pues me alegra saberlo… Venga, ¡al lío!

—No, de verdad… Así no, ven…

Resultó que estábamos en el salón y entonces me llevó a su dormitorio. Lo curioso fue que apagó las luces antes de comenzar a desnudarme.

—Has puesto esto como la boca de un lobo —le decía entre risas.

—También tiene su morbo, no me digas que no…

—No te lo niego. Aunque verte ese cuerpazo tiene todavía más, las cosas como son…

Me daba igual. Al menos lo estaba catando. Él me acariciaba al completo, amasaba mis nalgas, comenzaba a lamer mis pechos… Mis manos también trataban de acariciar su torso, acariciándolo con lujuria. Y entonces me las aprisionó y me puso de espaldas a él. Dylan estaba duro, muy duro… Y a mí me ponía muchísimo, me ponía cantidad que me pegase así a él.

Comenzó a tocarme de un modo más íntimo, sus dedos se resbalaban hacia mi interior debido a esa lubricación que emanaba mi vagina, la cual

estaba deseando que su miembro hiciera una incursión en ella. Siguió y siguió hasta que me desparramé de placer para él.

Pretendía, de pie como estábamos, penetrarme, pero no resistí la tentación de tumbarlo bocarriba en la cama… Con mucho ímpetu, me di la vuelta y lo empujé. Dylan cayó sobre el colchón y me coloqué a horcajadas encima de él. Entonces me penetró y le acaricié…

—¿Qué tienes aquí? —le pregunté, encendiendo la lámpara de la mesilla de noche.

Palideció cuando se lo pregunté. Y yo al verlos. Se trataba de unos contundentes arañazos, bastante profundos.

—Eso… Verás…

Se mostró dubitativo. Era normal que lo hiciera, porque los arañazos me resultaron muy sospechosos.

—¿Perdona? Tú no querías que los viera…

—Me herí antes de mi partida a Londres y cierto que incluso tuve que pasar por el centro de salud. Pensé que te preocuparías.

—¿Te heriste? ¿Cómo?

—Tuve que pasar a casa de mi vecina Aitana, que me pidió que le echase una mano con uno de sus gatos, sabes quién es. Alguna vez te he hablado de ella.

—Sí, tu vecina de abajo, a la que le encantan.

—La misma… Pues uno de ellos estaba enfermo y no quería meterse en el transportín y, cuando le eché mano, pues en fin… Ya has visto el resultado.

—Sí, sí, que más que un gato parece que te ha pillado un león. Oye, no habrá sido una leona, ¿no?

—Chanel, por favor…

—No, es que has estado un poco misterioso, la verdad, ¿tiene algo que ver con esto?

—No, esto fue un contratiempo antes del vuelo. No tiene importancia.

—Vale, vale, eso es lo que quiero yo, que nada la tenga entre nosotros.

No voy a negar que me quedé con la mosca detrás de la oreja. Vale que el incidente pudo suceder tal como me lo relató, pero en ese caso, ¿por qué no me contó nada?

En fin, que continuamos haciéndolo, pero en cuanto me fui de su casa, no dudé en hacer una videollamada con las chicas.

—Ahora vas y te rayas por esto también, no seas tonta —me comentó Blanca—. Fíjate en mí… Eso, fíjate. La que le monté a mi pobre Mauro y sin preguntar y sin nada.

—Eso, fíjate en el pollo que montó la loca esta… Y todo se pega, así que tú cuidadito.

—Zoe, que loca no estoy…

—Solo un poco trastornada.

—Chicas, que ya empezamos a desviarnos, ¿así que no hay motivo para que me alarme?

—A ver, en principio yo creo que no. No bajes la guardia y ya está.

—Candela, tú siempre eres la equilibrada. Será lo que intente.

—Así que tú y yo somos dos desequilibradas, Blanca. Según ella, claro.

—Zoe, no metas mierda, haz el favor.

Si no fuera por mis amigas, mi vida no tendría el mismo sentido. Ellas participaban de todo lo que me pasaba, y eso me daba mucha seguridad.

—Y tú, Candela, ¿no tienes a nadie a la vista?

—Ni ganas. Yo he salido escaldada. Ahora quiero vivir la vida loca una temporadita, igual que mi hermano Nico, que está desmadrado, irreconocible.

—¿Y de la bruja qué sabes? —le pregunté, porque ya estaba más tranquila en la parte que me tocaba a mí y me intrigaba ese asunto.

—Pues que dicen que se larga de la ciudad. Se vio desenmascarada ante todo su entorno y supongo que, hasta ella que no tiene escrúpulos, se siente más presionada que una olla exprés.

Soy del pensamiento de que quien la hace la paga. Y eso le había ocurrido a Bárbara.

Ya tenía la mente en ese viaje a Bali que compartiría con él y de manera casi inminente. Dylan se había ocupado de todo. Si en los últimos días se había mostrado menos cercano, allí recuperaríamos la sintonía. Al fin y al cabo, su nivel de estrés era tremendo debido a esa trayectoria profesional que le estaba llevando a convertirse en otro de los mejores arquitectos del país.

No solo me gustaba muchísimo, sino que lo admiraba. Y hay que reconocer que eso es muy importante en una pareja. Ya soñaba con esos días de desconexión en aquel exótico lugar del mundo… Unos días en los que nos reencontraríamos y en los que los buenos momentos se contarían por miles. Unos días únicos e irrepetibles que viviríamos a tope.

Capítulo 32

Estaba con Teresa y con la abuela en la cocina. En nada comenzaba el rodaje de su nueva película y se encontraba pletórica.

La abuela no podía estar de mejor humor, parloteando. Tenía el móvil en la mano y de pronto la risa se le cortó.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada, nada, hija.

Sin embargo, noté enseguida que no era así, que algo sí que le pasaba. Lo mismo que Teresa.

—Julia, ¿estás bien? ¿Quieres que salgamos un poco al jardín a tomar algo?

—Vale, eso sí, que me siento un tanto mareada.

La abuela, ante todo, era actriz. Pero no había nada de fingido en aquella situación en la que parecía encontrarse fatal.

La sacamos, tomándola cada una de un brazo, y entonces el teléfono se le cayó de las manos.

Al recogerlo, vi la noticia que la había puesto así: se trataba de la muerte de un actor de Hollywood, Jeremy Evans, un hombre mayor que ella.

Un escalofrío me recorrió entonces el cuerpo. De no haber pasado eso, quizás no habría reparado, pero al hacerlo, llegué a la conclusión de que existía un cierto parecido físico entre ese hombre y mi padre.

La abuela me lo leyó en los ojos cuando le devolví el teléfono.

—Sí, cariño, es él. Jeremy es tu abuelo —me comentó sin dilación.

Nunca había dado un dato del hombre que la embarazó. Teresa me miró estupefacta y le devolví la mirada.

—¿Este hombre es mi abuelo?

—Por desgracia, ya no lo es. Lo era. Hace tantos, tantos años que no sé de él…

Percibí pena en el tono de su voz. Ella, que siempre fue un chorrito de alegría, se había transformado de momento en un alma acongojada que me acababa de hacer una tremenda revelación, pues, quién era mi abuelo fue siempre la mayor incógnita de mi vida.

Teresa le trajo algo fresquito para beber y ella comenzó con su relato.

—No es cierto que se tratase de quien me puso la semilla, por supuesto que no. Jeremy fue el amor de mi vida. Cuando nos conocimos, rodando una película, nos volvimos locos el uno con el otro. Lo malo era que, mientras que yo estaba libre, él estaba atrapado en un matrimonio que no le hacía feliz.

»Su mujer, Anabella, le hacía la vida imposible, chantajeándolo. Eran otros tiempos, las madres se quedaban con la custodia de sus hijos sí o sí en caso de separación, y ella le juraba que se quedaría con ellos y los pondría en su contra si se venía conmigo.

—Qué triste, abuela. Nunca lo habría sospechado.

—Pues sí. Jeremy solía decir que ojalá hubiera sido padre conmigo, que eso le habría hecho inmensamente feliz. Él adoraba a sus hijos, los quería con toda su alma y no hubiera resistido perderlos. El día que supe que estaba embarazada, entendí que tenía que separarme de él.

»Si se enteraba en ese momento, su corazón quedaría dividido. ¿Perder a sus hijos mayores y quedarse con el pequeño? Tampoco habría sido feliz. Al menos a ese último no lo conocería.

—Abuela, me estás haciendo llorar…

—Y a mí también, Julia. —Teresa se mostraba igual de emocionada.

—Es que le quise mucho, muchísimo… No sabéis cuánto.

—¿Y él nunca supo de ese hijo, abuela?

—No. Cuando llegué a España de nuevo, me las ingenié para que pareciese que comenzaba una relación, por si él alguna vez sospechaba algo. En cuanto a tu padre, los medios solo supieron que yo tenía un hijo.

Nunca permití que se le fotografiase. Jeremy, si me siguió, jamás debió sospechar nada. Lo hice por él, en el fondo lo hice por él…

—¿Y por qué no le buscaste de mayor?

—Porque mi corazón se congeló por el camino, Chanel. Fue tanto el amor que sentí por él que ya con nadie volvió a ser igual. Por eso perdí el interés en el amor.

—Pero abuela, tú eres una mujer con mucho para dar…

—Uf, él sí que daba, chicas, cómo me daba…

Bromeaba entre la risa y el llanto. Estaba conmocionada. Su muerte le había afectado bastante. Siempre la consideré una guerrera, una verdadera campeona, pero aquel día me lo pareció mucho más porque la batalla la estaba librando por dentro.

—Así que te daba candela, Julia…

—Sí, Teresa. Menudo empotrador era. No encontré luego otro igual, nunca. Con él me sentía *«como una potra salvaje…»*

Como tenía arte, porque lo tenía a más no poder, comenzó a cantar la conocida canción. Y yo me puse a bailarla junto con Teresa. Ella se nos unió. Hasta en un momento así de amargo sacó arrojo. Por eso era como una heroína para mí.

Cuando mi padre llegó, nos encontró así bailando. Pensé que íbamos a vivir un momento familiar muy intenso, cuando ella le contase, pero no fue así. Tan solo le dio un beso en la mejilla y siguió como si nada. Él fue a cambiarse de ropa.

—Abuela, ¿no se lo vas a contar?

—Cariño, ¿y para qué? Él ha vivido toda la vida sin su padre. No lo ha echado de menos, pero tampoco ha gozado de nada de lo bueno que le hubiese reportado tenerlo. ¿Y ahora debe sufrir por su pérdida? Pues no lo considero justo, la verdad.

Sus palabras eran bastante sabias, tenía toda la razón. Con sus muchas peculiaridades, porque las tenía, siempre fue un referente para mí y lo seguiría siendo. La amaba con todo mi corazón y más al saber que no fue tan feliz como yo creí y, sin embargo, siempre supo aparentarlo.

El tío Roberto llegó al poco para almorzar. Ya solo faltaba Dylan, a quien habíamos invitado también. Me encantaba que compartiera todos esos momentos con mi familia, así que subí a ponerme mona.

Estaba en ello cuando me llegó un mensaje en el que me decía que le sería imposible acudir, que estaba hasta arriba de trabajo y que el día se le había complicado mucho.

Se trataba de la primera vez que me dejaba así, a última hora, con la cara partida. Que sí, que puedo parecer una dramas, pero que no se trataba de una sola cosa ya, sino de un cúmulo de ellas, las cuales me hicieron venirme un poco abajo.

Durante el almuerzo yo miraba a la abuela, quien aguantaba el tipo. Y el tío Roberto me miraba a mí. Era más observador que mi padre, quien, queriéndome con locura, a veces parecía estar más en su mundo.

—*My darling*, ¿algún problema?

—No, que estaba esperando a Dylan para almorzar y parece ser que no va a poder venir. Solo eso.

—¿Y de ahí esa carita de pena? No es propia de ti.

—Lo sé, lo sé, tío Roberto. No tiene ninguna importancia. Fíjate a quién se lo voy a decir… Con la de años que has esperado para estar así con papá.

—Y más que hubiera esperado. Cuando las cosas merecen la pena, se nota. ¿A ti qué te dice tu corazón? ¿Ese chico apuesta por ti?

—Yo creo que sí, pero hay algo por medio… No sé cómo explicarlo. Estos días está siendo todo muy raro. Pero rarísimo, vaya.

No quise entrar en detalles. Me callé lo de los arañazos, pero ese runrún sí que lo tenía en la cabeza, ¿y si no había sido un gato? ¿Y si había sido un ligue que le saliera en Londres? ¿Y si no se trataba del hombre que yo creía?

Por suerte, al final de la tarde, cuando no lo esperaba, vino a por mí. Lo de vernos lo habíamos dejado en el aire. No quise insistir por si estaba atareado o no le apetecía, no obstante lo hizo. Y eso me encendió la sonrisa por completo.

Me subí con él en su coche y pusimos rumbo a mi restaurante preferido. Había reservado para cenar y estaba muy cariñoso. Mientras nos servían los platos, me cogía la mano y me dedicaba miradas muy intensas.

Dicen que una imagen vale más que mil palabras. Y una mirada también. La de Dylan desprendía confianza mientras yo le contaba cómo me había ido el día. Lo adorné un poco porque la impactante noticia que recibí no se la podía contar a él. Esa quedaría para siempre entre nosotras tres.

Tras la cena, me apetecía ir a bailar. Esa, otra de mis grandes pasiones, me estaba sirviendo mucho en aquel tiempo en el que mi vida se alborotó tanto. A falta de tener que ir a trabajar, asistía a varias clases de baile diarias. Si cualquier modalidad me gustaba, la que más era sin duda la de bailar pegadita a él.

Comenzó a sonar esa canción tan sensual de *«Amo cuando tu silueta forma parte del mismo sol que ella me tapa…»*

La bailamos pegados, muy pegados… Sus labios sobre los míos y mi alma que prendía. Necesitaba sentirme así, muy cercana a él. Estaba llegando a la conclusión de que lo amaba, de que se había ganado por derecho propio ese lugar en mi corazón. Por eso me sentí tan descolocada en los últimos días.

No podía imaginarme ya sin él. Acababa de darle un giro radical a mi vida. Enderezarla pasaba porque lo nuestro saliera bien. Y así sería… Leí en sus ojos que era lo que deseaba.

Después de esa canción sonaron otras que también bailamos. El brillo de sus ojos me decía que estaba encantando conmigo y, sin embargo, imposible negarme a mí que en la trastienda de estos, de sus bellísimos ojos, notaba como un halo de preocupación.

Bailábamos apasionados cuando se dio la casualidad de que llegó Blanca con Mauro. Mi amiga me guiñó el ojo de lejos. Ellos ya se sentían tan cómplices como siempre. Formaban una parejita para envidiar.

Estuvieron bailando junto a nosotros y luego nos sentamos con ellos. Hablaban de sus planes de boda y los escuchaba embelesada. Habían decidido celebrar una superoriginal. Aluciné cuando me lo contaron…

—Es que yo soy así, una romántica empedernida, Chanel, ya lo sabes… Así que una boda de temática medieval en la que vaya rollo princesa y con mi príncipe azul llegando en su caballo blanco…

Los chicos se reían, pero no lo decía en broma. Esa era su decisión y a Mauro le pareció excelente, así que todos iríamos vestidos en consonancia.

Me daba igual cómo se casara Blanquita. Lo único que me importaba era que se trataba de la primera de nosotras en dar el paso. Y yo soñaba en silencio con ser la siguiente.

—Vaya escándalo de tío, anda que no tiene ninguna a su alrededor. —Rio viendo cómo un chaval bailaba en medio de una rueda de chicas que se lo comían.

—¿No es Nico? —le pregunté al fijarme.

—Es Nico, efectivamente… Se está poniendo las botas —comentó Dylan.

—Más bien diría yo que se va a bajar el bóxer esta noche. Y con más de una… Menudo portento está hecho —añadió Blanca, totalmente asombrada.

Nico estaba viviendo un momento muy loco tras su ruptura con Bárbara. Él, que siempre había sido muy de vivir la vida, se vio con la soga al cuello con esa bruja que no lo dejaba respirar. Y de pronto se había liberado. Y todos nosotros nos alegrábamos un montón.

Echamos un ratito muy bueno los cuatro. Verlo tan integrado con mi entorno me generaba mucha alegría. A la hora de marcharnos, no quise presionar, aunque fue él quien tiró directamente para su ático. Su atractiva sonrisa de medio lado es que me la comía en esos momentos en los que actuaba así.

Capítulo 33

Ya lo habíamos hecho en su cama, y un par de veces, cuando nos echamos a dormir.

Por mucho que hubiésemos disfrutado de la noche, lo seguía notando inquieto. Y ese fue el motivo de que se moviera tanto aquella noche en la que lo escuché balbucear de pronto.

Aún no me había dormido y puse el oído. Lo que repetía como si fuese un mantra me descolocó por completo. *«Que no, lo siento, pero no quiero estar contigo. No sé cómo decírtelo…»*

Me quedé helada. Lo que se dice entre sueños suele ser lo que uno tiene en la cabeza. Y por lo visto él tenía algo a lo que le estaba dando muchísimas vueltas.

¿A qué se refería? Comencé a comerme el coco, una barbaridad. Pues se me estaba ocurriendo que se debatiera entre dejarme o no. En algunos momentos me parecía que estábamos genial y en otros me entraban los siete males y todas las preocupaciones al mismo tiempo.

El sueño se me espantó por completo. Lo nuestro había ido muy rápido. Él se coronó solito con el título de «mi novio» en un momento que salió en mi defensa en público y cabía la posibilidad de que pensase que se había precipitado.

Si era así, ¿por qué ir a buscarme aquella tarde? Pues igual, porque sentía remordimientos por dejarme plantada a la hora del almuerzo. Qué podía saber yo…

Me levanté sin hacer ruido. La boca se me había secado y necesitaba agua. Al volver a la cama, noté que tenía el móvil bocabajo, pero vi el reflejo de su pantalla contra el cristal de la mesilla de noche.

No está bien, no me hace falta que nadie me lo diga. Espiar el teléfono de los demás no es una práctica sana, pero cuando estás tan mosqueado como yo lo estaba, se hacen cosas que nunca te hubieses planteado hacer. Además, que yo ya venía de vivir lo mío… Lo mío y lo de mi prima.

Al darle la vuelta al móvil, vi la notificación de un mensaje de una tal Diana que le escribía en inglés. *«Después de lo bien que nos lo hemos pasado estos días y ahora…»*

Hasta ahí, ya no se leía más. Y no conocía su PIN para desbloquearlo, porque juro que de otra manera lo hubiese hecho para obtener más información aún.

No esperé nada más. Comencé a vestirme mientras lloraba como una loca. Lógicamente, hice ruido y él se despertó.

—¿Qué te pasa, Chanel? —me preguntó incrédulo al ver mi actitud.

—¿Qué me pasa? Me pasa que eres otro hijo de puta como Aless, eso es lo que me pasa.

Prometo que no fue intencionado. Si lancé el móvil y le di con él de canto en toda la frente, fue el fruto de la impresionante ira que sentí.

Con todo y con eso, corrió detrás de mí.

—Chanel, por favor…

—Ni por favor, ni nada. Si me sigues, llamo ahora mismo a la policía y duermes entre rejas, advertido quedas —le aseguré.

Llegué a mi casa y ya todos dormían. No pegué un ojo en toda la noche, y por la mañana les conté a la abuela y a Teresa.

Ellas, que siempre le defendían, se quedaron asombradísimas.

—Abuela, al final acertaste tú con eso de quedarte sola —le decía entre lágrimas—. Y tú también, Teresa.

—No, hija, a mí es que se rompió el corazón…

—Y yo… Bueno, vamos a dejarlo —me comentó Teresa.

—Son todos unos cabrones. Lo siento por papá y por el tío Roberto. Igual es que solo es algo que ocurre entre los heteros, que ni uno merece la pena.

—No creo que sea eso, Chanel.

—Pues tú me contarás, abuela. Vaya plan, no encuentro uno que valga la pena. Y encima el teléfono no suena. El muy cobarde no se atreve a llamarme, no da la cara.

—Es que, si las cosas son así, no tiene nada que decirte, Chanel.

—Ni que lo intente, abuela.

—Pues entonces, hija, lo mejor que puedes hacer es dejarlo estar.

Quedé para almorzar con las chicas, pues así no podía seguir.

—Una epidemia, una jodida epidemia, es esto. Como me gaféis la boda… ¿Creéis que esto se pega?

—Blanca, yo sí que te voy a pegar a ti como no dejes de decir tonterías.

—Siempre tan comprensiva, Zoe.

—Chicas, chicas, por eso estaba tan rato… Y los arañazos se los hizo la tal Diana. Si yo lo pillo ahora mismo, lo dejo peor.

—Y eso que la tía debía ser una fiera. Yo nunca he arañado a Mauro.

—Pues yo a mis bomberos sí, de ese modo marco territorio.

—¿Es que quieres algo con ellos? —le preguntó Candela.

—Marcar territorio, ya te lo he dicho, niña.

—Bueno, bueno, volvamos a lo mío, ¿qué hago yo ahora con mi vida?

—Pues tirarte a todo lo que se menee y olvidarte de cuentos románticos, bonita.

—Ni caso a Zoe, existen hombres que merecen la pena. Mirad a Mauro, desde que le armé la de San Quintín, todavía está mejor conmigo.

—A ese lo tienes comiendo de la palma de tu mano, sí. Pero porque es un ejemplar digno de portada de revista, el último ejemplar de una especie que se extingue sí o sí.

—Se le ha ido de las manos, es lo que pienso. Al tío le gustas, hizo una declaración en plan macho pasional delante de todos y quedó de puta madre ese día. Pero luego no la mantuvo porque, como tú decías, quiere ir picando de una en otra. Cuanto antes te hayas enterado, mucho mejor, así sufres menos.

—Ay, chicas, no sé qué haría sin vosotras, pero es que me siento tan perdida ahora mismo, pero tanto y tanto…

Me eché a llorar. Me había enamorado de Dylan en muy poco tiempo.

—¿Qué dices de perdida? Nosotras no te vamos a soltar de la mano. Y Zoe tiene toda la razón en que la soltería es lo mejor del mundo. ¿Y si quedamos esta noche para emborracharnos?

—Por mí, sí, necesito beberme hasta el agua de los floreros y olvidar… Lo que necesito más que nada es olvidar, chicas.

—Pues no te olvides de que te queremos, porque te queremos muchísimo, cariño —me dijo Blanca.

—Y yo a vosotras, mis petardas. Cada una es como es, que no nos parecemos ni en el blanco de los ojos… Pero os quiero mucho, muchísimo.

Quedamos en eso. Era viernes y saldríamos de marcha. No me iba a quedar a llorarle metida en la cama. Bastante daño me había hecho ya.

No esperaba, para nada, ver su coche en el jardín de casa cuando llegué. Ese miserable se había atrevido a poner los pies allí cuando le prohibí expresamente que me hablase. Si eso me disgustó, mucho más lo hizo encontrarlo charlando animadamente con mi padre y con el tío Roberto.

—¿Es que os habéis vuelto locos? Pero vosotros, ¿de qué parte estáis? —les pregunté indignadísima. Y a él… A él es que lo fulminé con la mirada.

—Chanel, hija, sabemos lo mal que te sientes, pero tienes que escuchar a Dylan. Las cosas no son lo que parecen.

—¿Eso te ha dicho, papá? Joder, qué original ha sido el tío.

—Chanel, estoy aquí, no me ignores.

—Sí, ya te veo. Y con un buen chichón en la frente, ¿quieres otro?

—No, por favor… Escúchame.

—A mí no me vas a convencer, sé muy bien lo que vi con mis propios ojitos. Y no solo eso, sino que te escuché. Te escuché decir entre sueños que lo nuestro tenía que terminar. Normal, porque te fuiste a Londres a tirarte a otra con la que por lo visto te lo pasaste de miedo.

—Tú lo has dicho, me lo pasé de miedo.

—Papá, ¿lo has oído? Nunca te he preguntado al respecto, pero ¿tienes un arma en casa? Hay cosas que solo se arreglan a tiros…

—Hija, escúchalo, te va a sorprender.

—Por cuentista, seguro.

—No, Chanel. Diana existe, por supuesto, que existe. Y sí, he estado con ella en Londres.

—Por fin sale una verdad de tu boca, so cabrón.

Se lo estampé así. A mi padre y al tío Roberto se les abrieron mucho los ojos, de par en par. Nunca me habían oído hablarle así a nadie. Y menos a él, que era su socio.

—Diana tiene un problema, Chanel.

—No me extraña. Toda la que se acerque a ti lo tiene, incluida yo. Aunque me lo he quitado de un plumazo.

—Chanel, Diana fue mi novia hasta hace bien poco… No es lo que crees.

—*My darling*, escúchalo, no te arrepentirás—me pidió el tío Roberto.

Inspiré profundamente. Nada me apetecía menos, pero si ellos lo decían, sería cuestión de hacerles caso.

—Diana me denunció en su momento, falsamente, por malos tratos psíquicos y si he ido a Londres ha sido porque tenía pendiente la celebración del juicio. Estuve viviendo con ella allí una temporada, hasta que me di cuenta de que se había obsesionado conmigo. Traté de zanjar la relación, pero me fue totalmente imposible.

—¿Y entonces?

—Entonces el otro día traté de hablar con ella antes de entrar en sala. Un último intento para que entrase en razón. Nos tomamos un café mientras le explicaba que debía seguir su vida sin mí, que nunca pretendí dañarla, pero fue un total error. Comenzó a desvariar, a decir que si estaba allí con ella era porque la amaba como ella a mí, que nos lo estábamos pasando muy bien.

—¿De verdad?

—Tengo toda la documentación que acredita el problema, incluida la citación a juicio, Chanel.

—¿Y te arañó?

—Sí, en eso tuve que mentirte. Ahora no puedo hacerlo. Diana es una loca y no quería que te asustaras, que huyeras de mí por ese motivo, ya que me importas demasiado.

—Y por eso tenías la cabeza tarumba.

—Imagina los días que he pasado en Londres.

—Ya, con la alergia —le dije con retintín.

—Ahora ya sabes la verdad. Por suerte, el juicio salió bien. No es la primera vez que denuncia falsamente a un hombre y eso jugó en su contra.

—Qué miedo de mujer.

—No tengas miedo, ha recibido un buen tirón de orejas y, además, vivimos en países distintos. Nunca llegará a ti.

—Y que se atreva… A ti te ha vuelto loco, que hasta hablabas en sueños. Decías que se tenía que terminar y creía que te referías a nuestra relación.

—Claro, sin ir a Bali y sin nada, ¿tú eres boba, *my darling?* —me preguntó el tío Roberto.

—A Bali, ¿nos vamos a Bali? —le pregunté con lágrimas en los ojos a Dylan.

—Contigo me voy al fin del mundo. Si estaba enfermo por zanjar ese tema con ella, es porque quiero comenzar algo increíble contigo.

El tío Roberto abrazó a mi padre mientras él me besaba. Me aferré a sus brazos, viendo en sus ojos el dolor que había pasado.

En ese momento entró mi abuela en el salón, que venía de la calle, y se llevó la mano al pecho.

—¿Esto qué viene a ser? ¿El triunfo del amor?

—Ay, abuela, que tengo mucho que contarte.

—Y bueno, por lo que parece es bueno. Y a ti, chaval, no sé en qué habrás estado metido, pero que sepas que es la última vez que haces sufrir a mi nieta, ¿me oyes?

—Te lo prometo, Julia.

—Pues entonces, vamos a celebrar, que hay mucho por lo que hacerlo.

—Es verdad, abuela, no veas si estoy contenta.

—Y no lo digo solo por eso, mona, no quieras eclipsarme que resulta que me han propuesto para un importante premio cinematográfico.

—¿Otra vez, abuela? Pero si tienes más trofeos que años.

—Naturalmente, porque años tengo muy poquitos. Creo que tengo hasta menos que tú, fíjate.

Teresa se nos unió a la celebración en el jardín. Una vez más, se produjo un malentendido, como en el caso de Blanca y Mauro. Y una vez más, descubrí que la vida puede tener muchas caras, pero que a mí me estaba

mostrando una amable, una carita contenta que esperaba poder seguir exhibiendo durante mucho tiempo.

Capítulo 34

Ya estábamos en Bali. Lo prometido es deuda y Dylan cumplió su promesa. Nada podía hacerme más ilusión que aquel viaje a la llamada Isla de los Dioses, un verdadero paraíso en la tierra en el que aterricé en la mejor de las compañías.

No llevábamos mucho tiempo juntos, pero había sido intenso. Nuestra relación había sufrido un bache inicial debido a ese pasado de Dylan del que no quiso hablarme hasta que hacerlo se convirtió en una obligación y no en una opción.

Diana formaba parte de un pasado que le hizo imposible y él, que era muy protector, quiso mantenerme al margen de una historia que, por otra parte, también pensó que pudiera echarme para atrás.

Nunca habría sido así y desde aquel momento, decidimos que no habría más secretos entre nosotros. Me sorprendió que hubiera elegido un alojamiento de absoluto lujo, una impresionante mansión que garantizaba la total privacidad. Este lugar no solo era espacioso y elegante, sino que también contaba con una cocinera que se encargaba de preparar toda clase de platos locales.

Se dirigió hacia la cocina y vino provisto con una bandeja repleta de exquisiteces locales. Estábamos disfrutando de los paisajes, de las gentes y también de la gastronomía balinesa.

Estaba allí, tumbada en la cama, cuando recibí una videollamada de las chicas. Para mí era cerca del mediodía, ya que nos habíamos despertado

tardísimo. Sin embargo, para ellas era primera hora.

Las noté nerviosas, muy nerviosas, nada más verlas, con una de esas sonrisillas que te indican que algo está pasando.

—Qué bien vives —me dijo Candela.

—Mira quién fue a hablar, la que se recorre el mundo cada dos por tres. ¿Qué os pasa? ¿No podéis vivir sin mí? Ya, que queréis saber cómo me va. Chicas, si es que no os puedo contar nada, ¡esto es la bomba!

—No, la bomba te la vamos a soltar nosotras. Concretamente, Blanca.

—Zoe, no lo digas así, que una bomba tampoco es —resopló ella.

—No, qué va… Si no digo nada más es por no hacerle *spoiler* a nuestra Chanel, que si no…

—Blanca, suelta lo que sea, que el corazón me va a mil, cariño.

—Bueno, pues, allá va: ¡voy a ser mamá! —exclamó de lo más emocionada.

—Y de dos, nada menos que de dos. —Se partía de la risa Zoe.

—Esperad, esperad, ¿os estáis quedando conmigo?

—Eso quisiera yo, quedarme contigo en Bali. En la maleta me tenías que haber llevado.

—No le hagas caso, que esta le ha cogido gusto a los tríos, y es muy peligrosa —intervino Candela.

—Chicas, os recuerdo que esto ahora va de mí —nos aclaró Blanca.

—Blanquita, cariño, es que estoy alucinando mucho, ¿cómo ha podido pasar?

—Pues con una cogorza como un piano, la verdad… Fue una noche que…

—Tampoco hace falta que me des todos los detalles.

—Pues entonces no preguntes.

—¿Y cómo sabes que son dos?

—Porque me sentí indispuesta ayer y fui al hospital. Y allí me comentaron que el mal que me aquejaba tenía nombre de crío. Y que no venía solo; que eran dos.

—Te prometo que no puedo estar alucinando más, te prometo que no. Pero esa noticia es increíble…

—Pero increíble. Es que creo que no me lo voy a creer en todos los meses que me queden de embarazo.

—Sí, sí, ya te lo creerás. Cuando esos dos se líen a patadas contigo dentro de la barriga, te lo creerás, ya lo verás. —Rio Zoe.

—Mira que eres mala. Pues, ¿sabes lo que te digo? Que cuando nazcan, les diré que se líen a patadas con su tía Zoe.

—Sí, hombre. A esos dos te los tendré a raya, que tú eres muy blandita.

—¿Blandita yo?

—Sí, sí, Blanquita la blandita.

—Mira, ¿ves este cuerpo? Pues dentro de él se está celebrando un festival de hormonas, que lo tengas muy claro. Y hay rifas en él. Concretamente, se está rifando una bofetada y…

Charlaban entre ellas cuando llegó Dylan con la bandeja. Tampoco esperaba la noticia y las encontró a todas cacareando.

—Yo ya estoy deseando malcriarlos, Blanca. Dales muchos besitos a esos dos pillines y también a su flamante papá, que no te he preguntado cómo está.

—Abrumado, cómo va a estar. A mí me viene una noticia de esas, y doble, y me tienen que poner en tratamiento, me desquicio por completo.

—Eso no es difícil, Zoe, tú desquiciada, ya estás.

—Te vas a librar, porque ahora, en tu estado, no te puedo sacudir.

—Pues me aprovecharé.

—Y yo aprovecharé para dártelas todas en el mismo lado cuando nazcan.

Dylan se reía un montón con ellas. Las despedimos después de que felicitar a Blanca.

—Así que hay epidemia de críos. Primero, ese sobrino tuyo que viene de camino y que nacerá en Japón, nada más y nada menos, y ahora estos dos granujillas. ¿Quién nos lo iba a decir? Blanca va a ser mamá. Es que no me cabe en la cabeza.

—Pues bien contenta que se la veía.

—Es que no te imaginas lo niñeros que son los dos, tanto Mauro como ella. Nunca dudé que irían pronto a por un crío, pero cuando se casasen, no antes.

—Simplemente, han corrido un poco. ¿Tú también quieres correr(te)? —me soltó en el más lujurioso de los tontos.

—Sí, quiero —le solté en otro tono que, en ese caso, era ceremonioso.

Ya estaba el lío montado. No había momento en el día que no aprovechásemos para pasárnoslo fenomenal juntos. Saltaban chispas, entre mi arquitecto y yo.

En Bali todo estaba siendo relax sobre doradas arenas y cristalinas aguas. También disfrutábamos mucho de la piscina infinita de la mansión en la que estábamos alojados y que contaba con salida directa a una playa de belleza realmente sobrecogedora. Pese a ello, uno de los días quisimos hacer algo especial.

Nos decantamos por realizar una excursión al monte Batur. La idea era alcanzar la cima de un volcán activo, una experiencia que nunca habíamos vivido y que optamos por hacer sin guía porque nos apetecía vivirla a nuestro aire.

Salimos muy temprano, aún de noche. Una vez que me llamó para que nos levantásemos, dejé de pensar que fuese tan buena idea.

—Si es imposible que a esta hora vayamos a ver nada —le decía con los ojos cerrados.

—Sobre todo si no abres los ojos. No te hagas más la remolona y levántate, que al final te encantará —me decía él.

Tenía toda la razón. Aunque me costó la misma vida ponerme en marcha, tuvimos ocasión de disfrutar del amanecer desde lo alto del volcán.

No fue el típico momento en el que te paras para hacer una foto. Ni siquiera nos tomamos ninguna en aquel lugar. Fue el ideal para disfrutar en pareja de un momento único e irrepetible.

—Si pudiera pedir un deseo, ese sería que se parase el tiempo —le confesé.

—Y si yo pudiera pedir otro, ese sería que no te cambie nunca la sonrisa —me contestó.

Esa sonrisa me la sacaba él. Y no fue la única, ya que se podían contar por miles las que me sacó en aquellos días en los que hicimos de nuestra estancia allí una colección de momentos memorables.

Regresamos de Bali con la maleta repleta de recuerdos imperdibles y con la ilusión puesta en la entrega de premios para los que la abuela estaba nominada.

Esa tarde, la encontré más nerviosa que nunca. Estaba un tanto sensible desde que me hizo la confesión sobre mi abuelo. En realidad, también se la hizo a Teresa porque era su amiga, además de empleada en nuestra casa. Por cierto, que ese día se puso muy guapa.

—Me vas a hacer sombra, Teresa —le comentó mi abuela.

—¿A ti? Julia, a ti no ha nacido quien te haga sombra. No puedes ni imaginarte lo orgullosa que me siento de ti.

—Mucho cuidadito con lo que decís que no quiero que se me corra el rímel. Es lo único que no puedo permitirme que se me corra.

—Mamá, por favor, comentarios así, no. Conmigo delante, no.

—¿Y tú de dónde sales? Hijo, qué oportuno eres. Te voy a tener que poner un cascabel para que suenes.

—Oportuno y guapo, guapo a rabiar, ¿es o no es, Julia?

—Ay, mi yerno, lo enamorado que está… Pues claro que está guapo, ¿cómo no lo va a estar si lo hice yo? Este ha salido de mí, de ahí que sea una preciosidad con esmoquin.

—Mamá, tú sí que estás preciosa.

—Lo sé, hijo, lo sé.

Lo estaba. Bellísima con un elegante vestido largo en rosa pastel, mi abuela estaba hecha un flan. Acumuló muchos premios a lo largo de su vida, pero cada uno de ellos le suponía algo muy especial. Ella decía que los premios eran como los hijos, que todos hacen ilusión, aunque sean muy distintos.

Para distinta aquella mujer que le había dado la vida a mi padre y que era una estrella en todos los sentidos. Una estrella rutilante que, como no podía ser de otra manera, brillaba con luz propia.

Cuando salimos al jardín con la intención de coger el coche, nos encontramos con la sorpresa de que nos esperaba una limusina rosa pastel, del mismo color que su vestido.

—Abuela, eres muy grande —le dije cogiéndola del brazo.

—Y tú también, cariño. Me alegra mucho que tengas a tu lado a un hombre que sepa apreciarlo y que no te haga pequeña. Nunca dejes que nadie te lo haga.

—Nunca, abuela.

Por el camino, iba repasando mentalmente un discurso que ella misma se había escrito y que llevaba en papel. No hacía falta que nos dijese que estaba segura de que el premio se lo iban a dar. Yo la escuchaba, al igual que mi padre y el tío Roberto. Dylan nos esperaba ya en la puerta del teatro en el que se celebraría la entrega.

—Abuela, no —le comenté.

—¿Qué quieres decir con ese no, hija?

—Que no te hace ninguna falta ese discurso. Guárdalo, tíralo o haz con él lo que te venga en gana. Pero no lo leas más.

—¿Cómo que lo tire? No puedo, Chanel.

—¿No? Pues yo sí…

Lo hice pedacitos ante sus ojos y luego abrí la ventanilla para dejar que volasen.

—¿Y ahora qué digo yo? ¿Qué has hecho, niña?

—Abuela, tú eres la gran Julia Miranda. No necesitas absolutamente nada para deslumbrar. Solo tienes que ser tú misma, como has sido siempre, ¿qué te pasa hoy?

—Pues que no se enteren estos dos, pero que me pesan los años, hija. Los kilos no, que estoy en la línea, pero los años, sí.

—Abuela, da igual los años que pasen, tú siempre serás la mejor. Solo tienes que recordarlo. Nadie te llega ni a la suela del zapato.

—Del zapato de tacón que llevo y que es una joya, mira —me comentó levantándose el vestido.

La joya era ella. Mi abuela era una verdadera joya y lo demostró aquella noche en la que, una vez más, fue su nombre el que sonó en el micrófono de aquellos que nombraron a la ganadora del preciado galardón.

Dylan nos esperaba con ilusión. También estaba guapísimo con esmoquin, pero guapísimo, de portada de revista. Le hizo varios cumplidos a mi abuela y después se vino para mí, cogiéndome por la cintura.

—Hijo, tú cógeme del brazo y no mires—le pidió ella con toda la gracia.

Por descontado que no le hacía falta tener pensado ningún discurso. Las palabras fluyeron de su boca unas tras otras… Sus agradecimientos fueron muchos, empezando por nombrarnos a mi padre y a mí, como «lo mejor que le había sucedido en la vida» y continuando por muchos miembros del mundo del cine y la televisión que también eran muy importantes para ella. Y, al final, hizo una mención al cielo, una en clave que nadie entendió referente a una persona que hacía poco que se había marchado del mundo, pero mucho más que lo hizo de su vida llevándose con ella un trocito de su corazón.

Mi padre y el tío Roberto se miraron entre ellos, de lo más extrañados, ella me guiñó el ojo y yo le envié un beso. Qué suerte tener una abuela que fuese una estrella.

Capítulo 35

Habían pasado varias semanas y estábamos de despedida de solteros, todos en Ibiza.

La boda de mi padre con el tío Roberto era un hecho. Los novios estaban radiantes pensando en un enlace que se celebraría al día siguiente.

No sería multitudinaria, sino íntima, aunque habían alquilado una finca en la que ya llevábamos todos una semana. Y cuando hablo de todos, me refiero también a mis amigas, quienes eran como mis hermanas.

La emoción de Blanca era total, sabiendo que ella sería la próxima. Ya se le apreciaba su barriguita. Los bebés eran gemelos, niños. Mauro y ella eran la viva imagen de la felicidad.

En cuanto a Candela, voló hasta allí con su hermano Nico. Los dos estaban hechos unos fiesteros totales, disfrutando de su soltería.

Zoe, contra todo pronóstico, seguía saliendo con sus dos bomberos. No hace falta decir que no existía ningún compromiso entre ellos y que a la boda no se los llevó, pero ya llevaban meses. Surrealista, pero cierto, porque por más que ella dijese que solo era una relación de cama, había un *feeling* bestial entre los tres.

En cuanto a mí… Yo estaba embobada con mi Dylan, el arquitecto más sexi del mundo. Por cierto, que nos encontramos con la sorpresa de que su hermano Luca aceptó la invitación hasta la boda y viajó desde Japón con Kalea, también embarazada. Y no solo era esa la sorpresa, sino que ambos planeaban boda y, por primera vez en su vida, Luca admitía haber

encontrado a una verdadera compañera con la que le gustaría compartir su existencia a partir de ese momento. Vaya, que no deseaba convertirla en otra más de sus ex.

Teresa se vino con nosotros, ella no podía faltar tampoco. Y esa noche, como digo, apenas faltaban unas horas.

Mi abuela, muy achispada, quiso hacer un brindis tras la cena.

—Queridos, gracias por estar aquí todos, gracias por formar parte de mi familia y gracias por arropar a mi hijo y a Roberto, esa persona que le ha querido siempre en la sombra. Si os soy sincera, cada vez que los miro veo eso que nunca tuve y que todos querríamos tener —comentó porque el alcohol le sacó una parte de ella que no solía dar la cara.

»Hay personas, como mi amiga Teresa y como yo que, por lo que sea, como que no hemos tenido suerte con los hombres… Y eso que ambas somos unas mujeres de bandera, no hay más que vernos…

Lo estaba diciendo cuando Teresa nos dejó con las patas colgando. Ella había bebido más que mi abuela y la lengua se le fue.

—Habla por ti, Julia, bonita. Tú no habrás tenido suerte con los hombres, pero yo es que no la he buscado. El amor de mi vida has sido tú —le soltó y no hubo uno de los presentes que no se quedase con la boca abierta.

—¿Yo? ¿Qué dices, Teresa? Eso no puede ser…

—No, qué va, no puede ser —le soltó el tío Roberto mirando a mi padre.

—Pues también tienes razón, entonces será. Es lo que tenemos las divas —comentó mientras Teresa le lanzaba un beso.

Estoy segura de que, si no se hubiera dado esa circunstancia, Teresa nunca lo hubiese admitido. Se veía que mi familia estaba llena de secretos, ¿quién me lo iba a decir en mi día?

No es que mi abuela se fuese a cambiar de acera por eso. Ella se acercó, le dio un gran abrazo y con toda la gracia del mundo le soltó un «yo te quiero mucho, pero que corra el aire», que arrancó las carcajadas de todos, empezando por las de la misma Teresa, que se mostraba incrédula por haber soltado algo así.

—¡Qué bonito es el amor! —chilló Candela, quien se levantó con su hermano Nico y comenzó a bailar bachata.

Ese fue el pistoletazo de salida en una noche en la que ninguno teníamos ganas de acostarnos. Nos lo estábamos pasando sensacional y era para ver a mi abuela, quien acabó bailando de lo más sexi y tuvo que terminar por salir corriendo porque Teresa decía que era una provocadora total.

No sé a qué hora nos acostamos. Lo que tengo claro es que lo hicimos con el suficiente alcohol en el cuerpo para no poner el despertador.

Fue Blanca quien dio la voz de alarma a media mañana. Ella no había bebido debido a su estado. Tampoco, Kalea, pero como nos acostamos a las tantas, nos quedamos sopa.

Desperté a mi padre y al tío Roberto, quienes habían desfasado también lo suyo, por lo que me costó lo mío. De hecho, como no parecían resucitar tras los golpes que di en la puerta, chillé, ¡fuego! Y no solo ellos se levantaron, sino que lo hizo la casa al completo.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó Zoe con el pelo revuelto y los ojos entornados—. Al final, van a hacer falta aquí mis bomberos.

—Al final te harán falta a ti, sí. —Reía Blanca.

—Blanquita, no me toques los ovarios, que es muy temprano, y te puedo decir dos frescas que hasta yo misma me arrepienta; una por cada uno de tus críos.

—Pues recuerda que cuando nazcan tienes que contener esa lengua viperina, que a los niños no me los puedes pervertir.

—No, si me vas a tocar la moral más de lo que corresponde.

El ambiente era completamente festivo. Ese día se celebraba una boda que formaría parte de la historia de la vida de mi familia.

Disfruté de cada uno de sus segundos, eso es indiscutible. Me vi muy favorecida como madrina, con mi vestido ibicenco, igual que el resto de las invitadas. El de mi abuela era realmente original, como ella misma, con flecos.

En cuanto a los novios, estaban realmente bellos, como eran por fuera y por dentro. Mi Dylan iba hecho un pincel, con su conjunto blanco también, y, como era de esperar, el toque de extravagancia lo puso Luca.

Aquella jornada estaba llamada a ser una plagada de momentos emotivos, aunque, si he de quedarme con uno, me quedo con ese en el que mi padre tomó la palabra y, haciéndole un guiño a Roberto, habló del resto

de los amores de su vida. Empezó por la abuela y siguió por mí. Lo que no esperaba era que hiciese referencia en ese momento también a mi madre; otro de los grandes amores de su vida.

Mis ojos se convirtieron en un par de cataratas cuando lo escuché hablar de ella en esos términos. De siempre supe que la amó con todo su corazón, solo que el amor que sintió con ella difería de ese otro que sentía por el tío Roberto, quien se estaba convirtiendo en su marido.

Mi mundo, tras el enorme cambio que vivió meses atrás, había vuelto a su ser. De nuevo era un mundo que podía considerar como mi zona de confort, solo que en absoluto rutinario. Con Dylan había conocido otro concepto del amor, otro concepto que me ilusionaba hasta el punto de que no podía evitar pensar que a mí también me tocase un día pronunciar un «sí, quiero» tan alto y claro como el que pronunciaron mi padre y Roberto.

Tras la ceremonia, llegó la fiesta… Y lo que pasó en Ibiza, se quedó en Ibiza.

Capítulo 36

Aquel día, las chicas habíamos quedado en mi ático. Y cuando hablo de mi ático, me refiero al que ya compartía con Dylan, quien me pidió en la boda de mi padre y de Roberto que me fuese a vivir con él.

A Blanca le quedaba un suspiro para salir de cuentas, así que se trataría de pasar una tarde entre nosotras, una de esas que solíamos reservarnos cada dos por tres.

Candela parecía bastante emocionada. La ilusión se le notaba en los ojos. Y entonces nos contó.

—Es que he conocido a un chico, amores.

—Dime que esta vez es un chico y no un carcamal como el otro.

—Zoe, no empieces. Es un chico, tiene tres años más que yo.

—Eso me parece muy correcto. Ahora, saca la foto. Venga.

—¿Y cómo sabes que tengo fotos de él?

—Porque eres muy *zorrona* y no sueltas prenda hasta que no tienes todo bien atado con alguien que sea digno de hablar de él. Si te conoceré yo a ti.

—¿Es verdad? ¿Te gusta ese chico?

—Sí, Blanca, este sí que me gusta. Se llama Santi y…

—¡Joder! —chilló ella en ese instante.

—Cariño, sí que hemos jodido, pero te ha quedado muy poco fino. Tú eres mucho más elegante que eso.

—Que no, joder, que duele, que me ha dado una punzada y…

—Y será mejor que vayas a por la fregona, Chanel… —me comentó Candela.

Nuestra Blanquita acababa de romper aguas en el salón de mi casa.

No hace falta decir que llamamos a una ambulancia de inmediato, aunque lo que sucedió en ese momento fue algo que, cuando menos, podría calificarse de surrealista.

El equipo médico apenas tardó quince minutos en llegar. Lo que no podía imaginarme era que, cuando fui a abrir la sofisticada cerradura electrónica de la puerta del ático, para permitirles el paso, se quedó bloqueada. Nadie podría entrar. Tampoco Mauro, que llegó a la par.

A partir de ese momento, se desató el caos. No había manera de desbloquearla. Me puse al habla con Dylan y este trató de hacerlo de todas las maneras habidas y por haber, pero tampoco le fue posible.

Digamos que, fuera del ático, había más gente que en la guerra. Y que, dentro de él, estábamos las cuatro locas de siempre más esos dos bebotes que estaban a punto de venir al mundo sin más ayuda que esa que los sanitarios nos estaban ofreciendo a través de la puerta.

—A mí no me tocáis ninguna de las tres, que no me fío ni un pelo —decía Blanca llorando sobre la alfombra en la que la habíamos colocado, totalmente despatarrada.

—Cariño, es un caso de emergencia. Tienes que confiar en nosotras.

—Exactamente, ¿en cuál?

—En mí, venga, se acabaron las tonterías. Ahora mismo te vas a poner a respirar.

—Zoe, no me toques los ovarios, que ya estoy respirando.

—Normal, pero me refiero así a jadear como os enseñan a las embarazadas. Venga, todas conmigo.

—¡Mauro! ¡Entra, que te necesito! —le chillaba ella mientras un técnico trataba también de hacer todo lo humanamente posible para desbloquear la cerradura.

—Cariño, estoy aquí, ¡estoy contigo!

—De eso nada. Estarás ahí fuera, aquí dentro, quien está soy yo. Y duele, no veas si duele.

—Cariño, es que no me puedo creer que me lo vaya a perder, es que no me lo puedo creer —decía él.

—Yo sí que no me puedo creer que vaya a dar a luz rodeada de estas tres, ¿qué he hecho yo para merecer esto?

—Blanca, céntrate. A mi señal, empuja.

—Zoe, ¿a ti quién te ha dado el mando de la situación? Porque te juro que me estás poniendo enferma.

—Enferma, no, estás dando a luz. Y bien que te advertí que te lo pensaras. Es lo que quisiste, pues aquí lo tienes. Ahora es empujar o reventar, es lo que hay.

—También te puedo reventar a ti. Igualmente, es lo que hay…

Blanca era un amor, pero en aquella situación parecía un amor que estaba poseído. A decir verdad, la parsimonia de Zoe era total, mientras que Candela y yo nos mirábamos con gesto de terror total.

En mi vida me había visto en una situación así de comprometida. Todas intentábamos ayudar, pero lo que estábamos viviendo se nos iba de las manos.

—Blanca, ¿tú te rasuras? —le preguntó Zoe.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Si te parece, me dejo aquello como una selva.

—Pues entonces es el pelo de uno de tus niños. Ahí viene el cabezón, yo solo aviso por si sale disparado.

—¿Mi niño? ¿Ya está ahí uno de mis niños? ¡Mauro, que ya vienen!

En ese momento, como si se tratase de un milagro, la puerta se abrió, pues la cerradura quedó desbloqueada.

Para ver la cara de Blanca con tantos ojos sobre ella. Con lo pudorosa que era, la pobre no se había visto en otra así en la vida.

Mauro corrió y comenzó a besarla en su sudorosa frente. A lo justo entró para ver nacer al primero de los gemelos. Y el segundo apenas tardó en salir al mundo un poco más.

De pronto, el salón del ático olió a vida, olió a una generación que llegaba pisando fuerte, pues los críos berreaban que daba gusto. Eso sí, fue ponérselos a su madre sobre el pecho y hacerse la calma.

—Son realmente adorables —murmuré.

—Bonitos, bonitos como dos muñecos —añadió Candela.

—Hay que reconocer que son un par de monerías. Pero a mí, que me los dejen solo para un ratito —intervino Zoe, quien, a pesar de su apariencia de dura, estaba loquita con los críos igual que el resto.

La estampa no pudo ser más entrañable. Jamás hubiera podido imaginar que la unión de las cuatro, esa que resultaba absolutamente inquebrantable, nos llegaría a presenciar el nacimiento doble de los hijos de Blanca en el salón del ático que compartía con Dylan.

Por cierto que este último, mi novio, me miraba con ojos de que nosotros también algún día llegaríamos a ser una familia, con ojos de que lo nuestro iba tan en serio como lo de ellos, con ojos de que conmigo siempre, lo que con otras nunca…

Epílogo

Tres años después…

El día de nuestra boda fue uno de los más felices de nuestra vida. Y si no hago referencia a que fuese el más feliz, es porque un año antes había venido al mundo nuestra hija Valeria.

No fue un bebé improvisado, lo buscamos a conciencia más bien. Es decir, que nos empleamos a fondo porque la chispa de la pasión seguía prendiendo con fuerza entre nosotros y amarnos dentro y fuera de la cama se convirtió en nuestra actividad favorita.

Cuando Valeria nació, me sentí tan rodeada de amor que entendí que mi hija también crecería rodeada de él. Dylan se convirtió en ese padrazo que supe ver que sería incluso antes de quedarme embarazada. Por eso aposté por él, porque sabía que alguien con sus valores nunca podría dejarnos en la estacada al bebé y a mí.

Valeria llegó al mundo con mis ojos color caramelo, con esos ojos que un día le enamoraron y que también lo hicieron en el caso de su niña. Fue al verla, al tenerla por primera vez en sus brazos, cuando su papá me pidió matrimonio, cuando me dio su palabra de que éramos lo más importante para él y que lucharía con uñas y dientes para que siempre estuviésemos juntos.

Y llegó el día en el que nuestra pequeña sostuvo los anillos para acompañarnos al altar. Con tan solo un añito y medio, lo hizo de la mano de

los gemelos de Blanca, dos preciosos muchachitos que ya contaban con el doble de edad que ella y que la guiaron hasta él.

Mi padre, el tío Roberto, la abuela, Teresa… Todos la miraban embelesados, igual que a mí. Valeria me había destronado como la princesa de la casa y nada podía hacerme más ilusión.

En cuanto al resto, ¿qué os puedo contar? Pues que en aquella boda de cuento, porque lo fue, conté una vez más con la presencia de mis chicas, a las cuales la vida les fue dando lo que cada cual quiso.

Blanca y Mauro, como era previsible, no solo estaban felicísimos, sino que ella volvía a estar embarazada y las ganas de aumentar la familia que ambos mostraban hacían ver que la cosa no quedaría ahí, que la convertirían en numerosa.

Candela había consolidado su relación con Santi y la felicidad se reflejaba en su rostro de forma perenne. También comenzaban a hacer planes de futuro.

Zoe… Lo de Zoe fue más sorprendente. Ella se fue a vivir con sus bomberos. Sí, como suena, ¡con los dos! Y seguía diciendo que no es que existiese compromiso entre ellos, aunque ciertamente eran inseparables y ya no concebía la vida sin ellos.

Tampoco faltaron a nuestro maravilloso enlace, aparte de mis suegros, mis queridos Luca y Kalea, cuyo bebé ya contaba también con tres añitos. A Luca, según decía Dylan, nunca se le había visto más sereno. Ambos irradiaban felicidad.

Teresa, la abuela… Para ellas las cosas no habían cambiado, excepto porque el crecimiento de la familia las hizo más dichosas. Tras aquella confesión espontánea de la primera en Ibiza, nada se repitió nunca al respecto y su amistad permaneció intacta. Y así ocurriría hasta el final de sus días, para lo que esperábamos que faltase muchísimo.

Mi boda con Dylan, a todo esto, se celebró en Bali, en aquel lugar de ensueño que un día visitamos juntos y del que nos declaramos enamorados. Igual que hicieran mi padre y el tío Roberto en su momento, deseábamos algo íntimo, un enlace en el que estuviéramos rodeados de los que eran

verdaderamente los nuestros. Y hablando de ellos, también se nos había comprometido Nico, tras unos años bastante locos, con una chica llamada Lola que nos caía fenomenal, pizpireta y que le amaba con locura. Lo que él se merecía, porque en el amor pueden intervenir los hechizos, pero sobran las brujas, como era Bárbara.

Lejos de aquellos tiempos en los que mi vida se vio sometida a la incertidumbre, me veía rodeada del inmenso cariño de todos esos que conformaban mi mundo… Un mundo en el que reinaba el amor y que veía con los más felices de los ojos mientras avanzaba del brazo de mi padre hasta el altar, y el tío Roberto, al verme pasar, me decía *«my darling, te adoro, mi niña bella»*. Mi abuela me lanzaba besos y las chicas me miraban con la más emocionada de las sonrisas, que solo podía rivalizar con la de Dylan, quien me demostró con la suya que el amor tiene rostro de hombre.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor
Facebook: Aitor Ferrer
Amazon: relinks.me/AitorFerrer